

# MARTÍN CIRIO

el DIARIO de

# SANDY



# El diario de Sandy

# **El diario de Sandy**

Martín Cirio

# Índice de contenido

Portadilla

Legales

El comienzo

Noviembre

Diciembre

Enero

Febrero

Marzo

Epílogo

Agradecimientos

Martín Cirio

El diario de Sandy / Martín Cirio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Planeta, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-6690-6

1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título.

CDD A863.9283

© 2017, Martín Cirio

Diseño de cubierta: Manurro para  
Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: mayo de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por  
cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6690-6



—Es hoy, amor. Es hoy o nunca.

—No me pongas tanta presión. Tengo pánico por lo que vamos a hacer. Ya sé que es importante, pero necesito sacarle tanta carga, pues me daña a nivel psíquico y estomacal.

¿Qué estoy por hacer?

Me titila el celular. Es otro mensaje de Rodrigo. No quiero abrirlo. Ay, me muero de ganas de abrirlo. Cualquier cosa que diga me puede afectar más de la cuenta. Tengo los pies y las manos congeladas. El corazón me va a explotar.

Ya fue. Lo abro.

—Sandy hermosa, perdón. Me voy a calmar pero yo también estoy nervioso. Ya tengo todo listo y espero que vos también. Me mata de amor imaginarte temblorosa replanteándote toda tu existencia. Confiá en mí. Bah, no sé qué me hago el superado si yo también tengo miedo, pero te amo. Hoy empieza el primer día de nuestras vidas. Dios nos acompaña.

Estoy tan del orto que siento que en cualquier momento entro en paro y, con la mala suerte que tengo, no llego a morir sino que quedo cuadripléjica y sin control de esfínteres, cagándome encima y arruinándole la vida a mi mamá. Si Rodrigo piensa que me voy a fumar este estado, está muy equivocado. Ya no soy la chica que decía: «Quiero vivir todos mis estados y no tapar nada».

Voy al cajón de las remeras y revuelvo hasta que encuentro unas pastillas que me dejan una seda. Tranquilita. Muy serena. Un canto a la vida. Tomo 0,50 miligramos de clonazepam. Pasan quince minutos y me dan ganas de salir a abrazar gente y decirle que la amo. Antes, cuando tomaba, quedaba tumbada, medio pelotuda, pero ahora no. Quedo con mucha paz interior y momentos de epifanía en los que me agarra una sabiduría que viene de algún lugar celestial y bello. Quiero dar una charla de vida.

En la mochila hay poco espacio. Tengo que elegir bien qué quiero llevar. Abro el placar y si es por mí metería todas las camperas, pantalones y tops que tengo, pero leí en un blog de viajes que cuatro tops están bien, y los jeans ocupan mucho espacio y si se mojan tardan en secarse. Meto un par de remeritas, dos polleras y un pantalón largo. Agrego una campera roja rompe vientos que da verdulera, pero las demás se mojan fácil. Ay, ese blog de mierda. No tendría que haber leído nada y ahora estaría feliz con mi campera

de cuerina rosa y mis tacos de acrílico. Son las doce de la noche y suena el himno nacional. ¿Será una señal? ¿Así se habrá sentido el Che Guevara cuando empezó su viaje por América Latina?

Cuando era chica miraba *Thelma y Louise* . Quería ser como ellas. Irme en un descapotable y vivir una aventura junto a mi mejor amiga, pero Candela es una forra y quiere ser cocinera, y mis otras amigas están drogadas o muertas, salvo Alejandra, mi alma gemela. La conocí en el trabajo hace cuatro años y somos inseparables, pero ahora está saliendo con un tipo que la tiene flechada. Me encantaría que ella fuera mi Louise, pero por ahora no va a poder ser.

Tengo treinta años, vivo con mi madre y trabajo en un *call center* . Soy fan de Marcela Morelo, fan total, de las primeras, de las que sabe que nació en Lanús y su color preferido es el violeta. Soy una Morelera. Ay, ¿por qué estoy escribiendo todo esto? Me estoy confesando como si fuera a morir y esto fuera la única prueba de que estuve viva e intenté ser feliz.

En este momento de la vida estoy estática, pero no siempre fue así. Hasta hace no tanto estaba juntando plata para hacerme un *book* de fotos y empezar a ir a *castings* . Era mi meca: el *book* de fotos para ser famosa como modelo. En realidad, mi aspiración no era ser modelo sino actriz y cantante, pero era muy difícil, así que decidí llegar a través del mundo del modelaje. No todas nacimos princesas con ángel como Marcela. A mí me sobrevuela un murciélago que se la pasa cagándome en la cabeza.

Volviendo al *book* , hasta que no lo tuviera no iba a ir a recorrer agencias de modelos. El problema es que nunca llegaba a ahorrar esa plata. No es que fuera mucha, sino que lo que ganaba lo gastaba en otras cosas, y cuando me preguntaban por mi plan de vida siempre tenía la excusa de «aún no tengo el *book* ». Sabía que cuando tuviera esas fotos todo iba a cambiar.

Creo que tardé tanto en hacerlo porque en el fondo sabía la verdad: nada iba a cambiar. Se iba a confirmar mi fracaso, y prefería vivir en la ilusión antes que fracasar, pues mientras tuviera la ilusión, todo sería posible, pero en cuanto fracasara y comprobara que ese no era mi camino, ya no iba a saber a qué aferrarme. Tal vez me hubiese convertido en una mujer de fe, como la pastora Irma. Siempre admiré a esa mujer. Ese pelo rubio con mechas negras. Un sueño hecho realidad. Como Christina Aguilera en *Ven conmigo* .

Finalmente, sí hice el *book* , pero no me moví. Lo mandé a algunos lugares y no recibí respuesta de ninguno. Lo máximo que llegué a hacer fue un video erótico para una página porno. Ni siquiera cobré. «Vos te quedás



con el material y podés mostrarlo, esa es la paga», me dijeron. Pensé que iba a ser útil mostrar un video en el que salgo en pelotas, pero jamás me sirvió. Me acuerdo de que llegué al lugar y el tipo me hizo sacar la remera. Yo no entendía nada, pues el aviso decía «buscamos modelos». Flasheé Nicole Neumann. Él me señaló la cama. Fui y me hizo fotos hasta que me pidió que me sacara el pantalón. De ahí a «tocate un poco la pija», pasó un segundo. «¿La podés poner dura?». Me la toqué pero no fue suficiente. El fotógrafo abrió la puerta y llamó a otro chico con el que terminamos dándonos besos mientras nos sacaba fotos y filmaba. Todo esto fue antes de transformarme en Sandy.

Es cierto que me quejo, pero nunca me jugué entera. Hasta ahora habré ido a tres o cuatro *castings* en mi vida. No quedé en ninguno, salvo en el del video erótico.

Cierro la mochila grande, meto la bolsa de dormir y el aislante a los costados y pongo todo arriba de la cama. En la mochila chica tengo que poner las cosas más importantes, dice el blog.

Luego de ir a esos *castings* mi papá se enfermó de cáncer y murió, mi mamá se deprimió y la ilusión que tenía desapareció. Dejé de ver mi futuro como hasta ese momento. Antes no me importaba qué trabajo agarraba porque total sabía que iba a ser famosa, y además mi brújula en la vida, sacando a Marcela, era, es y será Geri Halliwell. Ella también pasó mucha penuria: para ganar plata bailó en boliches semidesnuda, y en Turquía anunciaba los números de la lotería en una programa de televisión.

Después de la muerte de mi papá vi todo con otros ojos. Me rendí. Me anestesié. Pero lo peor fue que no me di cuenta. Aparentemente todo seguía igual, pero dejé de creerme parte del plan de Dios. El cuento de hadas de Marcela se había roto y quedé a la deriva, trabajando en el *call center* y sin objetivos.

Pienso en arrancar algunos de los pósteres de las Spice Girls y meterlos en la mochila para mirarlos en momentos de confusión y drama y pensar que si Geri Halliwell, destinada al fracaso, pudo romper con eso y salir adelante, yo también. Claro que la diferencia es que estar destinada al fracaso en Londres no es lo mismo que en Once, donde viví toda la vida.

«Cree en tus sueños y se cumplirán», dice uno de los pósteres. Sí, Geri, eso haré. Es momento de retomar ese sueño tan anhelado y hacerlo realidad. Esta vez es distinto. Lo siento en el corazón. Voy a llegar a los Estados Unidos de Norteamérica y voy a cumplir mi sueño de ser actriz. Volveré a la

Argentina como Rocío Marengo cuando volvió de Chile convertida en una estrella total.

Nunca invité a ningún tipo a mi casa. Primero porque tengo treinta años y vivo con mi madre, como ya dije. Y segundo porque mi habitación es la misma que cuando tenía quince años y quería aprender guitarra para tocar *Viva Forever* de las Spice Girls. Me sentía muy profunda cuando cantaba «Hasta mañana, *always be mine* ». (Hasta mañana, siempre sé mío). Le daba el significado que quería. Lo asociaba a un chico que me gustaba y no me daba bola. Yo lo idealizaba y quería que siempre fuera mío. Y cuando cantaba «Hasta mañana, *always be mine* », me miraba en el espejo e imaginaba que se lo cantaba a él, el sorete de Pablo, que ni me registraba.

Una vez intenté un hechizo que saqué de una revista. Me acerqué en un recreo, sigilosa, y mientras estaba distraído le puse un poco de mi pis en un vaso con jugo. Tres amigos suyos me vieron y me fajaron. Me encantó. Quedé renga por una semana. Ese día descubrí que soy una morbosa.

Suena el celular. Es un mensaje de Rodrigo.

—Amor, no me respondiste. ¿Estás bien?

—Sí, negri, estoy hirviendo papa para que no nos caguemos de hambre en el viaje.

Papa, tan bello y noble vegetal. Llenadora. Rendidora. Qué bella es la papa. Leí en una revista que tiene los nutrientes necesarios para mantener el cuerpo en funcionamiento, y es muy sana además. Siempre llevo papas a todos lados: si me agarra hambre en la calle no tengo que parar en un kiosko y comprar Don Satur. A veces la gente me mira raro cuando estoy en la fila del banco y me pongo a comer papa, pero así me mantengo con este cuerpo soñado.

Mi mamá está en la cama. Ayer le puse un sedante en el vino para que duerma la mona hasta tarde. Alejandra me apodó «Doctora Pastilla», porque todo lo arreglo con pastillas.

En la mochila chica pongo la *notebook* , la autobiografía de Geri Halliwell *If Only* , que es mi biblia, todo tipo de documentos y fotocopias, el CD de Marcela Morelo *Manantial* y el último de Axel, a quien también amo. Agarro cinco papas y las pongo adentro de una bolsita, así si transpiran no me dañan la computadora.

Mi vida tiene mucha penumbra, pero no voy seguir así. Me estoy muriendo. Ay, amo el drama. No, no me estoy muriendo. O sea, es una metáfora. Tipo Borges escribiendo metáfora. Me muero por dentro, eso

quiero decir. Se me muere el alma pero mis órganos están bien (o no, pues amo el vino y la sustancia).

Agarro la mochila grande y ajusto las manijas alrededor de la cintura y los hombros. Me pongo la chica adelante. Voy a la pieza de mi mamá y le doy un beso en la frente.

—Tengo miedo, pero no puedo más. Si mañana me muero quiero saber que al menos intenté ser feliz, y con esta vida no estoy intentándolo. Es un piloto automático insoportable que ya no puedo aguantar.

Me encanta darle lata mientras duerme. Parezco una vieja loca, lo sé. Le acaricio el pelo y chequeo que siga respirando porque creo que me zarpé con el sedante. Ojalá siga viva. En la mesa de luz tiene un libro que se llama: *Estoy bien, historias del más allá*. Qué santa. Siempre pensando en papá.

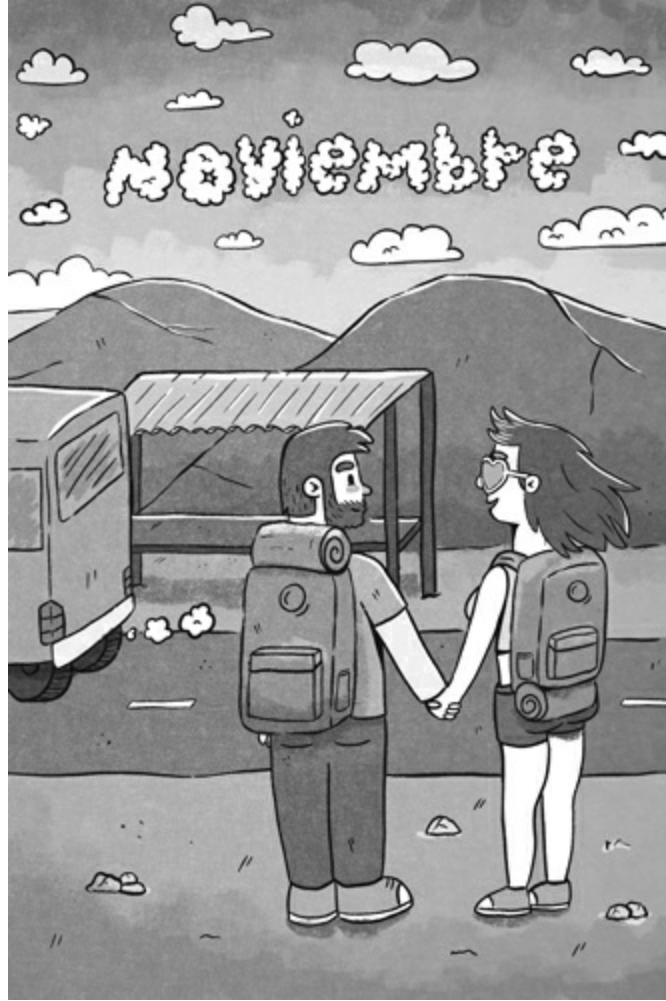
—Mamá, te amo mucho y quiero que recuerdes que si realmente querés algo, el universo conspirará para que eso suceda, como dice Paulo Coelho. Y yo siempre quise esto y ahora se está dando.

Salgo de la pieza, abro la puerta del departamento y cruzo el espacio que me alejará para siempre de mi vida vieja. Lo hago en silencio, espía total, y me tomo un colectivo hacia una estación de micros trucha en Once donde conseguí un pasaje a cuatrocientos pesos. En Retiro estaba novecientos, así que no lo dudé. Prefiero morir antes que pagar más. En dos horas sale el micro a Jujuy, donde espero llegar en veintidós horas.

—Ro, te veo en la estación, te amo.

A partir de hoy escribiré este diario íntimo que espero se convierta en el *If Only* que, cuando me haga famosa, inspire a mis fans a que sigan sus sueños.

Ah, tengo un pequeño secreto que no le dije a Rodrigo, me operé hace poco y ahora soy una chica trans.



## 4 de noviembre

S on las nueve de la noche. Tengo un olor a cebo que no puedo más. Estoy yendo a Jujuy en un micro trucho que me tomé a tres cuabras de plaza Once, en la calle Saavedra, porque si quiero que esta nueva vida funcione tengo que empezar ahorrando ya, desde el día uno. El micro no tiene aire acondicionado y hay olor a cuando mi mamá hace caldo. Está lleno de gente que va a la frontera. Subo las escaleras al piso de arriba y me siento adelante de todo, frente a la ventana, del lado del chofer, pues me dijeron que siempre hay que sentarse en la fila del chofer por si choca. Miro por la ventana. Hay mucha gente que saluda a sus familiares. Yo estoy más sola que la mierda. Alejandra no pudo venir a despedirme porque está trabajando. Al lado mío está sentada una señora que me cuenta que trabaja en un telo llamado Imperio Sacro Luis XV. Es la que limpia las habitaciones. Me va a tener que fumar todo el viaje. Le empiezo a dar lata.

—Mi sueño era ser conserja de un telo. Bueno, eso y ser famosa. También quise ser vendedora de ropa en Kosiuko para ponerme esa ropa todos los días, pero cuando fui a la entrevista me preguntaron si sabía inglés, les dije que sí y me preguntaron algo y les respondí *yes*. Se ve que no era la respuesta correcta porque no quedé.

—Tenés que hacer lo que le digo a mi hijo: estudiar.

—Vos lo decís porque ya estás cumpliendo tu sueño: trabajar en un telo, pero yo todavía no pegué el salto. —La mujer me mira, dañada—. Una vez fui a ese telo con mi tío. Me llevó engañada. Me dijo que íbamos a ver una pieza para cuando cumpliera dieciocho y me independizara. Cuando terminamos quedé muy perjudicada a nivel espiritual.

Suena el celular, es Rodrigo.

—Amor, el micro está retrasado porque hay un quilombo en la estación. ¿Cómo te sentís? Contame, cerda, puerca.

La mujer relojea el celular y creo que lee el mensaje así que corro el celular y le respondo a Ro.

—Estoy un poco nerviosa, ¿vos?

—Yo también, pero escucho nuestra canción y me tranquilizo.

Sonrío. Pasan unos segundos.

—¿Hola? ¿Ro?

Me quedé sin señal.

—¿Era tu novio? —pregunta la mujer.

—Sí, aunque no nos vimos nunca porque él es de Médanos, un pueblo cerca de Bahía Blanca. Eso sí, nos la pasamos hablando por Skype durante meses.

—Qué moderna, nena. Debés estar muy enganchada para irte tantos kilómetros a conocer a un tipo que te dice cerda puerca.

Mis sospechas eran ciertas: lo leyó, maldita sea.

—Si lo vieras. Es un sueño dorado. Tiene la piel blanca y una sonrisa de galán. Cuando me mira por la *webcam* es como si saliera Dios de la pantalla y me entregara al niño Jesús.

Recuerdo las noches enteras hablando por Skype con la cámara encendida. Para mí era toda una preparación pues la transformación de hombre a mujer la viví durante los meses en que nos enamoramos. No fue fácil. Por suerte la calidad de mi cámara no es buena, y sumado a la iluminación nocturna daba como resultado una imagen pixelada e imprecisa. Podía ser Julieta Prandi o El Negro Rada. Para la voz usaba un modulador que tiene varios modos: voz con eco como si estuviéramos en un teatro, voz de extraterrestre, voz de niña, voz lenta. Yo siempre usaba voz de niña, pero una vez elegí «voz lenta» por error y no me di cuenta hasta que hablé y me escuché. Parecía que estaba en medio de un ACV. Le dije que la conexión andaba mal y por eso salió así. Reinicié Skype, elegí la voz correcta y asunto arreglado. Después de unos meses mi voz ya era muy femenina gracias a las hormonas. De a poco fui regulando el modulador y bajando la intensidad. Tampoco es que podía pasar drásticamente de la voz de niña a mi voz verdadera.

La mujer me empieza a hablar de su hijo. Va a verlo a Salta una vez por año, hasta que junte la plata suficiente para traerlo a Buenos Aires. Me da pena pero no tengo ganas de hablar de otra cosa que no sea de mí, así que abro el reproductor de música, me pongo los auriculares y escucho nuestra canción yo también: *Amo*, del divino de Axel. Cierro los ojos mientras la mujer sigue moviendo los labios. Entro en una dimensión bella y paralela. La mujer sigue hablando. Me gustaría que muriera.

«No sé de qué tengo miedo, ya nos vimos por cámara, nos mandamos miles de fotos, hablamos por teléfono. Nada puede salir mal», pienso y recuerdo lo que nos dijimos una noche de Skype.

—Sandy, sos la mujer que quiero a mi lado. Sos perfecta. Desde que te conocí redefiní el verbo amar.

—Ay, me derretís cuando decís eso.

Si él supiera que lo que soy no es lo que se imagina. Pero no, no tiene por qué enterarse. No hay forma. ¿Para qué la voy a cagar contándole? Imaginen a Ricky M. contando que es gay en pleno éxito de *María*. ¿Qué hubiera ganado? Nada. Hubiera perdido fans, plata, su carrera. Todo. Yo estoy dejando mi vida, mi pasado. Renuncié al *call center*, al *break* de quince minutos, a los cafés rápidos con Alejandra confesándonos nuestros secretos más íntimos entre llamada y llamada, o poniendo al cliente en espera.

—Señor, aguarde un momento mientras verifico su cuenta.

Ale hacía lo mismo.

—¿Le contaste a Rodrigo lo tuyo?

—Ay, no, boluda, no pude.

—Vivir una relación de mentira no está bueno.

—Alejandra, abortaste la semana pasada y no le contaste a tu novio.

—Ay, bueno, pero es distinto.

Cuando ella miente está bien, pero cuando yo miento es: «No está bueno vivir en la mentira, Sandy».

Esta es la oportunidad que siempre esperé. Soy Marcela saliendo de Lanús y yendo a Jujuy para grabar *Corazón salvaje*.

Son las cuatro de la mañana. Estoy cagada de frío. La vieja de al lado me ofreció taparme con su frazada. Primero me dio un poco de pudor y le dije que no, pero tengo los pezones muy duros y me duelen, así que terminé aceptando. Ahora estamos las dos tapaditas, frotándonos las manos. Las ventanas están empañadas por la respiración de todos. Si salgo de acá sin una enfermedad terminal tengo que estar muy agradecida.

Este viaje es interminable y el asiento es incomodísimo. Me quedo dormida y me despierto al rato muy mambeada, cierro los ojos y me vuelvo a dormir. Esto se repite hasta que ya no puedo dormir más. Me pongo los auriculares y escucho a Marce.

La luz del celular titila.

—Sandy, mi amor, ¡tengo una sorpresa que te va a encantar! Estoy cada vez más ansioso por verte.

—Ay, Ro, sos tan perfecto que siento que no te merezco.

Saco un espejito del bolsillo y me miro. Me saco las lagañas, me humedezco los labios y me pellizco los cachetes para tener algo de color.

Estoy muy dañada a nivel corporal. Necesito bañarme (o no #Roñosa).

Antes de Rodrigo no había nada. Me la pasaba garchando. No es que no buscaba enamorarme, al contrario. Desde que empecé a conocer tipos por Internet creé un perfil que decía: «no busco sexo *exprés* , quiero algo estable», pero después terminaba agarrada a los barrotes de la cama con un viejo lascivo que me empujaba la deposición en sentido inverso. Al día siguiente me llamaba de nuevo pero algo se había roto, a mí se me había ido el amor. Me encanta coger y lo gozo como una burra, pero la emoción me dura muy poco. Con Ro es otra cosa porque empecé al revés. Nos enamoramos con la palabra pero todavía no hizo usufructo de mi cuerpo.



## 5 de noviembre

Está amaneciendo. Mi reloj dice que son las seis de la mañana, pero capaz hay diferencia horaria. No sé ni en qué provincia estoy. ¿En el Chaco? No lo sé. Una persona acaba de sacar una bolsa, la pone alrededor del culo del hijo para que cague, luego la cierra con un nudo y la deja en el pasillo del colectivo. Qué bello. Es una imagen que me transmite mucha paz. Yo también tengo daño a nivel anal. Estoy a punto de cagar en una bolsita, mas no lo haré pues soy pudorosa. De a ratos me agarra una especie de calambre en el culo por las hemorroides que tengo. Ay, no sé si debería escribir esto. Geri no contaba estas cosas en *If Only* (o sí).

Tipo once de la mañana el colectivo frena en medio de la ruta, en la entrada a un restaurante.

—Tienen media hora para comer algo o hacer sus necesidades —dice el chofer.

Me paro. Tengo las piernas entumecidas. Agarro la mochila del compartimiento de arriba, la abro y saco la bolsita con papas. Sabía que en veintidós horas de viaje me iba a dar hambre. Bajo del micro y me siento en una piedra mientras todos entran al restaurante. El cielo está despejado y hace calor, pero es un calor seco, no como el de Buenos Aires. Saco una papa y me la como entera. La saboreo como si fuera el elixir más bello. Quisiera tirarme en una pileta llena de papas, tipo pelotero, y comérmelas todas. La papa es noble, podés hervirla mucho y comerla tiernita, o poco y comerla dura. A mí me gusta término medio.

Tengo una sensación rara en el cuerpo. Sé que quiero hacer esto y sé que la alternativa es volver a la vida de siempre, que consiste en estar al borde del precipicio bamboleándome, nunca cayendo ni estando del todo segura. A pesar de tenerlo claro, tengo miedo. Es ese tipo de cosas que o sale genial o sale como el orto. No hay punto medio. Varias veces estuve a punto de dar el salto pero nunca lo pude sostener. Hoy sí quiero sostenerlo y que pase lo que tenga que pasar.

Ni bien termino de comer la papa siento que algo va a explotar en mis adentros, así que corro al baño a dispensarme. Mientras hago sentadilla suena

el celular. Es Ale.

—Ay, amiga, qué oportuna, ¿no tendrías que estar trabajando?

—¿Y dónde te pensás que estoy? No tengo crédito en el celular. Te estoy llamando desde el *call*.

—¡Cortá que si te descubren te van a echar!

—No te preocupes, estoy re tranca *style*. Hablemos de lo importante. ¿Ya lo conocistes, negri?

—No, todavía no. Nos encontramos en unas horas en Jujuy.

—Ay, no lo puedo creer. ¿Y qué onda si no se gustan? ¿Qué vas a hacer?

—No puede pasar eso. No quiero ni pensarlo. Yo sé que él me va a gustar. Ojalá que yo también a él. Si me vieras ahora, amiga. Estoy acá haciendo fuerza para expulsar. Tengo la cara cagada a tiros.

—Ay, amiga, te admiro, ojalá yo conociera a alguien como Rodrigo y me fuera a la mierda. En unos días viene Ashton K. a Buenos Aires y voy a ir a verlo al hotel. Siempre me hirvió la concha ese tipo. Me muero por estar con él.

—¡Sos una zarpada! ¡Cómo te quiero! Ojalá se te dé como con Howie... ¿Howie era? El que nunca cantaba de los Backstreet.

—Sí, amora, Howie. Pero espero que con Ashton sea distinto. Le dije a una amiga que me acompañe. Te voy a mantener informada. Ahora te tengo que dejar porque se está acercando el *team leader*, mandame mail o algo cuando llegues, ¡te quiero!

—¡Yo también! Cuidate mucho.

Corto y suspiro por el alivio que me causa vaciar mis adentros.

En algún momento de la noche el colectivo chocó contra un auto porque el chofer se quedó dormido. No pasó nada porque fue de costado. O capaz sí y murió alguien. No sé. Yo estaba muy sedada y no entendía nada. Me tomé un clona. Solo quería dormir. Por suerte estaba del lado del chofer así que salí ilesa. Eso sí, el pibe que cagó en la bolsa desapareció. O fue abducido por un ovni o salió expulsado por una ventana. Después de un rato nos subimos a una combi enorme hasta que llegamos a la estación de micros de San Salvador de Jujuy.

—Ro, llegué bien —le digo por WhatsApp.

No le cuento lo que pasó para que no se preocupe. Dios, es tan hermoso. Tengo muchas ganas de verlo, abrazarlo y besarlo con lengua.

Después de dos horas me contesta:

—Amor, estaba durmiendo, perdón que no te respondí. Llego en unas

horas. Esto viene muy atrasado. ¡Te amo!

—¡Yo también te amo! ¡TE AMO TE AMO TE AMO TE AMOOO! —le grito al celular.

No nos conocemos y nos decimos «te amo». Ni nos vimos las caras y decimos cosas tan fuertes que solo Axel podría entendernos. Con Rodrigo no me pasó nada de lo que sí me pasó con otros que también se enamoraron de mí. El problema era que nunca podía superar la tercera cita. Al principio me enganchaba de una, ni bien veía al otro y cogíamos rico, pero después de unos días se me pasaba, y cuando no se me pasaba el otro la cagaba poniéndome presión. Una vez salí con uno, Adolfo, que me encantaba. Estudiante de medicina, trabajaba en un *hostel* para pagarse la facu. Lindo, alto, buena dentadura. Un pendejo delicioso. Estábamos bárbaro hasta que me dijo:

—Me siento tan feliz con vos que me incentiva a estudiar más.

Presión, ¡cuánta presión! En ese entonces esas frases significaban «soy débil y dependo de vos», y al lado mío quería alguien fuerte, que no dependiera de mí ni le inspirara a estudiar. Qué boluda que era. El amor es otra cosa. Es esto. Es una dependencia del otro que te empuja a crecer. Con Rodrigo crezco. Bah, no sé si crezco, pero me siento llena, como cuando como papa.

—Estoy llegando.

Un micro estaciona. La gente empieza a bajar. Yo estoy en puntitas de pie mirando, pero de repente se junta mucha gente así que me subo a un bloque de cemento, Moyana total. Me tiemblan las piernas. Tengo las manos heladas pero no hace frío. Me pondría una campera. Siempre que estoy nerviosa me agarra un frío impresionante que no se corresponde con la temperatura ambiente. Cada hombre que veo salir del micro y es blanco, alto, con unos kilos de más, me hace flashear que es Rodrigo. Es un segundo nada más, o una fracción de segundo, cuando la cara asoma por la puerta. Ay, me encanta decir «fracción de segundo». Me siento Einstein. Al toque me doy cuenta de que no es él. Me muero de ganas de que sea él y a la vez no quiero enfrentar este momento. Renuncié a todo. Tengo poca guita, me estoy yendo de viaje con un tipo que no conozco, con el que hablé durante meses por chat. Estoy loca. Mi mamá tiene razón. Soy una enferma que cree que la historia de Jack y Rose en *Titanic* es posible. Tengo treinta años pero no siento que haya cambiado mucho de cuando tenía diecisiete. Ay, virgencita, protegeme. Comienzo a recitar una canción que cantaba de niña: *Osana en el cielo*,

*osana en las alturas, bendito el que viene en nombre del Señor.*

Tengo unos pedos que no puedo más. Aprovecho el ruido que hace el motor del micro para tirármelos todos, impune total.

—¿Amor?

Me tocan el hombro y me doy vuelta. Es él. Agarro fuerte la bolsa con papas y lo abrazo. Exploto en nervios. Libero todo. Me pongo a llorar. Se me escapa un pedo fuertísimo. Él no para de reírse y darme besos en los cachetes. Estoy en crisis total. Debo tener la cara toda roja.

—Sentate, amor, ¿estás bien?

—Sí, sí, o sea, estoy tan nerviosa, ay, Dios, ¿qué estamos haciendo? ¿Querés papa? Estoy cagada de hambre.

Abro la bolsita. Hay un papa que se puso verde en un extremo. Lo arranco de un mordisco, la escupo y me como la parte sana. Le doy una a él.

—No, gracias, hace unas horas desayuné en un restaurante.

Rodrigo sí que tiene guita. No es como yo, que cuento las monedas.

—Comé tranquila mientras voy a sacar los pasajes a Purmamarca y ahí te doy la sorpresa. Hoy empieza nuestra nueva vida, amor.

Se va a la boletería. Me quiero morir. Es un gordo con cara de bueno. No sé qué tenía en Skype que lo veía tan bello, tal vez un filtro de esos que te hace la cara de Susana Giménez. Si yo usé un modulador de voz tal vez él usó algo para la cara.

Me meto en el baño de la estación, me saco la remera y me paso un paño húmedo por las tetas. Estoy muy dañada. Tengo olor a radicheta. Me pongo desodorante en todos lados. Abro el bolsillo chiquito de adelante de la mochila y saco el pastillero. Me mando una para las hormonas. Tengo que tomar dos por día. Una a la mañana y otra a la noche. Si las tomo juntas, como ya intenté un par de veces, quedo con la voz de Tweety durante dos días, estilo «voz de niña» del modulador. El problema es que a veces no puedo tomarlas en ambos horarios porque capaz duermo con alguien que no sabe lo mío.

Salgo del baño. Rodrigo está afuera con sus mochilas y las mías.

—Amor, estás en tetas.

—¿Qué?

Ay, Dios, me olvidé de ponerme la remera. Soy tan puta que duele. Ni siquiera tengo un registro de cuando estoy vestida y cuando no.

—Tomá tu pasaje. El colectivo sale en media hora.

Vamos hasta un banco y nos sentamos al sol. No hace tanto calor como

pensaba. O sea, es el norte. Siempre pensé que la gente acá se cagaba de calor todo el año.

Abro WhatsApp.

—Ay, Ale, no sé qué me pasa. No es tan distinto a Skype pero a la vez sí es distinto. Tiene cara de bueno, de gordo bueno, de esos que te miran mientras dormís.

—Tranquilizate, amiga. Estás en el culo del mundo. No podés hacerte la loca y mandarlo a cagar.

—Pero no me gusta.

—Me dijistes que lo amabas. No se te pudo haber ido todo lo que sentías. Bancá un poco, boluda. Tenés que crecer en algún momento. Ya no da hacer siempre lo mismo.

Cuando Ale me reta así, tan convencida, es porque tiene razón.

Ro me pregunta:

—¿Con quién hablás, amor?

—Con mi amiga Ale, le decía que llegamos bien y ya estamos juntos.

Sonrío y me doy vuelta:

—Amiga, hablamos después, te quiero.

Rodrigo me agarra la mano y no para de darme besos.

—Sos hermosa, más que en las fotos, más que en Skype.

—Vos también.

Nos subimos al micro, nos sentamos y a los diez minutos me hago la dormida. No quiero hablar. Necesito pensar, estar conmigo, salir a caminar, escuchar a Marcela. Me siento atrapada. Tengo que cerrar los ojos y hacerme la dormida para estar sola porque de lo contrario Rodrigo no para de hablarme y preguntarme cosas. Además me da besos en la mejilla a cada rato. Estoy segura de que me está mirando en este momento, mientras me hago la dormida. Ay no, no lo puedo creer. Me está susurrando un pasaje de la biblia. Qué bello. Es como una canción de cuna que me transporta.

—Sandra, tenemos que hablar —dice mi mamá. Voy al living y me siento en la mesa. Tengo doce años. Mi papá está con cara de serio—. Nos vamos a tener que ajustar. Ya no te vamos a dar treinta pesos semanales y no vamos a tener más cable, pero no te preocupes, es transitorio.

Me voy a la pieza y pongo el CD de las Spice Girls. Dijo que era transitorio así que no hay problema. En cualquier momento volvemos a la

normalidad.

Qué pelotuda fui. Nunca fue transitorio y ese momento irrelevante fue el comienzo del fin. Al principio mi papá mandaba currículums y lo llamaban. Cada entrevista yo la vivía como la posibilidad de salir adelante. Durante las horas que mi papá no estaba en casa me relamía pensando en que cuando llegara nos iba a decir que había encontrado trabajo y todo iba a ser como antes. Celebraríamos comiendo algo caro. Pero nunca ocurrió. De a poco la cantidad de entrevistas bajó y la hora en la que mi papá salía de la cama subió, al igual que las peleas con mi mamá. «Eso de al que madruga Dios lo ayuda es mentira. A mí siempre se me ocurrieron las mejores ideas durmiendo», decía. Yo, estúpida, me indignaba, pero en el fondo le creía. Mi mamá se enojaba y lo cagaba a gritos: «Inútil, no trabajás, no hacés nada, solo consumís». Se re sacaba y le gritaba hasta que se le trababa la mandíbula y quedaba babeando con la boca entreabierta. Yo salía de la pieza y se la enderezaba agarrándole la cara con las dos manos y haciendo presión con una. Este problema de la mandíbula lo tuvo desde siempre y yo lo heredé.

A pesar de los gritos, en algún rincón de su corazón, ella también le creía. Todos elegíamos creerle porque no teníamos otra opción. Elegíamos creerle porque si no lo hacíamos teníamos que aceptar la miseria en la que íbamos a vivir los siguientes años de nuestras vidas.

De a poco la comida fue perdiendo calidad. Al año, cuando se rompió el lavarropas, no tuvimos plata para arreglarlo y lavamos a mano por muchísimo tiempo. También me acuerdo cuando una noche mi mamá me dio un plato con carne y ella se sirvió una papa hervida. Me dijo que la carne le había empezado a caer mal y prefería no comer más. Yo era muy chica para darme cuenta de que había elegido que fuera yo la que comiera porque no había para todos. Aunque hayan pasado los años escribo esto y todavía se me pone la piel de gallina. El mundo a veces es hermoso y a veces puede ser el lugar más triste.

## 6 de noviembre

Llegamos a Purmamarca. Es bellissimo. Hay casitas bajas, calles de tierra y muchos turistas. De fondo hay una montaña de colores.

—¿Esto lo hizo el gobierno para atraer turistas?

Rodrigo se ríe.

—No, amor, es natural, lo hizo Dios.

—Si yo fuera gobernadora haría montañas de colores llenas de merca.

Ay, ¿eso lo dije o lo pensé?

—¿¡Qué!?

Lo dije, maldita sea.

Caminamos. Rodrigo me mira como un chico que esconde algo y se ríe:

—¿No te imaginás cuál es la sorpresa?

—No.

—Si los cálculos no me fallan en unos minutos te vas a enterar.

Doblamos en una esquina, después en otra y llegamos a una casa antigua.

—Acá vamos a pasar nuestra primera noche. Ya pagué todo, no te preocupes por eso.

Es una casa espléndida con unas flores hermosas que cuelgan de la puerta, brillantes y vivas. Me acerco a olerlas, cierro los ojos y Ro me dice:

—Son de plástico, amor.

Dos leones dorados me miran desde la recepción.

—Ro, esto debe haber sido carísimo, íbamos a ir a *hostels*, pasar la noche en dormitorios. Si empezamos con hoteles no vamos a llegar nunca a los Estados Unidos de Norteamérica.

—Relajá, hermosa, es solo una noche, nuestra primera noche. Quiero que sea especial. Estuve pensando en esto hace un montón.

Ay, que no lo diga, que no lo diga.

—Hoy te voy a hacer el amor.

Creo que voy a desmayarme.

Entramos, hacemos *check in* y nos metemos en la habitación. Es un lujo asiático. Tiene una tele de 29 pulgadas de primera marca, una cama doble con sábanas limpias y una ventana que da a una plaza llena de artesanos.

—¿Nos bañamos juntos?

—Andá vos primero que quiero ordenar mis cosas.

Odio bañarme con otro. No es por Rodrigo. Es en general. Cada vez que me baño con alguien me tengo que hacer la sexy, la caliente, la que me encanta, y siempre termino igual, con la cara en la ducha, recibiendo el agua hirviendo y el otro atrás abrazándome y frotándose. Yo tengo que gemir para seguir el juego. Pero no hoy. Lo único que me falta es tener que bañarme con Rodrigo.

Mientras se baña aprovecho y me tomo la pastilla de la mañana y le mando audio a mi amiga:

—Ale, no voy a volver. Volver es fracasar. Es volver a lo mismo de siempre. Ya está. No sé cómo voy a hacer pero esto va a tener que funcionar. Voy a estar bien. O no —le grabo por WhatsApp con voz superbaja.

Son las diez de la noche y el calor seco que hacía durante el día se fue. Ahora hace frío y mis pezones lo saben.

Me meto en la ducha y, cuando salgo, las sábanas están corridas y la habitación está vacía. ¿A dónde fue Rodrigo? Revuelvo la mochila buscando ropa interior y escucho pasos. Me doy vuelta y es él, con la camisa desabrochada.

—Este es nuestro momento, amor. Lo que tanto esperamos.

Me agarra las piernas y me levanta y pone contra la pared, tipo película porno. Me besa. Nunca estuve tan incómoda.

—Rodrigo, no estamos en una película porno.

Se ríe y me baja. Nos metemos en la cama. Me da besos, sonrío y me dice que me ama. No deja de repetírmelo. Yo sonrío y le digo que también, aunque me gustaría reventarle el cráneo con una escopeta, como hice con mi tío.

—Te voy a hacer el amor todos los días.

Me muerde el cuello. Lo abrazo. Me empiezo a calentar. O sea, tampoco soy de piedra. Me saca la remera y yo la suya. Tiene pezones grandes y negros. Yo me hice las tetas hace dos años y las tengo un sueño. Se los chupo y eso lo vuelve loco: como todo gordo, es de pezones sensibles.

—Garceame la boca —le digo.

—¿Qué? —responde.

—Nada, nada.

La única esperanza que tenía de remontar la noche era que Rodrigo también fuera un morbosos como yo. Nos sacamos pantalones, medias, ropa



interior. Nos paramos, me arrodillo y le propino un bucal. Sé que soy muy buena en eso. Rodrigo no puede más. Está a punto de explotar.

—¿Me pongo un forro, amor?

—Sí.

Ay, virgen santa, ¿cómo se lo digo? O sea, no puedo coger así. No aún. Se pone el forro.

—Ya estoy listo para amarte.

Lo dice muy feliz, con inocencia. La situación es sexual pero parece una película de amor.

Que Dios y María me acompañen.

Rodrigo me agarra y está listo para entrar.

—¡Pará!

—¿Qué pasa, amor?

No se me ocurre nada que decir. ¿Por qué no pensé en esto antes?

—La primera vez que estoy con alguien me gusta... de manera anal.

Me hicieron reasignación de sexo hace un mes y el médico me prohibió usar la concha hasta que cicatrice.

—¿¡Qué!?! Sos la primera mujer que me dice eso.

—Sí, bueno, pero es que siento que lo nuestro va en serio y quiero entregarte lo máspreciado.

—¿En serio? —Sonríe.

Dios lo bendiga. Es amante del sexo anal.

—Sí, poné nuestra canción mientras agarro el lubricante.

Ro se para, agarra el celular y pone *Amo*. Yo agarro el pomo de lubricante y me lo dispenso vía ogt. Me limpio los dedos en la pierna y le ordeno que entre.

—¿Te gusta así?

—Sí, seguí por favor. La tenés muy tiesa. Mmm... Qué rico.

Mientras me coge, pienso en Hollywood y en la publicación de mi autobiografía. Cuando me entrevisten y pregunten contaré toda la penuria que tuve que pasar. Este momento será como cuando Geri Halliwell fue a sacarse fotos inocentes y terminó en tetas, o cuando fue a un *casting* y la hicieron actuar de perro y ella ladraba y se sentía una pelotuda.

Hay un placer extraño en vivir estas experiencias horribles. No me gustan ni las disfruto al momento de vivirlas, pero cuando pasa el tiempo me encanta saber que las viví. Además, ¿quién quiere escuchar una historia aburrida? La gente famosa siempre pasa penurias antes de ser famosa. Igual, a veces

pienso que es demasiado. O sea, no tengo memoria de un momento de tranquilidad en mi vida, excepto momentitos, como cuando me anoté en la Facultad de Derecho y olvidé por un segundo mi deseo de ser famosa. Nunca olvidaré la primera clase del CBC con los alumnos anotando lo que decía el profesor. Yo me hacía la que también, pero en realidad estaba dibujando un perro que me salió egipcio, pues dibujo fatal y todo me sale en dos dimensiones. Sé que en algún momento voy a mirar hacia atrás, desde un lugar de tranquilidad y dinero, y reiré cuando recuerde todo esto. Hoy no me río una mierda.

Me despierto y estoy dormida en sus brazos. Me siento mejor. Dimos el paso más importante que fue dejar todo para irnos a cumplir un sueño. Voy a ser actriz y cantante de Hollywood, lo sé. No puedo volver a pisar un *call center* nunca más. Ya cumplí mi cuota de fracaso y de no arriesgarme a nada. Necesito un cambio o me voy a morir. Además pude coger con Rodrigo. El resto lo careteo. Hay una realidad: lo necesito. Él tiene más plata que yo, mucha más, y con él voy a poder llegar. Sola no.

—Buen día, amor, ¿cómo estás?

—Como el orto, con ganas de morirme, ¿y vos?

No, mentira, no le respondo eso (o sí).

—Me siento más mujer que nunca, ¿vos? —digo mirándolo con una cara de degenerada que no puedo más.

—Soy el hombre más feliz del universo.

Me encierro en el baño con el celular y le mando un mail a Alejandra.

«Amiga, cogimos vía ogt, ¿podés creer? Ya está. Si pude hacer eso puedo hacer cualquier cosa. Me siento como en una película de Jennifer Lopez, la que hacía de mucama. Bueno, en todas hace de mucama, pues #latina, pero vos entendés a lo que me refiero. En unos días cruzamos la frontera y pasamos a Bolivia. ¡Cada vez estamos más cerca de llegar! Por fa escribirme y contame cómo estás y si viste a Ashton».

## 10 de noviembre

Abro la casilla y me encuentro con dos mails de Alejandra.

Primer mail. Enviado a las tres de la mañana:

«Estoy en el hotel desde las once de la noche. Ya me tomé todo lo existente y Ashton no llega más. Pregunté y me dijeron que está en un festival de música electrónica. Quiero que llegue, chupársela e irme a dormir, no sin antes mear y sacarme este peinado que me estira la cara como si tuviera un *lifting* . Encima ya se fue toda la gente. Cuando llegué a las once estaban todas las mesas ocupadas. Me senté en un silloncito, pedí algo de comer y rogué que no llegara justo en ese momento y me encontrara con toda la comida en la boca, pero después la gente se empezó a ir y quedé sola. No estaban por él, ¿entendés? Ahora estoy solísima y es tan obvio que lo estoy esperando. Igual que te quede claro que no me muevo hasta no verlo personalmente. Me gasté más de la mitad del sueldo en dos tostados y un trago».

Segundo mail. Enviado a las siete de la mañana:

«Acabo de llegar a casa. Estoy molida. Eran las cinco de la mañana y todavía estaba en el hotel. Compré un pedazo de flan con tarjeta de crédito porque no aguantaba el hambre y necesitaba algo que chupara todo el alcohol que me metí y el meo que tenía adentro. En un momento tuve alucinaciones con el baño, pero ni en pedo me iba. Mirá si justo aparecía. El caso es que llegó un punto que dije ya fue, capaz ni viene a dormir y yo estoy acá esperándolo como una boluda. Me fui al baño y después enfilé para la salida del hotel y empezaron a entrar muchísimas personas. Un despliegue de gente impresionante. ;;Y entró él!!! Tenía una gorrita y miraba para todos lados. Hermoso. Simplemente hermoso. Tenía unas gafas puestas y cuando me pasó por al lado se las sacó y vi esos ojos impresionantes. Me dieron unas ganas de bajarle los pantalones y chupársela con todas mis fuerzas. Es mucho más lindo que en fotos. En un momento me miró, fue un segundo pero para mí

una eternidad. Me quedé petrificada. Solo me salió decirle, “*I love you*”, y me puse a llorar mal, ¡¡qué pelotuda!! Le gritaba “*I, Alejandra! Love you, Ashton, youuu!*”. Es lo único que me aprendí en las clases de inglés. Eso y “*suck*”, que es chupar. Los tipos de seguridad se lo llevaron para la habitación y yo enloquecí y le empecé a gritar “*iiiiisuck!!!!*”. Dios, qué ganas de chupársela tenía. Él ni se dio vuelta. Desapareció en el ascensor. Yo me quedé en la entrada, quietita por si volvía a bajar para buscarme. El mozo que me atendió toda la noche se me acercó y me dio un pedazo de torta envuelto en papel y me dijo: “Andá a tu casa y descansá, Ashton se va a quedar arriba”.

Salí del hotel y me quedé afuera un rato por si volvía a aparecer pero no, así que me fui a tomar el bondi y volví a casa. Por suerte no hacía frío. Ay, amiga, me hubiese encantado que pasara algo con él. Estoy devastada. Ya me saqué el peinado de mierda que me hice y estoy lista para irme a dormir. Te quiero».

## 18 de noviembre

A las cinco de la mañana suena *Corazón salvaje* de Marcela Morelo, el *ringtone* que uso de despertador. Estamos en La Quiaca. Hoy cruzamos la frontera con Bolivia.

El *hostel* en el que pasamos la noche es muy feo y me acabo de dar cuenta de que no tiene agua caliente. Hubiese sido bueno saberlo antes de meterme en la ducha desnuda. Salgo del cubículo de la bañera igual que como entré: seca. Termino usando la pileta para lavarme las axilas, el culo y hacerme limpieza de concha con un paño, como me dijo el doctor. Remato tirándome desodorante por todos lados. No es de sucia (o sí), pero no necesito bañarme. El calor de acá no es como el de Buenos Aires. No se transpira ni estando bajo el sol. Mi pelo lo agradece. Mi vagina también.

Salgo del baño y en la habitación está Rodrigo tirado en la cama, vestido, con un chocolate en la mano.

—Amor, mirá lo que te compré.

Es uno de esos chocolates con poema adentro. Lo abro con ganas de metérmelo entero en la boca empujándolo con una papa, pero le veo la cara de romántico total y cedo. Agarro un extremo del chocolate con la boca y el otro lo llevo a su miembro y succiono y a la vez me como el chocolate, babeando todo. Siento un crack en la mandíbula y sé que en cualquier momento se me sale de lugar.

—¿Qué hacés, amor? La idea era que lo comiéramos los dos.

—Ay... perdón.

—Sos rara a veces.

Mastico, muda, mi boca en estado de gozo absoluto.

—Uy, mirá lo que se te cayó.

—¿Qué? —Miro para todos lados.

—El papel que te envuelve, bombón —Se agacha y agarra un poema.

En ese momento pienso en reventarle un ladrillo en la cabeza, mas no lo hago porque, primero, no hay ladrillo, y segundo, lo necesito para llegar a los Estados Unidos de Norteamérica.

—«Desde el día en que te vi, hecha pura belleza, te entregué mi corazón

lleno de dulce firmeza».

—Es bellissimo y muy fino —le digo, emocionada, y le bajo los pantalones y le chupo la pija hasta que acaba, así está calmadito durante el día.

Salimos del hotel y caminamos hacia la frontera. Cuando estaba en Buenos Aires y escuchaba «La Quiaca» me imaginaba que era un lugar hermoso con llamas por todos lados. Bueno, no. Es un pueblo normal y, por lo que dicen, peligroso.

—Amor, ya sé que es raro todo esto. Que me veas así de feliz no quiere decir que no esté inseguro, pero mientras estemos juntos va a estar todo bien.

—Me pasa lo mismo, Ro, pero estoy muy contenta de estar acá y de haber tomado esta decisión.

Lo que digo es cierto. Rodrigo es un amor y cualquier mina daría todo por tener un hombre como él. No sé por qué no me enamoro. Me encantaría, pero no está ocurriendo. Es una lástima pues es superatento y está pendiente de cómo estoy, y la vez que cogimos fue muy rico.

—Tenés un pene delicioso.

—¿Qué?

Ay, ¿eso lo dije en voz alta? Tengo que dejar de pensar tanto. Es que de verdad tiene un pene precioso. Es blanco, sin esas venas horribles que se le forman a algunos, y la cabeza es suavcita. Dan ganas de lamerla.

Caminamos por una avenida y vemos a otros viajeros con mochilas enormes. Nos acercamos.

—Chicos, ¿van para la frontera? ¿Saben el camino?

—Nos dijeron que hay que seguir derecho hasta la plaza y ahí doblar a la derecha. Es cerca.

Les hacemos caso y llegamos. La frontera es decepcionante. Hay un cartel que dice «Bienvenidos a la república de Bolivia», una bandera de la comunidad gay y nada más. Podríamos cruzar sin pasar por ningún control, pero leí en un blog que tenemos que tener los pasaportes con los ingresos y egresos de los países para no tener problemas, así que *hacemos la cola* (jiji). Ro me abraza y me acaricia el pelo mientras me dispenso una papa maravillosa que tiene un sabor salado que no sé si viene de mi transpiración o de dónde, pues no uso sal para no retener líquido. Mientras la como Rodrigo me recita versos de la biblia. Cierro los ojos y por un momento soy la pastora Irma y él el pastor Giménez.

—¡Hey! ¡Qué buena onda! ¿Son pareja? —nos pregunta un argentino y levanta la mano para chocar los cinco.

—¡Hola! ¡Sí! —dice Rodrigo, choca las manos y se abrazan—. ¿Vos viajás solo?

—Sí, pero viste cómo es esto, nunca estás realmente solo. Mirá toda esta gente, loco —Se da vuelta y extiende las manos. Hay una vieja cagando en el suelo, un señor durmiendo, muchos viajeros y otras personas con bolsones de mercadería—. Estamos todos en la misma, buscando amor, viajando, cumpliendo sueños.

Miro a la vieja, en cuclillas, dispensarse un sorullo enorme.

—Con mi amor también estamos cumpliendo un sueño. Queremos llegar a Estados Unidos por tierra, ella quiere ser actriz y como mis papás vivieron muchos años ahí, tengo la Green Card. Nos vamos a casar en Colombia para que podamos estar legal.

—¡Qué buena onda! Pero ¿no van a extrañar el mate, el dulce de leche?

Interrumpo:

—No, claro que no, ¿cómo extrañar el mate cuando tenés esto?

Saco una papa, me la meto entera en la boca y la intento masticar, pero no puedo, es demasiado grande. Ay, no, por favor no. Me empiezan a llorar los ojos y me da un calor tremendo.

—¿Estás bien?

Se me traba la mandíbula y no la puedo mover. Creo que voy a morir. Le aprieto el brazo a Rodrigo. Es la maldición que mi madre me pasó.

—¿Qué pasa, amor?

—Aaaahhuuuuaaa.

—Tragá, así te entiendo.

Las lágrimas me recorren las mejillas. Sería un momento muy emotivo si no tuviera una papa en la boca y babeara.

—Creo que se atragantó —dice el hippie y se pone atrás de mí, me abraza y hace presión en el pecho.

La papa sale despedida y quedo con la boca abierta, llena de baba colgando, la mandíbula a la miseria, desencajada. Ruego al cielo que caiga un rayo y me mate, pero claro que no ocurre. «Dios te da, Dios te quita», decía siempre mi madre ante una situación adversa. En este caso me quita la papa y me da esta cara de pelotuda. Maldito Dios severo.

—Sandra, hablá, ¿qué te pasa? —dice Ro.

El hippie, más vivo, me agarra la cara e intenta cerrarme la boca. Ante mi desesperación por querer hablar y no poder me da un cachetazo que me da vuelta la cara y me vuelve loca de placer, pues soy una morbosa. La

mandíbula se me acomoda. Me seco inmediatamente con las mangas del suéter y me saco todos los hilos de baba.

—Ay, chicos, perdón. Ro, tengo un temita a nivel óseo, a veces se me traba la mandíbula, lo heredé de mi vieja —digo, mortificada. Para mi alivio Ro se ríe y queda todo ahí.

—¿Cómo se llaman, loco?

—Yo soy Rodrigo y ella es Sandra, pero todos le dicen Sandy, ¿y vos? Avanza la fila y quedamos cerca de la ventana de control.

—Patricio, y me dicen Pato, o El Charly, porque me encanta Charly García. —Saca la guitarra que tiene colgada y empieza a tocar *Inconsciente colectivo*. Deja de cantar un segundo y dice—: ¡Delen, loco! Acompañenme.

Rodrigo lo mira, feliz, con los ojos brillosos y se largan al unísono a cantar a los gritos. Yo me uno, corista pero con sueños de crecer y quedarme con la banda.

Se mueren de risa, vuelven a abrazarse y se dicen muchas cosas que incluyen la palabra «loco».

Ro me mira, emocionado, y lo mira a él y dice:

—¿Querés viajar con nosotros?

Lo pellizco. Debe pensar que me cae bien y que estoy en la misma onda. Yo solo me llevo bien con los Moreleros y los fans de Axel, mi ídolo total y por el único que daría la vida.

—Pero no quiero joderlos...

—Tenés una onda buenísima que re va con nosotros, ¿no, amor?

Lo miro con cara de odio.

—¡Genial, loco! ¡Delen! Viajemos juntos hasta que dé, porque su viaje es mucho más largo. Yo creo que me quedo en Bolivia o no sé, llego hasta donde me de la guita.

Llegamos a la ventana de control. No nos revisan las mochilas ni nada. Podríamos tener una bomba o un niño muerto que pasaríamos igual. Nos sellan los pasaportes y cruzamos a Villazón, que parece la villa 31 de Buenos Aires pero *gay friendly*. Está lleno de banderas de la comunidad gay.

—Patricio, nuestra idea es llegar lo antes posible y no podemos quedarnos en este lugar. Nos vamos a tomar un micro, pero si no va con tus planes no hay problema, podés quedarte —digo, rogando que me diga que sí, que se queda.

Me cae mal que esté tan arriba y feliz todo el tiempo. Me parece esa gente que nunca está triste pero cuando lo está se ahorca.



—Nadie se queda en Villazón, es una ciudad de paso, así que mejor salimos cuanto antes, loco.

Dice «loco» una vez más y le tiro un piedrazo.

Son las tres de la tarde y estamos arriba de un mini bus lleno de gente con olor a puerro. Una señora tiene dos gallinas. Sí, gallinas. Está sentadita abrazándolas. Yo estoy muy cerca y no dejo de mirarlas. Me dan pánico. Son lascivas, malas. En un momento la señora se queda dormida, las gallinas cacarean, salen de su abrazo y se ponen a aletear al lado mío.

—¡Ay, Rodrigo! ¡Sacámelas, sácamelas maldita sea! —grito moviendo las manos para todos lados.

Rodrigo se ríe y las agarra, llevando las alas cerca del cuerpo. Claro, él vivió en el interior toda su vida. Chico de pueblo. Está acostumbrado. Yo estoy con el bozo muy transpirado y tengo pensamientos suicidas. Las gallinas están quietas, mirándome, calladitas pero conspiradoras totales. Algo traman.

—Cambíame de lugar, por favor —le imploro a Rodrigo.

Nos paramos y cambiamos. Quedo del lado de la ventanilla y él al lado de las gallinas. Patricio está atrás, dormido. No se entera de nada. Este mini bus es lo más incómodo del universo. No tengo espacio para estirar las piernas, hay mucho olor y encima están esas gallinas que no dejan de mirarme. En cuanto Rodrigo se quede dormido sé que me van a matar.

No sé si Penélope Cruz, cuando se fue de España a Hollywood, viajó en un mini bus con gallinas cagándose y este olor a caldo espeso que me tumba. Creo que no, pero cada historia es distinta. Esta es la mía, Geri Halliwell latinoamericana.

Miro por la ventana el paisaje árido y desértico de Bolivia. Apoyo la cabeza contra mi campera, que a su vez está apoyada contra la ventana. Cierro los ojos. Un pensamiento sin sentido lleva a otro hasta que me quedo dormida.

Oigo un golpe fuerte. Estoy en mi pieza escuchando a las Spice Girls mientras mi papá se emborracha en el living. Pasa un rato y me agarra hambre. Voy a la cocina y lo veo tirado en el piso. Corro a levantarlo pensando que está desmayado pero consciente. Tiene los ojos abiertos. Intenta usar los brazos para levantarse pero no tiene fuerza y no puede. La llamo a mi mamá al trabajo.

—Por favor, vení, no sé qué pasa.

—¿Es grave?

—No, o sea, está sentado en el sillón pero no me habla.

—Quedate con él hasta que salga del trabajo. No puedo irme antes, ya sabés cómo es esto.

Corto el teléfono y me quedo parada. Lo miro. Está ido. Tomó demasiado. Por primera vez me doy cuenta de que esta situación de transitoria no tiene nada.

Mi mamá llega a las pocas horas y le pregunta cuánto tomó y cuánta plata queda. Él no responde nada.

—Necesito que me ayudes. No puedo hacer todo sola —dice llorando.

Yo estoy en mi pieza escuchando todo. La puerta está cerrada pero tengo la oreja pegada al hueco donde va la llave. Quiero no escuchar. Darle *play* al CD de las Spice y hacer de cuenta que nada pasa. Geri también vivió algo parecido. Su papá no trabajaba. O sea, decía que estaba pensando una idea para ganar mucha plata y que no tuvieran que pasar más penurias, hasta que un día, la mamá de Geri se cansó y se divorció. Él murió a los pocos años. Ella siguió trabajando de mucama, y la que finalmente salvó a la familia fue Geri.

Mi papá está sentado en una silla y se mece. Mi mamá le habla y le grita pero él ni la mira a los ojos. En un momento escucho un balbuceo. Miro por la cerradura. Está mi mamá con la boca abierta, babeando. Se le trabó la mandíbula otra vez. Salgo de la pieza y le agarro la cara con ambas manos y se la enderezo con un movimiento certero. Si hago mucha fuerza le podría torcer el cuello y dejarla finadita en el suelo. Una vez me pasó y terminamos en el hospital.

Me meto de nuevo en la pieza y hay silencio. Abro *If Only*. Leo la parte en la que cuenta que la mamá le preparaba la comida para ir a la escuela y le daba ropa que compraba de segunda mano o que le regalaban las amigas. Geri se sentía mal pero sabía que iba a salir de todo eso cuando fuera famosa. Ella sabía. Estaba segura.

No sé qué haría sin Geri. Es la única persona que me entiende. Ojalá alguien le contara que en la Argentina hay alguien que está viviendo exactamente lo mismo.

## 14 de noviembre

Le escribo un mail a Alejandra:

«Bella mía, no puedo creer la aventura que viviste con Ashton. Quiero que me lo describas todo, sus dientes, su pelo, esa cara de atorrante que tiene. Admiro tu valentía. Yo una vez le mandé una carta a Marcela y nunca me respondió. Quedé destruida. Me costó mucho reponerme y volver a quererla bien, sin desearle el mal. Pero después nunca más hice nada porque me daba miedo que me volviera a ignorar. Por eso te admiro. Vos vas hacia tu objetivo. ¿Le blanqueaste a tu novio lo que hiciste?».

## 15 de noviembre

«Amiga, espero que estés mejor. Por favor contame novedades. Ay, Dios, espero que sigas viajando y no estés pensando en dejar ir esta oportunidad. No quiero ser pesimista y sabés muy bien que soy de fierro, incondicional, una leona, pero el tren a veces pasa solo una vez, y esta puede ser la vez que tanto esperastes. Ojalá te subas y aguantes los descarrilamientos.

Ashton es todo lo que te imaginás y más, dientes blanquísimos, perfectos, una sonrisa que encandila, y ese pelo. Cuando entró al hotel lo tenía revuelto, descontrolado, salvaje. Yo me hacía la tranca *style* pero tenía ganas de saltarle encima y acariciárselo y lamérselo todo. Desde que lo vi siento que algo nos une, algo ancestral, y ahora me está costando garchar con mi novio. Igual la careteo. Imaginate si a vos te dieran a elegir entre Axel y Rodrigo. Son dos mundos distintos.

Por acá está todo como siempre, medio embole. Hice un plan para ahorrar guita y hacer algo también. No sé qué. Tengo ganas de vender mercadería por Mercado Libre. Hay gente que se forra de guita vendiendo fundas para celulares y yo estoy acá, en este *call center*, laburando por quince mil pesos. A veces me siento tan mal. Me hacés mucha falta. Antes estábamos las dos en esto, ahora vos despegastes y yo me quedé atrás. Te envidio sanamente, o no sanamente, yo qué sé. Te envidio y punto. Seguro te querés morir. Y ya sé que estar con un tipo que no te gusta es una cagada, pero al menos estás haciendo algo. Yo sigo estancadísima y sola. Quiero un sueño, Sandra. Algo que me motive. Algo que me empuje a hacer algo como lo que estás haciendo vos.

Vas a llegar a Hollywood, acordate de este mail, y cuando seas millonaria me vas a sacar de acá y me vas a llevar con Ashton a cerrar nuestro círculo ancestral».

## 20 de noviembre

En estos días no pasó nada interesante y por eso no escribí. Bah, pasó algo importante para mi salud mental: me deshice de Patricio.

Nos fuimos a la estación de colectivos y le pregunté a un chofer si iba a Potosí. Dijo que sí y le grité a Rodrigo que viniera.

—Subamos que este va a Potosí.

—Dale, le aviso a Pato y vamos.

—Pato ya está arriba, le avisé antes. Se sentó en el fondo para poder dormir.

Mentira. Patricio estaba en el baño de la estación, jiji.

Subimos y nos sentamos en los asientos del medio. Yo del lado de la ventanilla por las dudas que hubiera gallinas. Igual era un micro de verdad, no un mini bus.

Pasaron quince minutos y arrancó el colectivo. Por la ventana vi a Patricio, desorientado, mirando para todos lados.

Chau, loco.

## 21 de noviembre

Potosí es una ciudad hermosa. Salimos a caminar a la tarde y vimos las iglesias impresionantes. Esto en la Argentina no existe. Las iglesias son más normales y no tan fastuosas. Hay un mercado demencial lleno de pasadizos y colapsado de gente donde venden de todo. Nunca vi un lugar así de surtido. Es parecido a La Salada en la Argentina.

Sacando las iglesias, Potosí es bastante pobre. Hasta ahora no vi ni una zona rica en este país. Lo que tiene de bueno es que es muy *gay friendly*. Bolivia en general es así. Debe ser el paraíso para ser gay. Hay banderas con los colores del arcoíris por todos lados.

Ro está en la cama. Yo sentadita en una silla al lado, viéndolo dormir, estilo vieja de *Misery*. Le acaricio el pelo. Parece un ángel. Me da ternura y a la vez ganas de darle un tortazo en los dientes. Me siento pésimo por estar haciendo esto. ¿Estoy jugando con él? ¿Por qué no lo libero y lo dejo ir? Aún no le conté que me operé y que antes de ser Sandra era Sandro. No sé si me podría perdonar. Seguro se replantearía su sexualidad y me diría lo típico: *que todo este tiempo estuvo con un hombre*, aunque mi aspecto sea el de una mujer. Ya pasé varias veces por eso con otros tipos. Es que el cambio no fue inmediato. Primero vino ser gay, que es algo que siempre fui. Cuando era muy chica lo tomaba natural. Jugaba con mis amigos a un juego llamado «Cigarrillo 43», que consistía en taparse los ojos y decir: «1, 2, 3, cigarrillo 43». Mientras lo decía los demás tenían que buscar posiciones y quedarse quietos como estatuas. Luego abría los ojos y tenía que hacerlos reír o moverse. El primero que se movía perdía. Ahí aprovechaba y me frotaba contra Pablo, mi amigo preferido que me volvía loca. Me le ponía adelante y le apoyaba la cola disimuladamente. Me hacía la que quería hacerlo reír pero lo único que quería era que me bajara los pantalones y me cogiera a pelo. También le daba besitos en el cuello. Ahora lo pienso y me pongo colorada de lo puta que era.

Sin Internet ni nadie con quien hablarlo, lo oculté hasta que me hice mayorcita, tipo quince años, cuando empecé a ver en la tele que había más gente como yo. A los dieciocho llegó el momento de contarlo. Mi mamá me

aceptó de una y mi papá me preguntó si me gustaba ponerla o que me la pongan. Cuando le dije ponerla se quedó tranquilo y asintió con la cabeza.

La parte de hacerme mujer fue mucho más difícil, pero esta vez no para los demás sino para mí. Mi mamá ya estaba curada de espanto y mi papá solo podría haberse quejado por medio de la ouija, pues para ese entonces ya estaba muerto.

Al principio pensaba que era algo que se me iba a ir, aunque me la pasara esperando a que mi mamá se fuera para ponerme sus sacones y las blusas ochentosas con hombreras que me hacía la espalda de *Terminator*. El tiempo pasaba y mis ganas de operarme crecían. Cuando empecé a tomar pastillas vino lo más duro porque no era ni hombre ni mujer. Tenía la voz de las tortugas ninjas. Era un híbrido espantoso. También se notó en el cuerpo. Me crecía menos pelo pero igual me crecía. Recuerdo las noches de ir a bailar. Me afeitaba, maquillaba, me iba de casa, y luego cuando salía del boliche tenía la base levantada por los pelos de la barba que querían salir. Parecía un monstruo. Esa transición sí fue difícil. A veces me miraba en el espejo y me sentía bien, pero otras me quería morir.

¿Qué haría si me enterara de que Rodrigo es en realidad una mujer operada para ser hombre? Automáticamente me daría rechazo, lo admito. Yo también tengo el chip convencional que tiene el resto de los mortales. Me gustan solo los hombres. Sería un *shock*, como cuando el filipino, mujer convertida en hombre, quedó embarazado de su mujer, que a su vez era un hombre operado.

Fantaseé con este momento durante muchos años. Siempre quise viajar y cumplir mi sueño de ser actriz. Miraba *Thelma y Louise*, *Reyes o reinas*, *Crossroads*, la película de Britney, pero nunca pude porque no tenía un mango. Ahora lo estoy haciendo pero no me siento lo feliz que pensé que me iba a sentir. Las pocas veces que salí de Buenos Aires lo hice con Alejandra. Nos fuimos a Luján un fin de semana, y otro a Gualeguaychú a dedo. Viajaba en el micro con la cara pegada a la ventana. Nunca había visto tanto verde en mi vida. Sabía que quería eso. Hoy estoy viajando, pero siento algo distinto. Siento que la cagué, que ya no puedo volver a Buenos Aires porque no tengo nada. ¿Qué podría hacer? ¿Encontrar otro trabajo de mierda para seguir subsistiendo? El problema es que todo lo que en mi imaginación funcionaba perfectamente, ahora en la realidad está tambaleando. Nada es tan fuerte ni tan seguro como lo veía en mi cabeza. No puedo volver a Buenos Aires pero tampoco me siento segura de seguir con este viaje.

—Amor, ¿qué hacés despierta?

—Estoy rara a nivel emociones.

—Pero ¿pasó algo? ¿Es conmigo?

Me quedo callada. Es un segundo nada más pero por primera vez desde que empezamos a viajar siento que tal vez él sospeche algo. Soy medio perseguida, lo sé. Años de tomar merca. No hay indicios de que sepa, pero tampoco soy Julieta Prandi, sino un intermedio entre ella y Moria Casán. Ningún hombre con los que estuve creyó que fuera mujer. Al principio sí, pues soy muy femenina en mis modos, pero luego se daban cuenta porque tenía pene y la voz de Silvio Soldán.

Le doy un beso y respondo:

—No, no te preocupes.

—Está bien que te sientas así. Yo también estoy raro. Ayer quise largar todo y decirte de volver e intentarlo en la Argentina. A veces no entiendo por qué tuvimos que irnos. Podríamos ir a Médanos y quedarnos ahí. Tengo una tía que tiene varios locales. Podría pedirle uno para que pusieras tu propia escuela de teatro.

—Pero tu familia ni me conoce y tu vieja es muy jodida.

—A ella la comprás diciéndole que sos una feligresa de la iglesia, como yo. Igual no te decía de ir a vivir a su casa. Podríamos ir a otra que tengo cerca. Es en medio de la nada, un pueblito re chico al lado de Médanos, pero no importa porque lo único que quiero es estar con vos.

—No sé si podría ir a vivir a un pueblo, Ro. O sea, me encantaría pasar mis días con vos y hacer mermeladas caseras y venderlas, pero siento que tengo que hacer esto antes. Necesito realizarme como persona antes de asentarme definitivamente y renunciar a todo lo demás. Y por favor nunca ocultes tus crisis, o que tenés ganas de volver. No quiero que finjas conmigo, negri.

—Es que te veo tan ilusionada y decidida. No pensé que estábamos en la misma.

—Sos buena madera. —Miro al cielo y una lágrima me cae—. En Buenos Aires no puedo hacer esto. Hay muchas más oportunidades en Hollywood pero no te quiero arrastrar. Este es mi sueño, no el tuyo.

Mientras lo digo ruego que no se vaya, y a la vez sí quiero que se vaya, pero si eso pasa no sé cómo voy a llegar a los Estados Unidos de Norteamérica.

—Este viaje lo empezamos juntos y lo vamos a terminar juntos, amor,



además así puedo estar con vos. Y cuando lleguemos a Colombia y nos casemos, vamos a estar juntos por siempre.

—Amén —digo—. Guardaré este momento en un cofre bajo siete llaves, será un bello tesoro. —Ni bien pronuncio estas palabras veo tres banderas gay flameando—. Qué país tan abierto, ¿no?

—¿Por qué lo decís?

—Mirá todas esas banderas gay.

—Amor, es la bandera de Bolivia.

Me pongo toda roja y me voy corriendo al baño a encerrarme, muerta de vergüenza. Aprovecho para higienizarme la concha.

Al rato salgo y entra él. Mientras se ducha abro *If Only*, la autobiografía de Geri, y leo los primeros capítulos, que son los más bellos, pues en ellos Geri era pobre y aún no tenía ni miras de ser una Spice Girl. Para ganar plata posaba desnuda e iba a *castings* donde la obligaban a hacer cosas ridículas. Me gusta pensar que soy como ella y que a mí todavía no me llegó la oportunidad de ser una Spice. Quiero pensar que mi historia va a terminar así, logrando lo que quiero. Pero tengo treinta años ya. No sé si estoy en edad de pegarla. Todas empiezan de jovencitas. Alejandra me diría: «Marcela empezó a los treinta y dos». Pero Marcela es Marcela. El hada de los sueños de Lanús se le apareció y la bendijo. A mí se me apareció La Llorona y me cagó la vida para siempre. Ay, odio cuando me agarra esta negatividad. Sí estoy en edad de pegarla. Esta es mi historia y yo la escribo. Tal vez todo lo que viví fue una preparación para cuando llegue lo bueno.

*If Only* lo leía una y otra vez cuando todo estaba mal en mi casa. No es que ahora esté todo bien, pero cuando murió mi papá, que era algo que no queríamos (o sí), pasó algo que ni imaginábamos: hubo paz. Ya no había más olor a vino en casa, ni ese olor a encierro insoportable porque siempre tenía frío, incluso en verano. Su muerte nos liberó y a la vez nos durmió. Ya no discutíamos ni había grandes peleas, pero también dejamos de luchar. No teníamos por qué hacerlo. Muerto el perro se acaba la rabia, pero esa rabia nos mantenía a todos en alerta, activos. Lo bueno fue que ya no teníamos miedo de quedarnos sin plata para comer. Comprar alcohol dejó de ser necesario.

En esas tardes en mi pieza, sola, antes de que mi papá muriera, agarraba *If Only* y lo leía. Disfrutando cada año de sufrimiento de Geri hasta que llegó el éxito. Esos años de penurias, Dios mío, cómo me relamía leyéndolos.

Yo también hice de todo, como ella. De hecho cuando hice las fotos

tocándome la pija pensaba en que ella había mostrado las tetas y eso no impidió que se hiciera famosa. Muchas empiezan así. Pero su fama llegó rápido. Yo siento que nunca me va a llegar a mí, que todo lo que hago es tirar barriletes al cielo esperando que despeguen, pero nunca despegan. Fui a un montón de *castings* y no quedé en ninguno. Es como si el universo estuviera diciéndome: «Sandra, movete de este lugar porque nunca vas a llegar. Hacé otra cosa». Sé que las historias con finales felices existen, pero son pocas. El problema es que esas son las historias que se vuelven conocidas, entonces creemos que todas las historias son así. Cuando miro programas como *Popstars* me doy cuenta de que no. La mayoría de las historias tienen finales tristes. La mayoría tira barriletes al cielo todo el tiempo, sin éxito, como yo. ¿Estoy intentando algo en vano? ¿Cómo saber la diferencia entre perseverar y darse cuenta de que hay que cambiar de rumbo?

Llego al capítulo tres de *If Only* y se desliza una bolsita con cameruza. ¡Ay, no lo puedo creer! ¡Qué bello! Me había olvidado completamente de esto. Puse una bolsita con tres gramos para una emergencia, jiji. Estoy tan del orto ahora. Si esto no es una emergencia que alguien me explique qué es. Peino una raya en la mesita de luz y miro al cielo, o sea al techo, pues estoy en una habitación, pero eso no impide que despliegue mi capacidad para la metáfora.

—Por vos, mi Gerita.

Cuando Rodrigo sale de la ducha nos vamos a visitar la plaza principal. A medida que nos acercamos escuchamos música.

—¡Amo esa canción! —le digo a Ro y le agarro la mano para ir más rápido. Es una canción del Pity de Intoxicados.

Llegamos a la plaza y nos metemos entre la gente que rodea a los chicos que cantan y tocan la guitarra, y cuando por fin llegamos... ¡No! ¡Ay, Dios mío, NO! Patricio nos sonrío y deja de cantar para decir:

—Loco, denle un fuerte aplauso a mis amigos Sandra y Rodrigo.

Todos aplauden. Me quiero morir. Me acerqué a mi propia muerte, como una polilla. Ay, por favor las metáforas que estoy pelando. Me siento más escritora que nunca. Geri en *If Only* total. Dios me da metáfora y me quita felicidad devolviéndome a Patricio. Pensé que ya estaba muerto, pero no, claro que no. Esta gente nunca muere. Viven hasta los ciento diez años cagándole la vida a todos. Son los viejos que pierden control de esfínteres y esperan a que los visites en el geriátrico para cagarse encima mientras los abrazás. Una sonrío pero por dentro piensa: «Viejo de mierda, cómo me

gustaría sacar una escopeta y llenarte el culo de tiros».

—¡Qué bueno encontrarlo de nuevo, amor!

—Escuchame, Ro, Patricio no es santo de mi devoción. No me gusta — digo a toda velocidad dando saltitos. Inmediatamente me empiezo a reír y digo—: Ay, estoy re dura.

—Debe ser por el frío y la altura, mi vida. Ahora fluí. Si esto pasó es por algo. Es Dios.

—Amén.

Patricio vuelve a dejar de cantar para hablar:

—¡Y con todos ustedes, Sandra!

La gente aplaude y yo no entiendo nada.

—Andá, amor.

—¿Qué? No, ni loca.

Patricio hace un gesto para que me acerque y yo voy, con ese poder que solo la merca te da.

—Sandra es una cantante de Buenos Aires, fuerte ese aplauso.

Ay, no. Justo ahora tengo que cantar que me tomé a la mañana dos pastillas de hormonas y tengo la voz de Tweety.

Agarro un micrófono imaginario y canto. Ro se ríe, todos festejan. Este es mi momento. ¡Se está cumpliendo la profecía! Soy Britney en *Crossroads* cuando cantó *I Love Rock and Roll* .

La gente sigue aplaudiendo y yo canto con pasión y entrega. Un chico me tira una pandereta y me encanta pues me siento una música. La golpeo contra mi pierna siguiendo el ritmo. Rodrigo se muere de risa. Todos me miran y aplauden. Se ríen también, pero no como cuando fui a un *casting* y me hicieron bailar Paulina Rubio y los productores se burlaban porque se me trabó la mandíbula y quedé con la boca abierta y cara de degenerada bailando *Sexy Dance* . Esto es genial.

Cuando termino se me acerca una persona y me da una trenza de ajo. Me la pone alrededor del cuello y yo la recibo, orgullosa, Britney latinoamericana total.

## 25 de noviembre

Patricio pasó de ser un infumable que me generaba ganas locas de darle palazos en el lomo hasta morir a que me caiga bien. No me banco que exagere que es de barrio y que se la pase diciendo «loco». Ni que se ponga esos suéteres tejidos en gama de grises con formitas de llamas. Pero creo que es así, medio pelotudo. No es una pose. Es como un perro con sarna que no lo tocás porque tiene sarna pero a su vez lo querés porque es perro.

## 27 de noviembre

«Querida Alejandra,

Ayer Rodrigo me pidió si podíamos coger por la concha. Dice que nunca conoció a una mujer que esté tan fascinada con el sexo anal. Yo no puedo hasta fines de diciembre. El médico fue clarito con ese tema. “Sandra, es una operación delicada y vas a necesitar extremo cuidado en esa zona. Sexo y masturbación están prohibidos por dos meses”. Yo ya no puedo más. Cada vez que Ro me coge quedo muy caliente, pero no me puedo falangear ni nada para dispensar mi dulce néctar. Él no dice nada, pero algo debe sospechar. O sea, nunca acabo. El otro día me preguntó por qué tengo partes de la concha más rojas. Son las cicatrices que se van recién al año, según el médico. Le dije que me agarró una alergia, que a veces me pasa y se me brota toda la concha. Y con respecto a acabar le dije que casi nunca acabo, y las veces que lo hago son solo gotitas, como una princesa de Disney. Como me miró extrañado, le hice una comparación con la virgen que llora. Ese ejemplo sí lo entendió, pues es católico. A mí me llora la concha.

Hablando de mi vagina, el otro día aproveché que Ro salió un rato a comprar comida e hice un Skype con el médico. Me la miró y dijo que está perfecta. ¡Estoy muy feliz!

Amiguita mía, también debo confesarte que me está pasando algo con Ro. O sea, es buena gente. Siempre me pregunta cómo estoy, quiere que sea feliz y me lee pasajes de la biblia. El otro día me recitaba uno mientras estaba en el baño dándome el raquetazo de mi vida. Fue un momento muy bello. Ay, no te conté, ¿podés creer que escondí tres gramos en *If Only*? Qué visionaria fui. No recuerdo ni cuándo metí la bolsita ahí, pero qué visionaria.

Contame de vos. Te extraño. ¡¡TKM!!».



## 2 de diciembre

Nos tomamos un colectivo que va de Potosí a La Paz. En realidad íbamos a ir a Cochabamba, una ciudad más cercana, pero Ro vio una pegatina que decía JESÚS TE AMA en un colectivo y lo tomó como una señal de que teníamos que subirnos a ese.

Ni bien arrancamos entró una persona a vender trucha frita. O sea, trucha frita. Le saqué una foto y se la mandé a Alejandra. «Amiga, como nosotros compramos chocolates en los colectivos, ellos compran trucha frita». En un micro anterior se subió una persona vendiendo choclos. La comida en Bolivia está llena de sopitas con fideos, sopitas con trozos de verduras, con pan, etc. Yo intenté tomar una sopa hace unos días pero terminé muy dañada. Esa noche no pude coger con Ro porque se me inflamaron las hemorroides y tuve que hacerme un baño de asiento, que consiste en sentarse en agua tibia y rezar para que la hinchazón merme. Él insistió nuevamente con mi vagina pero le dije que no. Ahora cambié el discurso, porque si el culo es lo máspreciado, ¿por qué no le entrego la concha? No tiene sentido. Es contradictorio. Así que le dije que tenía que confesarle algo:

—Hay algo que no te dije. Ay, me da vergüenza.

—Nada de lo que sos debería darte vergüenza.

—Sos como Axel. Esperá que voy a poner nuestra canción para sellar este momento de secreto y confesión.

Agarro el celular y le doy *play* a nuestra canción.

—Amor, te mentí. Para mí el ano no es lo máspreciado. —Hago una pausa y continúo—: No te entregué la vagina porque para mí es como entregarlo todo. Es abrirme completamente a vos. El culo es el asterisco y la vagina es el numeral. No quedan más símbolos que entregar y no te quiero mentir, tengo miedo de que esto se termine.

—Pero hermosa, esto no se va a terminar. Vamos a ser viejos y nos vamos a acordar de este momento y nos vamos a reír mucho desde un sillón, con nuestros hijos, en Médanos.

Cada vez que dice «Médanos» me gustaría que un rayo cayera y lo partiera en dos. Jamás voy a vivir en ese pueblo fantasmal.

—Cómo te cagaría a palos, por favor. No voy a hacer mermeladas caseras, Rodrigo.

—¿Qué?

Ay, ¿eso lo dije o lo pensé?

Lo miro y sé la que se viene. Voy a tener que entregar aunque no esté lista.

Rodrigo me apoya la mano en la cara y sonrío.

—No llores, hermosa, por favor. No te preocupes. Valoro tu honestidad y te voy a esperar hasta que estés lista.

Me emociono y lloro como loca. No es una pose ni actuación. Llora porque estoy con un gran hombre, tan dulce y bueno. Abro la mochila y saco una papa que está dentro de una bolsita toda transpirada. Muerdo un extremo, inclino la cabeza hacia la suya y cierro los ojos. El muerde el otro extremo hasta unirnos en un beso de amor. Medio que mandibuleo pero no pasa nada. Falsa alarma, gracias Dios por no quitarme este momento.



## 3 de diciembre

Llegamos a La Paz. La búsqueda de *hostel* no es fácil porque las calles son muy empinadas y caminarlas con las mochilas se hace imposible, así que me quedo cuidando todo mientras Ro y Pato salen a buscar lugar.

Al rato caen con la noticia de que los *hostels* están llenos, pero Patricio encontró una habitación para tres en un hotel cerca de la plaza principal, donde está la iglesia de San Francisco. No es lo barato que venimos pagando pero este tiene, al menos, desayuno continental incluido. Tengo muchas ganas de comer ese desayuno abundante que me espera. La última vez que comí algo rico fue en esa primera noche en Purmamarca. No me acostumbro a la sopita con fideos que venden acá. Mi dieta se basa en galletitas Rumba y unas obleas que se llaman Mabel's que son un manjar y superbaratas aunque no tienen pinta de tener muchos nutrientes. Ya bajé tres kilos y estoy muy flaca.

## 7 de diciembre

«Bella mía, ¿no sabés cuánto te extraño! Ayer me junté con Candela y llevé un tequila. Nos pusimos en pedo pero le pegó mal y terminó llorando en el suelo de mi casa. Me meó la alfombra, encima. Yo al lado de ella consolándola. No es lo mismo que con vos. No tengo la misma conexión. Le conté lo de Ashton y se me cagó de risa. Me dijo que soy una pelotuda.

El *call* está como siempre, salvo que Juanjo, el de liquidación de sueldos, me empezó a tirar onda. Quería que fuera a la casa y FUI, OBVIO. Me puse un minishort nevado lleno de agujeros que me regaló mamá la Navidad pasada y me queda re de puta.

Cuando llegué a la casa me abrió casi en pelotas. Pendejo divino, tenía unas ganas de garchármelo. Por suerte no tuve que darle el culo, aunque me lo pidió. Pendejo atrevido. Igual me encantó. Cuando terminamos me trajo un chocolate, re tiernis. Yo estaba tirada en la cama tranca *style* como siempre.

Ay, me confunde. O sea, a Matías lo amo pero con Juanjo quisiera encerrarme en la habitación y no salir más. Quisiera unirlos a los dos y hacer un hombre perfecto.

Mañana es nuestro aniversario y Mati dijo que me iba a sorprender. Seguro me lleva a un telo, lo mismo de siempre. Estoy aburrída de que todo sea lo mismo. No pasa nada emocionante, eso es lo peor. No pasa nada ni bueno ni malo. Estoy existiendo y ya, pero no te quiero deprimir porque al menos yo estoy en mi lugar, segura. Vos estás más a la intemperie.

Te cuento que la semana que viene voy con mi amiga Antonela a Rosario. Voy a ir a una guardia aludiendo cagadera explosiva, como hago siempre, así me dan cuarenta y ocho horas de reposo y empalmo con el fin de semana. ¡¡¡Vamos a ver a Diego T.!!! Ya reservamos una habitación en el mismo hotel donde va a estar él. Me muero por cogérmelo. Es tan hermoso. Me compré un vestido *serial killer* mal. Quedé endeudada hasta las tetas con el vestido más hotel más el VIP para el recital, pero de última pago el mínimo de la tarjeta y ya fue. A Mati le dije que me voy a un spa. A un spa de chotas, jiji.

Ay, amiguita mía, ya te queda poco tiempo para poder estrenar esa concha

divina que te hicieron. Escribime pronto. ¡Te quiero!».

## 8 de diciembre

Pato y Ro salieron a averiguar sobre una aventura en bicicleta que se llama «la ruta de la muerte» porque es peligrosa y mucha gente muere. Tienen que subir una montaña y luego bajarla en bici. A mí no me interesan los deportes de riesgo, pues soy mujer (jiji), así que me quedé en el hotel.

Antes de que se fueran nos sirvieron el desayuno continental, que consistía en un pan chiquito, un poco de mermelada, manteca y jugo de naranja. Para mí, fue una fiesta a los sentidos, pero Ro estaba hecho una furia.

—¡Esto no es un desayuno continental! ¿Dónde está Clarita?

Inmediatamente llegó Clarita, la recepcionista.

—Oiga, señorita, ¿usted sabe lo que es un desayuno continental?

—Pará, loco, pobre mina —acotó Pato, pero Ro lo miró con una cara de enojo que hasta a mí logró dejarme calladita, pues no quería que me fajara (o sí).

—Ay, Jesús, cálmese señor. Este es nuestro desayuno continental.

Amo que los bolivianos digan «Ay, Jesús», con acento en la e. Me da pena Clarita, debe tener como mucho quince años, y no puedo creer que Rodrigo haya reaccionado así.

—No vamos a pagar por esto. Amor, soltá ese pan.

Yo ya tenía la mitad del pan en la boca, con la mermelada y la manteca. La mandíbula resistiendo como nunca.

Nos metimos en la habitación sin hablar.

—¿Vamos, Pato? —dijo Ro. Con Pato nos miramos con cara de circunstancia, sin entender por qué tanto enojo—. Tomá la mochila y vamos.

Ro le tiró la mochila y salieron. Me quedé sola, shockeada y excitada por la violencia de Ro. Me recordó a las cosas que me cuenta de su mamá cuando maltrata a la empleada doméstica y lo que le dijo a él cuando se cambió de carrera: «Sos un fracasado que no tendría nada si no fuera por mí».

Siempre que hablamos del tema por Skype me contaba que tenía distintos emprendimientos, desde meterse en política hasta trabajar en la empresa del padre, pero una noche me dijo por WhatsApp: «Conectate ya, amor». Corrí a la computadora, abrí Skype y puse la webcam y el modulador de voz.

«Quiero hacer chipá y venderlos en las panaderías del barrio». Rodrigo tiene familia en Corrientes y es experto en chipá. El problema vino días después cuando le contó a la madre y esta le dijo que no entiende cómo pudo tener un hijo tan pelotudo. Estaba re triste cuando me lo dijo. Lo noté rendido. «La verdad es que tiene razón, podría hacer otras cosas», y no hubo nada que pudiera decirle para sacarlo de ahí. Nunca más volvió a tocar el tema de los chipá. A mí me parecía un negocio fantástico y con futuro.

Salgo a caminar. Voy por un boulevard que debe ser como el Puerto Madero de La Paz. Hay edificios altos que invitan a soñar con una vida de lujo. Yo una vez fui a un departamento en Puerto Madero. Me llevó un hombre que conocí en la calle y estaba forrado en plata: Luciano. El hall de entrada era un sueño asiático. Había estatuas y cascadas.

—¿Tenés la re guita, no? —le pregunté.

Él se rió, galán total. Cuando me preguntó dónde vivía le dije Balvanera, que es lo que digo cuando quiero ocultar que vivo en Once, pero omití comentarle que el departamento era alquilado, chiquito, abarrotado de muebles, y que lo compartía con mi mamá. El suyo, en cambio, era enorme y minimalista. Ni bien entramos nos pusimos a tomar vino del bueno. Cuando se terminó mi copa, miré la suya de manera sinuosa y le dije:

—¿Me das un sorbo?

Fue el momento más erótico de mi vida. Después le chupé la pija y me cogió. Nos quedamos charlando hasta tarde abrazados en la cama. Él me pareció de lo más normal. Aunque tenía plata no lo aparentaba. Me dormí imaginándome al lado de él, siendo su pareja, trabajando en sus negocios, mudándome a Puerto Madero.

Al despertar todo fue distinto. La noche tiene algo que le falta a la mañana: potencial. Todo lo que es mágico a la noche, a la mañana se convierte en estéril.

Esas mañanas después de estar con alguien me hacían sentir vacía. Muchas veces prefería irme en la misma noche, aunque fueran las cuatro de la mañana y estuviera lejos de casa. Quería guardar esa magia. Irme a dormir pensando que nos íbamos a reencontrar alguna otra noche y todo iba a ser igual de especial. Pero esa vez elegí dormir en Puerto Madero. Quise bajar en el ascensor a la mañana y caminar por el hall del edificio, entre las estatuas y las cascadas. Quise que me vieran los vecinos y pensarán que era una de ellos.

Al final todo es más lindo en la imaginación, ya que cuando bajé a la

mañana no me crucé con ningún vecino y el portero lo saludó a Luciano y a mí me dio vuelta la cara. Ni bien cruzamos la puerta de salida nos saludamos con un beso en la mejilla, él se fue y me dijo:

—Hablamos.

Yo caminé al lado del río, despeinada y con un poco de frío. Eran las siete de la mañana y había mucho viento. Nunca entendí por qué la noche tenía que terminar. Por qué no podía ser eterna.

Al llegar a casa mi mamá estaba haciendo cuentas y me pidió si ese mes no podía darle más plata del sueldo porque no llegaba a pagar la comida. Le dije que sí. Inmediatamente me fui al baño y lloré con mucha fuerza. Me sentí sola, vacía, sucia, pobre, con una vida de mierda. Quise desaparecer. Dejar de sentir tanto sufrimiento. Me encerré en mi pieza y leí *If Only*.

Camino por ese boulevard unas cuadras y veo a una Bolivia distinta, menos pobre pero igual de pobre. Es raro. Esta zona es, teóricamente, rica, pero no parece. Es como Flores pero sin tanto descontrol de gente. En un momento paro para comer unas obleas Mabel's y me siento en un banco a disfrutar del sol. La gente que pasa me mira porque soy blanca. A medida que me alejo de Buenos Aires me convierto en «la gringa». Me miran con la misma cara que yo miraba al chico de Puerto Madero. Creen que soy una privilegiada y se preguntan por qué no pueden ser yo.

Un señor de unos cincuenta años se sienta al lado mío.

—Usted no es de acá, ¿no cierto?

—No, vengo de Buenos Aires.

—Me di cuenta, pues es blanca, chica. Tengo familiares viviendo en Buenos Aires.

—Ay, señor, dice «pues», igual que yo. Debo tener algún ancestro boliviano.

Me mira de arriba abajo y dice:

—No creo, señorita.

Yo estoy blanca albina, dañada a nivel espiritual mas no físico. Él es bajito, de piel morena y un poco arrebatada por el sol. Viste traje. Tal vez sea adinerado pero no lo sé, pues acá pobres y ricos lucen igual.

—¿Cómo se llama, buen hombre? Yo soy Marcela.

Siempre quise llamarme Marcela.

—Quispe Mamani.

—Señor Mamani, me gusta cómo suena, como un maní que a la vez es madre.

—Puede usarlo si quiere. —Se ríe, pícaro—. Marcela Mamani, ¿le gustaría?

Cierro los ojos:

—Sería un sueño dorado.

—¿La puedo invitar a cenar?

—¿Sopita con fideos?

—Lo que usted quiera, solo dígame cómo la contacto.

—Anote mi e-mail y pásame la dirección del lugar. Voy a estar chequeando más tarde.

Mamani saca un papel de su maletín y anota. Seguimos hablando un rato más hasta que dice:

—Se me está cumpliendo la hora libre, debo volver al trabajo.

Se para, me saluda con la mano y se va contento.

Acabo de coquetear con un tipo. Sí. No es mi imaginación. No sé ni por qué lo hice. O sea, no va a pasar nada. Hoy a la noche voy a estar con Rodrigo (o no). Ay, necesito hablar con Alejandra. Abro WhatsApp y grabo un mensaje de voz que se enviará cuando agarre Wifi en el hotel.

«—Amiga, ¡conocí a un tipo! Nunca pensé que iba a conocer a alguien viajando con Rodrigo. Ay, Dios. Todo es distinto a como lo imaginé cuando estaba en Buenos Aires. Ahora no sé qué hacer. O sea, no es que me estoy planteando dejar a Ro, además este bello hombre que conocí hoy no hizo que mi corazón galopara como el de Marcela en la canción *Esperar por ti*, pero me hizo sentir mujer. Me invitó a cenar sopita y no voy a ir. No quiero hacerle esto a Ro. Me da culpa aunque no debería, pues no lo amo».

Bueno, ¡TKM! Perdón que no te respondí el mail pero nunca estoy sola y tranquila.

Sigo caminando por el boulevard pero me aburro y vuelvo al hotel. Clarita me ve y se esconde atrás del mostrador. Mi sol, debe pensar que la voy a fajar.

—Clarita, salí de ahí, ya te vi.

—Buenas tardes, señora.

—Holis, bella, ¿me traes uno de esos panes tan ricos como el de hoy a la mañana? Llenámelo de mermelada, por favor, no seas angurrienta.

Me siento en la recepción a disfrutar de la comodidad de este sillón de lujo. Cuando llega el pan lo como gozándolo como una burra. Luego de un rato escucho:

—¡Amor! No sabés el precio que conseguimos para hacer la ruta de la

muerte.

Es Ro. Llega y se sienta al lado mío.

—Nos hicieron descuento porque éramos tres. Conocimos a un brasilero que va a venir con nosotros. Nos vamos mañana todo el día.

—Qué bello lo que me contás, ¿a qué hora salen?

—Tipo siete nos pasan a buscar y volvemos a la tarde.

Vamos a la habitación y nos besamos apasionadamente. Hay algo que me calienta de Rodrigo, y es que me toca con unas ganas que mamita. Recuerdo cuando estuve con un señor del *chat* llamado Rufus Act que tenía los dientes de Leevon Kennedy y la cara del general Perón. Un viejo exquisito de sesenta y cinco años. Físicamente no era lo que se dice comúnmente un pavo real sabroso, pero me tocaba con unas ganas que me hacía delirar. Su dentadura postiza y su cuerpo ajado por el tiempo pasaba a segundo plano. Su pene era como un vino añejo, pero de los malos. Tenía un color morado, como un chorizo a medio cocinar. Yo me lo metía en la boca entero y lo deglutía igual. Él no paraba de gozar. Y me tocaba el culo con los dedos gruesos hasta llegar al ano. Lo masajeaba y yo entraba en el reino de los cielos. «Dios, gracias por este regalo, amén», le decía, y me metía la pija en la boca. Luego Rufus Act me cogía de manera salvaje. A veces me dañaba si tenía las hemorroides medio florecidas, pero siempre me dejaba satisfecha.

Rodrigo me toca con ganas también, pero la cara de gordo bueno no se le va con nada.

Cuando terminamos me quedo sobre su pecho. Él se duerme casi al instante. Yo vigilia total. Me fijo la hora y son las diez de la noche. ¿Qué estará haciendo Quispe Mamani? Ay, me recuerda a Rufus Act pero sin la cara de Perón. Quispe es más parecido a un ser de la naturaleza, estilo *El Señor de los Anillos*. Tengo ganas de verlo, pero me da pena Ro. ¿Qué hago? ¿Qué haría Geri en este momento? ¿Qué me dirían las Spice Girls? Cuando estoy frente a una decisión importante me imagino a las cinco Spice juntas, conmigo, alentándome a más.

Hay una luz que se mete por la ventana. ¡Es Emma Bunton! Me dice:

—Tu mamá es tu mejor amiga.

—Emma, hablás perfecto español —le digo mentalmente.

De atrás sale Geri y me dice:

—Ponete ese jean que te marca el papo y andá a tomarle la sopita a Mamani.

—Ay, bellas, gracias. Siempre con la palabra justa. Pueden ir en paz.



Gracias.

Me deslizo suavemente hacia abajo y salgo del abrazo de Ro.

—Amor... —balbucea, pero no dice nada más y tampoco abre los ojos.

No le respondo pues no quiero que se despierte del todo.

Agarro un jean, mis sandalias con corazoncitos, la cartera y me preparo para salir. Abro la puerta despacio y hace un ruido tremendo, así que la abro de un tirón y salgo. Me doy vuelta y miro la cama. Rodrigo se mueve. Me quedo quietísima. Patricio parece muerto. Ni se inmuta. Silencio. Cierro la puerta. Paso unos minutos muda, atenta a ver si hay algún ruido, pero no.

Bajo las escaleras y llego a la recepción.

—¿Clara?

Toco la campana y nada. La recepcionista no viene. Me meto en la computadora que está en su escritorio y abro mi mail. Cuando me siento, el jean me abre el papo y siento tocar al niño Jesús con las manos. Si fuera mujer y virgen hubiese perdido la virginidad en este instante.

De: Quispe Mamani

Para: Marcela

Buenas tardes, señorita. La esperaré en mi casa a las once de la noche para compartir historias y aventuras.

Deseo verla.

Suyo, Mamani

Anoto la dirección y salgo del hotel. Las calles están desiertas y me da miedo. Nunca estuve en un lugar así. Es como caminar por Once de noche. No, peor. Es como caminar por Av. Paseo Colón de noche. Apocalíptico, lleno de gente durmiendo en la calle. Entro en un kiosko y pregunto por la dirección.

—Está lejitos, mijita, camine derecho nomás hasta llegar a un edificio alto, luego vuelva a preguntar.

Al principio camino por la vereda pero luego lo hago por la calle por si aparece alguien, así puedo salir corriendo si me vienen a robar. Eso lo aprendí a los dieciocho años, cuando quería ir a bailar pero no tenía un mango, pues lo único que conseguía mi madre eran diez pesos por día. Ella me pedía que tomara el colectivo y no caminara, pero yo le respondía que me hacía bien a las piernas, que no era por la plata. Claro que era por la plata.

Teníamos diez pesos y mi papá se gastaba cuatro en vino. Yo no iba a gastar un peso con ochenta centavos en colectivo. Era demasiado. Mi mamá se lo creía lo de caminar. Yo también le creía lo que me decía, como por ejemplo que no compraba carne porque nos caía mal. Siempre cenábamos una torta casera de vainilla. Tenía dieciocho años, no doce, pero le creía, al igual que ella me creía cuando le decía lo de caminar. Elegíamos creernos porque la verdad era muy triste.

Cuando estaba en la casa de Luciano, el chico de Puerto Madero, me preguntaba si él habría pasado por algo así. O cuál sería su lucha, porque todos tenemos una. Y lo envidiaba. Quería ser él. Quería gustarle, que se enamorara de mí, porque de esa forma tenía esperanza de parecerme a él, pero solo duró una noche. Lo único que quería era no tener problemas de plata. No tener que comer torta de vainilla de cena, no tener que caminar treinta o cuarenta cuadras de noche porque no podía pagar el colectivo.

Toco el timbre.

—Ya voy —dice Mamani.

A los pocos minutos abre la puerta. Tiene puesto un pijama de Batman con unas pantuflitas que me remiten a un hogar a leño, con chimenea, en Minnesota. Me agacho para saludarlo pues es muy petiso. Más que cuando nos conocimos. Debe ser que siempre estuvimos sentados.

—Qué alta es, Marcela.

Su departamento se parece al mío de Once, pero de corte presidencial. Tiene un sillón cubierto con una tela que imita a una vaca. Hay un candelabro que cuelga y las cortinas de las ventanas son pesadas, como si fueran de telón de teatro.

—Póngase cómoda, por favor.

Me siento en el sillón, Mamani se va y vuelve con un plato lleno de sopita. No tiene nada. Es sopita pelada. Me meto la cuchara en la boca.

—Esta sopa es un sueño.

—Lo mejor para usted. Es la preferida de mi señora esposa.

—Mamani, ¿está casado? No puedo creerlo.

Bueno, tampoco es que no puedo creerlo. No es lo más inesperado del mundo. Es como cuando muere un viejo y dicen: «No me lo esperaba». O sea, el viejo tenía ochenta y nueve años. Lo que no me esperaba es que siguiera vivo.

—Pues sí, señorita, casado pero no atado, ¿y usted? ¿Tan bonita y soltera?

—Sí. Viajo con dos amigos.

Esto está mal. Pésimo. ¿Por qué lo hago? Me acuerdo cuando me cagaron. Fue horrible. Había salido con Mariano por más de un mes, récord total, y un día fuimos a bailar, nos desencontramos y cuando lo volví a ver estaba dándose besos con alguien. Devastada me fui del lugar y ni bien salí, miré al cielo y una lágrima me cayó por la mejilla. Estuve leyendo *If Only* durante tres semanas para salir del pozo.

—¿Y no le gustaría a esta señorita tan linda estar con un hombre como yo? —Me saca el plato de las manos y me da un beso.

Tiene aliento a sopita. Yo también.

—Sáquese el calzado y muéstreme los pies.

Cuando le muestro los pies los agarra con las manos y se los lleva a la boca.

—No, no, ¡que vine caminando mucho! Tengo el talón rajado.

No me hace caso y me empieza a lamer las plantas y los dedos. Me mira fijo. Es la primera vez que me pasa esto, y eso que tuve experiencias raras. Una vez estaba en la cama con un chico que me pidió que abriera la boca y me la garceó. Debo admitir que fue bellísimo. Ese día descubrí que soy una morbosa.

—Tóqueme con los pies mientras la beso, tóqueme. —Me da un beso profundo.

Como puedo lo abrazo con las piernas. Intento tocarlo con los pies pero es muy difícil. Solo alcanzo a hacerlo con los talones. Él se levanta un poco la remera así le toco la piel, y cuando lo hago gime de una forma tan placentera, como si estuviera vislumbrando al niño Jesús.

—Pídame lo que quiera y lo haré.

—Decime Marcela...

—Claro que sí. —Me mira con cara de depravado y gime—: Marcela. ¿Le gusta así?

Se baja los pantalones y desenfunda el pene, que es como un maní quemado. Chiquitito y negrito, pero bello a su manera, como un niño con el cuerpo atrofiado.

—¿No quiere decirle algo? —Se señala el maní.

Le agarro el capullo, lo miro fijo a los ojos y le digo:

—Decí las palabras mágicas.

—Marcela —susurra.

—Otra vez.

—M A R C E L A.

Esa palabra desencadena un sinfín de emociones en mí, todas me llevan a brindarle un bello momento de placer a ese maní tan exótico.

Luego de un rato me dice:

—Estoy listo para entrar.

—Hay algo que tengo que decirte antes. Cuando alguien me gusta en serio me gusta entregarle lo máspreciado.

—¿Su corazón, mi reinita?

—No, el culo.

Lo digo y aparece automáticamente Rodrigo en mi cabeza y esa noche en Purmamarca cuando me quería matar pero a la vez sabía que tenía que hacerlo.

—Pero ¿no prefiere hacerlo por la otra puerta?

—Es que me gustás en serio.

No estoy enamorada de Ro pero dejó todo por mí y por mi sueño. Dios, ¿qué estoy haciendo?

—Como quiera, señorita.

Abre un cajón y saca un forro. No sé qué hacer. Quiero irme. Ya está. No me interesa estar acá. Se pone el preservativo y me quiere dar un beso. Le corro la boca para no enamorarme. Se frota contra mí, me da vuelta y me apoya. Me cierro a nivel anal.

—¿No está relajada, mi amor?

Ay, ¿por qué dice «mi amor»?

—Perdón, no sé qué me pasa.

Saca su miembro y me lame los pies, pero ya no es divertido.

—Mejor veámonos mañana, por favor.

—¿Pero qué ha pasado?

Agarro mi ropa y me empiezo a cambiar.

—Nada, pero quiero estar lista y hoy estoy cansada.

En silencio, él se levanta el pantalón de Batman y se pone la remera. Bajamos en ascensor y me abre la puerta. Toda la buena onda que tenía desapareció. Me saluda fríamente y cierra la puerta.

Son las cuatro de la mañana y estoy sentada en la calle escribiendo esto. Hace mucho frío pero no sé cómo volver al hotel y a la cama donde está Rodrigo. ¿Y si se despertó y no me vio? Tengo que volver. ¿Cuál sería la otra opción, si no? A los veinte años salía a bailar con unos amigos y desaparecía de casa durante todo el fin de semana. Me quedaba a dormir en la casa de algún tipo, luego me juntaba con mis amigos, íbamos a bailar de nuevo, y ahí

ya sí tenía que volver porque era domingo, y los domingos siempre me pegaban mal. El fin de semana era como la noche cuando conocía a alguien que me gustaba. Quería que fuera interminable, pues todo era bello cuando estaba arriba de un parlante bailando *Aserejé*. Sabía la coreografía a la perfección porque siempre tuve facilidad con la danza. Casi siempre conocía a alguien y nos abrazábamos mientras bailábamos, nos dábamos besos y reíamos. Después pasábamos la noche juntos. En esos momentos me sentía plena. Sabía que tenía que volver a casa en algún momento, pero parecía que faltaba una eternidad para que llegara la hora. El problema es que tarde o temprano la hora llegaba y tenía que volver. Y todas las mentiras que decía en el boliche se caían. Ya no trabajaba, ni había ido a bailar en taxi, ni iba a la universidad. Esos domingos de madrugada cuando caminaba desde el boliche hasta mi casa eran de una profunda soledad. Sabía que el lunes iba a ser igual al domingo, y que mientras todos hacían sus vidas, yo me la iba a pasar soñando con ser famosa.

¿Cuál es la otra opción si no vuelvo al hotel? No hay. La otra opción es la muerte.

Ay, qué trágica.

Me paro y camino hacia el hotel. Las calles están vacías pero, a diferencia de antes, hay gente tirada durmiendo. Gente bien vestida, con las billeteras a la vista. Recuerdo que en la frontera nos avisaron que Bolivia era peligroso y ahora entiendo por qué. No es que te roben, sino que acá se maman y terminan desmayados en el suelo. Es fácil robarles. Igual las calles dan miedo. Todo parece que está por venirse abajo, y hay tantas subidas y bajadas que si te vienen a robar es casi imposible escapar. Con tres mil metros de altura, cada paso me cansa como si fueran mil, y cada subida se siente mucho.

Llego al hotel tipo seis de la mañana. El frío es cada vez peor. No paro de temblar. Siempre creí que el clima de Bolivia era tropical, estilo Caribe pero sin playa. Nada que ver. Abro la puerta de la habitación y veo que Pato y Ro aún duermen. Me saco las medias y me froto los pies. Siento la saliva seca de Mamani. Me meto en la cama.

—¿A dónde fuiste? —dice Ro.

—A caminar un rato, no me sentía bien.

—¿Afuera no es un pandemónium de gente?

Me encanta cuando habla difícil.

—No, amor, es de madrugada, dormí.

## 10 de diciembre

Pato y Ro se fueron a hacer la ruta de la muerte y yo estoy sola. Me iría a caminar por ese bello boulevard símil Puerto Madero pero me da cosa ponerme esa pollera de jean nevada que me hace tan sensual y puta. No quiero exponerme a la tentación otra vez. Además me da miedo encontrarme con Mamani.

Es hora de llamar a mi madre. No hablamos desde que empecé a viajar. Ay, Dios, ¿y si reacciona mal? La extraño un montón y no hay nada que quiera más en el mundo que verla bien.

Salgo del hotel y voy a un locutorio.

—Deme una cabina, buen hombre —le digo a la persona que atiende con el bozo transpirado.

—Como diga, señorita.

Su acento tiene tintes españoles.

Entro en un cubículo ínfimo y marco.

—¿Hola?

—Mamá, soy yo.

—Sandra, hija, ¿dónde estás? —dice agitada.

Me desarmo. No le puedo responder. Quiebro en llanto como nunca desde que empecé este viaje. Tantos sentimientos contenidos.

—En Bolivia, pero estoy bien, perdoname. No te podía contar. No me ibas a entender, y estaba re nerviosa, tenía miedo de que cualquier cosa que dijeras me tirara abajo.

—Pero me dejaste sola, sin saber a dónde te fuiste. Me desperté con una notita en la heladera.

—Mamá, no me hagas sentir culpable. No supe manejarlo.

—No estoy bien. Te extraño mucho.

—Ya sé.

Cubro el tubo. No puedo más. Me lloro todo. Quisiera ser otra persona. Alguien como Luciano, el de Puerto Madero. Alguien sin problemas.

—Mamá, te amo.

—¿Qué voy a hacer acá sola? ¿Cuándo volvés?

—No sé, mamá, no sé.

—Siento que me dejaron a la deriva, tu papá primero y ahora vos. No tengo un para qué levantarme.

Siento el peso del mundo sobre mis hombros. Ay, re exagerada. Sé que tiene razón pero tampoco puedo frenar mi vida para que no se sienta así.

—Perdoname, pero es tu lucha, no la mía. Tenés que aprender a vivir sin papá y ese camino solo lo podés caminar vos.

—Pendeja, dejá de hablarme como un sorete. ¡Soy tu madre!

—Ay, ya empezás. Esto es un pandemónium y no se puede hablar bien con vos. Ojalá que sanes. —Punto para mí por usar palabra difícil. Me empieza a gritar así que alejo el tubo del teléfono—. Ma, te voy a llamar pronto. Te amo. Nunca dejes de soñar. —Corto.

Mi madre, a veces, es la persona más comprensiva en el mundo, o sea, cuando me convertí en Sandra me apoyó, incondicional, pero en cuanto le digo algo que no le gusta se cierra y explota. Igual me parte el alma saber que está mal. Sé que si le contara a alguna amiga que le respondí «es tu lucha, no la mía», me diría que soy fría y mala hija, pero no es cierto. Cada uno tiene su lucha. La mía es esta: me convertí en mujer y estoy cada día acercándome más a mis sueños, y la de ella es superar la pérdida de papá y salir adelante. Por más frío que suene, no puedo estancar mi vida para ayudarla, pues la única con la llave para abrir la puerta es ella.

Una vez una amiga me dijo:

«De vez en cuando nos toca ser las que damos el golpe. No es una situación cómoda ni ideal, pero a veces tenemos que ser las malas de la película para cortar con una situación que no es sana para nadie».

Ella se refería a una relación con un tipo que la amaba pero la engañaba, hasta que se cansó y dio el golpe: cortó. Ella tuvo que ser «la mala», la que sacó la curita de un tirón. Yo me siento igual, pero la culpa me acecha. Quisiera dividirme en dos y dejar una parte en Buenos Aires con ella y otra acá, pero no puedo, y además sé que si vuelvo a Buenos Aires no voy a arreglar nada. Yo voy a terminar infeliz y mi madre va a seguir mal, pues, como ya dije, la llave para salir adelante la tiene ella, no yo.

Salgo de la cabina, movilizada pero entera, y vuelvo al universo Bolivia. Hablar con mi mamá me transportó a la Argentina. Por un momento sentí que estaba allá.

Le pago al chico que atiende y le pregunto:

—¿Dónde están los lugares culturales? Museos, shoppings...

Él me mira, se ríe y no dice nada. Es que desde que llegué acá que no veo ni una librería. Ni hablar de supermercados. No hay. Se compra todo en la calle, y en la calle solo venden sopita infernal. No expondré mi cuerpo a ella. Prefiero vivir a Rumba y Mabel's.

¿Qué estará haciendo Luciano? ¿Se acordará de mí? Obviamente no. Debe estar caminando por el hall de su edificio, viendo las estatuas, comiendo pavo asado.

A la semana de habernos visto aquella vez en su casa, me volvió a escribir.

—Linda, ¿cenamos?

Le dije que sí e inmediatamente me acordé de que le había dicho que si había otra cita, iba a ser en mi casa. Le dije que vivía sola y un montón de otras mentiras para no sentirme menos. Obvio que lo quería ver, así que le pedí a mi mamá que se fuera a dormir a la casa de alguna amiga. Cuando me quedé sola saqué todo rastro que hiciera pensar que vivía con mi familia. Escondí un portarretratos donde mi madre pone fotos de todos los animales difuntos que tenemos, mi foto de la comunión, adornos varios. Metí todo en la habitación de ella y cerré la puerta con llave. Me fijé la hora. Nueve de la noche. Quedamos en vernos a la diez así que corrí a la cocina, puse el agua para los fideos y destapé un Frizze. Quería que la noche fuera especial.

Cuando llegó lo atendí como un rey. Pusimos unas banquetas en el balcón y cenamos ahí, a la luz de las velas. Fue muy romántico y erótico a la vez. Puse un compilado de baladas para que acompañara ese momento.

—Mañana me tengo que levantar temprano para ir a una reunión.

Tenemos que cerrar un negocio con una droguería.

—Qué bello... ¿Sos narcotraficante? —le digo, enamorada.

Escupe todo y responde:

—No, no, una droguería vende remedios.

—Ay, pensé que vendían droga. —Hago fondo blanco con el vaso del Frizze.

Voy adentro a subir el volumen del CD.

Le doy la mano para que se acerque a bailar. Quedamos pegados, mudos. Él no emite palabra.

—Me gustás mucho —le digo, mirándolo fijo—. ¿Creés que le podemos poner fichas a esto?

—Vamos más tranqui. La estamos pasando bien, ¿no? —Me hiere. Cada palabra suya es una daga que penetra mi piel y la daña—. Sigamos así y



después vemos.

Desesperada, corro a abrir un cofre donde tengo marihuana y se la muestro.

—Es de la prensada, hace mil que no fumo de eso. Nunca me pega —dice.

—Pero esta es paraguaya, no sabés cómo pega.

En realidad no tengo idea, pero Alejandra me dijo eso cuando me la vendió y yo repito como loro, como cuando hay niebla y digo: «Esto es clima londinense», porque una vez escuché en la tele que en Londres siempre hay niebla.

Enciendo un porro y lo fumamos mientras suena una balada ochentosa. Él mira su celular, yo fumo como si el mundo fuese a acabar. No desperdicio ni medio yuyo. Quisiera darle un beso, pero él está hipnotizado mirando el teléfono.

—Amor, ¿no querés hacer algo más interesante? —le digo.

—¿Algo como qué?

—No sé... —Le toco el bulto y le aprieto las bolas.

Ale me dijo el otro día que algunos hombres tienen ahí el punto G.

Luciano cierra los ojos y hace una mueca rara, medio deforme, como cuando se le traba la mandíbula a mamá.

—¿Qué estará haciendo ahora Geri? —le pregunto.

—Sandy, me parece que mejor me voy, ¿no?

—¿Qué? No... ¿Por qué?

—Está todo bien, pero mañana me tengo que levantar re temprano para la reunión. Te prometo que arreglamos para vernos la semana que viene.

Siempre me pasa lo mismo. Nunca duro con nadie. Qué frustrante. Tantas historias de amor inconclusas, tantos sueños perdidos.

—¿Por lo menos me dejás chupártela un rato? —le digo, más explícita, abandonando las indirectas.

Se ríe y responde:

—Mejor me voy.

Salimos de casa y nos metemos en el ascensor. Este no dice: «Bienvenidos a la planta baja», como el de su edificio. El mío baja y sube con solo apretar un botón, sin importar si la puerta está cerrada o abierta. Cuando estoy muy apurada directamente dejo las puertas abiertas y bajo y subo, tipo ascensor de cargas, pero cuando hay visitas cierro bien las puertas para disimular.

Caminamos por el hall de entrada, que tiene un arbolito de navidad del año pasado, chiquitito, con dos borlas y la estrella inclinada, pero resistiendo,

vivo, esperando al mesías.

—Tengo el presentimiento de que nunca más nos vamos a volver a ver — le susurro en el oído, al borde del llanto.

—No digas eso. Hablemos, ¿dale?

Le abro la puerta, me da un beso en la mejilla y se va.

Nunca más lo volví a ver. A los diez minutos de despedirlo entro al WhatsApp para ver si está *online* y a qué hora fue su última conexión, investigadora de la CIA total, pero ya no aparece su foto. Me bloqueó.

Abro Grindr, mi salvavidas del amor, y activo el GPS para que encuentre hombres de la zona. Hablo con varios pero nadie quiere concretar. Muchos «hola, ¿cómo va?», pero nada más. Hasta que aparece Pedro, un hombre de cuarenta y seis años, enfermero.

—Hola, hermoso, ¿buscás papi? ¿Qué te va?

—Busco un hombre que me proteja, me mime y me cuide.

—Yo soy ese macho que buscás.

—¿Vivís solo?

—No, con mi mamá.

—Y contame, cerdo, puerco, ¿qué estás buscando?

—Alguien como vos.

Que pin que pan, terminamos en un telo cogiendo. Bueno, no. O sea, sí vamos al telo que está cerca de facultad de Medicina, por Larrea. Entramos y empezamos a besarnos apasionadamente. Él es muy gordo y eso me gusta aún más. Me encantan los hombres así, grandes y maduros, que me posean. Nos recostamos y nos sacamos la ropa. Inmediatamente lleva mi cabeza hacia su sexo y me pide que le chupe «el falardo del gordo pijón». Así llama a su pene. Y yo lo hago, pero es como darle besitos a un bebé recién nacido. El falardo está blandito y chiquito, arrugado. Me desespero para que se le ponga tieso, mas no ocurre. Él me empuja la cabeza y hace presión.

—Hacé como que soplás pero para adentro —me dice. Yo lo hago, pues soy muy obediente. Luego de un rato se me entumece la boca y se me traba la mandíbula, pero justo ahí dice—: Listo, listo, sentate rápido.

Se pone un preservativo, me siento y empiezo a babear porque no puedo cerrar la boca. Me pongo una mano como tapando para que no se note y hago presión con la cola, pero no puedo introducirme su pene de bebé pues se aflanó. Aprovecho que cierra los ojos para destrabarme la mandíbula.

Intentamos un par de veces más pero se hacen las cinco de la mañana y estoy con el caballo cansado. Quiero volver a mi casa a dormir, así que

cuando se termina el turno nos vamos del telo. Ya en la calle me dice:

—¿Me vas a dar la revancha, no?

—Claro, mi flancito.

Y nos despedimos con un beso en la mejilla, como con Luciano, pero esta vez yo soy su Luciano. Me vuelvo a casa caminando y lo bloqueo de WhatsApp.

—¡Loco, no sabés lo que fue la ruta de la muerte! Tendrías que haber venido. —Entra Pato a los gritos a la habitación del hotel. Justo me estoy pasando un paño húmedo por la concha y tengo que dejarlo inmediatamente. Lo apoyo arriba de la mesa—. Subimos a la montaña y estaba nevando, una locura, después bajamos con las bicis y había unas curvas que nos contaron que hubo gente que se resbaló y murió. Uy, qué calor que hace acá adentro. —Se acerca y agarra mi paño húmedo y se lo pasa por la cara—. Qué olor raro tiene esto.

—Amor, ¿por qué ponés esa cara? —pregunta Ro al ver mi cara de espanto.

—Nada, no importa. —Lo abrazo fuerte—. Menos mal que estás bien.

## 11 de diciembre

«Sandy, estoy como el orto. Y perdoná que te tire todo esto pero no aguanto más. Desde que te fuiste hay algo que se destapó en mí: SOY UNA INFELIZ DE MIERDA. Tengo un trabajo del orto, nada me entusiasma, no tengo una pasión por algo. No es que trabajo para pagarme la facultad y ser abogada. No sé para qué trabajo. No sé a dónde estoy yendo, y no es que lo haya descubierto ahora, pero antes estábamos juntas en esto y era graciosa la desgracia. Tus fracasos eran mis fracasos, y al revés. Ahora no. Mis fracasos son mis fracasos. Míos solos. Vos ya no estás fracasando.

Matías me llevó a un telo, me regaló una flor y me cogió por atrás. Lo mismo de siempre, obvio. No sé qué me esperaba. ¿Algo original?

Estoy muy mística estos días. Me compré un libro de Bernardo Stamateas y mientras lo leía pensaba que tengo que dejar de esperar que los demás sean originales y me hagan vivir algo distinto. Yo misma puedo darme algo distinto, como cuando fui a ver a Ashton y estuve a punto de chupársela. Una vez vi una entrevista a alguien que decía que tenemos el poder y que tenemos que recordarlo siempre. Podemos estar del orto, en la ruina, mal, pero incluso así tenemos el poder de cambiar las cosas. Yo quiero cambiar y estoy dispuesta, pero no sé qué quiero cambiar y a dónde quiero ir. O sea, mi trabajo es una mierda pero ¿para qué renunciaría? ¿Para buscar otro trabajo de mierda y sentirme como el orto pero en otro lugar? Igual estoy haciendo cosas. Le dije a Mati que quería un tiempo para pensar. Me cansé. Basta. No estoy enamorada y es hora de dejar de mentirme y perder el tiempo. Lo amo y quiero que esté bien, pero es un amor más fraternal que otra cosa.

Ayer en el laburo me encontraron cortando llamadas. Es que como hubo problemas con un producto los clientes nos mataron a llamadas y llegó un punto que me explotaba la cabeza. ¿Te acordás cuando hacíamos eso juntas? Era divertido porque nadie nos descubría. Ayer me agarró el *team leader* y me sentó al lado de la oficina de Calidad, así que ahora estoy vigilada.

Estoy muy radical como podés ver, muy rebelde y frontal, como una lesbiana.

¡Te quiero y te extraño! ¡Escribí pronto! Me siento acompañada como no

te das idea cada vez que me llega uno de tus mails».

## 13 de diciembre

Ro se siente culpable porque no festejamos el día de la virgen el 8 de diciembre. Cuando almorzamos nos dijo que cerráramos los ojos y nos diéramos las manos. Se puso a bendecir la mesa, la comida, el viaje, todo. Me contó que desde que tiene uso de razón todos los 8 va a la iglesia a dar gracias a la virgen. Yo me hice la que también.

—Amor, no sé cómo se me pudo pasar. Yo siempre le ofrendo cosas el 8. El año pasado le ofrendé a mi gato, que se murió. Lo cubrí de vendas, estilo momia, porque a mí siempre me gustó lo egipcio, y se lo llevé a la virgen. Lo dejé en la entrada de la iglesia. Fue un momento muy espiritual.

Me fijé en este diario qué estaba haciendo el 8 de diciembre y estaba en la casa de Mamani con los pies en su boca.

Ro me mira con cara de perro mojado en día de lluvia y saca la bondad en mí.

—Bello, vamos a celebrar el día de la virgen, dale. Total todos los días es el día de la virgen. Es como el día de la madre. De hecho está mal celebrarlo solo un día, como si los demás no importara. Vamos a demostrar que la virgen es algo que se lleva bien adentro.

—Sandy, cada día que pasa me enamorás más con tus valores.

Yo lo miro y pongo cara de buena para intensificar este momento tan religioso. Me doy vuelta y lo miro a Pato:

—¿Por qué no tocás algo? ¿No te sabés alguna de las alabanzas a la virgen?

No sé para qué le pregunto si yo no me sé ninguna.

—Uy, no, perdón, loco, pero no soy muy de la onda de ir a misa. Empezá a cantar que yo te sigo.

Agarra la guitarra y yo no sé qué hacer. Estoy muda. La única canción que se me viene a la cabeza es una de Fey que se llama *Bombón*. Estoy muy nerviosa pero la canto con el alma. Cambio «Bombón» por «Virgen» y va perfecto. Parece una canción católica y todo. Mientras canto lo miro a Ro con una cara de degenerada que mamita. Esto no lo aprendí en las clases de canto (o sí). Llegado un momento de la canción pongo las manos juntas, como en

misa. Él tiene la mirada rara como si no entendiera el momento de profunda espiritualidad que estamos viviendo. Pato me sigue con la guitarra. Salgo de mi posición estática y avanzo hacia Ro, lo abrazo y nos damos besitos en la boca, con lengua.

—¿De dónde sacaste esa canción?

—La cantábamos en mi parroquia.

—Chicos, ¿qué les parece si celebramos el día de la virgen yendo a bailar?  
—acota Pato.

Salimos a las nueve de la noche. A diferencia de la Argentina, acá los boliches abren y cierran muy temprano. Se sale a las nueve o diez y se vuelve a las dos de la mañana. Me parece mucho mejor. Siempre me costó salir de casa recién a las dos de la mañana y aguantar hasta las siete. Además, yo siempre aguantaba hasta el final o hasta conocer a alguien. Si no conocía a nadie, sentía que era una noche perdida. Y si terminaba sola, cuando salía a la calle caminaba lento y miraba a todos los que salían conmigo a ver si enganchaba algo. Para mí salir siempre significó ir a buscar pareja y formar familia. Ese era mi objetivo principal. Entraba al boliche con la ilusión de que ahí adentro se encontrara el amor de mi vida. Alejandra me decía: «En un boliche jamás vas a conocer a alguien potable», pero ¿acaso no estaba yo también en ese boliche? Ese era mi razonamiento. Si estaba yo ahí adentro entonces tenía que haber más gente buscando formar familia.

Pocas veces ocurría, pero cuando ocurría, sentía tocar el cielo con las manos. Iba caminando al baño o me hacía la que buscaba a mis amigos, pero en realidad me iba a dar vueltas y miraba a cualquiera que también me mirara. A veces el miedo al rechazo ganaba y miraba para otro lado, pero a veces no. Cuando sostenía la mirada era como si le dijera sí al universo, y cosas geniales pasaban. Al que más recuerdo es a Marcelo, porque lo primero que me dijo fue:

—Siempre que vengo te veo y nunca me mirás, sos hermoso.

Yo me reí, sin entender por qué tantas veces bajé la cabeza haciendo de cuenta que nada pasó, que no hubo miradas ni interés. La única que se jodía era yo, pues me negaba disfrutar un momento bello. En mi interior sabía que era miedo al rechazo, pero visto de afuera se veía como falta de interés, como un «te vi pero no me gustaste, así que no te miro más».

—Vení —me dijo agarrándome la mano.

Subimos unas escaleras y entramos en un pasillo donde había sillones y gente por todos lados besándose y abrazándose. Todos los que estaban ahí le

habían dicho que sí al universo, y esta vez yo me había unido a ellos. Dije sí y vi lo genial que es cuando sostenés la mirada y aceptás lo que viene. Ay, estoy muy mística.

Ya en el sillón nos dimos muchos besos. La mayoría de los tipos que conocí metían mano rápido y querían hacer el amor, pero Marcelo era distinto. Los besos eran tranquilos y los abrazos apretados y sentidos. Parecía que estábamos en una estación de tren despidiéndonos por un tiempo. Él tenía puesto un buzo muy suavcito y yo me frotaba la cabeza como un gato.

—Hermoso, sos hermoso —me decía mientras me acariciaba la cara.

—Chamuyero —le respondía yo y me moría de risa, roja como un tomate.

—No te estoy chamuyando, es verdad. Siempre que te encuentro te miro pero nunca me dabas bola.

Dios, ¿cómo me pude perder esta oportunidad? Me negué algo tan bello, pero ya no. Desde hoy le voy a decir que sí al universo, pensé.

—¿Qué hacés de tu vida? —me preguntó.

—Trabajo en Kosiuko, ¿vos?

Siempre mentía porque me daba vergüenza decir que trabajaba en un *call center*, y ser vendedora de Kosiuko era mi sueño laboral número uno. El número dos era ser administrativa y tener una hora de almuerzo.

—Ayudo a mi papá en su negocio, una ferretería.

Wow, un negocio. Me podía imaginar atendiéndolo y decorando el lugar con mis toques. Colgaría un cuadro que vi el otro día en la calle con un león que está serio, pero si te movés un poco cambia a enojado, y después vuelve a serio, y así sucesivamente.

—¿Y sabés manejar la herramienta? —le dije, aplicando sutileza a la perfección y obligándolo a leer entre líneas.

—¿Querés probar?

—Ay, era una chiste.

Nos reímos.

Así siguió la noche hasta que se hicieron las ocho de la mañana y prendieron las luces del boliche. Ya nos teníamos que ir.

Bajamos las escaleras y me miré en el espejo. Estaba blanquísima y horrible, con la boca muy roja e irritada por los besos y el roce con su barba. Él tan hermoso como en la oscuridad.

—¿Vamos a desayunar? —me dijo.

Sonreí y le dije que sí pero me agarró mucha inseguridad. En el espejo me vi muy flaca, sin forma, y con la cara dañada. Seguro me lo dijo de



compromiso. Seguro no le gusté. Ay, Dios, ¿por qué la vida no es como una noche de boliche interminable? ¿Por qué se tienen que hacer las ocho de la mañana? ¿Por qué tienen que encender las luces y devolvernos a la realidad? A veces pienso lo genial que sería si todos nos mudáramos a un boliche y nunca se prendieran las luces. Sería tan bello. Podríamos comer ahí, bañarnos, conocer gente, formar familia.

Cuando salimos del boliche nos fuimos al Mc Donald's que está a pocas cuadras donde se juntan todos a desayunar. Yo jamás voy porque nunca tengo guita, pero esa vez quería ir. Quería fingir ser normal, tener un papá con una ferretería y una realidad normal, fuera de la penuria económica.

Sin el sillón y la oscuridad ya no teníamos tema de charla. En realidad creo que nunca lo tuvimos. Entre besos nos hacíamos chistes y preguntas cortas, pero ahora, sin los besos, solo había comentarios al pasar intentando generar la chispa que avivara la llama que crecía y crecía adentro del boliche.

Lo único que atiné a decir para cortar el silencio fue:

—¿Marcelo?

—¿Qué?

—Agachate y conocélo.

Me reí tanto que se me trabó la mandíbula y babeé todo el café.

—¿Llamo una ambulancia?

—No, no, estoy bien.

Terminamos de desayunar y nos despedimos. Quedamos en vernos esa misma semana pero nunca ocurrió. Solo nos mandamos algunos mails. Él estaba ocupado con su trabajo y la facultad, y yo tampoco me quería regalar diciéndole: «Veámonos a la noche, o a la mañana temprano, o cuando sea». Aunque re quería estar con él, quería que naciera de un deseo mutuo y no solo de mí. En cuanto le dejé de mandar mails él también desapareció. Ambos le dijimos que no al universo.

Les pido a Ro y Pato que salgan de la habitación así me puedo cambiar sola. Me tengo que pasar el paño húmedo por la concha. Una vez que lo hago, me pongo un jean rojo apretado, ojotas con plataforma y una remera blanca con campera de jean arriba. Estoy muy bien combinada. Me asomo por la ventana de la habitación y les digo:

—Chicos, tomen esto, yo me quedo con la mitad. —Y les tiro un piloncito de plata a cada uno.

Me da miedo pasar la noche afuera y dejar la plata adentro. Oí que hay muchos robos adentro de las habitaciones y que suelen pasar de noche. Son

los mismos que laburan en el hotel. Después de lo que pasó con Clarita nos deben tener re fichados. No me quiero arriesgar.

Salimos por las calles de La Paz. Está lleno de gente comprando cosas. Muchos turistas subiendo y bajando calles junto a nosotros que no sabemos a dónde ir. Preguntamos a un grupo de chicos que nos recomiendan un lugar llamado Kalypsto. Nos tomamos un taxi y vamos.

Al llegar, el taxista nos dice:

—Son cincuenta bolivianos.

—¿Qué? Estuvimos cinco minutos nada más.

Nos olvidamos de acordar el precio antes. Acá no usan el aparatito que marca la plata que estamos gastando así que cobran lo que quieren.

—Pero son cincuenta bolivianos, señorita.

—Calle, ser del averno, tome esto y agradezca.

Le di quince bolivianos. O sea, el hotel nos cuesta treinta bolivianos la noche. Un taxi jamás puede estar cincuenta. Nos está estafando.

—Amor, calmate, está bien, dale cincuenta.

—Rodrigo no te dejes estafar, ¡no!

Abro la puerta y salgo. Dios, Rodrigo y su bondad cristiana. Alto femicida además. Hace un rato la estaba cagando a gritos a Clarita por el desayuno y ahora se hace el defensor del pueblo.

—Amor, pensá que capaz es la única plata que hizo en el día.

—Ro, nosotros también necesitamos la plata, no somos europeos.

Caminamos hasta llegar al lugar. En la entrada hay un hombre sentado en un banquito. Le pagamos, corremos una cortina y subimos escaleras.

—¡Chicos, saquémonos una foto acá! —dice Pato mientras le da la cámara a alguien y nos lleva de la mano al lado de una estatua hecha de cartón con forma de ángel.

Es una preciosura. Muy fino. Cuando tenga mi propio departamento lo voy a llenar de estatuas de ángeles y leones dorados.

Kalypsto está lleno de gente bailando canciones argentinas de los 90: Ráfaga, Grupo Sombras, Green, Red. Pato está muy rompe con las fotos. No para de sacarnos. Le pido la cámara para ver algunas y veo que el techo está cubierto con cajas de huevos. En la oscuridad no se ve pero con la luz del flash se ve todo. Las paredes están en mal estado, les falta revoque, y si alguien llegara a tirar una bengala esto se convertiría en Cromañón 2.

—¿No notan algo raro? —dice Ro. Miro para todos lados pero no veo nada, salvo que ahora no puedo dejar de ver las cajas de huevos. Vamos a una

mesa y nos sentamos. Pato está feliz. Se para y va a bailar—. ¡Vamos, loco! ¡Celebremos a la virgen!

Una mujer boliviana vestida como cholita, con un gorro negro inclinado que me mata de amor, se acerca a la mesa de al lado, donde hay otra mujer sentada con igual atuendo.

—¡Tú me engañastes! —Apoya una botella de cerveza con mucha fuerza.

Tiene la boca húmeda y la piel con mucho cebo.

—No sé de qué hablas, Carmencita —le responde la que está sentada.

Ro y yo estamos absortos mirando la escena. Es un boliche gay. Eso es lo que Rodrigo nota raro. La cholita que está parada se desploma, cae arrodillada al suelo y vomita en los pies de la otra, que la abraza y se pone a llorar. Hay mucho morbo acá. Me fascina lo que veo.

—No son de por aquí, ¿cierto? —nos dice un tipo que se sienta en nuestra mesa.

—Somos argentinos, vinimos a celebrar el día de la virgen —responde Ro.

—Bienvenidos. Mi nombre es Francis. Ya me parecía que eran de otras tierras. Tengan cuidado porque se les van a acercar para intentar tomar su dinero, no confíen en nadie, salvo en mí. —Se ríe y nos da la mano. Busco a Pato con la mirada y lo encuentro bailando cumbia, solo—. ¿Les gustaría comprar algo? No les quiero vender nada que no quieran, pero tengo esto. — Nos muestra una bolsita con merca.

—¿Qué es eso? —pregunta Rodrigo.

Mi alma.

—Tú sí sabes qué es, ¿cierto?

La cara de fisura que debo tener para que el tipo intuya que sé perfectamente de qué está hablando.

—Sí, pero no estamos interesados, gracias igual. —Río pícaramente y recuerdo el libro de Geri.

Para mí esos tres gramos fueron un regalo divino de las Spice Girls por tantos años de adoración.

—Al menos acepten una cerveza, ¿no?

El tipo le hace un gesto a la moza y nos traen tres cervezas.

—Hey, vengan a bailar —grita Pato.

Nos levantamos y vamos los tres. Este tipo no me gusta nada.

—Amor, ¿qué era eso?

—Droga, Ro.

—¿Y vos cómo sabés?

—No sé, es obvio, una bolsita con polvo, ¿qué te pensás que es? ¿Tiza? Pato nos agarra las manos y bailamos los tres juntos.

—No puedo creer que estas canciones sean famosas acá —dice Ro.

Están pasando *La ventanita* del grupo Sombras. Este lugar es un viaje en el tiempo.

—Los argentinos son muy famosos —dice Francis.

Bailo con Pato, que está feliz. Siempre feliz. No sé cómo hace. Es como si no tuviera crisis ni se replanteara nada. Yo me la paso pensando y repensando. Pato fluye, va hacia donde lo llevamos. Yo a veces siento que de tanto pensar me va a dar un patatús y voy a quedar con parálisis, pues tengo tanta mala suerte que seguro ni muero, sino que quedo sin control de esfínteres y sin movilidad en las manos para, al menos, suicidarme. Tomamos cerveza mientras bailamos. Nos traen más y seguimos tomando. Yo estoy en el centro de estos tres hombres que no paran de mirarme. ¿Le gustaré a Pato?

—Señorita, venga conmigo que quiero mostrarle algo —me dice Francis al oído.

—Estoy bien acá, gracias.

—Argentina y Bolivia, ¿no somos hermanos? Venga, no sea miedosita.

Ro me mira y se ríe. Le digo:

—Amor, ya vengo, este tipo me quiere mostrar algo.

—¿No querés que vaya con vos?

—No, no te preocupes, vengo enseguida.

La música cambia y ya no es más cumbia, ahora son Los Auténticos Decadentes con *Vení, Raquel*. Kalypsto explota.

Francis abre una puerta negra que está en el medio de la pista de baile y que jamás percibí. Adentro está todo iluminado con luces de tubo blancas.

—Nunca me dijo su nombre, señorita.

—Me llamo Marcela.

—Qué nombre tan hermoso. Mire, esto que tengo aquí es gratis para usted, se lo prometo. Le vi el rostro cuando se lo mostré. —Peina dos rayas en la mesa y aspira una—. Su turno.

Me quedo quieta. Estoy medio en pedo pero no totalmente ida.

—Estoy bien así, gracias.

—No tenga miedo, tome, celebre a María.

Ay, bueno. Aspiro y de repente siento una fuerza que me sube por el

cuerpo hasta llegar a la cabeza. Dios, qué raya tan gorda. Me toma unos segundos reincorporarme.

—Gracias, bello, no lo olvidaré.

Salimos de la habitación y volvemos al grupo.

—Amor, ¿qué pasó?

—Nada, me quiso vender unas cosas pero no compré nada.

Bailamos un rato más hasta que Francis se despide de nosotros y se va.

Al rato se nos acerca otra persona para decirnos que nos vio hablando con un tipo y que no confiáramos en él porque se aprovecha de los turistas. Acto seguido nos quiso vender droga y traer más cervezas.

—Che, me parece que esto no está bien —dice Pato—. ¿Nos vamos? Me siento un poco mal.

—Sí, pero esperemos un poco. No nos vayamos ya —digo yo, pillá.

No quiero que vean que nos vamos. Menos en este estado. Igual yo estoy re alerta por el raquetazo que me di, pero me siento mareada y con poca fuerza.

Nos quedamos en un rincón cerca de la puerta hasta que digo:

—Vámonos ahora.

Bajamos las escaleras, corremos la cortina y salimos. El viento helado me seca la transpiración de la cara, pero no tengo frío. Beneficios de estar durísima. Podría estar en remera en el polo norte que todo bien. Ro dice:

—¿Taxi?

—Chicos, yo prefiero caminar. No podemos estar lejos del hotel —dice Pato.

Ro mira con cara de desconfiado e insiste con el taxi.

—Ustedes vayan en taxi, no hay drama, pero yo vuelvo caminando. Necesito aire.

—OK, volvemos los tres caminando, ya está —digo. No lo podemos dejar solo.

Sé que el hotel está yendo hacia abajo de la montaña, colina o lo que sea donde está edificada La Paz. Y me parece que luego tenemos que doblar a la derecha, o a la izquierda. Ay, no sé. Creo que a la derecha.

Bajamos despacio. Las piernas me tiemblan. Tengo el efecto contrario al que usualmente tengo cuando me doy un raquetazo. Estoy alerta pero muy cansada.

Doblamos en una calle y nos chocamos con Francis.

—Ay, creo que estamos perdidos, estamos buscando el hotel Luxury

Super Style Bolivia.

—Está de camino a mi casa, cerquita. Iré con ustedes.

Seguimos por esa calle hasta que llegamos a donde termina, bajamos por otra y luego doblamos más hacia la derecha y subimos hasta frenar en un edificio viejo, con ladrillo a la vista y a punto de venirse abajo, como todos los edificios de Bolivia.

—Esta es mi casa, ¿no quieren entrar y comer trucha frita antes de irse para su hotel?

Ro está por desplomarse. No puede más.

—Preferiríamos irnos al hotel, pero gracias.

Yo solo pienso en la comida gratis y el ahorro que supone. Si comemos mucho nos salteamos el desayuno y entre que dormimos y nos levantamos, también salteamos el almuerzo. Estoy cansada de comer Mabel's pero a la vez me volví adicta, es una relación amor-odio que tengo con esas galletitas tan bellas que cuestan dos bolivianos, aunque siento que si sigo comiendo así en cualquier momento caigo al piso, tiesa, con los órganos comprometidos.

—Sería un honor si hicieran un esfuerquito y vinieran. Después de todo Bolivia y Argentina son países hermanos, ¿no? Qué mejor que comer entre hermanos.

Ro va a decir algo pero me adelanto:

—Sos una persona muy bella y ojalá que se cumplan todos tus sueños, amén.

Entramos.

El edificio es igual a Kalypsto. Corremos una cortina y subimos escaleras. Las puertas de los departamentos están semidestruidas, algunas están partidas al medio, otras sueltas. Subimos dos pisos y llegamos. Pato se desploma en un sillón y cierra los ojos. Está como muerto.

—Pónganse cómodos, por favor, son mis huéspedes de honor, ya vengo.

Ro y yo nos sentamos en otro sillón.

—Amor, se me cierran los ojos, no puedo más. Nunca estuve tan cansado.

Miro a Pato, que ya está completamente dormido.

—Están los dos igual, pero no te duermas así comés.

Yo también estoy cansada pero no así, no tanto, no al punto de quedarme dormida.

Me quedo en silencio, mirando la nada, con ganas de aparecer en el hotel, en mi cama, y descansar. Preferiría pagar el desayuno antes que estar acá. No sé por qué soy tan rata. El desayuno podrían haber sido unas Mabel's, que

según el paquete tienen vitaminas B y C. Es casi como comerse un churrasco.

—Por cierto, nunca les dije mi nombre. Me llamo Alexander, ¿y ustedes?  
¿No se llamaba Francis?

—Se llaman Rodrigo y Patricio, y yo Marcela.

Ro está desmayado ya, igual que Pato. Yo apenas puedo hablar.

—Señorita, ¿se siente bien? Tome esto y se va a mejorar. —Francis me pone un vaso en la boca y lo empuja para mis adentros. Tomo. Tiene un gusto agrio y feo—. Es un té sanador —dice.

Se va y cuando vuelve mis ojos están entrecerrados. Lo veo borroso. Intento pararme pero no puedo. Francis se acerca y me cachetea la cara despacito.

—Reaccione... —repite.

Lo máximo que puedo hacer es tener los ojos semiabiertos. Los cachetazos se convierten en caricias. Me levanta y me acuesta en el suelo. No sé qué me pasa. Sus manos bajan a la zona de mis tetas. Intento girar la cabeza pero no puedo. Quiero ver a Ro y a Pato. Me toca. Me pasa la lengua por la cara y me da besos. ¿Por qué Ro no hace nada?

—Te gusta, ¿no?

Me chupa las tetas. ¿Estoy soñando? Este hijo de puta nos debe haber puesto algo en las cervezas. Pero ¿por qué estoy consciente? Pato se desmayó ni bien se tiró en el sillón. Me está tocando las piernas. Siento algo suave y por arriba. Tengo el cuerpo anestesiado. Ay, no. Por favor, no. Basta. Quiero despertarme. Francis se para y se baja los pantalones. Me abre la boca y me la mete. Quiero despertar, o desmayarme. Es la merca lo que me mantiene así. Estoy alerta, pero mi cuerpo no responde. Ro y Pato no tomaron y por eso están inconscientes. Si no me hubiera cambiado de sexo esto no estaría pasando. Nada de esto. No me hubiera ido en este viaje porque nunca hubiera conocido a Rodrigo.

Después de un rato Francis me coge. Escucho el ruido de una puerta.

—¿Una nueva novia? —Se acerca. Es el otro tipo de Kalypsto—. ¿No me la prestas, hermano?

—Espera tu turno, Jesús.

Tengo su respiración agitada en mi cara. Tiene un aliento pesado, a pomada para cuero. No lo soporto pero no puedo hacer nada. Me duele. Me duele en todo el cuerpo pero más en la concha. Dios, me está cogiendo por la concha. Casi no puedo ver. Se me llenan los ojos de lágrimas. Cuando Francis termina viene Jesús y todo se repite. En la boca y en la vagina. Me

duele todo, pero no lo digo onda Cris Morena. No me duele el corazón ni el alma. Me duele el cuerpo, de verdad. Aparecen las Spice. Geri me mira y me acaricia el pelo.

—Perdón.

Las demás me agarran las manos. Estoy bien. Siento olor a pomada de zapatos otra vez. Y otra vez.

—Geri, por favor, ayudame.

—Cerrá los ojos, está todo bien, confiá en mí —me dice en perfecto español de la Argentina.

—Sacámelos, Gerita, ya no aguanto.

—A mí me pasó algo parecido en un *casting* y sobreviví, Sandra. Vos también vas a sobrevivir a esto.

Me cubre los ojos con las manos y ya no veo nada.



## 14 de diciembre

Me despierto. Me lleva unos segundos darme cuenta de que no estoy en el hotel, sino en la cama de Francis. Siento que me están pinchando alfileres en la cabeza, pero me puedo mover. Estoy desnuda y me duele el cuerpo. Mi ropa está en el piso. Sin hacer ruido me paro y me la pongo. Tengo un olor horrible y la ropa está húmeda. El piso está frío. Es de cemento, y los muebles de la habitación de una madera pintada de turquesa gastado y sucio. Salgo de la habitación y entro en un living que reconozco. Es donde estuve anoche. El sillón donde estaban Pato y Ro está vacío. Hay preservativos en el piso que disparan mis niveles de alegría, pero casi en el mismo momento vuelvo a bajar a la realidad. No puedo estar feliz por lo que pasó.

Se abre una puerta y aparece Jesús.

—¿Quieres pasar? —dice.

No le respondo y voy. Me encierro en el baño. Tengo la concha irritada. Agarro papel higiénico, lo mojo y me lo paso. Me duele mucho pero quiero sacarme todo rastro de ellos. Estoy sucia a nivel espiritual. Me miro en el espejo y me quedo así unos segundos. Pocas veces me vi así. Me veo desde afuera. Como si la que estuviera en el espejo fuera otra. Me estoy por poner a llorar pero bajo la cabeza y resisto. Miro la bañera e intento pensar en algo feliz, o por lo menos algo que me saque de esta angustia, pero no se me vienen momentos fijos sino flashes. Momentos con mi mamá y mi papá cuando era chica y todo estaba bien, teníamos plata, no había preocupaciones, mi papá era lo más, mi mamá se iba a planchar el pelo a un lugar carísimo cada tres o cuatro meses, yo iba a los *boy scouts* los sábados y antes de la misa el cura me preguntaba si me hacía la paja. También se me vino a la cabeza cuando terminé la secundaria, la fiesta final en un tenedor libre chino. La crisis argentina ya se había instalado. No tenía plata ni yo ni nadie, pero éramos felices. Vivíamos en una burbuja donde todo era posible, donde Marimar salía de pobre y se casaba, siempre, al igual que todos nosotros. Elegí creer en eso porque la realidad era muy dura. En realidad no elegí, fue natural. Algo en mí eligió creer porque de esa forma sabía que aunque todo estuviera mal, iba a poder salir de tanta mierda. Extraño esa inocencia.

Extraño esa parte de mí que murió para siempre.

Salgo del baño y le digo a Jesús que me quiero ir. Me dice que agarre dos bolivianos de un cajón para pagar el colectivo. Voy al cajón pero no encuentro.

—No sirves para nada. Así son todas las argentinas. Se creen superiores pero no sirven para nada, como tú, y ándate apurando que tengo que trabajar.

Geri me mira desde un rincón y hace un gesto de afirmación con la cabeza.

—¿Me bajás a abrir?

—Está abierto.

Salgo del departamento, bajo las escaleras. Los pasillos son horribles, con ladrillo a la vista y cables por todos lados. Salgo, cruzo la calle y me quedo mirándolo. Un edificio parecido a todos, con la fachada sin revocar y un cybercafe que se llama El Titán de Bolivia. Meto la mano en el bolsillo para sacar plata y pagar un taxi pero no tengo nada. Me robaron. Estos hijos de puta me violaron y encima me robaron.

Después de caminar un montón y preguntar llego a la plaza principal, donde está la iglesia de San Francisco, y desde ahí me guío para llegar al hotel. Hay sol pero también hace frío. Odio el clima de este país.

Entro en la habitación y encuentro a Ro y Pato sentados. Se levantan rápido y vienen a abrazarme.

—¿Estás bien? —dice Ro y me llena de besos—. Mi amor, estaba tan preocupado, fuimos a la policía pero no nos dieron bola, nos dijeron que fuéramos a la embajada.

Se lo digo. No se lo digo. Si se lo digo me voy a poner a llorar y no me va a ver con los mismos ojos de siempre. Quiero seguir siendo la mujer perfecta que fui hasta ahora. Si se lo digo no me va a querer hacer el amor nunca más. Capaz piensa que todo es una excusa para estar con otro hombre. Tampoco quiero que sepa que soy un oso hormiguero y que me encanta aspirar merca como loca.

—¿Qué pasó? ¿Cómo llegaron acá? —pregunto tratando de tener la voz de siempre

—Nos despertó una mujer en la calle y nos ayudó a volver. Paró un taxi y le indicó a dónde ir. Arregló precio y todo, ¿vos? —dice Pato desde la cama, muy mambeado.

—Yo también, me desperté en la calle, sola, pero volví caminando.

—Lo que importa es que estás bien, amor, me asusté tanto. Caminamos un

montón buscándote pero no te encontramos, y nadie conocía Kalypsto. No sabíamos cómo volver al lugar y tampoco podíamos explicar qué nos pasó.

—Nos drogaron, eso pasó. Nos metieron algo en la cerveza y cuando nos hizo efecto quedamos todos dormidos. A ustedes los tiraron a la calle pero a mí, además, me robaron. Supongo que se me cayó algo de plata en algún momento y Alexander lo vio.

—¿No era Francis?

—Francis, Alexander, no sé, seguro los dos nombres son falsos.

Pato tiene cara de que el mundo se termina. Es la primera vez que lo veo así.

—Sandra, a nosotros también nos sacaron la plata.

Tardo en reaccionar, pero cuando caigo en lo que acaba de decir me desespero.

—¿Cómo que les sacaron la plata? Chicos, les di casi toda la plata que teníamos. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¡Nos robaron todo! ¿Cómo vamos a seguir viajando?

El silencio inunda la habitación. Pato se sienta en la cama y se agarra la cabeza. Rodrigo me mira fijo.

—Está todo bien. Si esto pasó es por algo. Es una prueba que nos puso Dios. Tenemos que superarla. De alguna forma tenemos que producir plata. El viaje no se terminó. Tenemos la plata de emergencia que guardamos en mi mochila. —Lo mira a Pato.

—Sí, loco, pero es poca. Podemos tirar unos días no más o una semana como mucho. A mí no me afecta tanto porque yo igual tengo que volver a Buenos Aires, pero a ustedes los mata —responde.

—No quiero pensar, por favor. Hoy no quiero pensar —digo y quiebro en llanto.

Ro se acerca y me abraza.

—Amor, vos no te preocupes de nada. Nosotros vamos a ver cómo conseguimos plata. Va a estar todo bien, te lo prometo. Vamos a llegar a Hollywood. Andá, tomá estos bolivianos y salí, andate a un cyber, escribile a tu amiga Alejandra, comé algo que nosotros nos quedamos acá pensando. En el peor de los casos la llamo a mi vieja y le pido.

Salgo del hotel y me voy para un locutorio. Tengo mail de Ale.

«Ay, boluda, ¡¡no sabés lo que es Diego T.!! Llegamos a Rosario pasadas de sueño y nos fuimos directo a la prueba del sonido. Yo me puse un

pantalón calce profundo que no puede más de puta. Anto se puso una calza rara con calaveras que daba medio punk. No la favorecía mucho pero no le dije nada porque fue lo único que trajo y no daba que se sintiera mal. Nos gastamos todo el sueldo en el vip, los pasajes y el hotel. No nos quedó ni un mango para comprarnos ropa.

En la prueba éramos unas cincuenta nada más. Estábamos en una cabina supercerca del escenario. En un momento apareció Diego y ¡¡por Dios!! ¡¡¡Casi me muero!!! El jean me mataba la concha. Pensé que me iba a mojar toda y me iba a quedar una aureola. Te juro que es calce re profundo. La costura se me mete mal. Es tremendo. Camino y voy teniendo orgasmos. Diego re simpático levantó la mano y gritó: “Hola hermosas, ¿cómo están?”. Todas se pusieron a gritar re histéricas pero yo no. Me contuve y lo miré fijo, tranca *style* . Si gritaba me iba a largar a llorar como con Ashton. No podía desperdiciar la oportunidad.

Igual eso fue bla. Con todas las minas ahí no podía hacer nada. Mi objetivo era que me viera y se grabara mi cara a fuego.

El recital fue un delirio. Cuando cantó su hit estalló la gente. Todos saltando. Imaginate lo que fue saltar con ese jean. Cada salto, mezclado con la voz de Diego, me producía un sinfín de emociones. A Anto le agarró un golpe de calor y le tuvieron que tirar agua en la cara y el pelo. Cuando se vio en el espejo se quería morir. Quedó con una cara de trabajadora que no podía más. Pobrecita.

Cuando terminó el recital las fans se quedaron afuera esperándolo, pero nosotras nos fuimos al hotel y nos sentamos en el restaurante. Pedimos pastas y empezamos a chupar vino. Como Diego no llegaba nos fuimos a la habitación a bañarnos. Te juro que yo no daba más, amiga. O sea, con Ashton resistí porque era solo hacer pis, pero ayer tenía la entrepierna tan mojada, seca, mojada, seca, y así repetidas veces, que parecía que se habían formado los anillos de Saturno en el pantalón. Mi concha siendo Saturno, por si no se entendió. Y Anto tenía el pelo tan perjudicado que también necesitaba una ducha.

Cuando bajamos nos dijeron que Diego ya había llegado y estaba en la habitación. ¡¡Nos queríamos morir!! Pero no nos rendimos. Imaginate que pagué cinco mil pesos por una noche en ese hotel. Ni loca me iba de ahí sin por lo menos hacerle una paja. El problema era que no sabíamos la habitación, así que bajamos a la recepción y preguntamos, pero obviamente no nos dijeron nada. El hotel tenía tres pisos nomás así que tampoco fue tan

difícil. Fuimos piso por piso caminando tranqui escuchando atrás de cada puerta a ver si oíamos su voz. En el primer piso nada. En el segundo, que es donde estaba nuestra habitación, tampoco, pero en el tercero, ya cuando pensamos que capaz se había ido a dormir, vimos una puerta abrirse y alguien salir. ¡¡¡¡Era él!!!! Con ese peinado perfecto y esa cara de buen tipo. Por Dios, cómo me gustaría casarme con él. Estaba con un amigo. Antonela enloqueció y gritó “¡¡¡¡DIEGOOOO!!!!”. Atinó a correr pero le metí la traba y se cayó al piso. Se dio la cabeza contra el mármol y se hizo mierda la nariz. No paraba de salirle sangre. Te juro que me cegué, amiga. No sé qué me pasó. No pensé. Igual no me arrepiento. Nadie me iba a arruinar mi momento con él.

Cuestión que esto de Anto me re sirvió porque Diego y su amigo vinieron corriendo a ver cómo estaba. Los tres nos agachamos. Diego le preguntó si estaba bien y le dijo a su amigo que llamara a recepción para que mandaran un médico. Yo estaba hiperventilando. No despegaba la mirada de esos labios. El amigo se levantó y llamó a la recepción. Cuando dijo: “Ya están viniendo”, Diego levantó la cabeza, me miró y dijo: “¿Podés quedarte sola con ella o necesitás que estemos hasta que lleguen los médicos?”. En mi cabeza sus palabras fueron: “Me encantaría que me chuparas la pija... fuerte”. Y me volví loca y en un raptó de locura ¡¡LO BESÉ!!! Síííí!! ¡¡Lo besé en los labios!! Fue un segundo nada más porque al toque me corrió la cara y el amigo me sacó. Diego se quedó frío y yo le grité que lo amaba y rompí en llanto. ¡Me quería morir! Otra vez me largué a llorar como una pelotuda. Ellos se fueron y yo me quedé con Anto con la nariz rota esperando que llegara un médico, pero nada importó. Besé a Diego. Estuve tan cerca de tener algo más. Tan cerca. Me voy a guardar su beso para siempre, hasta que nos volvamos a encontrar. No me lavo la boca nunca más, ¿me oís?

Hoy me voy a dormir feliz, amiga».

Hago click en «responder» pero no sé qué carajo decirle. Está en su mejor momento y yo le voy a caer con el martes 13 de lo que me pasó. Me pongo a tipear, borro, tipeo, borro. Estoy como ella y el pantalón. Finalmente arranco contándole lo que me pasó y luego sigo:

«Antes de venirme para el cyber me metí en el baño, me duché y aproveché para llorar y descargar. Me hubiese querido meter en la cama y rezar pero no puedo ni eso, pues ellos están viendo cómo conseguir guita.

Cuando estaba en la bañera me limpié en todos lados menos en la concha. Tuve que esperar un rato a que me tranquilizara para bajar la vista y ver cómo estaba. Solo un poco más roja que de costumbre, nada más. Agarré el jabón y me lo pasé por los muslos. Cada vez que intentaba llevarlo a la concha la esquivaba, hasta que finalmente lo pasé por ahí y sentí un dolor impresionante, como cuando te pasás jabón por una lastimadura. Cómo ardió. Ya hablé con el médico y me dijo que el dolor es normal, que solo tengo que preocuparme si siento un dolor intenso. No le dije lo que pasó de verdad, sino que no aguanté y cogí con mi novio.

Al salir de la bañera me sequé pero dejé la ducha encendida para que los chicos pensarán que seguía bañándome, y recé. Hacía mucho que no rezaba. No sé por qué lo hice. Me sentí una boluda. Le estaba hablando a “alguien” para que me hiciera sentir mejor, pero mientras lo hacía sentí un rayo que me partió, y me di cuenta de que Dios no existe. ¿Cómo voy a buscar consuelo en alguien que, si existiera, hubiese evitado el motivo por el que me puse a rezar? Hasta ahora siempre me había sentido protegida. Rezara o no sabía que contaba con Dios. Pero se terminó eso. Estoy cansada de ver todo como pruebas o señales de Dios. O sea, ¡¡basta de ponerme pruebas!! ¿¿Por qué no le pone pruebas a Luciano, el tipo de Puerto Madero?? A él no le pone ni una. Solo le da bendiciones. Siento que falta nada para que salga a la calle, me caiga de un puente y termine como ese científico genio, Estephen Haking? El de la silla de ruedas que habla por la garganta.

Basta, Dios.

La vida sigue normal para todos pero yo no puedo dejar de pensar en lo que pasó. Es una mierda. Me siento tan mal, tan culpable. Dejé que todo eso pasara tomando merca con un tipo que apenas conocía en un boliche de mierda que se caía a pedazos. Me duele tocarme la concha. Me duele limpiarme. Me duele que me haya cogido Francis por primera vez y que no haya sido Ro. El recuerdo de mi primera vez va a ser ese tipo, que me pasaba como si fuera una muñeca al otro chabón para que me cogieran los dos. Ese va a ser mi recuerdo cada vez que alguien me pregunte por mi primera vez. No me puedo sacar las imágenes. Me repito que es igual a cualquiera de mis noches en Buenos Aires cuando me encontraba con alguien y terminábamos cogiendo pero no. Me drogaron y me cogieron estando consciente. No es lo mismo. Quisiera haber estado desmayada. Al menos no me hubiera enterado de lo que pasó. Es como si me hubiesen operado sin anestesia, con los ojos abiertos, en alerta. No sé cómo llevarlo. No sé cómo trabajarlo en mi cabeza.

Se me escapa de las manos. Y si hubieses visto cómo me trató al final, me dijo que era una estúpida, como todas las argentinas.

Ojalá lo pudiera hablar con Ro, con mi mamá, no sé. Ojalá pudiera encerrarme días enteros y llorar tranquila pero no puedo porque Ro y Pato están siempre presentes. Y si lo cuento ya no voy a ser la misma para Ro. Venía todo bien y ahora se fue el viaje al carajo».

## 21 de diciembre

Estos días fueron muy tranquilos. Me hice la nostálgica para salir de la habitación y estar sola, sin Ro ni Pato. Ambos lo entendieron pues el clima está raro para todos, no solo para mí. Pato le pone onda porque es como un perro de la calle maltratado y flaco pero siempre sonriente persiguiendo gente hasta que alguien se apiada y lo adopta o lo caga a tiros.

Bello diario, nunca te hablé directamente, pero como me da miedo hablarle a Dios, no sea cosa que me deje renga o me mate de un pedrazo, me voy a dirigir a vos. Al principio escribí para que cuando fuera famosa esto se publicara, y al final terminaste siendo mucho más que un cuaderno donde cuento mi camino al éxito. Sos un amigo presente, mi terapeuta, mi descarga. Un amigo ideal, pues no no me retrucás ni me decís que soy una pelotuda. Solo me oís. Escribo y siento que saco todo lo malo de mi cuerpo. Gracias.

Estuve esquivando coger pero ayer no dio para más. O sea, pasé de estar re bien a convertirme en una tanguera y se nota que o soy una exagerada o pasó algo más que lo que conté. Cada vez que nos acostábamos y él intentaba algo le metía excusas. Ayer estábamos en la cama abrazados y de repente nos besamos apasionadamente. Ro me puso encima de él, me agarró los cachetes de la cola con unas ganas que despertó mi excitación, que la tenía anulada desde hace días. Yo le agarré la cabeza (la de arriba). Hundí mis dedos en su pelo y lo besé.

Por momentos sentí el olor a pomada para zapatos. Fueron segundos nada más, pero lo olí. Ro dijo:

—No voy a parar de hacerte el amor toda la noche.

Me dio vuelta, quedé boca abajo, mordiendo almohada, y me la arrimó. Ni bien la sentí rozándome el culo el olor a pomada apareció y se volvió insoportable.

—¡Pará! ¡Por favor!

Me agarró una tensión terrible en el cuerpo y me di vuelta.

—¿Qué pasó, amor? ¿Qué hice?

—No quiero hacer el amor hoy, durmamos.

—Pero decime qué te pasa o por qué. ¿Soy yo? ¿Ya no te caliento?



—No, amor, te juro que no. Me encantás.

—Estás reaccionando mal cada vez que me acerco. Capaz lo mejor es que te deje sola unos días, o no sé, pero algo te pasa. Si te encanto entonces no tiene sentido esta reacción. —Se corre de encima mío y se pone al costado, mirando el techo. Yo hago lo mismo.

—Tengo pánico de que todo se vaya a la mierda, de que dejes de quererme, o te vuelvas con Pato a la Argentina, de que me quede sola y no pueda hacer nada más, y que este haya sido mi intento, el único que tuve en la vida, por salir adelante y ser feliz. —Me pongo a llorar.

Ro se da vuelta, me mira y me acaricia la cara.

—Amor, todo eso está en tu cabeza. Cuando tengamos ochenta años y estemos juntos nos vamos a reír de esto, acordate. Vamos a estar siempre juntos y este viaje lo vamos a continuar hasta el final.

—Ro, me violaron. —Se produjo un silencio que duró nada, pero para mí fueron tres horas—. La noche de Kalypsto. No amanecí en la calle sino en la casa de los tipos que conocimos en el boliche. —Me caen mocos y no puedo ver. Está todo nublado por las lágrimas—. Siento que ya no me vas a ver con los mismos ojos de siempre y está todo bien, a mí me pasaría lo mismo, te entiendo, de verdad está bien, no tenés la culpa y sos libre de hacer lo que quieras.

Ro volvió a como estaba antes, apoyado sobre la cama mirando el techo. Silencio que solo se cortaba por mi respiración agitada. No me animé a mirarlo a los ojos. Me quedé quietita. La lámpara estaba apagada pero la luz de la calle entraba por la ventana. Muy tenue, azul bien oscuro.

Luego de unos segundos giro la cabeza y lo miro. Por primera vez lo vi llorar. Su llanto es mucho más lindo que el mío. Sin ruido ni mocos. Un llanto mudo.

—Perdón, Ro.

Estuve a punto de decirle «amor» pero me frené y lo reemplacé por su nombre. Ya no es mi amor. Tengo la sensación de que se terminó todo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No podía, no sé, no tengo una explicación. Me salió así. Pensé que iba a poder manejarlo sola y que esto iba a arruinar la relación.

—¿Pero quién te pensás que soy? ¿Un hijo de puta? ¿Pensás que te voy a dejar por algo que te hicieron? A esos tipos los voy a matar. —Amaga a levantarse y lo freno.

—No, ya está, quiero superar esto y seguir. No vale la pena.

Ro se pone a llorar más fuerte.

—No te defendí ni hice nada.

—Estabas drogado, no tuviste la culpa.

Silencio otra vez. Miro el techo. Siento su cara al lado de la mía, respirándome en el cuello. Me da un beso.

—¿Fuiste a la policía? Le digo a Pato que me acompañe y los vamos a matar.

—Por favor, es peor, ya está, quiero dejar esto atrás y seguir con el viaje. Nada va a cambiar lo que pasó.

—Para mí, siempre vas a ser la Sandy de siempre. —Apoya la frente sobre mi cachete. Un beso lleva a otro, nos tocamos, Ro se pone encima mío y dice —: Voy a entrar muy despacito. Quiero que te relajes y sepas que soy yo y está todo bien.

Apoya su pija y siento olor a pomada, pero resisto. Me mira fijo y me dice que soy hermosa. Yo lloro pero sin ruido ni mocos. El olor a pomada desaparece de a poco. Cuando terminamos nos quedamos abrazados un rato, jadeando.

En ese momento decidí no hablar más del tema conmigo misma porque es una espiral de pensamientos que me llevan siempre a lo mismo: sentirme mal. Además no soluciono nada. Voy a dejar que decante solo pero no le voy a dar más vueltas. No puedo cambiar lo que pasó pero puedo elegir que no controle mi vida y me convierta en una persona oscura.

Ah, me había olvidado de escribirlo, pero nos cambiamos a un *hostel* más barato porque Ro y Pato hicieron un arreglo con el dueño. Ellos trabajan unas horas al día limpiando las habitaciones y haciendo las camas a cambio de hospedaje y comida. Estamos en una habitación con ocho camas e Internet gratis, así que me escribo con Alejandra todo el tiempo. Cómo extrañaba tener Internet.

La habitación es rara, onda pasado lujoso y presente deteriorado. El cubrecama es de una tela roja estilo terciopelo que no se debe haber lavado jamás. Las almohadas también tienen cobertor de terciopelo negro. Me da mucho asco todo. Siento que debe estar lleno de pulgas y parásitos. Duermo con la ropa puesta encima del cubrecama y no me tapo. De hecho hasta pongo una remera arriba de la almohada porque me da impresión tocar el terciopelo.

Estamos compartiendo la habitación con una argentina que se llama Vanina pero la apodamos Vagina porque Pato escuchó mal y pensó que de

verdad se llamaba Vagina. También hay dos francesas que no hablan español, pero de alguna forma logramos entendernos. Nos hacemos señas y nos reímos hasta que entendemos lo que quieren decir. Tienen un *look* guerrilleras, con pantalones estilo Rambo y musculosa. Creo que son lesbianas radicales. Vagina es de otra galaxia. La misma galaxia que Luciano, el de Puerto Madero, con la diferencia de que quiere experimentar la vida de mochilera y por eso se queda en *hostels* y comparte habitación, pero aunque no lo diga explícitamente es obvio que se puede pagar un re hotel.

## 22 de diciembre

Las francesas son lesbianas. Está confirmado. Ayer nos fuimos a dormir y empecé a escuchar ruidos en sus camas. Ruidos y risas.

—Ay, Ro, deben estar tocándose de manera lasciva.

—Dejalas, amor, que disfruten que se aman.

—Pero no puedo dormir con estas dos manoseándose y metiéndose dedos.

—Amor, no seas tan retorcida, capaz se están contando un chiste.

La inocencia de Rodrigo a veces me provoca ganas de reventarle la cabeza contra la pared.

Risitas y más risitas que se mezclan con gemidos y un chistido de Vagina para que bajen la voz, como si por bajar la voz no se fuera a escuchar de todas formas. Las camas están muy cerca, apenas separadas por unos metros.

Creo que me da bronca porque no estoy haciendo lo mismo con Ro, y porque extraño esos manoseos de los primeros días, o de cuando estás re enamorado, al principio de una relación. Me da envidia. Quisiera tocarme y reírme así con Ro en este momento. Ahora lo estoy mirando mientras lee y las lesbianas se dedean. Es hermoso. Quiero abrazarlo y estar con él, pero de verdad, no como antes. No estoy siendo irónica ni mintiendo. Siento que lo amo. Ya sé que es re de psicópata lo que estoy escribiendo. No sé qué cambió, pero es como si por estar tanto tiempo juntos y haber pasado tantas cosas nos hubiéramos unido. Nunca me pasó algo así. O sea, siempre me flechaban y caía rendida en las redcillas del amor ni bien veía al otro. No hacía falta hablar. Cuando decían las palabras mágicas: «Tengo trabajo y soy activo», caía rendida. Y si no me fajaban (fuera de la cama) ni hablar. Me enamoraba de la plata y de ver que el otro era muy superior a mí. Por eso no me enamoré de Rodrigo. No lo veo superior. Es activo y tiene plata, sí, pero es muy dócil y predecible. Todo fluye con él. Estoy acostumbrada a que no me llamen, a que digan algo y no cumplan. Rodrigo está siempre presente y cumple con todo. Si lo hubiese conocido en Buenos Aires ni loca le daba una segunda oportunidad, pero acá me vi obligada y ahora me enamoré de verdad. Me pregunto cuántas relaciones podría haber tenido en Buenos Aires y desaproveché por no obligarme a tener una segunda o tercera cita.

Lo que siento no para de crecer. Seguro está intensificado porque nos vemos todo el tiempo y porque soy una enferma, admitamos. No soy la persona más serena y estable del mundo. Alta bipolaridad tengo. A veces me saturó y quiero estar sola. A veces quiero estar todo el tiempo con él. Además tengo la sensación de que esto se va a ir a la mierda cuando se entere de lo mío. Igual, el otro día pensaba que podría no decirle. O sea, ¿por qué tengo que contarle? Sí, ya sé, una relación no se puede basar en una mentira, pero imaginemos que conozco al amor de mi vida y en realidad es una mujer operada para ser hombre. Yo vería al hombre y me enamoraría, pero si me enterase de que en realidad es mujer, mi cabeza no me dejaría tranquila y todos mis conceptos se irían a la mierda. Pensaría que soy lesbiana y a fin de cuentas terminaría cortando todo.

Es como ser infiel. Si no te enterás pero fue puramente físico, sin amor en el medio, ¿por qué hay que cagarla contándolo? Es pasarse de sincero.

—Ro, ¿no querés sacar el pajarito a tomar agua?

—Obvio, amor.

—Si querés beber de este río turbio, decí las palabras mágicas.

—M A R C E L A.

—Te amo.

Se ríe y me agarra la cara.

—¿Qué?

—¡Te amo!

Es la primera vez que se lo digo de verdad. Vagina nos chista. Las francesas se están metiendo tanta mano que mis oídos las bloquean para no entrar en modo trauma.

—¡Yo también te amo! Te amo, te amo, te amo, te amo.

No puedo parar de reírme. Miro a un costado y me cae una lágrima por la mejilla. Soy tan pelotuda. Cómo me cagaría a golpes a mí misma.

—Te amo, te amo.

Agarro el celular y pongo una canción de Marcela. Rodrigo saca el pajarito y lo hace beber de mi oasis de amor. Mientras me coge le recito un poema que leí una vez en un chocolate y me flasheó por lo profundo y sentido. Desde ese momento que espero la ocasión para leérselo a alguien.

—Hoy quiero decirte lo que nunca te he dicho, a ver si pasa lo que nunca ha pasado. —O sea, que me coja por la concha.

—Amor, ¿estás hablando de hacer el amor por la vagina?

—¡Dejen de hablar de mí! —dice Vagina.

—Callate, tarada, estamos hablando de otra vagina —le digo.

Miro a Ro y hago gesto de que sí con la cabeza. Él entra despacito y yo siento un ardor leve. No puedo negar que se me cruza por la cabeza Francis, pero intento estar presente en este momento y no pensar más allá. No existe el pasado ni el futuro. Ni sujeto ni predicado. Mientras sube y baja como si fuera una máquina de sacar petróleo y yo su suelo fértil, le digo:

—Nunca me voy a olvidar de esta noche. Nunca.

—Amor, ¿por qué estás llorando?

—De emoción, hermoso, estoy muy feliz.

Me duele y se me vienen todas las imágenes de Francis y su amigo. Tengo los ojos cerrados pero ya no me siento cómoda en la oscuridad. Los abro y lo veo a Ro y su sonrisa de oreja a oreja.

—Te amo, hermosa —me dice.

—Yo también.

## 23 de diciembre

«Querida Alejandra, soy inmensamente feliz. Bueno, no. O sea, me violaron. Sería más feliz sin eso. Y también si tuviera la plata que me robaron o si fuera Luciano, pero tengo una sensación de que todo va a salir bien. ¿Y sabés qué? Me voy a aferrar a eso. Es más probable que todo salga mal y no bien, lo sé, pero estoy cansada de vivir de crisis en crisis, quejándome por todo. Las cosas están un poco como el orto, pero lo que pasó pasó, y ahora tengo que enfocarme en cómo solucionar esto. Podría estar muerta y sin embargo, estoy viva. Me voy a aferrar a esta fe inusual que siento porque si no me tengo que volver. Y volver no es una opción. El viaje no se terminó. No quiero que se termine nunca porque cuando se termine el viaje va a querer decir que morí, que ya está, que ya no espero que las cosas mejoren, que me rendí. Ay, estoy muy Nacha Guevara. Estoy teniendo pensamientos muy profundos. Monja tibetana total. Ojalá esta actitud me dure porque ya sabés, cuando algo se te cruza todo esto se va a la mierda y volvés a los pensamientos negativos. Somos gente dañada, siempre vamos a virar entre estar bien y del orto. Por eso voy a releer este mail cada vez que me sienta mal, para acordarme que todo está en mi cabeza, no en la realidad, y sentirme una triunfadora o una fracasada es una actitud mental.

También me di cuenta de que no es solo el viaje literal el que debe seguir, sino nuestro viaje, el de la vida. Estoy teniendo una epifanía. Me encantaría salir a predicar, convertirme en pastora. En cualquier momento despego del suelo y empiezo a levitar. Sería muy bello.

Renunciá a tu trabajo. Ya. Ahora. No es un buen momento, pero nunca lo es. No te rindas, no pares el viaje. Seguilo pase lo que pase. Renunciá con algún arreglo así te dan guita y te vas a seguir a Diego hasta que logres conquistarlo y que sea tuyo.

¡¡¡TKM!!!! ¡¡NUNCA DEJES DE CREER EN TUS SUEÑOS!!».

## 24 de diciembre

Hoy es Navidad, y yo seré un hereje a los ojos de la Iglesia, pero soy muy cristiana, aunque ahora estoy distanciada de Dios, cuando era chica tomé la comunión y todo. Me la pasaba rezando. A veces pienso que más rezás, más maldición te manda Dios. Por algo en las villas miseria son todos católicos. O acá en Bolivia. Rezarle a Dios es como llamar a alguien a las tres de la mañana y despertarlo para hablar. No te dice nada pero te mira con una cara de odio que terminás ojeada y con culebrilla.

Ro también reza, pero se ve que él elige horarios más tranquilos para hablar con Dios, como cuando llamás a alguien a las dos de la tarde y está todo bien. En cada fecha religiosa le agarra un orgasmo que parece que mientras más vírgenes estén incluidas en una fecha, más lo goza. A mí me emociona estar con un hombre de fe.

—¿Qué vamos a hacer hoy para celebrar la llegada del niño Jesús? —nos pregunta Ro a Pato y a mí.

—Chicos, la última vez que festejamos algo religioso terminamos ebrios en Kalypsto, drogados, robados y desmayados en la calle.

Y yo tuve un plus de merca y violación. Siempre dándole ese toque extra a todas las experiencias que vivo. La virgen fue severa conmigo. No me quiero imaginar a Jesús, que tiene un cargo más alto. Siento que si hoy salgo a festejar voy a terminar cagada a tiros.

—Salgamos y veamos —dice Pato.

Vamos a la iglesia de San Francisco y está llena de gente por todos lados, adentro y en la parte de afuera. Muchas cholitas bailando y cantando, con los ojos cerrados, como en trance. Suenan bombos, panderetas. Es todo muy primitivo y animal. Ro se va un momento y vuelve con papas fritas. Las comemos mientras nos movemos, aunque no agarramos el ritmo de la música. Es onda cristiana pero rara, con mucho bombo, estilo tribal. Le pregunto a una cholita de qué se trata el festejo pero me agarra la mano y la mueve. Me pongo a bailar con ella, primero tranquila y después salto e imito sus movimientos. Pato y Ro se unen y saltan alrededor nuestro. La cholita nos da un vaso enorme lleno de cerveza que tomamos. Y así pasa el tiempo. Se



une más gente a nosotros, los únicos blancos. Claramente extranjeros. Nos preguntan si estamos disfrutando Bolivia mientras bailan con nosotros. Hacen un círculo humano y quedamos Ro, Pato y yo bailando en el medio. Ro me abraza de atrás y me da besos en el cuello. No tenemos idea de qué estamos haciendo, pero nos movemos y zapateamos. Me siento la chica más afortunada del mundo. Ay, re bipolar. Hace tres páginas atrás decía que me sentía la peor mierda. Bienvenidos a mi vida.

Pocas veces en la vida sentí que podía morir en paz. A veces me pasaba en Amerika, bailando Thalía arriba de un parlante y sintiéndome la reina del mundo. Las luces, el estribillo, yo haciendo la coreografía a la perfección, con mis amigas al lado en la misma sintonía. O cuando pasaban *Soy yo* de Marta Sánchez, y todas nos señalábamos en la parte que dice «*soy yo la que sigue aquí, soy yo te lo digo a tiii*».

Ahora, bailando con Ro atrás, podría morir feliz, mas no lo haré pues tengo una misión que cumplir: vengarme de Francis y su amigo.

—Bellos, me duele un poco la cabeza, me voy a dar una vuelta para tomar aire y vuelvo, ¿sí?

—Vamos con vos.

—No, por favor, disfruten del nacimiento del niño Jesús.

Abrazo a la cholita que me introdujo en este mágico mundo lleno de cerveza y religión y me meto entre la gente hasta salir a la calle de nuestro *hostel*. Entro en la habitación, agarro el libro de Geri y salgo.

Trato de recordar qué camino tomamos, qué hicimos, pero todo cambia cuando vas a un lugar de noche y luego de día. Son dos lugares distintos. De día es como cualquier lugar de La Paz: lleno de gente y con puestos callejeros vendiendo sopita.

Me paro en la puerta de Kalypsto y reconstruyo la escena. Doblamos a la izquierda. Camino y llego al lugar donde está Casa Tía, el Mc Donald's boliviano. Ay, acá tuvimos la duda. ¿Para dónde doblamos? Pensá, Sandra. Izquierda de nuevo. Camino unas cuadras y no veo nada que me recuerde a esa noche. Ni un edificio, nada. Tengo flashes, no más, tampoco es que le estaba prestando atención a la arquitectura. Camino un poco más pero me doy cuenta de que estoy totalmente perdida, así que vuelvo sobre mis pasos y agarro la derecha. No reconozco nada, pero esta vez me agarra algo en el cuerpo. Estoy en el camino. Me siento Dorothy en la tierra de Oz. Doblo otra vez, sigo caminando, cada vez más lento. Estoy cansada ya. Avanzo un poco más y lo veo: el cyber café El Titán de Bolivia. Mi cuerpo se revoluciona.

Estoy nerviosa. Me siento en una escalera que da a una casa, abro el libro de Geri y aspiro una raya bien gorda.

La puerta de entrada al edificio está abierta. Entro y subo las escaleras hasta llegar al departamento de Francis. Tomo aire y golpeo la puerta. Nada. Golpeo más fuerte. Nada. Cuento hasta tres mentalmente y abro la puerta de una patada.

—¡Soy yo! —grito, y me siento Marta Sánchez. Una electricidad sube por mi cuerpo. Esto es lo que debe sentir Sailor Moon cada vez que se transforma. El living está vacío. Abro todas las puertas y chequeo que no haya nadie. OK. Estoy sola. Me meto en la habitación de Francis. La cama está deshecha y hay olor a frazada húmeda. Olor a sexo. Me vienen flashes de cuando me desperté, del dolor en la concha. Una furia me inunda el cuerpo. Le doy una patada a la cama—. ¡Enfermo de mierda! ¡Hijo de puta! —grito y tiro adornos contra la pared.

Estoy desquiciada. Podría hacer cualquier cosa. Doy vueltas rompiendo todo a mi alrededor. En cualquier momento empiezo a volar y a tirar fuego por la boca. Quisiera incendiar todo esto. Hacerle algo del mal que me hizo. Hijo de puta. Me sacó una de las experiencias más bellas que podría haber vivido con alguien que me cuidara y me amara como Ro. Para él debe haber sido una noche más y a mí me cagó la vida. Ah re exagerada. Bueno, no. Pero me agregó un recuerdo horrible de algo que nunca me voy a olvidar. No me va a cagar la vida esto. No voy a dejar que eso pase. No le voy a dar ese poder a él. El poder lo tengo yo. Lo que me pasó fue horrible pero cómo me lo tomo y qué hago con eso depende de mí. Ay, cuando me agarra momento de epifanía siento que va a bajar un rayo dorado y me va a iluminar (o no).

Abro cajones y revuelvo todo. Rompo cuadernos, lapiceras. Voy a la mesa de luz, abro el cajón superior y lo tiro al suelo. Abro el cajón inferior y encuentro plata y un candelabro. La meto en mi mochila, al lado del libro de Geri. Me tomo otra raya. Deliciosa. Agarro unos anillos y también los pongo en la mochila. Ruidos.

—Pasale por aquí. —Escucho.

Me tiro al suelo, me sacó la mochila y me arrastro hacia abajo de la cama. Ruido de sillón. Se sentaron.

—¿Quieres algo para beber? Luces mal.

Es Francis con una chica.

—Sí, por favor.

Mientras Francis está en la cocina le habla de la historia de Bolivia.

—Aquí tienes.

Silencio. Ella debe estar tomando.

—Relájate y descansa mientras preparo más té.

Se levanta y camina hacia la cocina de nuevo. Ella no responde. Se queda en el sillón. Tiene la mirada perdida y los ojos entrecerrados. Siento una adrenalina tremenda. Cuando vuelve al living ella ya está desmayada. Él se mira en un espejo y se peina. Yo aprovecho y también me peino, pero una raya, jiji.

—Ven, mi amorcito. —Se sienta al lado de ella y le da besitos en el hombro y el brazo.

Ella no reacciona. Está desmayada o muerta. La acaricia pero de inmediato pasa a sus tetas. Pienso en Ro y en Pato. Tal vez les tendría que haber dicho que me acompañaran. Si fuéramos tres en este momento todo sería fácil. Miro para todos lados a ver qué puedo hacer, pero no encuentro ninguna pista.

Giro la cabeza para otro lado y veo la puerta abierta de la mesa de luz. Geri está al lado, agachada. Está vestida con la bandera de Gran Bretaña y supermaquillada. Siempre la más coqueta. Me sonrío y dice:

—Es tu momento de brillar, andá.

Muevo los labios diciendo:

—No puedo.

Vuelvo a girar la cabeza. Francis baja su mano y le toca la concha. Algo explota en mí. Una bomba. Se me electrifica el cuerpo. Me paro y levanto la cama con el lomo.

—Hijo de puta.

Francis me mira y se para.

—¿Qué haces aquí? —Viene rápido para donde estoy. Suelto la cama y voy cerca de Geri. Agarro la mesa de luz y se la tiro encima—. ¿Vienes por más? —dice esquivando la mesa, que cae al suelo y se rompe, dejando el candelabro a la vista.

Se me tira encima y caemos. La Gerita está encima de él pegándole, pero parece no afectarle. Lo empujo con las piernas y lo tiro al costado. Corro hacia el candelabro, que me parece muy bello, y grito:

—¡CANDELABROOO!

Se lo parto en la cabeza en cuanto se intenta levantar. Hace un grito seco y queda duro en el suelo. Estoy muy agitada y el corazón me late a mil. Lo pateo para ver si está despierto pero no. Está inconsciente, o muerto. Voy al

living y cacheteo a la chica.

—Despertate.

Nada. No sé si está consciente. Podría estar consciente como yo aquella noche, pero sin poder moverse. La levanto e intento ponérmela en el hombro pero la fuerza me abandona y caemos las dos al suelo. Aunque haya tomado elixir, no soy Sailor Moon. La agarro del brazo y la arrastro hasta afuera del departamento. Antes de salir escucho la voz de Francis que dice:

—Marcela, no podrás salir del país.

Estúpido. No me llamo Marcela (escribo estas palabras y me daña, pues es lo que más quisiera en el mundo).

—Maldito seas, Francis. Maldito este edificio, maldito Kalypsto y maldito Jesús.

Como puedo bajo por las escaleras arrastrando a la chica, y una vez en la calle me tomo un taxi y la llevo al *hostel*, la acuesto en una cama de mi habitación y vuelvo a la iglesia de San Francisco.

Camino por todos lados pero no encuentro ni a Ro ni a Pato. No tengo forma de contactarlos. En estos momentos es cuando extraño tanto Buenos Aires y las cosas básicas que doy por sentadas que tenemos: celular e Internet. Esto es la Edad Media. Es como cuando era chica y me quedaba en encontrar con alguien pero no tenía celular así que había que confiar, y si el otro no llegaba a la hora pactada no quedaba otra que esperar. Tenía una amiga que vivía lejísimos y teníamos como punto de encuentro la iglesia de San Cayetano (religiosa total) en Liniers. A veces la esperaba media o una hora y me iba, resignada, pensando que le había pasado algo o que se había olvidado. Luego en mi casa la llamaba por teléfono de línea y me decía que había ido pero no me había encontrado o cualquier otra cosa. Siempre había una confusión. Con el celular todo eso desapareció, pero desde que empecé a viajar me estoy readaptando a vivir como hace quince años.

A las pocas horas vuelvo al *hostel*, sola, y despierto a la chica.

—Amora, despertá. —Le doy golpecitos en los cachetes hasta que se levanta y le explico todo. Ella me mira asustada.

—No te pasó nada, no te preocupes, podés ir en paz, amén.

—No sé cómo agradecerte, me salvaste la vida.

—Agradeceme creyendo siempre en que podés cumplir tus sueños.

¡TKM! Ahora abrí tus alas y volá. No vuelvas a Kalypsto.

Le agarro la cara, la beso (con lengua) y sonrío.

Todos necesitamos un ángel que aparezca y nos proteja. Hoy fui su ángel

y eso me llena de gozo.

El efecto del elixir se me está yendo y noto el cansancio, pero estoy contenta. Me gustaría ver a Ro, abrazarlo y que me diga que todo va a salir bien como en las películas. Igual, aunque lo hiciera ahora mismo, ya no puedo creérmelo solo porque alguien lo dice. Antes me ilusionaba por todo. Conocía a alguien con plata y pensaba que todos mis problemas se iban a arreglar. Como cuando conocí a Luciano, otro Luciano, no el de Puerto Madero. El padre era diputado y tenía la re guita. Siempre me sacaba a comer a lugares caros, me cargaba crédito en el celular y se reía de mis cosas, como cuando fuimos a bailar, yo en ojotas, y me las saqué en pleno boliche porque me lastimaban los dedos. Él no podía creer mi simpleza. Para mí era lo más normal. Me dolían los pies así que me saqué las ojotas. Nada raro. Para él era como salir con un león salvaje. Y él, para mí, era el cuidador, experto y que sabe todo. Yo lo necesitaba y él me necesitaba. Siempre me prometía trabajo, que iba a hablar con el dueño de un local de ropa y me iba a hacer entrar como vendedora, o tal vez me conseguía ser secretaria de algún diputado. Yo me iba a dormir tranquila, sabiendo que se me había arreglado la vida, que tarde o temprano me iba a mandar un mensaje diciendo: ya te conseguí el puesto, hermoso, empezás mañana. De hecho hasta se lo había contado a mi mamá, que me miró desconfiada y siguió haciendo lo suyo. No confiaba en mí. Pero le iba a demostrar que iba a tener un trabajo en un lugar bueno.

Nunca ocurrió. Luciano desapareció de un día a otro. Me enteré por una amiga en común que en realidad tenía una veterinaria y si bien el padre tenía un puesto en el Congreso, era el sereno, y a veces los empleados lo cargaban llamándolo «Serenito». Igual sí tenía plata pues se ve que se paga bien ese trabajo, pero no existía nada de la influencia que Luciano presumía. Nunca me podría haber hecho entrar a ningún lado. Yo quedé devastada. Mi futuro incierto. Otra vez lanzada a la jungla y mi cuidador mandado a otro lugar, lejos de mí.

No estaba devastada solo por el trabajo sino porque pensé que teníamos algo superespecial. Sin embargo, cuando se cansó de mí me tiró y no le importó. Las canciones que nos representaban, con las que hacíamos el amor, se convirtieron en las canciones más tristes que oí. Axel Ubago con *Aunque no te pueda ver*, La Oreja de Van Gogh con *Puedes contar conmigo* y *Rosas*. Canciones tan tristes que me hacían llorar y recordar que en ese momento podría estar sentada en el Congreso, ñoqui total. Y sin embargo, estaba en el departamento alquilado, con mi mamá quejándose por la falta de plata y yo

contando las monedas para ver si me alcanzaba para pagar el gimnasio.

Extraño a Luciano. No a nivel romántico sino a nivel vivencia y esperanza. Me extraño a mí, en realidad, a la Sandra de esa época, ingenua y esperanzada.

Ya no creo más en que alguien me va a rescatar. Ahora sé que la única que puede salvarme soy yo.

## 25 de diciembre

«¡Feliz Navidad, amiga! Tengo dos grandes noticias... ¡RENUNCIÉ AL *CALL CENTER* ! Bah, no renuncié, me echaron por cortar llamadas. Justo ese día me estaban monitoreando y corté como loca. Al final de mi turno me llamaron a una sala y estaban todos: el supervisor de piso, mi *team leader* y un par más. Me pidieron que me sentara, yo los miré y les dije, “¿me van a ascender?”. Se quedaron mirándome con cara de nada y mi *team leader* dijo, “no, Alejandra”. Me dieron toda una explicación con cara de drama y me dijeron que estaba despedida. Al final mi *leader* me abrazó y me dijo que no me preocupara porque iba a estar todo bien, pero la verdad es que no estaba preocupada, sino aliviada. Antes de irme me di vuelta y miré el lugar al que no iba a volver nunca más. Me sentí bien. Me agarró nostalgia pero de algo que te hizo bien en un momento y ya querés que se vaya. Nostalgia buena. Vi mi escritorio y me acordé de los feriados que laburamos juntas, los domingos que nos tocaba entrar a las siete de la mañana, todo por hacer dos mangos extra, esas mañanas que nos la pasábamos poniendo a los clientes en espera mientras hablábamos del finde y tejíamos bufandas.

No extraño nada de eso, o sea, solo extraño la época en que trabajábamos juntas. No tengo ni la más mínima pista sobre qué voy a hacer. Hoy voy a armar el currículum, mentir un poco, y mañana voy a mandar a lo que encuentre de vendedora y promotora, aunque no me entusiasma mucho. Estaba medio cegada por el malestar que me generaba el *call center*, pero ahora que ya no lo tengo no sé qué hacer. Igual estoy bien. Me tienen que indemnizar y con eso tiro unos meses hasta que me ubico en otro lado.

Ahora vamos a la importante: ¡la nochebuena! La segunda gran noticia que te tengo que contar es que ¡¡ME COGÍ A UN FAMOSO!! Resulta que nos juntamos con Anto y Candela después de las doce en la casa de Anto. La zarpada me abrió la puerta con una jarra en la mano. UNA JARRA LOCA. Le metió de todo. Yo contribuí con un calmante y unas pastillas para la menstruación. Quedamos como en una dimensión paralela. Re manijas. Nos fuimos por ahí y terminamos en una fiesta de una conocida de Candela. Contrataron a Ricky M. y ¡¡¡¡me lo terminé cogiendo!!!! jaja no mentira,

contrataron a El Petiso para hacer un show. Cantó *El baile del petiso orejudo* y todos estallamos. En un momento me agarró la mano y bailó conmigo. Yo me sentí re elegida. Nunca me pasó eso, ni con Ahston, ni Diego, ni cuando me cogí a Howie. Tuve que lucharla esa, eh. Chupársela no fue tarea fácil, aunque con el trabajo fino que hicimos nos podríamos haber postulado para trabajar en la Interpol. Te acordás que no nos quedó ni un mango después de gastarnos el sueldo entero para ir a la fiesta privada de después del show? Yo poco más y se la chupo ahí mismo a cualquiera de los Back. Dios, ¡¡qué hermosos estaban!! Si tan solo hubiese llegado a Nick me podría morir en paz. Igual Howie estuvo bien. Peor fuiste vos que terminaste cogiéndote al de seguridad jajaja. ¿Roger se llamaba? Ay, perdón por recordártelo, pero me causa gracia. El tipo te prometió que si pasabas por él te iba a hacer el entre con Kevin y a mí me daba el pase a la habitación de Howie. ¡¡¡Qué hermoso fue entrar en esa habitación!!! Sobre todo cuando sonó el teléfono y Howie me la sacó para atender. Yo se la empecé a chupar mientras hablaba porque imaginate que no iba a desperdiciar ni un segundo libre. No entendí nada de lo que hablaba pero en varias oportunidades escuché la palabra “Nick”. Por un momento pensé que estaba arreglando para que bajara a dármele. Te juro, amiga, estaba tan regalada que si venía el de seguridad con la familia y me prometía que si me lastraba a todos me iba a dejar ir con Nick, LO HACÍA. Obvio que nunca pasó. No sé de qué habrán hablado, pero no estaban arreglando una orgía conmigo (o sí, como decís vos). Igual se la gasté a Howie. Me acuerdo lo hermoso que fue al momento de eyacular. Él quería acabar mientras cogíamos, pero yo ni loca. Quería quedarme con su gusto en la boca así que le saqué el forro y se la empecé a chupar hasta sacarle la última gota. No me lavé los dientes por una semana. Andaba con un olor a waska que no podía más.

Espero la revancha. Leí en una página que van a hacer gira dentro de poco por Japón y Latinoamérica. Más o menos en febrero o marzo van a estar por Colombia. Ojalá vengán a Buenos Aires. Esta vez no se me escapa Nick. Si estuvieras conmigo podrías vengarte del de seguridad y su juego macabro que te hizo al engañarte y dejarte sin Kevin.

Ay, no te conté lo de El Petiso. Es que empiezo hablando de los Back y es como si me poseyeran. Sabés lo loca que me vuelven esos cinco.

El caso es que cuando terminó el show él se quedó comiendo y tomando, así que aproveché y me le acerqué. Con toda la sustancia que tenía encima para mí estaba con un dios griego. “Siempre quise saber lo que tiene el



petiso”, le dije, sacada. Él me miró con una cara de degenerado que me volvió loca. Nos fuimos de la sala y nos metimos en una habitación. Yo estaba en un estado, amiga. Sentía que en cualquier momento me desvanecía, pero no iba a hacerlo sin antes sentirlo adentro. Ni bien nos metimos me agarró y le dije que me la metiera rápido porque sabía que no iba a aguantar más de diez minutos despierta. Esa jarra loca fue demoledora. Cerré los ojos y sentí algo adentro. Acabó al toque. Habrán sido cinco segundos y lo escuché gemir y acabar. Después creo que me quedé dormida, no sé. Me levantó un mozo y me llevaron en auto, junto con Candela y Anto, a la casa de Candela.

Dormí la mona todo el día pero cuando me desperté recordé la noche que pasé con él y fui feliz. Cande me dijo que flasheé todo y que me desplomé arriba de una mesa, totalmente borracha, mientras él cantaba, y me tuvieron que meter en un taxi. Yo siento en el corazón que lo que viví fue cierto. Para mí es una señal. Sé que en algún momento va a pasar con Nick, y será para siempre. Sé que se va a enamorar. Solo necesito una oportunidad con él a solas.

Contame de vos, por fa. ¡¡TKM yo también, negri!!».

## 26 de diciembre

«Bella mía, ni me digas lo de Roger. Ese nombre está tatuado en mi piel para siempre. Me acuerdo que terminamos en su habitación, que era una mierda minúscula sin ventanas y me hizo ponerme unas botas de cuero y rozarle el miembro con el taco porque le excitaba. Y la comunicación, Dios mío. Hasta que entendí que quería que le frotara la chota. Me señalaba los zapatos y luego su pija. Mi vida. Yo no entendía nada y en un momento pensé que quería que lo golpeará con las botas, y cuando lo hice se re enojó. Qué noche de mierda para mí. Vos pasándola genial con Howie y yo rozándole la pija a Roger con los zapatos, esperanzada de ver a Kevin.

Lo de El Petiso no lo puedo creer. Me parece surrealista, como esas historias que te cuentan y no creés de lo geniales que son. Me alegro tanto por vos. Yo te creo. Si en tu corazón sentís que ocurrió entonces así fue. Estás escalando. Después de lo de Ashton ganaste mucho terreno.

Cambiando de tema, cuando leí que te echaron del *call* salté de la silla y el viejo que atiende el cyber se despertó de la borrachera y sacó un arma. Casi me caga a tiros. Pensó que era una chorra. Le dije que no y se volvió a desplomar en el mostrador. ¡Me hace muy feliz saber que te fuiste! Y obvio a mí también me da cosita recordar esos momentos. No sé por qué ahora lo recuerdo como lindo, o sea, ¡íbamos los domingos a las siete de la mañana! Era horrible. Me acuerdo de levantarme a las cinco y media, en invierno, cuando todavía era de noche, y salir a la calle cagada de frío a tomarme el bondi, ver cómo todos volvían de bailar y se iban a dormir, y a mí me esperaban seis horas de tejer bufandas y poner clientes en espera. Amiga, aunque lo recordemos con felicidad tenemos que saber que fue una mierda. Es la mente que juega juegos. Como cuando recuerdo a Luciano o a cualquier hombre que conocí y me enamoré a primera vista y luego no prosperó. Recuerdo todo eso con nostalgia como si hubiese sido bueno. Dejame decirte, bella, que fue una poronga. Pasó todo en mi imaginación, y lo que recuerdo es lo que me hubiese gustado que pasara pero no pasó. Y si no pasó fue porque Dios tiene otros planes para nosotras, aunque ya no creo más en Dios pues cada plan que pone frente a mí es una mierda que me lleva siempre

hacia abajo.

Quiero que sepas que recuperé la guita que me robaron. No toda, pero lo suficiente como para tirar un tiempo más. Me di un saque y entré a la casa de Francis de una patada, ninja total. No sé si lo hubiera hecho normal, pero Geri me dio el empujón que necesitaba. Los chicos no saben nada aún pero voy a tener que blanquear de dónde saqué la plata o si no van a pensar que estoy en el negocio de las drogas. Ellos se pusieron a laburar en el *hostel* a cambio de alojamiento y desayuno, pero no es suficiente. Igual necesitamos producir más plata. O sea, tenemos que movernos, seguir el viaje, y no podemos trabajar a cambio de que nos lleven gratis en bondi. Hay cosas que sí o sí tenemos que pagar con plata. Igual respiro tranquila y relajada. Ya se nos va a ocurrir algo.

La Navidad lo pasamos genial, imagínate, yo forrada en guita pero manteniendo el secreto. Ni Ro ni Pato entendían por qué estaba tan contenta. “Por estar compartiendo este momento con ustedes”, les dije, pero por dentro movía las tetas para sentir los billetes, pues los había escondido en el corpiño. Terminamos en el patio del *hostel* con gente de todos lados del mundo chupando cerveza y cantando esa canción con melodía bella *Ai se eu te pego*. Yo quise introducir *Una y otra vez* de Marcela pero no prendió. Me quedé bailando sola como una vieja loca, muerta de risa, mientras Pato bailaba alrededor mío y Ro decía “no, yo no bailo”, hasta que le insistí tanto que no le quedó otra que pararse a bailar, y me di cuenta de por qué no baila. Se balancea de un lado a otro y mueve los labios, como cantando, pero no canta. Y toca los instrumentos en el aire, ¿entendés? Cuando hay guitarra en la canción él toca la guitarra. Si es eléctrica hace caras, y se muerde el labio y me mira. Me derrite. Cuando llega la batería también. Toca los platillos. Creo que sabe tocarlos en la vida real porque, por ejemplo, en la batería no hace siempre los mismos movimientos. A veces toca platillos que están más arriba, o más abajo, y si está sentado sube y baja el pie, como tocando el pedal. En un momento llegó un solo de flauta, porque viste que Marcela es muy del instrumento de aire. Ahí debo admitir que se vio muy raro, como si fuera un niño que va a una colonia de verano que tiene la palabra “inclusivo” en el nombre, pero bueno, debe ser difícil tocar la flauta y verse bien a la vez. Es un instrumento que no favorece a nivel facial.

Ahora tenemos que rajarse de acá lo antes posible. Esto no va a quedar así, lo sé. Francis no sabe dónde estamos pero no es difícil encontrar a tres extranjeros. Sobre todo porque la mayoría de los turistas nos hospedamos

cerca de la iglesia de San Francisco, así que basta caminar por acá para cruzarnos. Ro y Pato no lo saben aún, pero vamos a irnos a Copacabana y de ahí directo a Perú.

No tengo más que contar, pero te mantendré informada, mi fiel amiga. Por favor no dejes de escribirme y contarme cómo sigue tu vida. Se vienen tiempos de cambio, pero recordá que Marcela nació en Lanús y ahora es una superestrella. Nosotras también podemos, solo tenemos que creer. Nunca dejes de creer. Te dejo con esta reflexión para que te trabaje en el inconsciente estos días. ¡Te quiero tanto! Nunca me faltes, pues sin tu amor yo no soy nadie.

PD: Te podrías coger a Anthony también, ahora que incursionaste en el mundo de la música tropical. Siempre me gustaron los labios de ese hombre».

## 27 de diciembre

—Bellos, aproveché que no estaban y armé las mochilas de los dos, ¡nos vamos! —digo ni bien entran en la habitación, luego de ir a tomar el desayuno.

—Pero amor, ¿por qué tan rápido? Podemos quedarnos unos días más, pasar Año Nuevo acá y después irnos tranqui.

—Sí. O no. Podríamos irnos ahora también.

—Chicos, yo no puedo, perdón —dice Pato.

—¿Por qué?

—Mi viaje termina en esta ciudad. No tengo más plata, ¿se acuerdan que les conté?

—A mí no me parece una buena idea irnos ya, amor, quedémonos un tiempo más los tres juntos, además nosotros tampoco tenemos plata, necesitamos trabajar.

—Pato, esperá un segundo.

Agarro a Ro de la mano y nos vamos de la habitación. Una vez afuera le digo:

—Recuperé esto ayer. —Saco un fajo de billetes y se lo muestro—. Ya está, nos vamos. Nuestro objetivo está en los Estados Unidos de Norteamérica, no acá. Tenemos que seguir subiendo.

—¿De dónde sacaste esta plata?

—Ay, Ro, volví a la casa de Francis a recuperarlo, ¡sí! ¡Volví! No te enojés, por favor, no me fajes (o sí, pues soy una morbosa).

—Pero ¿estás loca? ¿Cómo vas a ir sola? ¡No nos dijiste nada! Te podría haber pasado cualquier cosa.

—¡Pero no me pasó nada! Me fijé cuando salió de su casa y me metí. Fui re precavida, te juro.

Jiji, mentira blanca.

Ro agarra el fajo de billetes y lo cuenta, en silencio. Levanta la vista y me mira.

—¿Qué hacemos con Pato?

—¿Lo llevamos?

—Pero se nos va a terminar la plata más rápido.

—De todas formas no nos va a alcanzar para llegar a nuestro destino final. Algo vamos a tener que hacer. Tenemos que conseguir más plata, y de todas formas, con o sin Pato vamos a tener que hacerlo, así que mejor que esté él que también puede laburar. Seamos sus padres gitanos y él nuestro hijo. Pongámoslo a laburar.

Ro se queda mirándome, abstraído, me agarra la mano y abre la puerta de la habitación.

—Pato, ¿aceptás venir con nosotros? Sandy encontró algo de plata ayer y con eso podemos tirar unas semanas, pero la idea es laburar y ganar más para poder seguir viajando.

—¿Eh? ¿Dónde encontraste plata?

—No importa, el caso es que queremos que sigas con nosotros.

—Chicos, no sé, tengo que volver a Buenos Aires, déjenme pensarlo un poco.

—Pero, bello amigo hippie, ¿qué puede ser más importante que viajar y descubrir el mundo?

—Tengo que anotarme en la facu, no sé. Tengo que seguir mi vida. —Se tira en la cama y queda mirando el techo—. Me re quiero ir con ustedes. Nunca me divertí tanto como en estas vacaciones, pero una parte de mí me tira para volver y retomar mi vida. Quiero vivir así, como estamos viviendo acá, pero allá.

—Pato, de repente estás muy profundo. Cuando te conocimos eras un niño barra niña que cantaba con la guitarra. —Ro me aprieta el brazo fuerte—. O sea, eras medio hippie, copado, pero un hippie raro, de esos que no te cansarías de golpear hasta perecer. —Ro aprieta más fuerte—. Lo que quiero decir es que te queremos como sos, y no pensé que tenías este lado sensible barra profundo, pero no vas a poder vivir esta vida allá. Si volvés tenés que saber a qué volvés. Volvé no engañándote.

Estoy en mis momentos de epifanía. Siento que van a salir tres niños albinos a bailarme alrededor, semidesnudos, mientras un ovni me eleva.

—Necesito pensar —dice—. Salgo un rato, nos vemos a la noche.

Quedamos Ro y yo solos en la habitación.

—No te preocupes, amor, seguro acepta.

Me abraza y me empieza a dar besos. Odio ser tan bipolar. Hasta recién estaba segura de lo que quería hacer y ahora Pato me hace dudar. Me hace querer volver a mí. O sea, ni loca vuelvo, pero ¿por qué mi cabeza me cambia

los recuerdos? Alejandra tiene razón, los domingos en el *call center* eran geniales. Tejíamos bufandas, gorras, suéteres. Nos apoyábamos mutuamente, llorábamos juntas. Las dos pobres, trabajando horas extras un domingo para hacer trescientos pesos más. No me tengo que dejar engañar. Eso no tenía nada de bueno. Lo que extraño es el momento, es la gente, es Alejandra y todo lo que compartíamos. Trabajando juntas nada más existía. Poníamos al cliente en espera y nos contábamos de alguna cita fallida y todo era bello. Estábamos en una burbuja. El *call center* era una mierda, lo que extraño es la situación. Obvio que a Ro lo amo y está todo bien, pero sabe tan poco de mí. No le cuento nada. Siempre hablamos boludeces. Es raro. Bueno, no, es que soy re turbia. Tengo mucho que ocultar.

## 31 de diciembre

Estamos en la frontera entre Bolivia y Perú. Nos retrasamos porque al llegar a Copacabana decidimos quedarnos unos días. Es un lugar bellísimo, como un espejismo dorado en medio del desierto. Una montaña inmensa y en el medio el lago Titicaca con aguas cristalinas pero frías. Me daban ganas de tirarme de bomba pero estamos arriba de una montaña y mientras más altura, más frío.

La llegada a Copacabana no fue ideal. Ni bien bajamos del colectivo nos abordaron una horda de personas de un metro cuarenta que parecían seres de la naturaleza. Una nos dijo que podíamos dejar nuestras mochilas en su casa mientras buscábamos *hostel* si le pagábamos cinco bolivianos. Nos pareció bien así que aceptamos. Dejamos las mochilas en una habitación y salimos a buscar cama. Cuando encontramos y volvimos a buscar nuestras cosas, nos dijo:

—Son quince bolivianos.

Ro miró con mala cara y sacó la billetera.

Yo lo paré, la miré a la mujer y le dije:

—Oiga, ser mitológico, dijo que eran cinco bolivianos.

—No señorita, dije quince.

Me acerqué a su cara:

—Si no nos abre la puerta de la habitación ya mismo juro que le rompo todo el lugar.

—Llamaré a mi hermano —dijo y salió corriendo.

—Amor, parecés una barrabrava —me dijo Ro.

Pato se mete:

—Ya fue, loco, paguemos. No quiero problemas.

—Patricio, no vamos a pagar. Basta de ser estafados por esta gente. —Y en un raptó de sindicalista obrera, me fui a la habitación y abrí la puerta de una patada. Todos se quedaron mirando con la boca abierta.

—Sandy, ¿dónde aprendiste a patear así? —dijo Ro.

—En La Paz.

La mujer llamó al hermano, quien vino cuando ya nos estábamos yendo.



Era un viejo borracho que apenas podía mantenerse en pie y balbuceó algo que no entendimos.

—Córrase, viejo ebrio —le dije y no mostró resistencia.

Salimos del lugar sin problemas.

Copacabana es un pueblo muy tranquilo y sin atractivo, salvo por la iglesia principal, que es majestuosa. Todos vienen acá para ir a la isla del Sol. Nosotros también queríamos ir pero desistimos cuando escuchamos el precio. Quedará para otro momento, un momento que jamás llegará, claro, pues no pienso volver a pisar este país.



## 1º de enero

Pasó algo muy mágico y loco. Ayer no hicimos nada porque en este pueblo no se puede hacer nada más que morir lentamente. No había gente en las calles, salvo en algunos bares improvisados, festejando Año Nuevo, pero la mayoría eran argentinos de dieciocho años que se creen hippies, como Patricio. Igual Pato está tan sumiso últimamente que lo sometería con una vara. Él está sumiso y yo estoy más violenta y morbosa que nunca. Ayer no me contuve y cuando estaba por coger con Ro me puse encima y le encaje un sopapo que mamita.

—¿Qué te pasa, amor? —me dijo.

—¿No te gusta una palmadita? Probá conmigo, dale.

—Está bien así.

—Dale, hacelo.

Me da una cachetada sin fuerza.

—¡Con fuerza!

Otra cachetada apenas más fuerte.

—Rodrigo, la puta madre, PEGAME CON FUERZA.

Me da un sopapo certero que me desencaja la mandíbula y quedo con una cara de pelotuda que te la regalo. Inmediatamente levanto las manos y acomodo todo. Qué bello, por favor.

Nos fuimos a dormir, Ro y yo en la cama matrimonial y Pato en su cama individual. Los tres en la misma habitación. En el medio de la noche me desperté, supercaliente, y me froté contra la chota de Ro. Froté y froté, como si de mi concha fuera a salir un genio. Su pija se puso bien tiesa, como a mí gusta, y seguí el trabajo fino. Sentí su mano bajándome la bombacha y oí un gemido suave en mi oreja. Nos frotamos un poco más, me dio vuelta y me la metió. No hablamos nada. Solo nos comunicamos por gemidos, pues no queríamos despertar al niño Patricio. Por un momento sentí que podía eyacular por el culo, como si fuera una vagina, mas no, claro que no. Estaba muy mambeada, entre dormida y despierta y ahí empecé a flashearla. Sentía cómo Ro me estaba taladrando y yo estallaba de placer. Cuando el gemido se convirtió en espasmos, le dije:

—Sacala, no acabes adentro pues podría quedar embarazada.

—Ya está amor, no te preocupes.

—No, no, sacala en serio —le dije, gimiendo y a punto de dejar que lo haga.

Ro la sacó y quedó arrodillado en la cama.

—¿En el cuerpo?

—No, vas a mancharme, sacudila afuera de la habitación.

—No puedo ir afuera, amor.

—Ay, bueno, no sé entonces.

—No doy más.

Le dio una sacudida fuerte, giró el cuerpo y eyaculó en la cara de Patricio, que dormía plácidamente, como un niño cantor. Yo largué una risa baja pero incontenible. Me tapé la boca con las manos pero no fue suficiente. Ro terminó y también se rio. Nos metimos en la cama como si nada hubiese pasado y nos quedamos dormidos.

Hoy me desperté y no sabía si lo que había pasado había sido un sueño o no, hasta que le vi la cara a Patricio con un salpicré seco. Cuando se despertó y se tocó la cara no hizo nada raro, salvo decir:

—Uy, qué asco, odio babear de noche.

Con Ro nos miramos.

Fue real. Y bello.

## 10 de enero

Nos tomamos un micro desde Copacabana a Cuzco, Perú. El viaje es muy largo y hacemos dos paradas, una en la frontera para que nos sellen los pasaportes y otra en Puno, donde paramos en un restaurante para comer y tomar algo. O sea, los demás tomaron y comieron algo. Nosotros no, pues no podemos gastar plata de más. Siempre viajamos con galletitas Mabel's en la mochila y botellas de agua cuando hacemos viajes largos en colectivo. La fiesta de la papa se terminó, pues las que venden en Bolivia me aflojan y se me complica a nivel intestinal.

Odio estos viajes larguísimos. Me la paso durmiendo y despertando en un círculo infinito e interminable. Los asientos son chicos, incómodos, el aire está viciado y ni siquiera me puedo parar a estirar las piernas porque los otros pasajeros ponen niños a dormir en los pasillos. O sea, niños. Sus hijos. El colectivo llega a hacer una mala maniobra y algún pendejo se va a dar la cabeza contra un fierro y va a quedar con parálisis de por vida.

Llegamos a Cuzco a la madrugada, muy mambeados, y nos invade un grupo de personas para ofrecernos taxi hasta el centro. Pato se quiere hacer el líder y arreglar un precio, pero lo máximo que consigue es que nos cobren cien soles, que es muchísima plata. Deben ser treinta dólares. Con esa plata vivimos una semana en Bolivia. Encima se justifica diciendo:

—Estoy cansado, Sandy, dale.

—Patricio, te juro que te dejaría acá tirado. Sos como una mascota pero de esas que no hacen ninguna monería, se la pasan en el suelo y te cagan la alfombra.

Ya me está cansando. Al principio me parecía divertido pero ahora no dudaría en apretar un botón que suelte unos perros y se lo coman.

—Amor, estás un toque agresiva, relajá —me dice Ro.

—Es que no puedo relajar, si ustedes no pueden cuidar la plata que tenemos, entonces yo la voy a hacer rendir.

Estoy cansada de ser la líder, la que tira del caballo. Quisiera que nos turnáramos para tomar el cargo y no ser siempre yo. Si no dijera, «sigamos el viaje» o «consigamos plata», todavía seguiríamos en La Paz trabajando en el

*hostel* y limpiando pisos por hospedaje y comida.

## 11 de enero

—Necesitamos hablar —dice Patricio—. Ya no puedo seguir así. Dejé de ser divertido. Sandy, estás insoportable, te la pasás mandoneándome, nunca me dejás hablar u opinar porque claro, es tu viaje y todo eso, pero también es el mío. Vos Ro te lo bancás porque es tu novia, pero nosotros somos solo amigos. No me lo tengo por qué bancar.

Se queda callado y yo también.

—¿Y? —dice.

—¿Y qué? ¿Querías hablar? Hablá, descargate —le digo, toreándolo pero bajando el tono, porque basta que me marquen un defecto para automáticamente corregirlo, como cuando me dicen «sos medio puta, ¿no?» y empiezo a contar que tuve parejas estables y un montón de mentiras que me dejan bien parada.

—Eso, que estoy cansado, que mi viaje iba a llegar hasta La Paz y me iba a volver y me convencieron de seguirlo, pero la estoy pasando como el culo. Me divierto más en Buenos Aires.

—Pato, si sentís que tu viaje terminó, podés ir en paz —dice Ro, místico.

—Es que siento que ya está y no da estirla más.

—Pensé que te gustaba esta vida, que eras un hippie —digo, comprensiva.

—Yo también pensé eso, pero no es como al principio, y además extraño un montón. Quiero ver a mis amigos y caminar por Buenos Aires, juntarme con la vieja a tomar unos verdes.

—No sabía que te drogabas.

—¿Qué? Unos verdes, Sandy, hablo del mate.

Por un momento me vienen memorias de las noches en Buenos Aires fumando porro paraguayo, prensado, con Alejandra. Una noche que estábamos re puestas me dijo:

—Esta la traen de Paraguay pero para que los perros de gendarmería no los agarren cruzando la frontera y los metan presos, agarran toda la piedra y la mean. Seguro nos estamos fumando el meo de algún paraguayo.

Ojalá (#Morbos).

Pato continúa:

—Pensé que Latinoamérica era más amigable. No puedo comer más Mabel's.

Cuando dice «Mabel's» negativamente me perjudica a nivel espiritual, pero no digo nada porque sigo en mi posición de comprensiva.

—¿Y cuál es el plan? ¿Cómo pensás volver?

—Necesito un poco de plata para cruzar a Bolivia de nuevo, desde ahí puedo hacer dedo hasta Salta y después le pido a mis viejos que me compren un pasaje con tarjeta y listo.

—¿Cuánto necesitás? —pregunta Ro.

—Lo mismo que gastamos en venir desde La Paz hasta acá, unos soles para salir de Perú y unos bolivianos para viajar de Copacabana a La Paz.

Nos miramos unos segundos. Mi cabeza a mil haciendo la conversión soles —pesos y bolivianos— pesos. En estos momentos me siento una matemática total.

No nos queda otra que darle la plata, después de todo no podemos dejarlo tirado (o sí), y sin él vamos a gastar menos, aunque también vamos a trabajar menos y ganar menos para seguir viajando. Qué situación malita.

Abro la billetera y le doy la plata:

—¿Cuándo te vas?

—Supongo que mañana o pasado.

—Bueno, salgamos una última vez entonces, hasta que nos volvamos a ver en Buenos Aires.

Ro es tan inocente. Jamás nos volveremos a ver.

Salimos del *hostel* y nos vamos a la Plaza de Armas, en el centro de Cuzco. Es hermoso. Tiene un estilo colonial. Hay unas iglesias impresionantes. En este viaje ya vi muchas iglesias que en la Argentina no existen.

A medida que caminamos se nos acercan a ofrecernos promociones para ir a Machu Picchu. Pensé que iba a ser muy caro pero no lo es. Hay que tomar un tren hasta un pueblo que se llama Aguas Calientes y está setenta dólares. Es la única forma de acceder a Machu Picchu. Me da pena rechazar la oferta porque sé que no voy a volver a este lugar, pero tenemos poca plata, así que considerar gastar setenta dólares cada uno es impensado.

Lo que sí ocurre es que llegamos a una agencia de viajes que tiene una gigantografía de Machu Picchu. Los tres nos miramos y pensamos lo mismo.

—Saquémonos una foto y decimos que estuvimos, total, ¿quién se va a dar cuenta?



Agarramos la cámara y le pedimos a alguien que cuente hasta tres y nos saque una foto. En cuanto dice tres nos agarramos las manos y saltamos, felices, con las montañas de fondo.

Estuvimos en Machu Picchu.

## 12 de enero

«Bella mía, estoy sola en un cyber escribiéndote mientras Ro compra comida. Pato se fue hoy temprano y estoy medio del orto. Pensé que no me iba a pegar así. O sea, ¡Pato! Últimamente tenía ganas de darle en el lomo con un fierro caliente, pero me duele porque éramos un grupo y ahora somos dos, y tengo miedo de que Ro también se quiera volver. La única que quiere hacer este viaje soy yo, bah, Ro también, y Pato también, pero para ellos es viajar y nada más. Para mí es cumplir un sueño, y además no tengo nada a qué volver. Ellos sí. Eso me angustia un poco. Ayer a la noche me agarró una crisis y me encerré en el baño a llorar. Hay una ventanita chiquita arriba de la bañera que da al pueblo. Me quedé un rato largo mirando al cielo mientras mis lágrimas caían.

A la mañana se fue Pato. Lo acompañamos a la estación para tomarse un colectivo hasta la frontera y cruzar a Bolivia, por donde vinimos. El clima era raro. No hablamos en todo el viaje hasta la estación, e incluso ahí solo hablamos para preguntar dónde sacábamos el pasaje y para comprar unas Mabel's para el camino.

Cuando llegó el colectivo, Ro y Pato se abrazaron y luego fue mi turno. Ro se fue para la entrada de la estación y yo quedé sola con Pato. “Tomá, esto es para el camino”, le dije y le entregué una bolsita con papa que había hervido ayer a la noche: “Tiene todos los nutrientes que necesitás para estar fuerte hasta que vuelvas a Buenos Aires». Él se rio y me abrazó. La papa de Perú es bella, como la de la Argentina.

“Gracias por todo, Sandy». Me volvió a abrazar fuerte y me dijo:

“Contale a Ro, no va a pasar nada, no te preocupes”.

“¿Qué?”

“La nuez de Adán”.

Muzzarella quedé. Imaginate, como una estúpida haciéndome la “estoy en mis días” hace unas semanas y Patricio sabía que iba al baño a pincharme los dedos para manchar la toallita. Me quedé mirándolo, abrí y cerré la boca varias veces pero no dije nada. ¿Qué le iba a decir? Al final habló él.

“Relajá, loca, está todo bien de verdad, sos una buena mina”.

Me salvó la bocina del bondi que me sacó del trance y activó a Pato. “Uy, es mi micro, me tengo que ir. Nos vemos en Buenos Aires si es que volvés, o te veo en la tele cuando llegues a Hollywood”. Se rio y se fue corriendo porque el micro estaba por arrancar. Yo me quedé tiesa, estatua viviente total. Es la primera persona que lo sabe, sacando vos, mi mamá y la gente del *call center* y la gente que me cogí. Bueno, sacando todo el mundo menos Ro.

Cuando el micro arrancó me saludó desde la ventana cagándose de risa. Yo la careteé y le sonreí también, pero me sentí muy avergonzada. Es difícil de explicar lo que sentí. Fue vergüenza por ser lo que soy, vergüenza por haber nacido diferente y vergüenza por saber que nunca voy a encajar en la sociedad como alguien normal. Vergüenza por tener que ganarme la aceptación de los demás, como si fuera algo que uno tuviera que ganarse y no la forma natural de vivir: aceptando que somos diferentes. Me estuve creyendo que era alguien normal desde que empezó el viaje. Nadie me conocía y podía empezar de cero, pero cuando Pato me dijo que sabía la verdad me di cuenta de que por más esfuerzo que haga nunca voy a ser parte de la sociedad convencional. Sentí vergüenza porque no pude mirar a Pato con los mismos ojos que antes, de igual a igual. No me sentí igual en ese momento. Me sentí menos. Sentí que él tenía que aceptarme, y por dentro le agradecí la aceptación y eso me hizo sentir aún más inferior.

No me preguntes cómo hice para caretearla con Ro después porque no sé. Si pude caretear el después de la violación puedo caretear cualquier cosa.

Como te podrás imaginar, llegué al *hostel* y adiviné qué hice. Sí, me encerré en el baño a llorar, algo que se convirtió en una rutina. Ro se dio cuenta de que estaba rara y me preguntó si me pasaba algo. Le dije que sentía que el grupo se había desintegrado, y que iba a extrañar a Pato, que me recordaba a Geri cuando se fue de las Spice. Ese día lo recuerdo como de luto total. Y si yo estaba así imagínate ellas. Me acuerdo que salió en todos los diarios y nadie sabía qué iba a pasar. Vos tenés la re suerte de que los Backstreet sigan juntos y sacando discos.

Ro me dijo que le pasaba lo mismo pero que mientras estuviera yo él estaba bien. Me parece tan empalagoso a veces. Te juro que le daría un cachetazo en la cara para que deje de ser así. Vos nunca fuiste así con Mati, ¿no? Igual me encanta que me proteja, pero a veces es demasiado. Ayer se fue Pato y Ro no para de querer estar conmigo. Ahora que volví a comer papa me estoy tirando unos pedos que no te das una idea, y no me los puedo tirar delante de él. Quiero ser libre para tirarme un pedo estruendoso, con caldo,

pero no puedo. Obvio que el baño no es una opción. Es todo muy silencioso. Ir al baño y encerrarme o sincerarme y tirarme un pedo en su cara sería exactamente lo mismo. Lo que hago es salir a caminar al mercado, que está lleno de gente, y ahí aprovecho para desinflarme.

Estoy re densa, perdón. Mucho bajón en este mail pero si con alguien no quiero caretearla es con vos. ¡Te quiero!».

## 14 de enero

«Ay, mamina, ¿por qué no te dispensás un clona? ¿No te llevastes en la mochila?»

Mirá, yo siempre te acepté, desde Sandro hasta Sandra, pero en realidad nunca te juzgué. No es que te acepté, sino que es tu vida y podés hacer lo que quieras. No tengo que aceptarte o no aceptarte porque no soy Dios. O sí. Y no estás afuera de la gente normal. Sos la gente normal porque, madre santa, la gente normal somos nosotros, somos todos. Ay, estoy re inclusiva, te escribo esto y me dan ganas de abrir una colonia de verano para gente especial. Pero de verdad lo digo. Pato no tiene que aceptarte porque no es nadie para hacerlo. Igual seguro tuvo buenas intenciones y no te quiso hacer sentir mal. Creo que también tenés que aceptarte vos y dejar de creer que estás afuera de la normalidad. Leía tu mail y me parecía que eras vos la que no se aceptaba, la que estaba en la lucha por sentirse parte de la sociedad o fuera. Trato de pensar si yo me despertara mañana y quisiera ser hombre, si sintiera que este cuerpo no me corresponde. Dios, no sé qué haría. No sé si podría hacer todo lo que hicistes vos. Te digo “aceptate” como si fuera fácil, ya sé. Para vos yo debo ser re normal, aunque tenga esta vida de mierda. Yo preferiría estar fuera de la sociedad y vivir la aventura que estás viviendo antes que ser “normal” y estar acá.

Con Mati nunca fuimos como Ro y vos. A él le duró el romanticismo los primeros dos meses. Me acuerdo que todas las noches me llamaba a casa para hablar de nada, porque te juro que era así: dos horas de charla sobre nosotros, cuánto nos gustábamos y cómo íbamos a coger cuando nos viéramos. A mí me encantaba. Todas las noches esperaba su llamado. Era la forma de darme cuenta de que seguíamos como el primer día. También teníamos sexo telefónico. Yo le decía cómo se la iba a chupar. Pero después las llamadas pararon. Bah, en realidad fue un día que me llamó y yo estaba medio ocupada y me empezó a hablar de una película que había visto. Me habló un montón, como diez minutos. “Me encanta que me llames para hablarme de esta trivialidad irrelevante”, le dije. Me reí, obvio. Era medio en joda pero se ve que lo traumó porque después no me volvió a llamar a la noche salvo raras

excepciones. Al principio me dolió un montón pero después me acostumbré.

Igual Mati no es el mejor tema para hablar ahora. Corté con él. Siento que no vamos para ningún lado y no hay un proyecto. Esto de haber renunciado me cambió. Ahora estoy como vos, con epifanías sobre la vida. Quiero cambiar todo, teñirme, trabajar en algo creativo, aprender un idioma, tener un novio que sea como nosotras. Igual me duele y estoy llorando más de lo que pensaba que iba a llorar. Extraño que me abrace y fumar faso paraguayo y reírnos. Extraño boludeces insignificantes, llamar al supermercado chino para hacer un pedido y hablarles con voz de chinos.

Ayer vino Candela a casa y trajo tequila. Nos pusimos en pedo muy rápido. Buscamos canciones karaoke en YouTube y cantamos a los gritos toda la noche. Estuvo bueno, yo qué sé. Obvio que no como con vos. Candela es medio rara. Cuando se despertó estaba de mal humor y se fue al toque, tipo chongo. Para mí es torta. O sea, nunca habla de ningún tipo y no se arregla, tiene ese pelo siempre mojado. Es torta, boluda. Igual nunca trató de tocarme. Para mí lo tiene reprimido. En fin, ella se fue y yo me quedé con una resaca tremenda y terminé llamando a Mati. Vino a casa y cogimos. Cuando terminamos me dijo de volver pero le dije que no y se fue. Quedamos en hablar.

No dejes pasar tantos días sin escribirme que te extraño. ¡Te quiero mucho, amiguita mía!».

## 16 de enero

Ayer nos metimos en un micro hacia Lima. Veintidós horas que se convirtieron en veintisiete porque el chofer estaba borracho y chocamos contra un auto. No pasó nada, fue un choque leve, pero hubo que parar y esperar a que otro micro nos levantara. Yo estaba con un humor horrible, mal aliento, despeinada y con sueño. Ro me miraba y sonreía, no decía nada excepto «te amo». Estaba re pegajoso. Desde que nos dijimos te amo no para de decírmelo todo el tiempo. Me deja notitas que dicen te amo te amo te amo te amo. Antes de salir del *hostel* en Bolivia me tapó los ojos, me llevó hasta la habitación y cuando me sacó las manos de la cara, vi que había puesto velas y unos chocolates que formaban la palabra «te amo». Debo reconocer que eso sí me encantó. Me enamoró aún más.

—Y todavía falta algo —me dijo, y fue a la mesa de luz y puso un bolero hermoso.

Hicimos el amor y le puse un chocolate en la pija y lo lamí como si fuera un helado de un sabor prohibido. Fue muy bello. Él me dispensó su crema del cielo en la cara y por un momento sentí que tocaba a Dios con las manos.

En ese momento estaba todo bien. Aún éramos tres, pero ahora estoy muy nostálgica estilo viejo lobo de mar que aúlla por las noches. Abajo del micro, esperando que nos levantara el próximo que venía, con Ro mirándome, me sentí invadida. Le sonreía cada vez que él lo hacía, pero me di cuenta de que estaba mirándome todo el tiempo y no podía relajar la cara porque sentía que tenía que responderle el gesto simpático, sumisa y mujer total.

—Ro, es hora de mirar para otro lado —le dije.

No entendió, así que le tuve que explicar que estaba cansada e incómoda, y que por favor dejara de mirarme con esa cara de pelotudo. Después me sentí culpable así que le dije que quería cagar y me fui a un yuyal donde veía el micro a lo lejos echando humo. Me senté en el pasto, contra un árbol y cerré los ojos un rato. Relajé la frente, la boca, las mejillas y me tiré pedos. Por fin. No sabía cuán tensa estaba hasta que me senté y dejé que mi culo cantara una bella serenata. También aproveché e hice un ejercicio de visualización que leí en una revista. Conté de 10 a 1 relajando todos los

músculos del cuerpo y me imaginé en mi lugar feliz en el mundo: Lanús, más específicamente la casa de Marcela. Entré al living y me senté a tomar mate hasta que se abrió la puerta muy lentamente. Pensé que era Marcela, pero no.

—Geri, ¿qué hacés en Lanús?

—Me tomé un bondi en plaza Once para venir a verte.

—Ay, bella, qué deferencia. ¡Gracias!

—Gracias por nada, me encanta verte. La última vez estabas mal pero ahora se te ve mucho mejor.

—No sé qué hubiera hecho sin vos en la casa de Francis.

—Para eso estamos las amigas. Acordate que la amistad nunca se termina.

—Ojalá tuviera cuatro amigas con las que recorrer el mundo con nuestra música. ¿Por qué te separaste de las Spice? Yo daría todo por formar parte.

—Porque ya cumplí mi sueño, Sandy, ¿y vos?

—Todavía no, pero estoy luchando por eso.

—Prometeme que no te vas a rendir.

—Te lo prometo, Gerita. ¿Querés un mate?

—Dale.

Un bocinazo me devolvió a la realidad. Abrí los ojos, me paré y fui a la ruta sintiéndome mucho mejor.

Nos subimos a otro micro y me hice la dormida hasta que sin darme cuenta me quedé dormida en serio. Cuando desperté me fijé la hora, eran las cuatro de la mañana. Rodrigo dormía.

—Nunca sé qué es lo que pensás —le dije en el oído. Y abrió los ojos.

—Pensé que estabas durmiendo.

—No, amor, no me puedo dormir. —Bostezó y estiró los brazos—. ¿Qué decías?

—Que nunca sé qué te pasa por la cabeza, nunca me contás nada. Es como si no tuvieras pasado ni futuro, como si estuvieras solo en el presente, pero nadie puede estar en el presente, salvo los sabios y Nacha Guevara. —Sentí que se venía otro momento de epifanía y que iba a comenzar a levitar, mas no ocurrió.

—Solo te tengo a vos en la cabeza, hermosa.

—Ro, dale, basta, quiero que me cuentes qué sentís, qué te pasa, qué opina tu familia de lo que estamos haciendo, tus amigos, vos. Yo estoy todo el tiempo hablando y siento que vos también, pero hablás sin decir nada.

Siempre había querido decir, «hablás sin decir nada», desde que lo



escuché en una película en la que Mandy Moore muere de cáncer. No paro de cumplir sueños desde que empecé este viaje.

Ro sonrió y me dio un beso.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? ¿No podemos esperar a mañana?

—Es que quiero entender por qué estás haciendo esto. Ya sé que me amás, pero me cuesta creer que eso te basta para dejar todo e irte de viaje conmigo. O sea, yo no vuelvo. Lo sabés. No vuelvo. Pase lo que pase la Argentina quedó atrás.

—Mi sueño es que algún día quieras volver y nos vayamos a vivir a mi pueblo, que cumplas tu sueño en Estados Unidos y después volvamos y vivamos en una casa grande con huerta orgánica.

—Oíme, yo no estoy haciendo esto para terminar plantando albahaca, ¿me estás hablando en serio?

—En el futuro, amor. En el futuro. No ahora. No ya. Hay tiempo para todo. Hoy me conformo con pasar todos los días con vos. No quiero separarme. Y no quiero que trabajes y no tengas tiempo para verme. Yo tampoco quiero que vuelvas a Buenos Aires.

—Hablame de tu mamá, ¿le gusta que le garcean la cara? ¿Es una morbosa como yo?

—¿¡Qué!?

Ay, ¿eso lo dije o lo pensé?

—¿Qué piensa tu mamá de todo esto?

—Cree que estoy de vacaciones y que vuelvo en unos días.

—Pero estamos hace dos meses viajando, dale. No puede creerte que estás de vacaciones.

—Te juro, amor. En una época estude en Córdoba y después me cambié de carrera y me fui a Rosario. Mi mamá está acostumbrada a la distancia y no pregunta mucho.

No estoy satisfecha con las respuestas. Sé pocas cosas de su vida.

El otro día me contó que tuvo una noviecita cuando era más chico y que la mamá la quería mucho porque iba a misa con ellos. Él quería hacerle el amor pero ella no, pues era muy católica. Lo que sí hacía era chuparle la pija, porque lo que Dios prohíbe es hacer el amor. Acabarle en las tetas a una mujer está bien. El problema es la penetración. También me contó que para suplir tanta penuria le decía a su novia que cerrara las piernas y se acostara. Él se ponía encima de ella y, con su mástil erguido y ensalivado, se lo metía entre las piernas, como si fuera una vagina. Así pasaban las tardes. Dios

aprueba hacer el amor a través de las piernas.

También me contó que fue misionero. Cada verano se iba con los amigos de la parroquia a misionar a distintas provincias. Para mí, «misionar» era ir a Misiones, pero me contó que no. Misionar es ir a distintos lugares a hacer buenas acciones, como cuando yo le destrababa la mandíbula a mi mamá. Él construía casas, pintaba o plantaba árboles en algún pueblo del Chaco. Cada misión duraba una semana y siempre era en lugares imposibles, tipo Formosa, que aún hoy me pregunto si es un mito o si realmente existe, pues una nunca oye nada de Formosa. Son provincias fantasmas, como San Juan o La Pampa.

Cuando terminó la secundaria quería ser cura pero se pajeaba mucho y sabía que no iba a poder vivir sin la parte sexual de la vida.

Si se enterara de que soy una chica trans se muere. Pato me dijo que estaba todo bien pero no creo. Yo también soy un poco religiosa pero tomo solo lo que me gusta de la religión. Creo (o creía, ya no sé) en Dios porque me hace sentir protegida y porque pasé por momentos donde necesité contar cosas que nadie entendía. Es que el cambio de identidad fue un proceso de mierda y a la vez lo mejor que me pasó en la vida. Me acuerdo cuando me pusieron tetas y me vi en el espejo. Estaba toda hinchada y deformada pero no pude contener las lágrimas. Era una mezcla de felicidad absoluta por ver que me estaba convirtiendo en lo que quería ser pero también pánico por lo que se venía. Ahora estoy en la recta final de la transformación, pero en ese momento era un monstruo. Tenía la voz rara por las hormonas y con las lolas hechas me tuve que trucar la pija cada vez que salía a la calle. ¡Qué dolor! Me la ataba y la pasaba por las piernas y escondía entre los cachetes de la cola. Si caminaba podía soportar el dolor pero si llegaba a tropezarme o saltar veía las estrellas.

Los de afuera me aceptaron más que yo misma, pues sentía que estaba haciendo algo malo y me la pasaba justificándome. Una vez conocí a un chico y le dije que era mujer. Bah, muchas veces lo hice. Si sospechaban por la voz, que con las hormonas parecía la de un mutante, les decía que tomaba un medicamento que me dañaba la garganta y la dejaba mezcla de hombre y mujer y un ser del más allá. A Alejandra le decía que no me iban a entender y que por eso mentía. Era una mentira tranqui. No es que les ocultaba que tenía una enfermedad viral. Era una mentira que me permitía ser la persona que quería ser.

Después lo fui contando y me aceptaron más de lo que me rechazaron. En

el fondo la única que no se aceptaba era yo.

Lo miro a Ro dormir, o hacerse el dormido, y me doy cuenta de que tanto no avancé. Ahora lo cuento más pero sin embargo, en este viaje aún no se lo dije a nadie. El camino de la aceptación es una lucha constante.

El *shuffle* del mp3 me lleva a *Puedes contar conmigo* de La Oreja de Van Gogh.

Tengo diecinueve años, es viernes y estoy en mi pieza. Esta es la noche para la que me estuve preparando en la semana. Fui a un cyber café a imprimir currículums, lavé la ropa que me estoy poniendo y arreglé con Santiago y Micaela para que me acompañen de gira por distintos bares que encontré en Internet. Una vez vestido salgo de mi casa.

—Sandro, andá en colectivo por favor que me da miedo que camines a la noche.

—Sí, mamá, no te preocupes, voy y vengo en colectivo.

Son las doce de la noche. Salgo del edificio y empiezo a caminar por Anchorena a la altura de Rivadavia. Estas calles son las únicas que me dan miedo porque están completamente vacías y cuando aparece alguien ya sé que está dado vuelta de droga y me va a intentar robar. Salgo de la vereda y camino por la calle, al lado de los autos. Si pasa algo salgo corriendo. El otro día caminaba del lado de los edificios y un tipo me arrinconó, me preguntó si tenía una moneda y cuando le dije que no puso la mano en el bolsillo de la campera, como si tuviera un arma o una navaja, y me dijo:

—Dame toda la guita o te quemo.

Solo tenía dos pesos así que le di eso, me revisó y se fue. Por suerte había dejado el celular en casa.

Llego a avenida Corrientes y le doy derecho hasta Callao. Mica vive ahí, al lado del Congreso.

—¡San! ¿Qué hacés? —Me abraza Mica.

—Todo bien.

—¿Qué hacés, homosexual? —dice Santi y me da un beso—. ¿Viniste caminando, larva?

—No, en bondi.

—Dale, no mientas, sos tan larva que seguro viniste caminando.

Entramos al living y prendemos la tele, que está corrida para adelante porque en el techo hay goteras, y ayer llovió. Una vez nos pasó de estar mirando tele sin darnos cuenta de que había empezado a llover, cayeron unas gotas y la tele explotó. Casi nos morimos de un infarto. Se cortó la luz y

milagrosamente la tele resucitó luego. Desde ese entonces la llamamos «la tele Jesús». Sé que pronto empezará a convertir el barro en pan y ya no necesitaremos más plata para vivir.

—Dice mi mamá si no le querés enseñar a tirar el tarot —dice Santi.

En esa época estaba flasheada por el tarot y la magia Wicca.

—Dale, obvio, cobro cinco pesos la clase de una hora, pero si hoy encuentro laburo capaz no tenga tiempo.

Hago cuentas mentales: si le doy cuatro clases al mes voy a estar ganando veinte pesos, que me alcanzan para pagar el gimnasio y una entrada a algún boliche. Si me llegara a pedir que le diera dos clases por semana sería la gloria. Me quedarían veinte pesos para comprarme ropa. Salgo de mi fantasía demencial de Paris Hilton y digo:

—¿Vamos?

Caminamos por Callao hasta Santa Fe. Me fascina Buenos Aires de noche. Caminamos y miro a los tipos que me pasan por al lado. Cuando me miran me río, pícara, y giro la cabeza, estrella total. Al toque me quiero morir, pues tendría que haber sostenido la mirada, pero no lo hago porque soy muy pelotuda.

La noche pasa. Me meto en todos los bares que tengo anotados y dejo mi currículum, intentando hablar con el dueño o supervisor antes, pero casi siempre termino dejándoselo al *barman*. En algunos recién abren, pero en otros ya hay gente sentada en las mesas. Cuando entro y me pongo a hablar en la barra me miran los clientes. Tengo un pantalón verde que parece diseñado para mi cuerpo. Dejo el currículum y me voy. Así en todos lados, salvo en uno que el dueño me dice:

—Ahora estoy ocupado, pero ¿podés venir a una entrevista la semana que viene? Acá tenés mi teléfono, llamame.

Salgo del bar y me pongo a gritar en la calle de la emoción. Abrazo a Santi y a Mica, triunfadora. *Flashdance*.

Se hacen las cinco de la mañana y estamos en Palermo, sentados en la entrada de una casa, cagados de frío.

—Chicos, ¿no tienen hambre?, yo me estoy muriendo.

Abro el compartimiento chico de la mochila y sale un vaho a milanesa tremendo. Siempre las pongo en doble o triple bolsa para que no salga olor, pero nunca resulta y termino dando currículums con olor a milanesa.

—Tengo la mochila complicada a nivel olfativo, perdón.

—Qué asco, boludo, cerrá esa mochila —dice Mica.

—¿No quieren? —les ofrezco rogando que digan que no, pues solo traje tres sándwiches que me encantaría comer sola.

—Dale, sí.

Pasa la semana y se hace viernes otra vez. Tengo que ir al bar donde me llamaron. Me vuelvo a poner el pantalón verde porque es el único que me queda soñado, pero esta vez me siento malita. Tengo fiebre, estoy resfriada y afuera hace un frío horrible. Pienso en ir con la campera de jean, pero me voy a morir congelada. Ay, esa campera es tan divina. ¿Por qué no hace calor? Me encantaría materializarme en el bar, tener la entrevista, desaparecer y volver a mi cama. Encima llovizna.

Cuando salgo de la pieza, mi mamá dice:

—No quiero que salgas, Sandro, estás enfermo, acostate.

Con mi mejor cara de mentira le digo:

—Estoy bien, ma, me siento mucho mejor.

—Prometeme que te vas a tomar colectivo.

—Sí, ma, obvio —le digo y la abrazo.

Salgo de casa con una campera horrible pero muy abrigada. Parezco una obrera. La lluvia me pega en la cara. No tengo paraguas. Agarro Anchorena y camino hasta Corrientes, sigo derecho y cuando llego a Callao doblo. Mismo recorrido. Antes de entrar en el bar me saco la campera y la pongo en la mochila, así no se dan cuenta de que no tengo una campera linda para salir. Si la mamá de Santi me pide dos clases por semana, voy a ahorrar dos o tres meses y usar esa plata para comprarme una campera de salir: una de jean pero con corderito adentro. Moda y confort a la vez.

Entro al bar con la mochila en la mano. Son las diez de la noche. Está casi vacío. Hay unas travestis en la barra que se me tiran encima.

—Hola, vengo a ver a Alberto por una entrevista.

—No está todavía, esperalo acá que nosotras te hacemos compañía.

Una se me acerca y me toca la cara, otra me agarra un brazo.

—Ay, qué tubos, mi amor.

Me levantan la remera. Nos reímos. Tengo la nariz re tapada y me la quiero sonar pero también disimular que estoy enferma. Tengo un complejo de pobre tremendo. No quiero que se den cuenta de que vine sintiéndome así de mal.

Pasan dos horas y nada. Estoy a punto de morir y estas travestis no paran de tocarme y decirme cosas. Llega un punto en el que no doy más y me levanto de la silla.

—¿Le dicen a Alberto que lo voy a volver a llamar para arreglar otra entrevista?

Salgo a la calle. Hace un frío tremendo y sigue lloviendo. Abro la mochila, saco la campera y me vuelvo a casa caminando.

Nunca me pude volver a contactar con Alberto.

## 18 de enero

Lima es como Buenos Aires pero con gente mezcla de rasgos indios con europeos. No hay blancos. O sea, sí, pero no es común. La inmensa mayoría no lo son, y los que sí son ricos. Y nunca llegan a ser tan blancos tampoco. Los «rubios», como los describió un bello ser que conocimos en el *hostel*, son blancos con pelo marrón. Hay muchos que están muy buenos. Si estuviera soltera me gustaría cogérmelos a todos. Esto no es como Bolivia. Los peruanos son muy sensuales, como Onur de *Las mil y una noches* pero mestizos.

—¿Vamos a la playa? —dice Ro.

Desde que estábamos en Bolivia viene jodiendo con la playa. Es que por primera vez desde que empezamos el viaje estamos en un lugar donde hace más de trece grados. Nos vinimos muriendo de frío en todo el viaje y Lima es un horno igual a Buenos Aires en enero.

—Prefiero ir al centro, perdón, ¿por qué no vas a la playa y yo me voy a recorrer.

—Vamos a recorrer juntos, dale.

—En serio, andá a la playa. Nos vemos a la noche.

Le doy un beso y me meto en la ducha. Este *hostel* cuesta treinta y seis soles la noche, que es un montón. Le voy a sacar hasta la última gota de jugo. Usaré el agua caliente como loca.

Entro al baño y veo una bañera limpia, con canillas. Dos. No lo puedo creer. Parece un espejismo. Una visión del futuro. La última vez que vi dos canillas fue en la Argentina. En Bolivia solo había una que había que regular para que saliera fría o caliente. «Regule, señorita», me decían todos los recepcionistas de los *hostels*. Jamás funcionó, claro. Para un lado era caliente y para el otro fría, pero no había intermedio. No había nada que regular, solo quedaba pasar de frío a caliente permanentemente hasta quedar limpia o morir de hipotermia. Y ni hablar de los choques eléctricos que me daban. Sentía que en cualquier momento quedaba cuadripléjica. Eran descargas fuertes al punto de que en un *hostel* salí disparada contra la pared y creí que moría. O sea, fue tan fuerte la descarga que tuve una visión en la que estaba

Geri con Marcela y Axel estilo reyes magos. Los tres juntos arropándome, niña Jesús total. Amén. Nunca me pasó así. Siempre se me aparecían de a uno por vez. Fue tan bello que quise recibir choques eléctricos por siempre.

En esta ducha de lujo abro las canillas y me baño con agua tibia. Es un placer demencial y yo lo gozo. Sí, como una burra. Me quedo bastante más de la cuenta disfrutando.

Cuando salgo del baño Rodrigo ya no está. Tengo todo el día para mí. Me visto, agarro mis auriculares y salgo a caminar escuchando un compilado de lo mejor de los 90: Laura Pausini, Nek, Eros Ramazzoti, Chayanne, Diego T. Amo a Diego por sus valores tan firmes. Es católico y estoy segura de que él también le metía el pene a sus novias entre las piernas hasta que se casó. La imagino a Alejandra dándole un beso y me muero de envidia. Cómo me gustaría besar esos labios, Dios mío.

Camino por un boulevard que es una belleza. La zona es parecida a Martínez. Llego a una calle que es la Florida de Lima pero sin tanta vida. Estoy en el centro. Sigo caminando y llego a la Plaza de Armas. Alrededor hay edificios amarillos coloniales que son un sueño asiático. Me siento en un banco e intento disfrutar del sol y el calor, pero se me acerca un montón de gente a preguntarme si necesito *hostel*, *tours*, truchas fritas, choclo. Soy la única blanca y es obvio que soy turista. Un tipo en el *hostel* me dijo que el centro de Lima es una zona pobre. A mí me parece hermoso, pero cuando uno está en otra ciudad de visita todo le parece lindo. Recuerdo que, cuando era niña, miraba la tele y mostraban imágenes de Purmamarca. Me parecía un cuento de fábulas, y cuando fui lo comprobé. Era la tierra prometida. Pero imagino que la gente que vive ahí no debe pensar lo mismo. Yo me quedaría de por vida mirando esos paisajes que invitan a soñar.

—Disculpe, señorita, ¿quiere trucha frita?

—No, bello ser que no mide más de 1,60 pues no recibió proteínas de niño.

—¿Y esto? —Baja la voz y me muestra un cartoncito ínfimo que está adentro de una bolsita de plástico. Es una pepa.

—¿Usted me está ofreciendo droga? ¿Cómo se atreve?

—No quise ofenderla, disculpe. —Se levanta.

—No, no, venga para acá. Lo que no entiendo es cómo se atreve a ofrecerme primero esa mierda de trucha frita cuando lo único que quiero es meterme ácido por cualquier mucosa.

Ay, este léxico de atorranta que me sale. Me ponen droga adelante y me



transformo.

—Son trescientos soles.

—¿Qué? No sea ridículo. Le doy cincuenta.

—Eso es nada, señorita, doscientos y me voy.

—¿Pero usted se piensa que soy una novata? ¿Cómo se llama?

—Saldívar.

—Saldívar, míreme las pupilas. ¡Míremelas le digo! —Lo agarro del cuello y lo acerco—. Estas pupilas pasan más tiempo dilatadas que contraídas. Este elixir tan noble que me quiere vender no cuesta más que treinta soles en mí país. Le doy setenta y no lo quiero volver a ver, pues me está estafando, pero a la vez quiero contribuir con la rueda económica de este país tan bello.

Me mira, desconfiado.

—Seguro que ya la lamió y le sacó el ácido —le digo, ofendida.

Una amiga hacía eso. Compraba una plancha y la lamía antes de salir a vender. Se pegaba cada viaje que mamita. Una vez vino a casa y cuando le abrí la puerta me empezó a cagar a palazos. Quedé manca por dos semanas. Después me contó que cuando me vio flasheó que era su padrastro y que la iba a fajar.

Le termino dando cien, que sigue siendo una estafa, pero estoy con muchas ganas de pegar ácido.

Me levanto del banquito y doy unas vueltas antes de volver al *hostel*. Me encanta Lima. Es tan distinto a La Paz. Perú en general es muy distinto, más desarrollado y más fértil. No es árido como todo lo que vi en Bolivia. Abrazo este calor sofocante que me hace transpirar las tetas. Por suerte la parte fría del viaje terminó.

Camino de vuelta y saco fotos con el celular. Aprovecho para hacerle un audio a Alejandra preguntándole sobre las entrevistas a las que está yendo. Me imagino volviendo a Buenos Aires y de solo pensarlo quisiera perecer. ¿Qué haría? ¿Meterme en otro *call center*? ¿Buscar un trabajo malito donde me exploten? No entiendo cómo estuve tanto tiempo en esa. Ahora, a la distancia, veo todo más claro, como una sabia. No le voy a entregar mi tiempo a un cerdo empresario para que se lo gaste en vacaciones en Pinamar mientras yo me bajo del colectivo y corro, cuando hay corte de calle, para no llegar tarde y perder el presentismo. Vida ingrata. Ojalá Ale pudiera ver las cosas como las veo yo.

Cuando llego al *hostel* Rodrigo está en la habitación durmiendo. Me voy a

la cocina y preparo dos sándwiches bien cargados. Les pongo queso, salame, mayonesa, y parto la pepa a la mitad y le meto su ración en la feta de salame. Puse una sola feta, pues la grasa chupa el ácido. Cochina grasa, tan angurrienta. Es como mi amiga la que lamía las pepas.

Llevo la bandeja a la habitación y lo despierto con un beso.

—Amor, te traje esto, comé.

—Hermosa, me saqué la lotería con vos.

—Sí.

Jiji. La verdad que sí. A mí me encantaría que me trajeran un sándwich de pepa a la cama.

Comemos en silencio. Al terminar, va al baño a ducharse y yo aprovecho para colarme la pepa vía ocular, pues me comentaron que pega mucho más así. No siento nada pero me agarra sensibilidad en la lengua. Un sabor metálico horrible que me da un sacudón. Esto me pasa desde la vez que tomé pepa con Ale y en un momento nos reímos tanto que me la tragué. Luego tuve una sensación metálica en la lengua que me daba sacudones toda la noche. Después de eso cada vez que tomo me da la misma sensación. Es el equivalente a cuando alguien pasa las uñas por un pizarrón produciendo ese ruido calamitoso que tanto me daña y fascina, pues soy una morbosa.

Pasan los minutos y nada. Ro canta *Celebra la vida* desde el baño.

Visionario. En un rato la va a estar celebrando en una dimensión paralela. Yo también. Cuando pasan los minutos escucho que se está cagando de risa. Es ahí cuando me doy cuenta de que cayó en el maravilloso mundo del LSD.

Salimos del *hostel* y caminamos. Es de noche. Llegamos a una plaza circular donde hay un Falabella gigante. Nos metemos por una calle que está llena de boliches y bares. Está repleto de lugares karaoke. Subimos unas escaleras y nos metemos en uno. Hay distintas habitaciones con sillones y una tele gigante donde está la letra de la canción.

—¡Ay, amor! ¡Cantemos!

Yo estoy feliz, pero todavía no me pegó. Nos acercamos a la barra y preguntamos cómo hacer para cantar.

—Con un trago pueden pedir una canción.

Ay, no quiero gastar plata.

—Dale, hermosa, te invito un trago.

—No, mi bello, no podemos gastar.

Me muero de ganas de agarrar un micrófono y cantar.

—Distraelo —le digo a Rodrigo. Me mira con cara de no entender—.

¡Distraelo te digo!

Estoy a punto de darle un sopapo. Odio cuando me mira con esa carita de yo no fui y ese cuerpo de yo sí fui.

—Hey, *barman*, ¿cómo es la movida de Lima? —le pregunta.

De las mil formas de distraerlo elige la que tiene menos vida. Yo agarro la lata de propinas y me la meto en la cartera y exploto de risa. No puedo más. Me arrodillo en el piso y no paro de reírme. Estoy re puesta. Ro se agacha al lado mío y me dice:

—Amor, ¿qué hiciste?

Agarro la lata y la asomo apenas por fuera de la cartera. Estamos los dos muertos de risa en el suelo. Meto la mano y saco unos billetes.

—Buen hombre, deme tequila, por favor, y ponga *Vivo por ella* de Marta Sánchez y Andrea Bocelli, versión italiana.

El tipo nos da dos vasitos ínfimos y nos cobra cuarenta soles.

—Por nosotros.

—Sí, por nosotros. —Chin chin. Adentro—. Ay, boludo, estoy tan puesta que podría volar.

—¿Qué? —dice Ro, que con la música no escucha.

—Que te amo.

Lo abrazo y lo beso con lengua.

—¡Argentinos, su canción! —grita el *barman*. Suena el pianito de la intro que me vuelve loca.

—Cerraré los ojos, amor, pues recordá que ahora sos ciego.

En la pantalla sale la letra en italiano que yo canto como toda una nativa. Demuestro mi ascendencia siciliana.

—Miu nome e Marcela.

La gente nos mira, calladísima. Deben pensar que nací en Roma y están presenciando un espectáculo de tinte internacional.

*Io vivo per ella quanto sei*, canto con el alma y Rodrigo también, aunque por momentos no podemos cantar de la risa que nos agarra. Ro abre los ojos y los tiene medio dados vuelta. Cuando no puede más los baja y me mira. Tiene las pupilas dilatadas. Lo amo. Antes de terminar la canción todos los instrumentos desaparecen y queda el pianito ese que me hace delirar. Además el pianito es un instrumento de ciego, como cuando en lo de Tinelli aparece un cieguito. Es ideal para esta canción. En un raptó de inspiración, y antes de que me saquen el micrófono, digo:

—Te amo, sos el hombre que elegí para cocinar metanfetamina en el baño.

Quiero todo con vos, que vendamos, que nos convirtamos en señores de la droga y que nos dividamos los barrios de Buenos Aires.

Rodrigo se ríe.

—Te amo te amo te amo —repite y me da besos. Agarra el micrófono y dice—: Quiero que sepan todos que vos, Sandy, sos la mujer de mi vida.

El *barman* le tironea el micrófono, yo me acerco y digo, *io vivo per tu*. Mi frase final. Italiana total. Cosmopolita.

Nos tomamos dos *shots* más y salimos del bar directo a la calle. Vamos de la mano corriendo. Los vendedores de entradas nos ofrecen ir a todo tipo de lugares. Nosotros preguntamos cuánto está, pero es todo muy caro, así que seguimos caminando hasta que encontramos un lugar con entrada gratis antes de las dos de la mañana.

—¡Son las una! ¡Entremos! —grito desahogada.

Aún conservo el dinero de la lata, jiji.

El lugar es espectacular. Nunca vi algo así. Wow. Es de otro planeta. En la entrada hay luces que no paran de parpadear. Hay una mini pista donde pasan música latina. Seguimos caminando, bajamos unas escaleras y entramos en otra pista donde pasan electrónica. Bailamos como nunca. Yo entrego todo, mi alma, mi corazón. Rapatatata. Muevo la cabeza como loca. Sacudo el pelo. Rodrigo levanta los brazos como arengando. Gritamos, nos abrazamos. Le digo cosas que no entiende. Mandibuleo mal y no se me entiende un carajo lo que digo. Creo que se me zafó la mandíbula a la entrada, pero no me importa. Me la acomodo cada vez que se zafa. Estoy en ese momento de la pepa en que intento decir algo como: «buenas tardes, señor, quisiera explicarle mi teoría económica», y así suena en mi cabeza justo antes de pronunciarlo, pero en cuanto abro la boca, lo que sale es:

—ECONOMÍAAAA, UOOOUOO.

Después de una hora de no parar, le grito en el oído:

—¡Quiiii agua!

—¿Qué?

—¡Agua!

Le agarro la mano y lo llevo arriba, a la barra. La música se empieza a ir.

—Pero no tengo sed, volvamos abajo daleee, ¡sigamos bailando!

—Creeme que sí tenés sed. —Si lo sabré—. Te va a agarrar un patatús si no tomás. —Miro al *barman*—. Bello hombre de dudosa ascendencia, deme dos aguas.

Yo tampoco tengo sed, pero Ale me explicó que es necesario tomar agua

porque si no se te fríe el cerebro y podés terminar dañada estilo Estefen Hokings. Ni bien tomo el primer sorbo me viene una sed que hace que me termine la botella en unos segundos. A Rodrigo le pasa igual.

—Ahora sí, volvamos.

Lo agarro de la mano y lo llevo abajo. Mientras bajamos las escaleras me dice:

—Amor, estoy como loco, no sé qué me pasa, nunca sentí esta energía.

Sonrío.

—Lo sé.

No le doy más información, pues lo único que falta es que le pegue para el lado paranoico y me cague la noche. Este será mi secreto.

La música es increíble. No quiero bailar nada que no sea esta belleza electrónica. Pum pum pum. Un ritmo sensacional, elaborado. Las luces parpadean, estoy transpirada pero no me importa. Saltamos, bailamos, nos besamos. Estoy re caliente. Coger de pepa es lo mejor.

—Te quiero garchar —me dice Ro.

Seguimos bailando. Veo a mi alrededor. Hay un tipo musculoso que está buenísimo. No sé si todos nos miran o es idea mía, pero escuché a un par decir, «dos argentinos». Somos raros acá, lo sé. Este musculoso no nos da ni cinco de pelota. Siempre me pasa igual. Me da bola la gente que me chupa tres huevos pero el que me gusta no. Bailamos y lo miro cada tanto, sin que Rodrigo me vea. Las luces van a mil así que no es difícil, pero tampoco es que le clavo la vista, pues no es que una pueda decir «ay, qué focalizada está Sandy». Se nos acercan unas mujeres horrendas que se quieren llevar a Rodrigo.

—Oigan, marijuelas, dejen a mi hombre o las corto con una navaja.

Ro se ríe.

—Esa tiene lindo culo, amor, mirá si me voy con ella.

—Sí, hacete el vivo. Te mato.

O sea, lo mato a navajazos. No le digo eso pues, de nuevo, no quiero que se ponga paranoico. Ro piensa que está así por los tequilas que tomamos en el bar karaoke, no porque estamos re dados vuelta.

Seguimos bailando. El musculoso no me mira ni de casualidad. Yo sigo, perseverante, como me enseñaron en la escuela. Bailamos y de a poco me voy corriendo hacia su lado. No está solo. Una chica baila con él. Es negra y bella. Rasgos finos. Ro se corre a medida que yo me muevo hasta que quedamos bailando pegados. Lo agarro y me lo empiezo a chapar de una

forma que mamita. Le hago un enema oral y lo voy girando hasta que mis ojos quedan en dirección al musculoso. Lo miro lascivamente mientras meto lengua a morir. Lo miro fijo. No me mira hasta que me mira. Estoy más dura que una roca. Nos miramos por unos segundos hasta que dejo de besar a mi hombre y seguimos bailando. Esta pepa es tremenda. Sube y baja. Las subidas son gigantes. Bailo y salto y en un momento Geri está al lado mío bailando con poca ropa como cuando era adolescente y se iba a Grecia a bailar en clubes nocturnos. Estoy viviendo *If Only* en vivo.

—Necesitamos más agua —le digo a Ro.

Vamos arriba a la barra, tomamos, se nos acerca gente a preguntarnos qué pensamos sobre Perú, si nos gusta Lima. Yo amo todo y les haría un enema a cada ser que me pregunta qué pienso de Perú. Es el mejor país del mundo y este lugar increíble. Un grupo de chicos quiere que le demos nuestros teléfonos para arreglar y mostrarnos la ciudad. Les damos el número de la Argentina y volvemos a la pista electrónica. Nos metemos entre la gente hasta llegar a nuestro lugar, al lado del musculoso, pero ya no está. Me quiero morir. Nos fuimos y ahora no está. La puta madre. Maldito seas, Jesús. Me lo chapo a Rodrigo, que es como mi juguete sexual. Él se deja hacer todo. Es tan sumiso que lo golpearía con un látigo.

Cuando se hacen las cinco de la mañana nos vamos al piso de arriba y nos desplomamos en un sillón. No damos más. Se nos acercan los que nos pidieron el teléfono antes y se quedan charlando un rato. Uno se me sienta al lado y me quiere dar un beso. Al lado veo que se sientan unas chicas que le quieren dar a Rodrigo. Los sacamos educadamente, o sea, con gritos que incluyen la palabra «navaja» unas tres veces y les decimos que somos pareja no abierta. Charlamos un rato más hasta que recuperamos las fuerzas para irnos. Nos despedimos con un abrazo sentido y atravesamos una puerta que da al hall de entrada. Ahí, antes de salir, lo veo al musculoso con su amiga. Nos miramos los cuatro. Él dice algo en un idioma paralelo que no entiendo así que no es el idioma de la droga. Rodrigo empieza a hablar lenguas también. No entiendo nada. ¿Me dio un patatús?

—Es australiano y nos pregunta si queremos ir a dar una vuelta con él y su novia —dice Ro.

—Los podemos llevar en mi auto —acota la chica bella, que habla español.

Nos metemos en el auto. El australiano habla y Ro traduce:

—Está acá de vacaciones con su novia.

La novia acota:

—Este es mi último año en la universidad, cuando me diplome iré a vivir a Australia con él.

—Qué sofisticado —digo.

Mi sueño hecho realidad: enamorarme de un extranjero que me lleve por el mundo. Y me pasó, pues admito que tuve una vida sexual azarosa. Una vez conocí a un colombiano que trabajaba en Ezeiza y me mostraba fotos de Dubái y de los Estados Unidos de Norteamérica. Yo estaba fascinada. Me hablaba con esa tonada que invita al deleite. Una vez me dejó un mensaje en el contestador del celular que decía, «muchos besos, precioso, mua mua». Lo escuché solo porque sabía que era él, si no ni loca gastaba crédito en eso. Él era superfino. Una vez fui a cenar sushi a su casa y llevé helado, pero no tenía mucha guita así que me metí en una heladería de mi barrio y compré medio kilo en una heladería llamada FALARDO HELADOS. Cuando el empleado cerró el telgopor lo selló con una cinta que decía FALARDO FALARDO FALARDO por todos lados. Yo quedé mortificada así que la arranqué antes de llegar a la casa de mi colombiano hermoso. Una vez adentro nos besamos y yo me sentía en el cielo, como una chica rumana o una princesa exótica. Sirvió el sushi pero le dije que no tenía hambre, que comiera él. No sabía cómo agarrarlo y no quería que se diera cuenta de mis orígenes humildes. Cuando terminó de comer abrimos el helado y me lo comí sola. Estaba cagada de hambre. Luego hicimos el amor y a la mañana siguiente le sonó el teléfono. Se fue a hablar al living y yo me pegué a la puerta a escuchar, agenta secreta total.

—Estuvo muy bien, tuvimos sexo, es un encanto... Sí, bueno, podemos ir a un bar a las siete de la tarde y después quién sabe... está muy bien de cuerpo... si quieres nos podemos encontrar los tres.

Mi corazón destruido. Esa persona de las siete de la tarde con buen cuerpo no era yo. Como pude me mantuve en pie, tratando de que no me invadiera la depresión. Me quedé en la cama mirando a través de una ventana hasta que volvió a entrar.

—¿Cómo anda mi rey?

—Ya sé todo, Tomás, basta de mentiras.

—¿A qué te refieres? ¿Qué ha pasado?

—Pensé que esto que teníamos tenía potencial, que podíamos llegar a donde quisiéramos, pero solo fue de mi lado. —Me miró con cara de que yo estaba como una cabra—. ¿No tenés nada para decir?

—Es que no sé de qué hablas, nos conocimos hace una semana nada más.

—Sí, pero fue una semana intensa. Siento que te conozco de hace mucho más. Para mí esta relación ya lleva meses.

—No sé qué decirte, disculpa.

Me cambié y abrí la puerta de entrada.

—Adiós.

Lo abracé fuerte y no volví a verlo. Mi primer resbalón sentimental con un extranjero. Mi primera oportunidad de irme por el mundo perdida.

Llegamos a la playa. Bajamos unas escaleras altísimas hasta llegar al nivel del mar. Nos sentamos en unas piedras, pues no hay arena. Entre charlas, risas y galletitas, terminamos haciéndonos el amor entre nosotros. Todos contra todos, como monos. El musculoso me muestra la pija y me pregunta si la quiero. Esto me lo traduce la peruana.

—Hacelo, amor, no hay problema —dice Ro.

—¿¡Qué!?! ¿Cómo que «hacelo»?

—Es solo una vez, no hay problema, no me estás engañando. —Se acerca al oído y me dice—: Mientras no haya penetración ni te toque la cola todo bien. Esa cola es mía.

El efecto del ácido es un subibaja constante que se adapta a la situación. Si hay música, bailo, si no hay, hablo y me río, y a medida que pasan las horas va mutando el efecto. Ro se ríe cuando la chica se le acerca y le toca la pierna. Estoy re caliente y el australiano está tan bueno que hace ver a Rodrigo como uno de esos chicos que nacen con joroba y son horribles pero sus madres creen que son bellos y suben fotos a Facebook que generan silencio, pues todos sabemos que parecen criaturas que deberían estar sueltas en la selva, mas hacemos silencio pues somos respetuosos. La foto termina con un «me gusta», el de la propia madre.

—Mi australiano bello.

Lo miro, con sus cabellos rubios y esos ojos que son dos faroles que iluminan todo.

—*Dick, dick* —repite él. Me río. ¿Qué me estará diciendo? ¿Querrá saber si leí *Moby Dick*?— *Suck me, love* —sigue. Le doy un beso en la boca y con su mano me agarra por la nuca y hace presión para que baje.

—¿Querés que te bese el parajito? —Ay, ¿cómo se decía pajarito en inglés? ¡*Bird*!— *You want kiss in the little bird*, no?

Me mira, shockeado.



Bajo la cabeza y se la chupo. Esto está mal. Muy mal. Saco la cabeza y me doy vuelta para ver a Ro. Le está diciendo algo en el oído a la peruana y tiene el brazo en su cintura. Están hablando muy cerca. El australiano me gira la cabeza y dice «hey». Yo lo miro, con mucho daño a nivel facial, pues ya está amaneciendo y el amanecer luego de noche de boliche siempre es cruel. Deben ser las seis de la mañana. Hay una luz naranja que nos baña y cubre la piel de dorado. Este australiano debe estar cagado en guita. Es mi momento de intentar sacarle algo. Es ahora o nunca.

—*I need money, money for the supermarket* —le digo.

—*No money* —responde.

No puedo creer que esté teniendo una conversación en inglés. Si Alejandra y mi madre me vieran, se mueren.

—*Argentina is very bad, no money, no work, I need money for food, for supermarket* . —Finalmente abre la billetera y me da unos soles—. *Beautiful* australiano —le digo al oído.

Me agarra la cabeza con la mano otra vez, pero ahora me resisto. Ya no quiero. Me siento muy incómoda con Rodrigo al lado. Esto que está pasando es horrible. Él, tan católico y conservador, ¿por qué me deja hacer esto?

Me levanto y le digo a Ro que nos vayamos. Ellos también se levantan y juntos subimos las escaleras interminables para salir de la playa.

—Tu novio es una preciosura y toca muy bien —me dice la chica.

No le respondo nada. Quiero darle una cachetada y matarla a golpes, pero temo que sea una morbosa como yo y le guste. También quiero fajarlo a Rodrigo, pero por otro lado me dejó estar con el australiano. No puedo hacer nada. Está mal pero ambos permitimos que el otro lo hiciera.

Llegamos al *hostel* a las diez de la mañana. La luz ya cambió de naranja a amarilla y hace mucho calor. Me ducho y luego entra él. Mientras tanto, le hago audio a Ale contándole todo. Está *online* y me responde al instante:

«Por la forma natural que se dio me parece que Rodrigo no es tan misionero ni bueno como parece. Ya sé que estaban de pepa, pero yo qué sé, uno de pepa se potencia pero no hacés cosas que no harías normal. Yo de pepa no descuartizo a la que limpia el *call center* ni me meto a robar un banco, solo soy yo pero potenciada, más puta que nunca. Y todo bien con Rodrigo, a mí me parece re buen pibe igual, pero lo conocés desde hace poco y el tiempo de Internet ni lo cuento porque es bla. Como vos usabas el modulador para afinar la voz, él pudo haberse inventado una vida o adornado todo para parecer re tradicional, como la gente de antes, cuando en realidad

es alto fiestero. Pisá con cuidado y manteneme al tanto».

Cuando sale Ro nos metemos en la cama.

—Amor, lo que pasó hoy fue horrible, siento que pasamos un límite —le digo.

—Fue una linda noche de excesos, me divertí mucho, no te preocupes. Mientras no te toquen la cola todo bien. Esa cola es solo mía. —Se ríe.

—Sos el amor de mi vida —le digo, tratando de recuperar el clima romántico de la noche.

Sonríe, me da un beso y se da vuelta.

O sea, preferiría que me diera un palazo en la nuca y me matara. No me abraza ni me dice: «Vos también sos el amor de mi vida».

Tengo un sabor metalizado en la boca horrible.

La cagué mal. Lo re contra amo. ¿Por qué me dejé llevar? Pasamos un límite. Lo re pasamos.

Cierro los ojos y todo da vueltas. Las luces del boliche siguen en mi cabeza parpadeando hasta que me quedo dormida.

## 19 de enero

Activo Wifi en el celular y chequeo el mail. Hay uno de Alejandra.

«Sandy, amora, lo que me contás es terrible pero necesito antes decirte lo que me pasó con ¡¡ABEL P.!! Siempre le tuve ganas a Abel, pero no es solo sexual lo que siento. Me pasan otras cosas, amiga. Con él quiero algo más serio. No es como El Petiso que siempre supe que iba a ser algo de una noche. Un amor pasajero. Abel es tan dulce y escribe esas letras que me hacen querer casarme y no separarme más.

Igual no te voy a mentir. La posta es que me fumé un faso paraguayo gordísimo y me fui a ver a una mina que es del club de fans y le rompí tanto las bolas que al final accedió a darme la dirección. Imaginate cómo estaba yo. Loca. Enamorada. Saltaba en una pata. Ni en pedo desaprovechaba la oportunidad, así que la llamé a Anto para que me acompañe y aceptó al toque. Mi vida, se re ilusionó cuando le conté. Ella también ama a Abel. Bastó que le dijera «tengo su dirección» para que viniera a casa como un relámpago.

Para Abel elegí algo tranca *style* . Me puse una pollera amarilla que me llega a las rodillas onda para ir al civil ya mismo, unos zapatos de leopardo que me quedan onda modelo, y arriba rematé con una camisa con voladitos estilo Luis 15 que me marca las tetas y parece que va a reventar. Mi atuendo dice «estoy lista para casarme, pero si querés acabarme en la cara todo bien».

Salimos de casa y enfilamos para Belgrano, donde vive. Anto estaba re insistente con que le diera toda la información que tengo y no me quedó otra que hacerlo. Cuando empecé a hablar no paré.

“En realidad es de Mar del Plata, pero se crió en Ingeniero Blanco, que debe ser un pueblo como el de La Sole. Cuando está en Buenos Aires, se queda en Belgrano. Empezó a cantar de re chico. Ah, y además de Abel se llama Osvaldo”.

“No sabía que eras tan fan de Abel”, me responde la ilusa.

“No, tonta, todo esto lo aprendí de la mina del club de fans que es una gorda que te dan ganas de llenarle la cara de dedos. Te garronea la

información y te hace arrodillarte para darte algo. Me hizo rogarle tanto que quedé con una bronca. Cuando me pasó la dirección le dije las cosas que le iba a hacer a Abel y se largó a llorar”.

No me arrepiento de lo que hice, Sandy. Nadie se mete entre Abel y yo.

El caso es que llegamos a Belgrano tipo tres de la mañana, re fumadas, y nos quedamos en la entrada de la casa viendo cómo meternos. Había unas rejas altas. Anto me hizo pie con las manos y terminé parada sobre sus hombros tipo acróbata. En un momento perdió el equilibrio y se cayó al suelo pero yo me agarré de la reja como si fuera la garcha de Abel y no la solté hasta que logré impulsarme y pasar al otro lado. Caí en el pasto como una bolsa de papas, pero no me hice nada. Anto la tuvo peor porque tuvo que subir sola. Yo traté de hacerle pie desde adentro de la casa pero no funcionó. Igual después de varios intentos también pudo pasar para mi lado.

La casa de Abel me flasheó. Era tipo esas casas de fin de semana inmensas pero en medio de la ciudad, con techo de tejas rojas, paredes con ladrillo a la vista y ventanas blancas. Todo hipercuidado.

Agachadas recorrimos el jardín buscando algún hueco donde meternos pero estaba todo cerrado. Nos fuimos a la parte de atrás y ahí todo cambió. Una ventana estaba abierta y no lo dudé. “Anto, perdoname, lo hago por tu bien”. Metí la mano en el bolsillo, saqué un spray de pimienta y se lo tiré en la cara.

Anto se tiró al piso y se revolcaba como la chica del exorcista.

“¡¡Hija de puta!! ¿Qué hiciste?”.

“Perdoname, pero con Abel quiero todo y no puedo arriesgarme. Te juro que al próximo famoso te lo dejo a vos”.

Total qué carajo me importa si yo me voy a casar con Abel.

Me metí en la casa y por la ventana vi cómo Anto se pasaba las manos por los ojos y daba vueltas en el pasto puteándome. El corazón me latía a mil, no sabés. Nunca estuve tan cerca de cumplir mi sueño. Es como si todas las experiencias pasadas me hubiesen llevado a este momento.

No sé dónde estaba porque no veía nada, pero supongo que era el living. Cuando pasaron unos minutos, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y empecé a ver más. Los muebles eran re antiguos y había platos con dibujos chinos en las paredes. Mucha vasija por todos lados. El piso alfombrado. Todo tenía estilo oriental. Me metí por una puerta y llegué a la cocina, gigante. Salí y me metí en otra habitación que supuse que era donde ensayaba porque estaba casi vacía, solo tenía las paredes con bibliotecas y unos sillones

individuales en el centro. Nada más. Capaz se tira a tocar la guitarra ahí, pensé. Finalmente entré en otra habitación y acá sí me enchastré toda la concha. ¡Vi una cama y a Abel durmiendo! Bah, estaba re oscuro. Apenas se veía la cama, pero supe que estaba ahí. Lo supe con todo mi corazón. Hubo algo más que lo físico. Algo que mis ojos no podían ver pero mi alma sí.

Me deslicé muy suavemente hasta la cama. Las sábanas estaban en el piso porque hace un calor insoportable en Buenos Aires. Supongo que Abel no duerme con aire acondicionado para cuidar esa voz increíble que tiene.

Cuando me acerqué vi los pies, desnudos. Y sus piernas flacas. En ese momento enloquecí, ¡¡le bajé el bóxer y me la mandé de una, amiga!! La chupé como si fuera un helado carísimo. Una chota hermosa. De esas que podrías chupar toda la vida. Cuando se empezó a poner dura y él se movió aproveché para subir más, hasta su cara y lo besé. Tenía un aliento precioso y me lo trancé mal. ¡¡Él me empezó a tocar también! Ya se había despertado. Era mi sueño hecho realidad y se estaba dando. ¡¡Por dios cómo lo disfruté!!

Yo estaba que no podía más así que me lo cogí, sin forro. Me le senté encima con ganas de quedar embarazada y tener un mini Abel. Todo fue perfecto.

Nos quedamos dormidos y cuando abrí los ojos estaba con la cabeza en su pecho. Su brazo rodeándome. Cuando le miré la cara empezó la pesadilla. Vi que el que me abrazaba era UN CHINO. ¡¡¡ME COGÍ A UN CHINO, AMIGA!!! Grité como loca y se despertó y salió eyectado de la cama, desnudo, cubriéndose ese pene macabro que tenía. Yo no paraba de gritar. Estaba shockeada mal. Él también gritaba. Lo primero que atiné a hacer fue cubrirme las tetas y mirar alrededor en busca de, no sé, algo. O que apareciera Abel y me dijera que era todo un chiste. Lo que encontré fueron platos con letras chinas, muñecas, unos muebles re chinos y fotos del chino con una china. Lleno de fotos de él con esa china. Me quería morir, boluda. Estaba re agitada. No podía respirar. El chino estaba asustado. Me decía cosas pero no entendía nada.

“¡¡Abrime la puerta ya!!”, le dije mientras me ponía la ropa como podía. El chino inmóvil.

“La puerta. P U E R T A”, le hacía gestos para que entendiera pero nada. No me quedó otra que ir a la puerta e intentar hablar su idioma. Le grité: “¡PUELTA! ¡ABLIL LA PUELTA!”.

Me abrió, cruzamos el jardín y llegamos a la entrada y también la abrió. Me fui corriendo, humillada. Me tomé un colectivo directo a la casa de la

gorda hija de mil putas. Estaba dispuesta a todo, amiga. Nunca sentí tanta bronca. Cuando llegué le golpeé la puerta y toqué el timbre hasta que se me cansó la mano, pero la gorda nunca abrió.

“¡Salí, gorda genocida! ¡Te hacías la que llorabas y era todo un verso!”, gritaba y golpeaba la puerta a la vez.

Nada. No abría la forra. Solo se escuchaba una risa incontrolable desde adentro.

Fue horrible. ¿Entendés que fingió llorar luego de darme la dirección para ser más creíble? ¿Qué clase de persona hace eso? Me siento fatal. Espero que con los días se me vaya esta sensación.

Tengo que llamar a Anto y pedirle perdón por lo que hice. Estuve mal. Ya sé. Tengo que aprender a controlar la ceguera que me agarra cuando estoy tan cerca de conseguir lo que quiero».

## 20 de enero

Es de madrugada y no puedo dormir más. Me levanto y me voy con el celular a la recepción, donde me engancha Wifi. Abro WhatsApp y hago un audio.

«Ay, Ale, estoy tan del orto, amiguita. Hablame de vos, contame si te arreglaste con Anto. Yo mientras me voy a dispensar un clona».

Suelto el botón y se manda el audio. Veo que Ale está *online* y siento un calor en el cuerpo. Le escribo: «¡¡ALEEEEE!!». Me responde: «Bellaaaaa». El ícono del audio cambia de verde a azul. Lo está escuchando. Me quedo mirando el celular como una pelotuda mientras abajo de su nombre aparece «grabando...». Pasan los minutos y desaparece la leyenda. Me llega un audio.

«Amora, dejá de pensar que Ro es un conservador de pueblo. Si te dejé hacerlo es porque está todo bien. Igual es un toque fuerte lo que me contás, o sea, hasta a mí me sonó fuerte, y eso que me cogí a un chino. Desde ese día ya nada me parece fuerte, pero esto sí porque cuando están tan enamorados como están ustedes es raro que pase algo así, pero estaban de pepa y solo se puede entender teniendo en cuenta el contexto. Ay, estoy muy Sai Baba, como vos. Te está bajando el efecto y te agarró la persecuta, pero él también se zarpó.

Ahora tratá de descansar con esa paz interna que solo te da el clona. Vas a ver que en un rato te vas a sentir mejor.

Yo estoy bien, tranca *style*, tengo una sorpresa pero no te quiero contar nada hasta que se dé. Muy pronto te voy a contar y te vas a volver loca de la emoción.

Con Anto no pasó nada todavía. No me responde los mensajes. Voy a dejar pasar unos días para que se calme».

No le respondo el audio porque me voy a enroscar más. Solo le escribo, «Gracias, después te hablo, ¡¡tkm!!» y me voy al jardín del *hostel*. Me acuesto en el pasto abajo del sol tibio de madrugada. Cierro los ojos. Está todo bien. Es como dijo Ale. Él me dejó hacerlo, me dijo que mientras no hubiera penetración y no me tocaran la cola estaba todo bien, y nada de eso ocurrió. Ayer en el boliche me dijo que era el amor de su vida, nada pudo haber cambiado en unas horas. Odio ser así. Odio plantearme esto mientras él

duerme como si la noche hubiese sido de lo más normal y hubiéramos tomado el té mientras mirábamos *Titanic* abrazados. La cabeza no me para. En cualquier momento estallo. Ojalá esta paranoia no sea siempre así. Quiero calmarme y ser más normal. Alejandra me dijo que ella era igual al principio de la relación con Matías, pero después se calmó y le chupaba todo un huevo aunque lo amara. Quiero que llegue ese momento porque no puedo más. Tengo fantasías locas de que me deja y se va con otra. El otro día soñé con eso. No se lo conté a Ale ni a nadie. Ni siquiera lo escribí acá. Ay, Dios, si alguien encuentra este diario me muero, pero lo voy a escribir.

Soñé que Rodrigo se cogía a una amiga de la infancia, a Manika, que era la linda del colegio cuando iba a la primaria y a quien odiaba. Una tarde volví a casa y los encontré en mi pieza de Buenos Aires, y cuando me vieron, no pararon. Rodrigo me dijo que cerrara la puerta y volviera en un rato, que estaba todo bien. Cuando cerré la puerta, me desperté, muy angustiada. Este sueño fue cuando estábamos en La Paz. Al abrir los ojos lo vi a Rodrigo durmiendo al lado mío. Me metí en el baño y me puse a llorar como una boluda. No pasó nada en la realidad. No sé por qué un sueño me afectó tanto, pero cuando volví a la cama lo abracé bien fuerte y lo desperté sin querer. Sonrió como siempre. Mi amor, nunca está de mal humor.

—Te amo, hermoso —le dije.

—Yo también, cada día te amo más.

—Tenés aliento a brócoli. —Él se rio y se me tiró encima para hacerme cosquillas. Yo también reí, jovial y traviesa—. Te voy a jinetear como si estuviera en una competencia para acabar con el hambre en África.

Me le senté encima como Ale al chino; una noche que empezó horrible y angustiante terminó muy bellamente.

—¡AAAAA! —Abro los ojos y hay un perro lamiéndome la cara. Lo saco y me limpio la mejilla con la mano y grito de miedo. El dolor que siento, por Dios. Tengo la cara quemada. Me levanto y voy al baño—. ¡AAAAAA, MANIKAAA! —grito como si el mundo fuese a acabar.

Como si Manika fuera la culpable. Siempre que me hacía algo en la escuela le gritaba MANIKAAA.

Me miro en el espejo y veo que tengo la cara casi violeta. Me dormí en el sol, maldita sea. Maldito Jesús. Parezco un mandril. Me toco apenas, despacio y quedo al borde de un infarto. Estoy en carne viva. Voy a la habitación, abro la puerta y Rodrigo me ve y escupe lo que está comiendo. Me da en la cara y me excita. Maldito morbo.



—Amor, ¿qué pasó? —Se me acerca rápido.

—Ni se te ocurra tocarme la cara. Estoy muy dañada a nivel facial. Dame crema o cualquier cosa, por favor.

Se mete en el baño y saca la única crema que tenemos: lubricante anal. Ya fue. Meto los dedos en el pote y me paso la crema por la cara. Un frescor recorre la piel, como cuando me pongo una crema para el ogt que ayuda a paliar la penuria que me hacen pasar las hemorroides cuando están en fase racimo de uvas.

—Pero ¿qué te pasó?

—Soy una boluda, me acosté en el jardín y me quedé dormida al sol.

El efecto refrescante se me va y es reemplazado por algo muy caliente. Me meto en el baño y pongo la cabeza abajo de la ducha fría. Qué placer. Me quedo unos minutos así y me pongo a llorar. El ruido de la ducha tapa el ruido del llanto. Está saliendo todo como el orto y encima estoy feísima con la cara así.

Me seco y salgo del baño.

—Acostate, amor. Descansá un poco mientras yo preparo las cosas, ¿te duele mucho? Si querés vamos a ver a algún médico.

—No, está bien, ya se me va a ir. Prepará todo.

¿Me seguirá amando como hasta ayer? Re volvería el tiempo atrás si pudiera, mas no puedo. Así toda insolada y al borde de la muerte es en lo único que pienso.

## 21 de enero

Salimos del *hostel* y vamos a la terminal de colectivos. Compramos un pasaje y nos subimos a uno que va para Tumbes, la frontera con Ecuador.

El micro es puro lujo de la antigua Roma. Hay aire acondicionado, tiene Wifi, está limpio y hasta tiene una azafata que se llama Maribel y que nos saluda superfeliz. Qué prestigio ser azafata. Es el sueño de toda chica. A mí me encantaría serlo. Es el trabajo de mis sueños número tres, por detrás de ser administrativa y mi tan añorado puesto de vendedora en Kosiuko.

Me encantaría recorrer el país, servir alfajores y jugo de naranja. Quien pudiera ser azafata.

Nos sentamos en un asiento doble. Yo elijo la ventanilla, pues me encanta ver paisajes. El aire acondicionado está prendido al máximo y mi cara lo agradece.

Saco unas papas hervidas de la cartera y nos ponemos a comer.

—Estuve leyendo que no podemos cruzar a Centroamérica vía Colombia porque hay guerrilla en Panamá —dice Ro.

—Bello, desde que empezamos el viaje todos nos dicen que cada lugar al que vamos es peligroso y que nos van a matar a tiros.

—No, pero Panamá es distinto. Tienen la frontera con Colombia cerrada.

—Maldito Jesús.

—Amor, no me gusta que maldigas a Jesús cada vez que pasa algo malo. Antes no lo decías, ¿dónde lo aprendiste?

—En La Paz.

Pasa un rato, el motor arranca y la azafata aparece.

—Buenas tardes a bordo del bus El Solerito con destino a Tumbes, mi nombre es Maribel y voy a estar acompañándolos durante el viaje. —Arranca el micro y se le cae una valija de mano en la cara que casi le desprende la cabeza del cuerpo. Rodrigo ya duerme profundo y yo estoy a punto de desvanecer también. No doy más. Maribel se recompone con un profesionalismo que inspira. Se acomoda el pañuelo que tiene atado al cuello y sigue como si nada—. A continuación saldremos de Lima y en un tiempo estimado de veintidós horas llegaremos a la ciudad de Tumbes, haciendo una

parada en Trujillo. —El micro se tambalea y Maribel también. Pobre. Se agarra como puede de los asientos. Intenta mantener la línea pero se le ve en la cara las ganas de rajarse un tiro y terminar con todo—. Si desean utilizar Wifi, la clave es kerika990. Que tengan un buen viaje les deseamos desde la empresa. Estaré a su disposición por cualquier cosa que necesiten.

Qué bello. Pongo Wifi en el celular y aparece un mensaje de voz de Alejandra. Lo voy a escuchar más tarde con auriculares. Igual me saco una foto para que vea mi cara y se la mando. A los pocos segundos me responde: «Amora, no te preocupes, si Britney sobrevivió el 2007, vos podés sobrevivir esa cara violeta. Escuchá mi audio».

Reclino el asiento y como el resto de papa que le quedó a Rodrigo en la mano. Le miro la cara y veo que se quedó dormido.

—Sos el amor de mi vida —le susurro mientras como estilo ardilla, como si fuera un choclo precioso.

El último bocado trae un sabor metalizado que me da un sacudón.

Cierro los ojos y visualizo una pradera, como me enseñaron en las clases de meditación. Subo una montaña y convoco a mis ángeles con mi llamador de ángeles. Bajan unos seres alados con cara de chinos del cielo. Tienen el pelo llovido y dientes grandes que no se corresponden con su cara. Cuando los saludo levantan las manos y forman una V con los dedos. Sonríen. Los amo. Es el séquito de chinos angelados que siempre soñé.

—Hola, chinos angelados de pelo llovido.

—Sandra, ¿para qué invocar?

—Quiero que iluminen la sombra en la que me estoy moviendo en este último tiempo. El otro día hice una cosa pecaminosa y creo que todo cambió con Ro, pero en mi corazón no, sigue intacto lo que siento, es que ayer...

—Nosotros saber todo. —Un chinito infante con una vara blanca y una corona de flores se me acerca, semidesnudo y en pañales—. Abrir los ojos. Me quedo mirándolo y abro los ojos bien grandes.

—Abrir los ojos.

—Bello chino de sexo indefinido, no entiendo, ya los estoy abriendo.

Los abro lo más que puedo.

—Abrirlos ahora.

Cierro los ojos con fuerza y cuando los abro de nuevo ya no estoy en la pradera, sino en el micro; estoy recostada dándole la espalda a Rodrigo que está tipeando algo en la computadora. Quiero moverme pero no puedo. Tengo lagaña en los ojos y veo todo borroso. Los cierro de nuevo. La pradera se

llenó de flores y los chinitos están volando y jugando con sus varitas mágicas. Se tiran arcoíris entre ellos. No distingo si son hombres o mujeres, pues son todos iguales. Hay uno que tiene el pelo muy rubio. Me vuela por encima, baja con otros dos y me levantan agarrándome los brazos. Me elevo, china total, hasta llegar bien lejos del suelo. Me llevan más alto que las nubes y veo una figura que se acerca volando. Es Geri Halliwell china.

—¡Gerita! También estás acá. ¡Qué bueno!

—Abrí los ojos, Sandy.

—No entiendo, Geri. Decís lo mismo que el chino de antes.

Me mira con cara de confusión, como si la que no entendiera fuera ella.

Se acerca y me agarra de la ropa y me da un cachetazo bien fuerte que me da vuelta la cara y me tira al vacío. Estoy cayendo y me siento en paz. Ya está. Ya terminó todo. No más sufrimiento. No más pasarlo mal. No más dudas. Cuando llegue al piso va a ser el final. Caigo cada vez más fuerte hasta que me estrello contra el suelo.

Abro los ojos. Rodrigo duerme con la *laptop* en sus piernas y las manos apoyadas en el teclado. Luego de unos segundos me despabilo y enderezo. Giro la cabeza y miro por la ventana pero no se ve nada. Está todo negro. No sé qué hora es. En el micro también está todo negro. Hay una luz tenue en la cara de Ro por la luz que sale del teclado. Chequeo el celular. El mensaje de voz de Ale sigue ahí, verde, listo para que lo escuche y se ponga azul, pero tengo los auriculares en la mochila y no tengo ganas de ponerme a revolver. Muy despacio levanto la *laptop* y la pongo sobre mis piernas. Aprieto una tecla y se enciende la pantalla. Tiene Skype abierto.

—Si me dejás voy a hacerte el amor todas las noches. Puedo ser solo tuyo, es tu decisión.

—Eres tan argentino, típico, y encantador. ¿Te quedarías a vivir aquí?

—Dame un fin de semana con vos y lo hablamos. Dale, aceptá. Te quiero dar todo mi tiempo.

—No puedo, ¿qué hago con mi pareja? ¿Y tú con la tuya?

Una sensación horrible me llena el cuerpo. Es un chat con la chica de la otra noche. Hago click en otros nicks y empiezo a leer más chats.

—Quiero enterrarte la pija. ¿Te dije que puedo tener hasta ocho orgasmos en una noche?

—Me encantaría experimentar eso, amor.

Agarro el celular y saco fotos a todos lo que leo.

—Dejame ser exclusivo tuyo. Hoy me tengo que ir a Ecuador pero voy a

volver. Quiero que seas exclusiva para mí y que estemos juntos cuando vuelva.

—Te voy a extrañar mucho, Rodri.

—¡Yo más!

—Ojalá vuelvas pronto.

—No te quepa la menor duda.

Saco la vista de la pantalla y me quedo mirando el asiento de adelante, negro pero brillante. Me queda el resplandor de la pantalla en los ojos.

Entro en Facebook y veo lo peor. Se estuvo mandando fotos de su pija con otras chicas. Arregló citas para cuando volviera de visita a su pueblo y también le contó a unos amigos que está más enamorado que nunca de mí. No entiendo nada. Igual ese mensaje de amor lo mandó hace un mes. «No me quiero mandar cagadas», escribí.

Cierro la *laptop*. Una sensación de vacío me invade. Cierro los ojos. Estoy en la pradera. Los chinos están callados, en el piso. Me miran. Nada más. Geri se acerca, apoya sus manos en mi cara y dice: «Perdón que todo tenga que ser así. Tenés que seguir creyendo en tu vida a pesar de todo». Abro los ojos y le escribo a Ale por WhatsApp. «Rodrigo me estuvo cagando todo este tiempo, no sé qué hacer», pero antes de apretar «enviar» lo borro. Sí sé qué hacer: SER UNA LOCA, eso es lo que tengo que hacer. Lo zamarreo.

—¿Qué pasa, amor?

—Despertate.

—En un rato, dale.

Le meto un sopapo en la cara.

—¡Para! ¿Qué hacés?

—Ya sé todo. Tenés la oportunidad de decirme la verdad ahora mismo. Hablá, hijo de puta.

No sé para qué digo esa frase hecha. No estoy en una película y obviamente no me va a decir: «Te estuve cagando todo este tiempo, me descubriste, soy un sorete».

—No sé de qué estás hablando, amor.

Rodrigo tiene esa cara de bueno, de perrito bajo la lluvia que me hace dudar. Lo veo y realmente pienso que la malpensada soy yo, que todo el amor que me muestra es real y que lo que encontré tiene una explicación lógica. Me confunde por unos segundos. Estoy destrozada pero me doy cuenta de que me estoy engañando. Levanto la tapa de la *notebook*. Le muestro los chats. Se queda mudo. Estoy temblando cada vez más. No puedo controlar mi

cuerpo. Hablo y me tiembla la voz. No estoy por llorar, pero estoy temblando y tengo cada vez más frío. No sé si me está bajando la temperatura corporal o qué. Tengo frío real, no metafórico. Siento una ira que se me escapa del cuerpo. La azafata nos pasa por al lado y le digo:

—Por Dios, Maribel, aflojá con el aire que me estoy muriendo.

Maribel sonrío pero se le nota que si tuviera un arma me pegaría un tiro. No le gusta que le den órdenes. Me mira, altanera, y se va.

Rodrigo intenta cerrar Skype pero le agarro los dedos y se los tuerzo, como si fuera un nene metiendo los dedos en el enchufe. Le leo:

«Cuando vuelva a Lima vamos a estar juntos».

—¿Qué es esto? Ahora entiendo lo de Lima. Te hacías el bueno y me dejaste estar con el australiano. ¡Sos un hijo de puta!

Hablo y me vienen recuerdos como flashes. Las veces que me preguntó si era fiel, y que él no creía que los demás podían ser fieles porque sus ex novias siempre lo cagaron, pero que él no podía ser otra cosa más que fiel, que estaba en su ADN, y cuando me dijo que le gustaría vivir en Médanos conmigo, que aunque no hubiera mucho para hacer como en Buenos Aires, estar conmigo era suficiente.

No paro de escupirle frases horribles.

El micro frena.

—Pasajeros, haremos una parada para que hagan sus necesidades y nos reagruparemos en media hora. Pueden ir al sanitario o hacer una ingesta de alimento —dice Maribel con un daño a nivel capilar tremendo.

Tiene el pelo desencajado; el rodete tirante y perfecto que tenía al principio se transformó en una mota de pelo pajoso.

Nos paramos y bajamos. Cuando le paso por al lado la agarro del brazo y le digo:

—Maribel, hablás como una persona que va a la cancha pero cree que cuando dice «sanitario» está diciendo una palabra muy fina y delicada. Necesitás cambiar ese léxico de barrabrava que tenés.

—Señora, me está lastimando.

—Ay, perdón.

Le suelto el brazo.

Ya abajo caminamos unos metros y doy rienda suelta a la locura.

—No puedo creer esto, Rodrigo. Te entregué mi corazón. Te banqué que lo único que hicieras entre cuatro paredes fuera metérmela. Nunca una chupada de tetas, y eso que las tengo bien duras, eh. Me gasté una fortuna

para tenerlas así. Nunca me das chirlos con un zapato ni me atás ni me cogés la boca. —La veo a Maribel llevarse la mano a la cara, al borde del desmayo, y a los demás pasajeros mirarnos—. Te mantenés con la plata de tu mamá. No producís nada, solo consumís.

—No hace falta que me digas todo eso —dice en voz baja, derrotado.

—¡Sí hace falta!

Él no dice nada.

—Encima tenés esa cara... sos hermoso, un hermoso mentiroso. —Ni bien lo digo pienso en Alejandra y en cómo me gustaría que estuviera conmigo y bailáramos *Beautiful Liar* de Beyoncé y Shakira.

—Basta, Sandra, no me merezco todo esto —levanta la voz.

—Sí lo merecés. Las veces que me hiciste sentir que era la única en tu vida y en realidad no. ¿A quién más te cogiste? ¿A Maribel? —La agarro del brazo a Maribel y la zamarreo, para no perder la costumbre.

—Señora, suélteme, por favor.

—Calle la boca, azafata, y sírvame un alfajor ahora mismo.

—Amor, por favor, nos están mirando todos, calmate.

—¡No! ¡¡NO!! Vos no sabés todo lo que pasé este tiempo, Rodrigo. No te conté ni el diez por ciento porque me daba vergüenza, porque te veía tan calmo, tan tranquilo, tan en tu eje y tan seguro con la relación que me sentía una forra con todas mis dudas. Y me las comí. ¡Maldita sea! MALDITO NIÑO JESÚS.

—Por favor, con Jesús no, señora.

Maribel se arrodilla y hace la señal de la cruz; tiene lágrimas en los ojos. Me acerco a Rodrigo y quedamos muy pegados, cara contra cara.

—Tantos fantasmas, Rodrigo, tanta lucha interna y al final descubrir todo esto.

Pienso en el viaje, en que se terminó. Ya nada tiene sentido.

—Amor, dejame explicarte.

La gente nos está mirando mientras come. Me acuerdo cuando hacía lo mismo con un chico que conocí que vivía en Once. Cada vez que me quedaba a dormir escuchábamos ruidos de botellazos en la calle, gente gritando y peleando. Siempre pasaba. El trato que teníamos era que si uno se despertaba pero el otro no, tenía la obligación de despertarlo para ir al balcón envueltos en frazadas a ver el espectáculo. Así vimos a una embarazada gritándole al novio que dejara de correr con una botella a su amante.

Ahora el espectáculo lo estamos dando nosotros.

—No sos una persona interesante, Rodrigo, y yo sí, y te di bola igual. Me quedás chico.

Le tiro frases de novela y de superada pero me quiero morir. Es verdad que no es interesante. No sé nada de su vida y lo que me cuenta me parece lo peor, como cuando me dijo que fue misionero. Tampoco es divertido, no recuerdo haberme reído con él, o sea, me río de mis propios chistes porque admitamos que soy muy ocurrente, pero lo amo, y es la persona más tierna del universo, y nunca me sentí tan querida y cuidada. No tengo explicaciones para decir por qué me enamoré de él. No lo sé. Fue algo que me pasó en el cuerpo cuando hablábamos por Skype y después en Bolivia, pero no tiene una razón lógica.

Él está mirándome. No me pide perdón. No dice nada. Se me viene a la cabeza un día después de darme cuenta de que estaba enamorada. Salimos del *hostel* a las ocho de la noche y caminamos hasta las tres de la mañana por La Paz. Cuando llegamos al *hostel* nos metimos en la cama. Pato dormía al lado. Era tarde y estábamos muertos. Ya no sabíamos de qué hablar pero seguíamos hablando lo más bajito posible para no despertar a Pato. Hacíamos comentarios boludos para seguir la charla. Ninguno de los dos quería decir: «¿Dormimos?». Nunca había sentido eso. Momentos en que el mundo es perfecto. Hubiese seguido hablando para siempre, toda la vida. Nunca me hubiese dormido. Ay, dios, soy Cris Morena. Estoy llena de sentimientos.

—¿Cómo me pudiste cagar así? Me hablabas de Jesús y Dios, de la fidelidad, de que estabas chapado a la antigua. ¡Religioso! ¡Ibas a misa en tu pueblo! Sos lo peor. SOS UN CURA PEDÓFILO. Tomás la hostia y después le entrás a un pibito de siete años. Y obvio, ¿qué puedo esperar de alguien que cree en una persona que resucitó?

—Vos también sos católica, Sandra, y creés en Jesús.

—Ya no, maldito seas.

Maribel sigue arrodillada en el suelo con un rosario en la mano repitiendo un rezo como en un frenesí.

—Oíme, Rodrigo, creer en Jesús es como creer en Dragon Ball Z.

—Vos porque no seguís sus valores.

—No tiene nada que ver con eso. Me parece más verdadero creer en Goku que adorar a una virgen que tuvo un hijo porque una paloma la inseminó.

—Sandra, sé lo tuyo.

—La biblia la escribió un tipo borracho... —Freno—. ¿Qué dijiste?

—Que sé lo tuyo.



Silencio. La gente ya dejó de comer directamente. Están a un paso de traer butacas y sentarse, y yo a punto de sacar una ticketera y cobrarles por el show.

—¿De qué hablás?

—Nos están mirando todos, pero vos sabés.

—No tengo nada que ocultar, Rodrigo, hablá.

—¡Ya sé que sos hombre!

Le vuelo un sopapo en la cara tan fuerte que se la doy vuelta. Maribel está convulsionando en el suelo y una viejita dejó caer el sánduche que tenía en la mano.

—No te quiero ver nunca más. Desaparecí —le digo en voz baja.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Me siento humillada, como cuando era chica y bailaba sola en la habitación una canción de Geri y mi mamá entró y me vio bailar desenfadada. Me morí de la vergüenza y no la pude mirar a los ojos durante días. Esto es igual, pero peor.

—Por favor, dejame seguir hablando —se le entrecorta la voz por el llanto.

Estoy muda. Quisiera desaparecer y aparecer cinco meses más tarde, cuando todo esto haya pasado. No sé cómo voy a superar esto.

Pasan unos segundos y corto el silencio.

—Quiero saber si me contagiaste HIV.

Estábamos cogiendo sin forro. Sí. Siempre me cuidé y la única vez que confío como para coger sin forro me cagan.

—¿Cómo me creés capaz de eso?

—Rodrigo, me dijiste que era el amor de tu vida y no esperaste ni al día siguiente que ya le estabas diciéndole a una que le querías enterrar la pija. Si pudiste hacer eso podés hacer cualquier cosa.

—Yo no soy así. Es verdad todo lo que te dije. Sos el amor de mi vida.

Suena la bocina del micro. Tenemos que volver.

El chofer baja y agarra del brazo a la gente para que suba, pues nadie quiere irse y perderse el final del espectáculo. Por fin quedamos solos.

—Por favor, dejame explicarte.

—Me dañaste, Rodrigo, me dañaste a nivel afectivo y también a nivel secretos. ¿Cómo pudiste saberlo todo este tiempo y no decirme nada? No decírtelo fue una de las cosas que más me pesó en este tiempo. Me hubieses ahorrado mucho malestar.

—Es que lo hablé con Pato y me dijo que te diera tiempo para que lo

dijeras sola, que si no lo querías decir era porque no estabas lista. Te lo quise contar pero tampoco quería presionarte. A mí nunca me importó. Me importás vos. Lo que sos acá adentro. —Me toca el corazón y me desplomo.

Lo abrazo y no paro de llorar contra su cuello. Mi cuerpo es una contradicción caminante. Quiero matarlo y abrazarlo. Quisiera nunca haber visto nada en la *laptop*. Nunca haberme enterado. Que nada de esto hubiera pasado. Volver a tener un único problema: no decirle que soy una chica trans. De repente eso quedó atrás y muy chiquito. Ya no parece un problema. Frente a esto, lo mío es como haber ocultado que gasté plata de más en una remera.

Después de unos minutos de llorar y no decirnos nada, salgo de su abrazo y camino hacia el micro, vencida.

—Amor, por favor...

No respondo. Sigo caminando hasta llegar a la puerta. Subo un escalón y atrás viene él.

—Vos no subís.

Lo empujo.

—Amor, no me podés dejar acá afuera.

—Rodrigo, si subís ventilo todo.

Maribel me mira con cara de: «Señora, ¿qué más le queda por ventilar?».

«Muchas cosas, Maribel, cosas que harían sonrojar a la mismísima Geri Halliwell», le digo respondiendo su pregunta mental.

Rodrigo se queda mirándome. Me doy vuelta y le digo al chofer que arranque. Cierra la puerta y enciende el motor. Me siento y nos quedamos mirándonos a través del vidrio de la ventana. Rodrigo mueve los labios diciendo: «Te amo». Sigue llorando. Tengo mucho odio y ganas de matarlo, pero también siento una tristeza profunda. Esa tristeza de saber que una etapa terminó y no hay forma de volver el tiempo atrás.

Nos seguimos mirando hasta que arranca el micro muy despacio. Miro el asiento donde estuvo Rodrigo y veo la *laptop* y es como mirar una culebra venenosa. Inmediatamente abro la ventana y le digo:

—Acá tenés tu *notebook*. Sos libre ahora. Ya no tenés que ocultar nada. Volvó a Lima a quedarte con esa chica. —Y se la tiro por la ventana—. ¡Y acá va tu ropa!

Empiezo a sacar cosas de su mochila y se las tiro. Sus remeras suavitas, en especial una que tenía letras de peluche. Me encantaba abrazarlo fuerte cuando tenía esa remera puesta y frotarme la cara contra las letras. Lo gozaba como una burra. Le tiro sus jeans, una campera. Y cuando queda la mochila

casi vacía, agarro un suéter divino. Lo último que queda adentro. Se lo voy a tirar pero recapacito y pienso que necesito un suéter, así que me lo quedo junto con la mochila que también me sirve.

El micro arranca.

Rodrigo me mira. Ya no está llorando. Tiene cara de pena, sí, pero no está llorando.

—Yo sabía lo que eras, Sandra, y me sentí muy inseguro también —me dice caminando al lado del micro—. Pensé que me ocultabas otras cosas además de eso. Siempre hablábamos de decirnos la verdad y yo sabía que mientras me lo decías me estabas mintiendo.

Aumenta la velocidad. Me despego de la ventana y miro el asiento de adelante. Rodrigo sale de mi vista.

—Señores pasajeros, nos aguardan unas diez horas aproximadamente para llegar a Tumbes. Recuerden que pueden utilizar el Wifi de la empresa.

Luego de unos kilómetros vuelvo a mirar por la ventana. Está todo negro. Apoyo la cabeza en el vidrio y cierro los ojos. No escucho nada del otro lado, salvo el ruido de las ruedas. Tengo la sensación de que Rodrigo sigue ahí, caminando al lado del micro. Tengo tantas preguntas y sé que nunca voy a encontrar las respuestas. Quería tener, al menos, unos años de noviazgo feliz, llegar a los Estados Unidos de Norteamérica, ser famosa con él a mi lado, pero no duró nada. No alcancé a disfrutar todo lo que quería disfrutar. No alcancé a amarlo todo lo que lo quería amar. No alcancé a hacer las cosas bien. Aunque me hacía la chica de ciudad me hubiese encantado ir a vivir a su pueblo y tener una vida simple. Cuando fuéramos viejos, claro. No lo hubiese hecho ahora, pero me entusiasmaba pensar que teníamos un proyecto y que ya no tenía que caminar sola en la vida. Nunca experimenté lo que es caminar con alguien, y ahora que tuve a alguien lo perdí. Soy libre. Puedo conocer a otros, salir, volver a tener citas y verlas como una posibilidad de ser feliz, de formar familia. Soy libre, pero no quiero ser libre.

Me encantaría llorar como hace un rato, sacar todo, gritar, hacer algo, pero no me sale nada. Se acerca Maribel y el micro justo agarra un bache que sacude todo, dejándola a dos centímetros de salir despedida por una ventana, pero se agarra a los asientos y se mantiene adentro de milagro.

—Señora, aquí tiene su comida. —Me da un chocolate.

—Gracias, bella. Y perdoname por lo que dije. Jesús no es maldito.

## 22 de enero

—Señora, despierte.

Abro los ojos. Veo a Maribel con el pelo bien tirante, ajustado por un rodete y dos mechones a los costados que se quieren escapar. Intenta sonreír pero reconozco muy bien la cara de daño que tiene.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la mañana, hemos llegado a Tumbes.

—Gracias, bella mía. —Sonrío y le aprieto la mano—. Te va a ir bien en la vida, lo sé. —Maribel se lleva las manos a la boca como si se le hubiese aparecido la virgen—. Ahora andá y no mires atrás, pues cuando te des vuelta ya no estaré.

Nos abrazamos y se va. No queda nadie en el micro. Estoy sola así que me tomo mi tiempo para estirarme y bostezar. Tengo la boca tan caliente. Qué asco.

Agarro la mochila, los zapatos de Rodrigo y bajo del micro.

—¡Taxi! ¡Taxi! ¡Taxi a la frontera!

Un montón de tipos gritando me rodean.

—No, gracias, no... no.

Los esquivo y me meto por una puerta que lleva adentro de la estación. Los taxistas se quedan del lado de afuera pegados a la ventana como esos peces que chupan el vidrio de la pecera.

Pregunto en un mostrador cómo ir a la frontera y me dicen que está a unos kilómetros del pueblo y que sí o sí tengo que ir en taxi. Salgo de nuevo y se me tiran encima. Las ganas que tengo de desaparecer y aparecer en una cama de habitación individual. Lo último que quiero hacer ahora es lidiar con toda esta gente y con una frontera que se ve más jodida que las que ya pasé.

Le pregunto a un taxista cuánto cuesta y me responde:

—Dos soles para usted, señorita, por ser argentina y tan bonita.

Dos soles es re barato así que acepto. La idea es cruzar la frontera, llegar a la terminal de micros e ir a Guayaquil, Ecuador.

Nos subimos al auto y arrancamos.

—Siempre me confundo a los argentinos con europeos, solo me doy

cuenta cuando dicen algo.

—Qué interesante lo que me cuenta, señor. Hábleme más.

—Hay muchos argentinos por aquí, todos viajando como usted, con esa mochila grande, cruzan a Guayaquil y de ahí van a Montañita, ¿conoce el sitio?

—No, ¿qué es?

—Un pueblo cerca de Guayaquil bien tranquilo, con playa y una atmósfera muy serena, estoy seguro de que le gustará. —Me quedo callada, mirándolo—. Si tiene alguna pregunta puede hacerla. He vivido aquí toda mi vida y conozco estos sitios como la palma de mi mano.

Lo que le quiero preguntar es si voy a superar esto, si todas las historias de amor terminan así, como el orto, y por qué no se calla la boca y maneja y deja de hablarme. Es tan obvio que no quiero hablar.

—Ponga música, por favor.

—¿Qué le gustaría oír?

Pienso en Axel pero me daña. Creo que no voy a volver a escucharlo nunca más. Todas sus canciones me recuerdan a Rodrigo.

—Sorpréndame.

El tipo aprieta unos botones y aparece una música demencial. Es un reggaeton con voces sintetizadas, metálicas, un gallo que cada tanto cacarea y millones de instrumentos sonando a la vez. Imagino que en el infierno esta es la música que suena todo el día. Escuchar esto o golpear latas con palos, alternando con algún palazo a un gallo, es exactamente lo mismo.

—Apague, mejor.

—No se preocupe, señorita, ciento veinte soles y estará en el paraíso de Guayaquil.

—Sí, el paraíso. —De repente reacciono—. ¿Ciento veinte soles?

—Sí.

—Pero usted dijo dos en la estación.

—Dos soles por salir de la zona de la terminal de buses, pero ya vamos setenta, y hasta Guayaquil son ciento veinte.

—¡Pare el auto! —grito, desquiciada.

Siempre quise gritarle a alguien PARE EL AUTO. Otro sueño cumplido.

—Pero ¿qué ha ocurrido, señorita?

—Usted es un malandra que se aprovechó de mí. ¡Pare el auto ya mismo le digo!

El tipo bufa pero para el auto.

—Las argentinas siempre quejándose.

Ay, pero por favor. No voy a soportar que otra persona me diga eso.

Viejo sinvergüenza, cretino, lo mataría a palos si pudiera, mas no lo haré pues no quiero ir presa (o sí).

Ni bien se detiene el auto abro la puerta y salgo. Él también. Estamos en el medio de la nada. Es un desierto tremendo.

—Señora, no se puede quedar aquí sola.

—¡Sí puedo!

—Entonces págume los setenta soles.

—De ninguna manera, granuja.

Me dispongo a huir pero recuerdo que la mochila está guardada en la parte de atrás del auto. Mierda.

—Le doy cincuenta y cerramos.

—No, setenta.

—Cincuenta, ser deleznable, usted se aprovecha de los turistas como yo que no tenemos idea si estamos en Latinoamérica o en Marte, pues esto podría ser cualquier cosa.

—Págume noventa y le cruzo la frontera y la llevo a Guayaquil.

Hago cuentas mentales, convierto en dólares y en pesos. Es bastante plata para mi presupuesto. O sea, pagué ciento ochenta soles para llegar hasta Tumbes, que es un montón, pero creía que luego todo se volvía barato otra vez

—Setenta y cinco, última oferta, y me lleva a Guayaquil.

—Pero eso es apenas cinco más que lo que tiene que pagar ahora, de ninguna manera.

—Sabe cómo lo molestaría a golpes en este instante, ¿no? Usted no sabe con quién está hablando.

Me encantaría mostrarle mi currículum como criminal que comencé en La Paz mas no puedo pues como ya dije no me gustaría ir presa.

—Ochenta y cinco está bien, no quiero que tenga un accidente aquí afuera. Prefiero no ganar nada pero dar un buen servicio, suba al auto.

Llegamos a la frontera. Hay una feria enorme con pasadizos por los que camino aferrada a la mochila y con el chofer caminando adelante. Esta parte no se pasa en auto porque hay puestos por todos lados. Es como un purgatorio que hay que atravesar para llegar al cielo, que en este caso es el lugar donde sellan los pasaportes. A los costados hay todo tipo de puestos, desde los que venden comida hasta Playstations y televisores de 50 pulgadas.

Luego de que me sellan el pasaporte, el chofer me da un boleto y dice:

—Señorita, hasta aquí llego yo. Con este boleto tiene que caminar hacia la estación de bus y esperar a que salga el que va hacia la ciudad de Guayaquil. Siga derecho por esta calle y cuando vea un negocio de frutas doble a la derecha hasta toparse con la estación. ¡Mucha suerte!

Saco del bolsillo un montoncito de plata arrugada. Plata de viejo borracho.

—Tome, gracias por todo. —Estoy a un paso de abrazarlo y besarlo en la boca. Sí, con lengua, pues la verdad que pasar esa feria sola hubiese sido un suplicio, y capaz me mataban a tiros. Se veía muy turbia. Muy pantalla para esconder venta de drogas—. Ojalá encuentre la felicidad, bueno no. Ojalá muera, viejo roba turistas —le digo y me doy vuelta para nunca más volver.

Le doy la espalda a todo, a la feria, al taxista estafador, a Perú, a Rodrigo.

La estación está desierta. No hay ni micros ni gente, salvo dos chicas jóvenes sentadas esperando la muerte. Me acerco a una ventanilla y pregunto cuándo sale el próximo micro a Guayaquil.

—Muéstreme su boleto —dice el tipo. Cuando se lo doy, dice—: Este va a tardar más o menos cinco horitas.

Maldito Jesús.

Me siento a esperar con las otras chicas. Miro las paredes, despintadas y horribles. Hay un mapa de Ecuador en una. Me paro y busco Guayaquil. Estamos a menos de trescientos kilómetros.

—Chicas, ¿a dónde van ustedes?

—A nuestra casa.

—¿En Guayaquil?

—No, aquí cerquita nomás. —Escucho un ruido de micro cada vez más cerca. Las chicas se paran y corren—. Ahí vino nuestro bus, suerte.

Pendejas de mierda, ojalá el micro choque y mueran.

Me siento de nuevo y espero. El tiempo no pasa más. Hay silencio. Miro el celular. Está exactamente igual a la última vez que lo chequeé. Obvio. No hubo Wifi en ningún momento así que nada tiene por qué cambiar. Abro WhatsApp y veo mensajes de voz de Ale, pero no estoy de humor para escuchar, así que le grabo un audio que se mandará en algún momento cuando vuelva a tener Internet.

«Ale, se pudrió todo. Ya está. Encontré a Rodrigo en una situación de fiesta sexual. No literal sino virtual. Le revisé el Skype y descubrí que me estuvo cagando todo este tiempo y también sabía lo mío. Fue todo una mentira. Ahora estoy en una estación de bondis esperando uno que me lleve a

Guayaquil, una ciudad de Ecuador, y no viene más. Pasaron quince minutos y tengo que esperar cinco horas más. No sabés lo que es este lugar. En cualquier momento me cae un pedazo de cielo raso en la cabeza y me mata. No sé qué hacer, no sé cómo sigue esto. Encima pasó todo en el viaje a la frontera y ahora estoy acá varada y me quiero morir. No quiero hacer nada, no quiero pelear precios ni que me estafen ni salir a buscar *hostels*, y sin embargo, no me queda otra que seguir. ¿Te acordás de esa novela de Nacha Guevara? *El tiempo no para* se llamaba. Me acuerdo de la parte final en la que ella decía que la vida es un aullido interminable que nos empuja hacia adelante, queramos o no.

Tengo que avanzar. La opción de tirarme a llorar en mi cama de Buenos Aires no existe, ni ir al *call center* y descargarme con vos y las chicas. Tengo que llegar a Guayaquil y ponerme a buscar donde dormir.

No entiendo por qué no me puede salir algo bien. ALGO. Una cosa. No pido que todo sea un camino mantecoso por el que me deslice, pero tampoco este camino lleno de soretes con piedras que me hacen tropezar y caer de trompa al piso», suelto el botón y el audio queda con el ícono de reloj avisando que no se envió.

Miro la hora. Pasaron dos. Todo sigue igual de vacío y tenebroso. Están a punto de venir las ratas y comerme.

Llega un mochilero a la estación. Lo reconozco porque viene con mochila y porta esa cara llena de sueños que invita a golpear con un fierro.

—¡Hey, hola!, ¿de dónde eres?

—Hola, soy de Buenos Aires, ¿y vos?

—De Colombia, Bogotá, pero vengo del Perú.

—¿Y cómo llegaste acá? ¿Te bajaste en Tumbes también?

—Sí, y de ahí con un solecito llegué aquí.

—¿QUÉ? ¿CON UN SOL? —Estoy a punto de agarrarlo del cuello—. ¡YO PAGUÉ ochenta y cinco!

—Usó un taxi de los de la estación, me imagino. Yo salí de la estación y caminé bien por fuera hasta que llegué a una parada de mini buses locales que vienen aquí por un sol.

—No lo puedo creer, me quiero morir. —Me acuerdo de que tengo el ticket para Guayaquil y me tranquilizo—. Al menos tengo este ticket. O sea, me estafaron pero de acá a Guayaquil hay como trescientos kilómetros. Este ticket debe haber salido caro.

—¿Cómo es su nombre?



—Sandra.

—Yo Juan Víctor. Mire, Sandra, el truco es nunca aceptar nada en las terminales de buses porque saben que es turista y que está confundida y asustada. Tiene que salir de las terminales. —Sigue hablando pero dejé de escucharlo porque es toda información que ya sé, y me siento muy pelotuda porque caí en la trampa y porque el taxista dijo que cobraba dos soles hasta la terminal. Yo entendí perfectamente bien. No dijo dos soles para salir de la terminal sino para llegar a esta terminal donde estoy ahora—. ¿Y este boleto?, déjeme verlo —dice.

Le doy el ticket, se levanta y va a la ventanilla. Cuando vuelve me dice:

—Cuesta seis soles. No vale la pena esperar tantas horas por seis soles, vamos a buscar un bus que salga ahora, ¿quiere?

En mi cabeza el tipo me había estafado con, más o menos, treinta soles, pero ahora veo que todo esto que pagué ochenta y cinco en realidad cuesta siete. Intento no analizarlo y digo:

—Ok, vamos.

Caminamos por una calle angosta llena de agencias de turismo. Entramos en varias pero no tienen más viajes a Guayaquil por hoy, hasta que llegamos a una que nos dice que sí, pero que tenemos que caminar hasta otra terminal que está en la ruta, a dos kilómetros, en el medio de la nada. A esta altura estoy tan jugada que no me importaría desnudarme y caminar arrodillada hacia el lugar.

—Sandra, ¿qué le parece?

—Me parece estupendo, el mejor plan del universo, caminemos dos kilómetros abajo del sol.

Aunque parezca irónico este plan me parece mucho mejor que sentarme a esperar a que llegue la parca y me lleve. Al menos ahora sé que me voy de esta frontera que es tan difícil y jamás voy a olvidar. No estoy dejando un país atrás nada más. Estoy dejando a Rodrigo y todo lo que significó en mi vida.

—¿Está llorando?

—No, no, estoy bien.

—Todo se vuelve más intenso cuando viaja, ¿no? ¿Es su primera vez?

—Sí, nunca antes había salido de Buenos Aires.

—No se preocupe entonces, es normal, ya se le pasará. A mí también me ocurría cuando dejaba un país, y el Perú es mágico. A la gente le encanta divertirse y te hacen sentir como si estuvieras en casa.

—Sí.

Digo «sí» nada más, pero adentro de esa palabra se esconden mil recuerdos, no solo de Perú sino de Bolivia y de la Argentina. Este viaje me dio todo, me hizo abrir los ojos a otra realidad. Me siento más yo que nunca.

—Sandra, ¿qué pasó? Me puede contar.

—No puedo volver a la vida de antes después de haber vivido todo lo que estoy viviendo. ¿Cómo hacés vos? ¿Cómo hacés para volver a Bogotá y trabajar de 9 a 18 todos los días esperando ahorrar un peso para irte de vacaciones un fin de semana y luego volver a la rutina de siempre?

—Tengo a mi familia y mis amigos del trabajo... pero también me pasa lo que a ti, solo que ya me acostumbré. Por eso hago estos viajes. Este es el quinto que hago.

—¿Cuántos años tenés?

—Veintiocho, ¿y usted?

—Treinta. Ojalá también pueda acostumbrarme. Hoy siento que no podría volver. Hay algo que cambió en mí y que no puedo explicar, pero siento que estuve dormida un montón de tiempo y ahora estoy viviendo y haciendo lo que quiero por primera vez.

Me largo a llorar y me abraza. Un llanto horrible con moco, incontrolable. Siento que descubrí un montón de cosas pero no puedo disfrutarlo porque el hombre que amo me estuvo engañando todo este tiempo.

Ya estamos en el micro. El viaje a Guayaquil es tranquilo, y al menos durante las horas que dura no tengo que preocuparme por nada. Está todo resuelto. La batalla va a volver cuando lleguemos a destino y haya que encontrar la forma de llegar al centro de la ciudad usando transporte público y hospedarnos en algún hotel. Ya nos dijeron que no hay *hostels* en la ciudad, así que seguro nos va a salir caro, pero por suerte somos dos y vamos a ir a una habitación doble. Al menos no tengo que hacer esto sola. Dios te da, Dios te quita. Me quitó el amor pero me dio un compañero momentáneo para no estar tan sola. Dios es severo a veces y no da y quita en partes iguales. Maldito Dios. Es como al señor cuadrupléptico pero genio. Dios le dio inteligencia sobrenatural pero le quitó movilidad, control de esfínteres y la capacidad de habla. Bello Estephen Hokings. Dios también fue severo con él.

Guayaquil nos recibe con lluvia, pero la terminal está toda techada así que llegamos secos.

—Busquemos un lugar para comer —dice Juan Víctor.

Caminamos un rato y entramos en un puesto de comida.

—No tengo hambre, pedí para vos nomás —digo.

Lo que no tengo es plata. Hambre sí. Acá está todo en dólares y mi presupuesto está muy reducido. Ya sé que no llego a los Estados Unidos así. Algo voy a tener que hacer. Tengo plata para tirar unas semanas, un mes como mucho si como la mierda que vengo comiendo hasta ahora. Juan Víctor se pide un sánduche enorme y cargado de salame y queso. El hambre que tengo, por el amor de Dios.

—¿Quieres?

—No, gracias, tengo el estómago cerrado.

Sueño con tirarme en una pileta llena de sánduches de salame y queso y que me filmen como si fuera una porno. Me pasaría las fetas de queso por las tetas. Expulsaría rodajitas de salame por la concha, como vi una vez en un documental sobre tailandesas que lo hacían con pelotas de golf. Lo anotaré en mi lista de sueños a cumplir.

Está anocheciendo y no nos queda otra que salir de la estación. Sigue lloviendo, pero si nos agarra la noche se va a hacer muy difícil encontrar hotel. Nos dijeron que Guayaquil es muy peligroso y que solo caminemos por una avenida que se llama 9 de Octubre.

—¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse? Yo creo que uno o dos días máximo. Tengo que apurarme para llegar a Bogotá.

—¿Por qué?

—Debo asistir a la boda de un amigo, y nos estamos preparando desde hace meses, ¿usted hasta cuándo se queda aquí?

—No sé, un día creo, esta noche nada más. Me contaron que hay un pueblo, Montañita, que está cerca y tiene playa.

—Es muy lindo, sí, vaya, lo pasará bien, y se olvidará de lo que sea que le haya ocurrido. ¿No me quiere contar ahora?

—Prefiero guardarlo en mi corazón bajo siete llaves, perdón.

Salimos de la estación y corremos hasta meternos abajo de un techo a esperar el colectivo. Pasan algunos que van afuera de la ciudad y frena uno que va al centro. Nos subimos. Viajamos parados, en silencio. Esta compañía es muy breve, pero menos mal que la tengo. No quisiera enfrentarme a todo esto sola. Hoy necesito que alguien me ayude a conseguir hotel y que una ciudad nueva no sea causa de estrés y sensación de hostilidad. Necesito sentir confianza, aunque me engañe, aunque sea una sensación de mentira, porque la realidad es que no sé ni quién es Juan Víctor, y me podría cagar, se podría

ir, o robarme. Si me cagó Rodrigo, que me decía que era la mujer de su vida, mucho más me puede cagar este chico que conozco hace dos minutos.

No me puedo sacar la bronca. No quiero llorar, ni siento tristeza. Bueno, sí, pero siento algo más grande, algo que nunca sentí. Me siento hueca, vacía. Pienso en todo lo que le podría haber dicho, todo lo que me podría haber desahogado. Elegí decirle lo más boludo y sin sentido. Elegí decirle que creer en Jesús es como creer en Dragon Ball Z. Elegí la ironía y el sarcasmo en vez de la verdad, en vez de decirle que me rompió, que lo amé como a nadie y que lo voy a extrañar muchísimo, que me va a hacer falta y que no sé qué hacer ahora.

Nunca me voy a perdonar haber elegido la ironía a la verdad. Lo lastimé, sí, pero no le dije lo que sentía.

—Sandra, ¿está llorando?

Levanto la vista y lo miro.

—Descubrí a mi novio en una situación de fiesta sexual. —Lo abrazo fuerte y sigo llorando. El colectivo pasa un bache que nos hace saltar a todos y me doy la nariz contra su hombro—. ¡La puta madre! —Me empieza a sangrar—. ¿Algo más, Dios?

Juan Víctor saca un pañuelo y me lo pone en la nariz haciendo presión hacia arriba. Quiero que todo esto termine, y ni sé a qué me refiero con «todo esto». El viaje. Mi vida. La vida de Rodrigo. Todo el pasado. El futuro. No entiendo para qué tanta lucha e intentar construir si total siempre se termina destruyendo.

El colectivo frena en una plaza en la avenida 9 de Octubre. Bajamos y nos empapamos por la lluvia ni bien damos dos pasos. Nunca vi llover así.

—¡Corramos! —grita Juan Víctor y sale disparado.

Yo camino, tranquila, como si fuera un día de primavera y estuviera caminando en un campo de flores. Ya estoy toda mojada, igual que la mochila y seguro la ropa. Nada puede salir peor. Bueno sí, siempre está la posibilidad de que me tiren un piedrazo y quede cuadriplégica.

—Relajá, Juan Víctor, ya estamos mojados —grito.

Caminamos y caminamos hasta que llegamos a un hotel que se llama igual que la avenida. Cuesta catorce dólares una habitación doble. catorce dólares cada uno, claro. La tomamos porque no quiero caminar más. Vengo de pagar de siete a ocho dólares la noche, así que estos catorce los voy a exprimir como si estuviera en el hotel más lujoso.

Lo primero que hago al entrar es prender el aire acondicionado al máximo

porque aunque llueva a cántaros hace treinta y cinco grados. Y aunque hicieran diez igual lo prendería, pues gasté catorce dólares.

—Báñese mientras voy a comprar la cena.

—Gracias. —Lo miro con cara de hojita al viento—. Gracias de verdad, bello, gracias.

—Usted necesita recuperarse. Por favor, pídamelo que necesite.

—Está bien así.

Tengo unas ganas de que me garcee la cara... Hace mucho que no cojo. Juan Víctor agarra su mochila y sale de la habitación.

Me saco la ropa empapada, me meto en la bañera y abro la ducha. Primero puteo pues el agua sale fría. No sé por qué flasheé que iba a salir caliente de una. A los pocos segundos el agua pasa de fría a tibia y luego caliente. Pongo la cara abajo del chorro. La temperatura aumenta hasta que casi quema, pero no saco la cara ni abro el agua fría para compensar. Me quedo así unos segundos, sintiendo cómo la temperatura de las orejas va cambiando. Y me acuerdo de la llegada a Purmamarca, cuando Rodrigo se metió en la ducha y me preguntó si quería ir con él. Me arrepiento de haberle dicho que no y haberme perdido ese recuerdo con él. Me arrepiento de las cosas que no hice. Fueron oportunidades perdidas. Momentos que podrían haberse transformado en recuerdos que duraran de por vida, recuerdos por los que sonreír, o llorar, o tener algún sentimiento. Sin embargo, dije que no y ahora no tengo recuerdo de haberme bañado con él. Igual en ese momento pensaba que Rodrigo era un boludo. Y hoy también lo siento, pero ahora lo amo. Tal vez el error fue abrirme y dejar que entrara en mi corazón. Si me hubiese quedado con esa primera imagen, con esas ganas de partírle un ladrillo en la cabeza cada vez que se agachaba, nada de esto estaría pasando. No me sentiría así.

Después de una hora de estar metida en el baño salgo de la ducha, me cambio y al abrir la puerta veo a Juan Víctor acostado en la cama, comiendo.

—¿Qué es eso?

—Unos panecillos con queso, ¿quiere?

—Claro que sí. —Agarro uno y me lo meto en la boca. Mi apetito se abre inmediatamente y no paro de comer hasta que ya no queda nada—. ¿Cuánto te costó? —le pregunto.

—No se preocupe, yo invito.

Ay, qué generoso.

—Estoy muy cansada, ¿dormimos? —digo, rogando que responda que sí

aunque sean las nueve de la noche.

—Como usted diga.

Apago las luces y me meto en la cama. El aire acondicionado está a mil. Pienso en apagarlo pero luego recuerdo que estoy pagando catorce dólares y decido dejarlo encendido toda la noche aunque pase a la otra vida mientras duermo.

Cierro los ojos, pero el sueño que tenía se empieza a ir. La oscuridad y el silencio absoluto activan mi cabeza. Me doy vuelta para que mi cara no quede enfrentando a la de Juan Víctor, agarro el celular y le pongo auriculares. Prendo Wifi y me meto en YouTube a buscar el último capítulo de *El tiempo no para*, la novela que se emitió en el 2006. Lo miro entero, con lágrimas en los ojos, hasta que llego a la parte en la que Nacha Guevara se despidió de sus hijos antes de morir diciendo algo así:

«Hijos míos, ya no pueden volver atrás porque la vida los empuja como un aullido interminable. Hay momentos felices, pero el dolor también depara otros caminos sin salida. Entonces les pido que recuerden lo que un día escribí pensando en ustedes:

Nunca se entreguen ni se aparten del camino.

Nunca digan no puedo más y aquí me quedo.

Vuestro destino está en los demás, vuestro futuro es la vida.

La vida es bella. Ya verán cómo a pesar de los pesares tendrán amor, tendrán amigos. A pesar de los pesares».

## 22 de enero

—Ha sido buena compañía, Sandra, si viene a Colombia no deje de visitarme, adiós.

—No digas adiós, di hasta luego —le digo en español neutro—. Te iré a visitar cuando esté por allá dentro de poco. —Cuando comienza a caminar le grito—: ¡Juan Víctor! ¡Sos buena madera!

Él se da vuelta y sonrío. Corro y lo abrazo bien fuerte. Luego se va. Tiene que ir hasta la estación de micros donde se va a tomar uno hasta la frontera con Colombia. Ojalá lo vea de nuevo, y lo digo en serio, no como cuando se fue Patricio que le agradecí a Dios y rogué al cielo que muriera aplastado por un camión en su vuelta a Buenos Aires.

Son las tres de la tarde y el día está hermoso. Hace un calor impresionante con sol y cielo despejado. Guayaquil nada tiene que ver con la ciudad oscura y hostil que conocí ayer cuando llovía y había viento.

Subo a mi habitación y abro *If Only*. Daría todo por tener a Geri al lado mío en este momento. Ella sabría qué hacer. La gente que supera tanta penuria tiene una sabiduría que es necesaria para salir de momentos como este.

Leo las páginas del libro como hago desde la adolescencia. En un momento ella dice que necesitó perdonarse para seguir adelante porque si no todo lo negativo la iba a comer viva, y también necesitó agradecerse porque todo lo que vivió le permitió llegar a donde está.

Cierro el libro y voy al baño. Me miro al espejo. Al principio es como cualquier otro momento en que me miro al espejo, pero esta vez voy más allá. No abandono. No sacó la mirada como hacía en los boliches. Sostengo. Me miro fijo. Estoy vacía. Perdí todo. No tengo una casa a la que volver, mi ciudad ya no es mi ciudad, mis sueños perdieron importancia. Ya no es tan importante ser actriz. Hay algo más que eso. Algo que hasta ahora no vi y ni siquiera en este momento estoy viéndolo claramente, pero puedo vislumbrarlo. Hay algo más que la carrera por sobresalir, algo que hace que aunque mucha gente no alcance sus sueños, igual encuentre la forma de ser feliz. Hoy que perdí todo me miro en el espejo. Tengo dos arrugas que no

había visto y el labio lastimado de tanto mordérmelo, estoy despeinada y me sale transpiración por los poros de la nariz, aunque el aire esté prendido al máximo y esté a punto de morir de hipotermia. Algo quiere salir. Abro la boca y no lo freno.

—Perdón... —Me siento una boluda. Apago el aire. El ruido del motor para y trae un silencio que envuelve todo—. Perdoname, Sandra. —Tengo el impulso de bajar la mirada pero no lo hago—. Perdoname por haber confiado en alguien que me cagó, por haber empezado este viaje, por haber renunciado al *call center* y dejar a mi amiga Alejandra y a toda la gente que quiero. Perdoname por haber querido ser esta mierda de actriz y no algo más normal tipo maestra. No pude ser tan fuerte como necesitabas. Estoy en cero, o peor, porque en Buenos Aires estaba en cero. Ahora estoy en menos diez. Perdoname porque me equivoqué, porque tomé merca y me violaron y el recuerdo que voy a tener de mi primera vez va a ser con dos tipos cogiéndome como si fuera un trapo.

Cuando digo «violado» me doy cuenta de lo tapado que lo tenía. Vivir tantas cosas en tan poco tiempo no me dejó lugar para caer en todo lo que me pasó en este viaje.

Me quedo dura, con la mirada en el espejo, en mí, y lloro por todo lo que pasó. Siento que por primera vez estoy procesándolo. Por primera vez dejo de luchar y de tener el escudo arriba. No tengo que ir a ninguna frontera, no tengo que hacer nada más que estar acá, presente, en esta habitación, mirándome en el espejo. Estoy cansada de correr. Ya no tengo motivos para correr. Lo que hasta ayer era mi motor hoy se apagó. No quiero ir a los Estados Unidos de Norteamérica.

—Y me agradezco...

Me quedo sin palabras. Cuando empecé a hablar comencé por la parte de pedirme perdón porque pensé que iba a ser la más difícil, pero ahora que llegué a la parte de agradecerme no tengo nada que decir. Quiero empezar a listar cosas, pero no sale nada. No tengo nada que agradecer. Todo salió mal, y a la vez recuerdo las palabras de Geri: «Siempre tenemos algo que agradecer. Si llegamos hasta acá es por algo, y eso tenemos que agradecerlo». Siento una luz que me envuelve, otro momento de epifanía y levitación.

—Agradezco haber renunciado al *call center* y comprado el pasaje a Jujuy. Agradezco conocer a Rodrigo. —Aparece el llanto incontrolable, con moco. Cada palabra sale como un látigo que me pega en la espalda—. Agradezco haber conocido a Patricio, agradezco todo lo que viví en Bolivia y



en Perú, haber ido esa noche a bailar y conocer al australiano, agradezco haber descubierto todo.

Y por un instante se me pasa por la cabeza que hubiese sido mejor no descubrir nada. Que, tal vez, si no hubiese despertado en el medio de la noche, agarrado la *laptop* de Rodrigo y descubierto su doble vida, nada de esto estaría pasando. Todo seguiría como antes, los planes intactos, pero agarré su computadora y cagué todo.

¿Cuál es lo que diferencia entre saber y no saber? ¿Y si Rodrigo de verdad me ama pero quiere coger con otras personas? Todos ocultamos cosas. Alejandra abortó y su exnovio nunca se enteró. ¿En qué hubiese cambiado su realidad si se enteraba? No dejo de preguntarme eso. Yo lo cagué también. Casi me acosté con un tipo en Bolivia. OK, no lo hice, pero ¿qué me diferencia de Rodrigo? Solo que lo descubrí primero. Y sí, lo de él es más grave porque yo no lo amaba en ese momento. Él sí me amaba, supuestamente. Dios, ya no sé qué creer. Todo es «supuestamente». Capaz sus «te amo» eran como mis «te amo» del principio, sin sentirlo, solo para dejarlo contento. Me voy a volver loca, pero no puedo dejar de revolver todo, darlo vuelta, acordarme de las charlas, de cada palabra suya, analizándola y retorciéndola a ver si encuentro algo, un indicio para entender lo que pasó.

Hasta hace algunas horas tenía un plan, pero ahora no. Lo único que tengo es la información de que Montañita está bueno y hay playa. Necesito playa. Basta de Guayaquil.

—Agradezco haberlo conocido porque eso me dio el valor de renunciar al *call center* y salir de viaje. Tal vez la misión de Rodrigo no era ser el amor de mi vida, sino impulsarme a abandonar una vida que no iba para ningún lado. Y cumplió su misión. Ya está. No tiene más para hacer. Agradezco eso.

Meto todas mis cosas en la mochila, apretadas, arrugadas. No me importa nada. Salgo de la habitación lo antes posible y me voy a la estación.

## 23 de enero

El colectivo me deja en la entrada de una choza selvática. Las calles son de tierra. Hay un cartel que dice: «Bienvenido a Montañita», pero esto parece un descampado. No me importa. Estoy entregada a lo que venga. Es como si la tensión hubiese desaparecido. Ya no lucho ni me estreso. No puedo estar peor que ahora. Ay, no sé qué carajo me hago la profunda, la que alcancé una suerte de Nirvana y ya nada me afecta. Este pueblo es bastante del orto. Me esperaba algo más festivo. Camino por una calle de tierra y salgo a otra con casas bajas y techos de paja. Sigo caminando hasta llegar a una playa gigante. Pasa un camión de la basura con una canción que dice: «A sacar las excusas, y también la basura», con el ritmo de la canción *La ventanita*. Quisiera morir.

Me saco las zapatillas y camino en la arena húmeda que me hace cosquillas. Aprieto los dedos de los pies y río como una niña que ve el mar por primera vez. Esto es una garcha. Ay, estoy hablando como Alejandra, como un barrabrava.

Montañita es como Mar del Plata despoblada. Sin embargo, hace tanto que no piso un lugar amistoso, sin pobres, frío o peligro de robo, que esto es como haber llegado al paraíso después de meses de caminar por el purgatorio.

Dejo la mochila en la arena y corro al mar mientras me saco la remera y los pantalones. Quedo en lolas y me meto, riendo locamente. Feliz, desdichada. Me sumerjo unos segundos y escucho el eco del mar. Salgo y respiro. Repito hasta que me aburro, porque la verdades que hacer esto es bastante pelotudo. No hay nadie en la playa más que yo. Miro al cielo. Está despejado. Unas chicas caminan a lo lejos. Salgo del mar, empapada, pero con el calor que hace no voy a tardar mucho en secarme. Llego a la mochila, me pongo ropa y empiezo la búsqueda de *hostel*. Agarro una calle de tierra y pregunto precios. Casi todos están diez dólares. Sigo caminando hasta que entro en una cabaña llena de argentinos donde las habitaciones están baratas. No hay agua caliente pero a esta altura nada importa. Solo quiero una cama.

Subo unas escaleras, dejo todo en mi habitación y me ducho. El agua está helada. Aunque afuera haga treinta y cinco grados nunca es lo suficiente

como para bañarse con agua fría. No entiendo a la gente que puede hacerlo. Me baño en partes, como en Bolivia. Y el pelo me lo lavo en la pileta porque si lo llevo a hacer en la ducha temo terminar muerta como Windy Huston.

Salgo de la ducha, me voy a un balcón que está al final del pasillo, lleno de hamacas paraguayas. Ocupo una, cierro los ojos y me relajo haciendo una de mis visualizaciones de meditación.

Estoy en Buenos Aires. Es mi primer día en el *call center*. Estoy superfeliz. Siempre quise atender el teléfono. Camino por los pasillos y veo chicas con el pelo teñido de violeta y chicos lindos. Me encanta. Siento que pertenezco, que mi vida por fin se va a enderezar. Sueldo en blanco, seis horas de lunes a sábado. Me van a envidiar todos cuando lo cuente.

—Sandro, ¿cómo estás? Mi nombre es Juan Cruz, soy tu *team leader*. — Juan Cruz es un mocoso de diecinueve años que me lo merendaría ya mismo. Es apenas más bajo que yo, tiene ojos color miel y una sonrisa que encandila —. Te vas a sentar al lado de ella por unos días para que te enseñe el trabajo. —La chica en cuestión está hablando por teléfono. Juan Cruz le hace señas y le dice: «Ponete en No Disponible cuando cortes». Mientras pasan esos segundos interminables me pierdo en su mirada y me pregunto cómo será su pija—. Es una muy buena empresa, acá podés crecer —me dice.

Yo río como una loca, me hago la que me tropiezo y me le tiro encima, tocándosela.

—Parece preciosa —le digo, risueña.

—¿Qué? —dice él, sin entender.

Me muero aún más de risa hasta atragantarme y empezar a toser y escupir flema. Se me traba la mandíbula y siento que desvanezco. Toser con la mandíbula trabada es algo que no le deseo a nadie. Se me forman hilos de baba y tengo a todos mirándome como si fuera un monstruo. Para ese entonces Juan Cruz está agarrándome por atrás para que escupa. Debo estar violeta.

—Sandro, ¿estás bien? ¿Llamamos a una ambulancia?

Toso con tanta fuerza que siento que voy a escupir un alien. Finalmente me levanto y toso por última vez, en la cara de Juan Cruz.

—Ay, perdón.

Lo limpio con las manos pero ya es tarde.

—No te preocupes. —La chica corta la llamada y se pone en No

Disponible—. Sandro, ella es Alejandra. Van a pasar el primer mes juntos. Ale, quiero que Sandro sea tu sombra y vea todo lo que hacés. —Alejandra se levanta y me da un beso—. Bueno, los dejo solos, cualquier cosa estoy ahí arriba, en la isla.

Hay una plataforma donde están los jefes con sus computadoras como dioses que ven a su pueblo desde las alturas. Sé que ahora tengo un nuevo sueño: ser *team leader*.

—Este laburo es una pelotudez, no te preocupes —me explica Alejandra—. Con este botón te ponés en Disponible y recibís llamadas, con este otro te ponés en No Disponible y lo usamos para ir al baño o cuando trabajamos los domingos en el turno mañana y queremos charlar, total hay solo dos *team leaders* controlando y no dan abasto.

—Debés ser la chica más afortunada del mundo, trabajando acá hace tanto y teniéndola tan clara. ¿Por qué no sos *team leader*?

—No me interesa. Los *team leaders* tienen que monitorear llamadas, echar gente, y no ganan mucho más que nosotros. Yo prefiero estar de este lado.

A mí me encantaría ser jefa y monitorear llamadas y decidir quién se queda y quién se va.

Alejandra me cae re bien. Se ve que es buena madera.

Despierto por la vibración del celular que me aprieta en el bolsillo. Me quedo mirando la nada por unos segundos pero la vibración no para así que lo saco. La luz de mensaje titila como loca. Abro WhatsApp y los mensajes de Alejandra caen como una catarata:

«Amiga, ¡¡por Dios!! ¡Contestá! Ya estoy cruzando la frontera».

El mensaje es como un cachetazo que me trae a la realidad como un tirón de pelo. Me dispara la adrenalina. Voy para atrás y veo más mensajes:

«Boluda, ¿estás bien? ¿Rodrigo te hizo algo? ¡Te juro que lo mato si te fajó!».

Le doy *play* a un audio: «Estoy en un *hostel* en Bolivia que no sabés lo que es. Tipo tres de la mañana me levanté para ir a cagar y no había luz. Tuve que tantear dónde estaba el agujero y me terminé cagando la pierna y ni me pude lavar porque tampoco había agua. Me limpié con un papel y Coca-Cola, pero terminé con la pierna re pegajosa. No sabés cómo tengo el culo. Es un poema. Mañana salgo para Copacabana directo. Quiero llegar lo antes posible a Ecuador».

Sigo escuchando audios hasta que llego al primero que me mandó hace varios días:

«¡Amigaaa! ¡¡Estoy en un micro trucho yendo a Jujuy!! —Se ríe—. No paro de dar grititos de la emoción que tengo. Un tipo piensa que soy una enferma porque estoy re seria y de repente pego un grito agudo como los que hacíamos en casa imitando a Mariah Carey, re en pedo. ¡Ay, amiga! No puedo creer que esto sea real».

Al igual que ella en el micro, empiezo a hacer el grito agudo de Mariah Carey que parece un silbato para perros. Me río como loca y aprieto «grabar»:

«Amiga, no lo puedo creer, Dios te da Dios te quita, como dice mi mamá. Me quita a Rodrigo, las ganas de vivir, la posibilidad de perder la virginidad sin ser violada, ¡pero me da a mi gran amiga! La verdad que Dios podría ser un poco más justo, pero también podría ser más severo y dejarme acá sola a la deriva. Ay Dios, ¡gracias! Decime qué hago o por dónde venís. Si estás en la frontera es porque estás yendo a Guayaquil».

Mando el audio e inmediatamente pasa de gris a azul. ¡Lo está escuchando! ¡Ay, cuanto signo de exclamación! Es que estoy eufórica. Si esta autobiografía se publica les pido a los que la lean que hagan voz de eufóricos como cuando dos amigas se reencuentran y gritan como si sus cerebros entraran en colapso. El mío está así en este momento.

Me llega mensaje escrito de Ale.

«Estoy a nada de llegar, ponele que en quince. ¿En dónde te encuentro? ¿Me venís a buscar?».

«Cuando llegues a la estación tomate otro colectivo a Montañita, así en diminutivo se llama. Es el pueblo donde estoy».

«OK, ¿y qué hago cuando llegue?».

«Nada, yo voy a estar ahí para recibirte, mi bella amiga».

Cortamos la comunicación y me meto en la ducha para estar lista cuanto antes. Ya no me importa que el agua salga fría. Además puse Marcela a todo volumen por el parlante del celular. Me meto de lleno en la bañera y me empiezo a reír mientras tanto.

Cuando termino, me visto y salgo hacia la parada de colectivos que está en medio de la ruta, en frente a un parque de diversiones que parece la casa fantasma. Hay tres juegos muy tristes: unos autitos chocadores, una montaña rusa y un samba que con cada sacudida parece que en cualquier momento se desprende del sostén y termina en el mar con todos los pibes que están dentro

muertos. Así y todo el lugar está lleno.

Los colectivos paran y la gente baja, pero ninguno trae a Alejandra. Se amontonan los colectivos porque se ve que es una zona de paso. Creo que la última vez que me senté, tranquila, a observar el movimiento de un lugar fue en La Paz cuando conocí a Quispe Mamani. Las personas en Ecuador son muy simpáticas. Algunos de los que me pasan por al lado me saludan. Siempre pensé que éramos todos iguales en América Latina, pero las etnias son bien distintas. Hasta ahora no estuve en ningún lugar parecido a la Argentina. Aunque tenga la piel más curtida y ya no tan blanca como antes, mis rasgos y flacura marcan la diferencia. Soy extranjera. No tengo ninguna facción que me haga ver indígena. Ni aunque me quedara a vivir mil años podría pasar por una local.

Un colectivo frena. Levanto la cabeza por vez número cincuenta y la veo bajar. Por un momento no reacciono porque estoy así hace dos horas y me acostumbré a que no fuera ella, pero esta vez sí. Escucho un grito agudo. Me levanto y sacudo el polvo. Intento gritar pero no puedo. Me desarmo y quiebro en llanto.

—Ay, mi vida, quería generarte lo opuesto a eso. Vení, calmate.

Ale me abraza bien fuerte. Quiero abrazarla yo también pero no puedo por la mochila inmensa que trae en la espalda.

—Te extrañé tanto, amiga.

No puedo parar de llorar.

—Ya está, boludita. Ahora estamos juntas. Hice en tres días lo que vos en meses así que imaginate cómo estoy. Tengo el culo muy cansado.

—¿Estuviste en Tumbes? ¿No te estafaron con el taxi? —Me repongo ante el recuerdo nefasto de Tumbes.

—¿Qué taxi? Me tomé un colectivo que me dejó en la frontera, crucé y llegué a Guayaquil y después colectivo directo a Montañita.

—Ay, me siento muy boluda, a mí me re estafaron y eso que ya venía viajando desde hacía meses, y vos así nomás pasás como toda una experta.

—Ya sabés, siempre fui tu maestra.

—Por favor, explicame esto, ¿qué hacés acá?

—¡Dejé todo para cumplir mi sueño de cogermelo a Nick! Es una locura, pero ya está, y también quiero que viajemos juntas, ser tu Louise. Me cansé. ¿Qué iba a hacer en Buenos Aires? ¿Meterme en un curso de masajista de mierda y después buscar clientes? Ni loca. La guita que conseguí por irme del *call center* sin hacer quilombo la quiero usar en esto. Ya tengo todo

arreglado.

—Ay, bella, tuviste tu momento de epifanía. El momento que nos llega a todos. Qué buena decisión tomaste. —Se me sale el corazón de alegría. Es la primera vez en días que vuelvo a sentir que todo va a estar bien y que voy a salir adelante—. Viniste a rescatarme. —La abrazo—. Una vez leí que nos estamos salvando mutuamente todo el tiempo, los seres humanos digo, y es cierto. No sé qué haría sin vos.

Mi mundo sería un lugar más oscuro sin Alejandra.

También me acuerdo de Rodrigo. Él también me salvó de creer que nunca iba a poder amar a nadie, de que eso estaba destinado a otras personas, no a mí. ¿Yo lo habré salvado también? Ay, Dios, siento que me convertí en esa gente que se la pasa reflexionando. Soy una gorda reflexiones.

—Vas a conquistar a Nick, te lo prometo. Y yo voy a estar con Kevin así sea lo último que haga.

## 24 de enero

Compramos un tequila a cinco dólares, el más bello elixir. Alejandra dice que es alcohol puro y vamos a morir, yo le digo que confíe en mí, su chamana viajera. Al quinto shot le damos *play* a un compilado de canciones karaoke que hay en este *hostel* y es demencial. Cantamos *Amor a la mexicana* de Thalía, hablamos de nuestros planes de cruzar el Caribe en barco, ya que no podemos pasar a Panamá por tierra pues hay guerrilla.

—¡Vamos a llegar a Estados Unidos, amiga! —grita Ale.

—No, bueno, sí, no, ay no sé, ¿no puedo ser la reina de la canción en Colombia?

—No seas ridícula, es mucho mejor Estados Unidos.

—Tenés razón, es que a veces me pongo dudosa.

Alguien golpea la puerta. Me bamboleo como puedo hasta llegar y abro. Es Rodrigo. La música sigue sonando. Me congelo. Abro la boca pero me quedo sin palabras. No sé qué decir. Estoy perpleja.

—Quiero que hablemos —dice.

—¿Quién es? —grita Alejandra y vomita en el suelo.

—¿Podemos ir afuera? Hay un poco de olor acá adentro —dice Rodrigo.

Yo, honestamente, no huelo nada. Para mí esto es un jardín de rosas, pero seguramente es porque estoy encerrada hace mucho y este olor a vómito y muerte pasó a formar parte de mí.

—Am... Rodrigo, ¿cómo llegaste acá?

Estuve a punto de decirle «amor». La naturalidad con la que lo iba a decir me tomó por sorpresa. Por un instante todo fue como antes, y cuando ese instante terminó, lo vi a Rodrigo como si fuera un extraño, pero uno de esos extraños que no queremos ver, tipo una persona de la AFIP.

—Un taxista en Tumbes me dijo que ibas a Montañita.

—¿Un taxista? ¿Te estafó?

—¿Estafó? No, nada que ver. Me cobró re barato, ciento cincuenta soles para llevarme a la frontera y además me dio un boleto para llegar a Guayaquil en micro.

Estúpido. Al menos yo me di cuenta de que me estafaron. Él ni eso.



—Maldito Jesús.

—No me gusta que maldigas a Jesús, por favor no lo hagas más.

Me doy vuelta y voy hacia la cama, donde está Alejandra tirada y al borde del desmayo. Caminar es similar a estar en el samba cuando en un sacudón se desprende del suelo. Me tengo que agarrar de las paredes para mantenerme en pie. Finalmente llego y me desplomo en la cama, al lado de Ale.

—Amora, ¿estás bien?

—No responde. Podría estar muerta. —Le agarro la nuca y la zamarreo—. ¿Amora?

—Andá, Sandy, dejame durmiendo.

Me paro como puedo, le saco las zapatillas y la tapo. Al salir de la habitación, apago la luz. Rodrigo está en la puerta y cuando la cruzo me agarra.

—Soltame. Puedo sola.

Caminamos por el pasillo y llegamos al balcón. No hay nadie. Deben ser como las cuatro de la mañana ya. Nos sentamos en el piso, uno al lado del otro.

—No tengo excusa para lo que hice. No me lo puedo explicar ni a mí mismo y si supieras cómo me siento me creerías. Nunca amé a nadie como te amo, mi amor. Sos tan hermosa. —Me quedo callada—. Me generó mucha inseguridad saber lo tuyo y que no me lo contaras. Saber que me estabas mintiendo, despertarme una noche en La Paz y no encontrarte y después verte aparecer a la mañana. ¿Dónde estuviste?

Me toma por sorpresa esta confesión. Nunca pensé que se había dado cuenta.

—Me sentía rara y me fui a caminar por ahí.

—¿Estás segura?

—Sí, Rodrigo. Yo no soy como vos.

—Sandra, leí tu diario. Lo leí siempre.

Me sube un calor que no puedo controlar. Me pongo toda roja, mezcla del tequila y de enterarme esto.

—Ya sé que es tu privacidad y no me puedo meter, pero era muy tentador. Sé todo, amor. Sé que no te gusté al principio, sé que me usaste por la plata, lo de Mamani.

—¿Y por qué seguiste conmigo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estaba enamorado de vos y mi amor crecía cada día más.

Cuando te vi en la terminal me terminé de enamorar. Me pasó lo opuesto a

vos.

—Igual me cagaste, y encima revisabas mis cosas. No sé qué querés ahora. Ya está todo podrido.

—No te cagué. Fueron solo chats. Tenés que creerme. Estaba re inseguro.

—¿Y por estar inseguro te ibas con otras minas en vez de hablarlo conmigo y aclarar todo?

—No tengo excusa. Perdón. No lo pude manejar.

Tiene una cara de lástima. Habla y llora. A mí me da vuelta todo. Por un momento le creo pero luego una alarma interna suena.

—Si de verdad leíste mi diario todo este tiempo, sabés que en un momento sí me enamoré de vos. Todo lo que vos hiciste vino después.

Jaque mate.

Silencio.

—Pensé que seguías mintiendo.

Cuando dice eso me doy cuenta de que me quiere confundir. Cuando yo tenía inseguridades con respecto a la relación no me iba a tener sexo con otros. Las escribía acá y de esa forma me descargaba, o lo hablaba con Alejandra.

—Perdón, Rodrigo. Te amé y te sigo amando, pero estás usando esto como excusa para justificar que hablaste con todas esas minas.

Ro se acerca y me da un beso.

—Te pido que me des otra oportunidad y confíes en mí.

Me da otro beso.

Cierro los ojos y no puedo volver a abrirlos. Está todo negro.

## 25 de enero

Estoy en la cama que parece arena movediza de cómo siento que se mueve. Tengo la boca caliente. Debo tener un olor a muerte tremendo.

—Amiga, ¿estás despierta?

La voz viene de la cama de abajo. Me acerco al borde y miro. Me da vértigo.

—Sí, bella, pero estoy muy dañada.

—Yo también, ¿qué pasó ayer con Rodrigo?

—Nada, hablamos.

—Ay, madre santa... ¿qué vas a hacer?

—No sé, ¿dónde está ahora?

—Se fue a dormir, dejó sus cosas acá y se fue a la recepción porque no había más camas libres.

—¿Y por qué no se quedó a dormir acá, en el piso?

—Es que entró con un olor a vómito que no se soportaba. Ya suficiente tenía con el mío. Le dije que se fuera. Que diera las gracias que dejé que sus cosas quedaran acá para que no se las robaran mientras duerme.

Me quedo mirando el piso desde la altura de la cama, veo la mochila de Ro en el suelo.

—¿Están todas sus cosas? O sea, ¿todas todas?

—Yo qué sé, sí, supongo.

—Ay, boluda, revisémosle la mochila antes de que se despierte.

Me arrodillo y agarro los barrotes del borde para darme vuelta y bajar por las escaleras, pero le erro feo y agarro el aire.

—Cuidado, te vas a matar.

—Dios me protege, bella.

Me estiro hacia adelante para agarrar los barrotes pero sigo de largo y caigo de trompa al piso, encima de todas las mochilas. No tengo fuerzas ni para gritar.

—Bueno, por lo menos pude bajar.

Ale sale de la cama, me agarra del brazo y me corre a un costado, como si fuera una bolsa de arroz.

—Vamos a ver qué guarda el gordo turbio de tu exnovio.

La palabra «exnovio» es como una daga recién afilada que penetra por mi piel y me deja malita.

Abrimos la mochila y buscamos cosas entre la ropa. No hay nada. Rodrigo es re cuidadoso. Todo tiene olor rico, pero bien sé que debajo de las flores está el barro. Escarbamos y escarbamos hasta que:

—Amiga, ¡la *notebook* !

Alejandra la levanta con las dos manos como si fuera Simba en *El Rey León* .

—Pero si se llega a despertar y nos descubre me va a fajar.

—Con todo lo que hizo no va a hacer nada, no te preocupes. Cualquier cosa usá tu superpoder y matalo con ese aliento a mierda que tenés.

—Ay, no seas guacha.

Abrimos la *notebook* y entramos en su mail. Encontramos de todo. Me siento una investigadora de un programa de televisión llamado *Sandy Investiga* .

En un mail tiene fotos de la pija que se las mandó desde el celular a fines de diciembre.

—¿Para qué se va a mandar fotos de la pija?

—No seas estúpida, se las mandó para usarlas. Capaz las mandó por Skype, andá a saber —dice Ale.

Como si la palabra «Skype» activara algo, salta una ventana con un «Hola, gor». Es una mina.

—¡Hablale!

—¡No! ¿Qué le voy a decir? Se entera Rodrigo y me mata.

—¿Podés dejar de actuar como si te estuvieras mandando una cagada? ¡Él está en falta!

—Ay, Ale, me da miedo.

—Dame la *notebook* que le hablo yo.

Escribe «Hola, hermosa».

Al toque responde: «Lindo, ¿qué pasó al final?».

—¿De qué habla? —digo a los gritos.

—¡No sé!

—¡Preguntale!

—¿Cómo le voy a preguntar de qué habla, Sandy? ¿Sos pelotuda? Se va a dar cuenta de que no soy él. Ya sé.

Escribe: «Tuve un problema, pero ya está todo bien».

«El próximo finde te quiero acá, eh, dándome la mema».

¡Bruta, ordinaria! Maldito Jesús. Le saco la *notebook* a Ale y tipeo:

«Te la voy a dar contra los dientes, putita».

—Ay, amiga, qué lasciva.

—Quiero sacarle más información.

«Sí, bebé, cuando quieras», responde.

«Contame de la última vez que nos vimos, ¿te gustó, putita?».

«Jaja ¿estás calentito hoy? ¿Querés que te cuente todo lo que me hiciste?».

No quiero saber más. Cierro el chat.

Tengo el corazón a mil pero esta puede ser mi última oportunidad de encontrar algo y reafirmar lo que ya sé. Escarbo más en su e-mail y reviso todo: mails viejos, carpetas. Tiene carpetas con nombres tipo: «Portador de la palabra del señor», «Grupo Misionero», «Familia». En «Portador de la palabra del señor» tiene fotos de la pija y unas en las que se le ve la cara y se agarra la chota con cara de degenerado.

—Ya está, Sandra, cerremos que va a venir.

—No, necesito saber.

—¿Qué querés saber? Es obvio. Todo lo que tenés que saber ya lo sabés.

—¡No!

Como una polilla que se acerca a una luz mortal sigo metiéndome más y más en el fondo.

—Mirá esa carpeta, entrá ahí a ver qué guarda —dice Ale.

La carpeta se llama «Alabanzas al niño Jesús» y está llena de fotos de conchas. Cada mail al que entro es una puñalada al corazón. Vuelvo a meterme en Skype y veo mi *nickname*. En el historial está la última charla que tuvimos, antes de vernos personalmente en Jujuy. «¡Te amo te amo te amo!». Así cerramos el último chat. Paralelamente estaba hablando con una mina de Bahía Blanca diciéndole que quería empernarle el ogt. Sí, esa frase usó, escrita así: TE QUIERO EMPERNAR EL OGT.

Skype empieza a titilar.

«Lindo, ¿estás ahí?».

Golpean la puerta.

—¡Ay, no!

—Chicas, soy yo. —Se escucha de afuera. Es Rodrigo.

—¿Qué hacemos?

—Cerraré la *notebook*, boluda.

—No, me quiero copiar todos los chats y mandármelos por mail.

—No seas pelotuda, ¡cerrá la *notebook* ya!

—¡No! Tirate contra la puerta, no dejes que entre.

—¡Ábranme, soy yo! —grita Rodrigo tratando de entrar.

—Ya vamos, esperá.

Como si hubiese olido que algo andaba mal, hace más fuerza.

—¡Abran!

Con manos de Flash me reenvió un mail. No tengo tiempo de hacer más.

—Dale, San, apurate.

Ale está empujando la puerta con todas sus fuerzas. Ya no hay presión del otro lado, solo calma. La calma antes de la tormenta.

¡Plum!

Ale sale despedida contra los barrotes de la cama y la puerta se abre de par en par, película de acción total.

—¿Por qué no abrían? ¿Qué están haciendo?

Rodrigo está agitado y transpirado.

—Oíme, forro, ¿era necesario entrar así? —dice Ale agarrándose la cabeza y frotándose la.

—Amor, ¿cómo podés ser amiga de una persona que me dice «forro»?

La *notebook* está cerrada y detrás de mí. Estoy muda, en shock, y a la vez siento que hice algo pecaminoso pero justo y necesario.

—Agarrá tus cosas y no aparezcas nunca más.

—Por favor, dame una oportunidad, ayer estuvo todo bien.

—Si no desaparecés para siempre le voy a contar a tu mamá que fuiste novio de una chica trans.

Sé que su mamá jamás aceptaría eso y le cortaría los víveres.

Rodrigo se queda mudo.

—Por favor, no.

—Me dijiste que era el amor de tu vida y sin embargo, te hago tambalear cuando te digo que le voy a decir a tu mamá.

Cada cosa que digo tiene entre líneas un «demostrame que sos la persona que creí que eras», pero nada pasa. Es un cagón y un cagador. Todo lo que dice son palabras que no puede sostener con acciones.

—Rajá de la habitación y no vuelvas.

Me siento vacía pero sé que di todo lo que podía dar. No tengo más nada que hacer acá.



## 10 de febrero

—Amiga, ¿nos vamos de este lugar de mierda?

—Pero es lindis, ¿no? Al menos nos relajamos.

—Está lleno de adolescentes con ganas de ponerla. Ayer me la arrimó un chico que creo que tenía dieciséis años.

—Ay, Alejandra, ese vocabulario de barrabrava que tenés.

—Bueno, pero vos entendés. Estaba tirada en una hamaca paraguaya y se me acercó un pendejo y me la apoyó contra el brazo. Se hizo el pelotudo, el que quería ver algo, pero se estaba re frotando.

—¿Y qué hiciste?

—Me lo cogí.

—¡Ay, Alejandra!

—¿Y qué querías que hiciera?

—No sé, gritar o llamar a la policía.

—Estaba buenísimo el pendejo, amiga. Tenía una pija mortal, re linda.

—No dejás títere con cabeza.

—Bueno, pero ¿qué decís?, ¿nos vamos?

—La verdad que preferiría quedarme un poco más, unos días de ir a la playa, caminar, relajarnos.

—Ay, amiguita mía, no quería llegar a esto pero tengo que mostrarte algo. Cerrá los ojos. —Los cierro y escucho ruido de papel—. Abril.

—¡Nooo, boluda! ¿Cómo las conseguiste?

Son dos entradas para el recital de los Back.

—¿Acaso pensás que vine con las manos vacías? Las compré en Buenos Aires. En tres semanas tenemos que estar en Bogotá. Ya tenemos el hotel pago.

—¿Qué hotel?

—El Hilton, mami. Vamos a estar en el mismo hotel que los Back.

—Ay, estás loca, ¡sííí! —Nos abrazamos.



## 20 de febrero

Estamos en Bogotá en la casa de Juan Víctor que nos atendió de mil amores. Alejandra ya se lo merendó. Está terrible. Es como si estuviera entrenando para cuando conozca a Nick. Yo estoy fascinada con la ciudad porque me recuerda a *Betty La Fea*. No me perdía ni un capítulo de esa novela, y en cada rincón me parece que me voy a cruzar a Don Armando, pero hasta ahora lo único que me encontré fue a un narcotraficante que me quiso vender droga. Con Ale le compramos dos pastillas que tienen un dibujo de un pajarito. Fue un momento muy especial que atesoraré por siempre.

Nos fuimos de Montañita un día bien temprano. Rodrigo dormía en la recepción del *hostel* y cuando cruzamos el hall lo vi sereno y en paz. Tuve un raptó de correr y llenarlo de besos en el cuello y darle cosquillas y risas y un fierrazo en la cara. Ale me dijo que nos fuéramos, que quedarnos iba a empeorar las cosas. Tenía razón. Lo sé. Pero fue tan duro. La vida es tan jodida a veces. No entiendo por qué tiene que ser así de complicada para algunos y tan fácil para otros. Yo tengo que salir a luchar por lo que quiero mientras que gente como Luciano no. ¿Qué azar perverso hace que yo sí y él no?

Antes de irnos lo miré por última vez. Ya no puede seguirme porque no sabe a dónde voy. Nunca me voy a olvidar de ese momento. Adiós, Rodrigo. Ojalá algún día pueda recordarte con una sonrisa.

—Vamos, amiga, esta etapa está cerrada. —Ale me agarra la mano y salimos del *hostel*.

Llegamos a Bogotá dos días después. La frontera entre Ecuador y Colombia es muy tranquila, pero el viaje hasta Bogotá tarda como veinte horas, como el viaje de Buenos Aires a Jujuy o de Lima a Tumbes.

Este viaje en particular se me hizo interminable porque no tenía sueño y tampoco muchas ganas de seguir viajando. Son días, ya sé, pero cuando salí de Buenos Aires me fumé mil horas arriba de un colectivo porque tenía la ilusión del comienzo, y en Lima estaba fusilada por tanta fiesta y luego el *shock* del descubrimiento con Rodrigo tenía mucho que pensar. En el viaje a Bogotá no tuve nada de eso, solo silencio que volvió el viaje interminable.

## 22 de febrero

No puedo creer que esté tan cerca de cumplir mi sueño. ¡Hoy es el recital! Ale está despierta desde las cinco de la mañana averiguando en qué habitación del hotel están. Juan Víctor no sabe nada. O sea, sabe que vamos a ir al recital, pero piensa que luego nos vamos a una fiesta de fans. No sabe que ya tenemos una habitación en el hotel de los Back para pasar la noche. Ale se lo está degustando todos los días desde que llegamos a la ciudad y a mí me encanta. Se los ve felices. Sobre todo a él, que la mira con una cara de enamorado que me hace anhelar mis amores pasados.

Hoy soy una princesa de Disney. Voy a exprimir cada centavo que Alejandra gastó. No voy a parar de usar la bañera de la habitación que debe ser un sueño donde no me electrocuto cuando toco la canilla. Me encantaría trabajar en un hotel de lujo y poder meterme en las habitaciones a bañarme. Lo agregaré a mi lista de sueños laborales, detrás de ser azafata de micro de larga distancia. No me va a alcanzar la vida para cumplir tantos sueños.

—Amiga, salí de la cama, dale, prepárate.

Sigo apoltronada y metida entre las sábanas mientras Ale se pone ropa y me pregunta por todos los detalles de su atuendo.

—¿Cómo me queda esto? —dice mientras posa.

La miro fascinada.

—Ese *catsuit animal print* es un *mirage* .

De las dos, Ale siempre fue la de más estilo. Cuando salíamos, ella mataba con sus conjuntitos que parecían diseñados para su cuerpo. Además es de esas personas que se pone unas botitas ortopédicas y arriba lo combina con una mini falda apretada y una musculosa y está para tapa de la revista *Viva* .

—Tomá, ponete esto que te va a quedar bien. —Me tira un pantalón elastizado divino.

—¿Qué tal? —le pregunto.

Ale grita:

—Te queda re de puta, amiga, ¡me encanta!

También me tira un remerón celeste con un dibujo de una estrella y unas sandalias turquesa. Ale dice que parezco la chica de *Frozen* pero un toque

más humilde. Yo me miro en el espejo y me siento una reina encantada.

Empieza a anochecer y no podemos más de la emoción. Estamos con el primer disco de los Back bailando como locas, con el volumen al máximo.

Juan Víctor es un santo. Nos hizo una comida exquisita con lentejas y tomate que sirve en una vajilla divina con dibujos de flores. Bajamos la música y nos sentamos a comer.

—Este guiso es un sueño —le digo mientras mira a Ale, perdidamente enamorado.

Me meto la cuchara en la boca y me pregunto si podré repetir. Ojalá haya más en la olla porque estoy cagada de hambre. Cada comida en la casa de Juan Víctor la disfruto como si fuera la última cena. Es que de verdad no sé cuándo voy a volver a comer así de rico y casero. Es como los guisos que hacía mi mamá cuando éramos muy pobres. Metía de todo en una olla y salían unos platos muy exóticos pero bellos, a su manera, como un viejo de noventa años que no se caga encima.

—Vamos, amiga, que prefiero llegar temprano antes que tarde.

Me meto en el baño para lavarme los dientes y sacarme el aliento a chorizo colorado, luego se mete Ale y nos vamos con dos mochilas cargadas de ropa.

—Amiga, igual son las siete de la tarde recién y el show empieza a las diez —le digo mientras caminamos a toda velocidad por Bogotá.

—Ya sé, boluda, pero vamos a hacer *check in* al hotel y ver si todavía están ahí.

—Es obvio que no. Deben estar en la prueba de sonido ya.

La acompañé a tantos recitales que sé a la perfección la rutina de los cantantes. Todos son iguales así sean superestrellas como Marcela, Geri, los Back o gente que recién empieza. La prueba de sonido es esencial.

Dicho y hecho: llegamos y los Back no están. Entramos al hotel haciéndonos las boludas, las que no sabemos dónde está nuestra habitación y vamos directo a la *suite* más cara. Miramos por la cerradura y no vemos nada. Ni un ruido. Nos vamos a nuestra habitación a dejar las cosas. El hotel es un *mirage* también, como el *catsuit* de leopardo de Alejandra. Me imagino que así debe ser el cielo. Ángeles en *catsuits* de leopardo, piso del más fino mármol, con bañera blanca, limpia, impecable, y canillas que no dan choques eléctricos. Y la vajilla dorada con dibujos de flores de la porcelana de Juan Víctor.

Cuando entramos en la habitación, mandibuleo a full. No puedo creer lo

que es esto. Cada rincón de la habitación es una invitación al suspiro. Las paredes son blancas pero hay una que está empapelada con un papel rugoso color rojo con rombos negros. Sin que Ale me vea pego la cara al empapelado, cierro los ojos y me froto para sentir esta deliciosa textura. Cómo lo gozo, Dios mío. Sí, como una burra. Quiero impregnarme con las partículas del papel y que la ley de atracción haga el resto y me ayude a conseguir trabajo acá.

Salimos del hotel como dos reinas, renovadas y con el corazón lleno de ilusiones.

—Siento que hoy va a pasar algo increíble, amiga —dice Ale emocionada.

—Yo también.

Preguntamos cómo llegar al lugar del recital y nos indican que vayamos en el Transmilenio, que es una red de colectivos estilo Metrobus en Buenos Aires. Todo esto no lo sé porque sea culta sino porque me lo dice la parejita a la que le preguntamos. Son superamorosos acá. Me tratan de «usted», muy educados. Deben haber hecho un semestre en la San Marino como Patty de *Betty La Fea*.

Llegamos al estadio y wow ... la cantidad de chicas haciendo fila es impresionante. Caminamos hasta el final pero es interminable. Ale está silenciosa, evaluándolas.

—Todas estas son competidoras, amiga, pero no están en el hotel como nosotras. Corremos con ventaja.

Esperamos un rato largo en la fila y no avanza. Mientras tanto cantamos *Deja de jugar juegos con mi corazón*. Ale canta encima de todas las demás fans, que están desafortunadas. Yo también canto y unas taradas se ríen y comentan que no me sé la letra. Alejandra las mira con cara de odio. No dejo de cantar, «Quik plei geim wis my jar». Estamos poseídas por este himno de amor. Ojalá llegue a cantársela a Kevin en el oído. Bendita la luz que iluminó a los Back al escribir esas canciones tan bellas. Bendita yo y bendito Kevin.

La fila comienza a avanzar y gritamos extasiadas. Toda la educación de los colombianos desaparece en esta fila. Somos hembras en celo luchando por aparearnos. Acá no hay lugar para ser simpática porque la que cede un centímetro se queda sin degustarse a un Back.

—Me llego a coger a Nick y me puedo morir en paz —dice Ale.

Entramos al estadio y esperamos pacientes en el campo. Ale se reventó toda la plata en el hotel y en estas entradas y no le alcanzó para comprar asiento preferencial. Estamos con toda la muchedumbre.

—Este no es el momento ni el lugar, amiga, no te preocupes.

Lo sé. La verdad llegará en el hotel.

De repente se escuchan gritos ensordecedores. Ale empieza a saltar y a gritar:

—*NICK I LOVE YOUUUU* . —Aprendió un montón de inglés la guacha.

Miro para todos lados pero no veo nada. No entiendo por qué gritan. Le pregunto a Ale pero no me contesta y sigue gritando y saltando. El ruido es cada vez más fuerte y empiezo a saltar yo también porque si no voy a morir arrollada por alguna fan o por Ale misma, que está tan poseída que se olvidó de que estoy acá.

Entre salto y salto me doy cuenta por qué están tan enardecidas. Es que se le ve la espalda a Nick al costado del escenario. Ya están a punto de salir.

Explotan unos fuegos artificiales y los gritos. Howie dice:

—¡Buenas noches, Colombia! —En perfecto español. Parece nativo, Dios mío.

Salen los cuatro y, por último, Kevin, mi talón de Aquiles. Quiebro en llanto y grito:

—¡¡BENDITO SEAS, KEVIN!! —Está tan hermoso con sus facciones marcadas.

Cierro los ojos y murmuro—: Kevin bello, quiero ser tu uva y que me pises y hagas vino patero y luego me bebas para así vivir siempre en ti.

Cuando abro los ojos, una lágrima me cae por la mejilla.

—Mirá la venérea que tiene Kevin, amiga, mirá cómo se le marcan los huesos de la cara —grita Ale, agitada y cagada de risa, cínica total, cortando mi momento místico.

—Callate, Alejandra. Vos porque no tenés ojos más que para Nick, pero Kevin es hermoso y NO TIENE UNA VENÉREA. Vos te cogiste a Howie que es alcohólico y tiene cara de que faja a su señora.

—Ay, tenés razón, pero igual Kevin tiene ALTA VENÉREA o como mínimo ladilla.

Me daña mucho lo que dice porque mi sueño es casarme con Kevin.

A mí Nick no me mueve la estantería para nada. O sea, me postraría a los pies de cualquier Back y les dejaría que me hicieran suya una y otra vez. Me dejaría con cualquiera de ellos, o con los cinco juntos. Incluso con cualquiera que los haya tocado o estado cerca, como el de seguridad de la vez anterior.

Howie me da mala espina. Y además nunca sobresalió. Brian y Kevin, en cambio, me tienen loca. Brian porque es católico y hace música cristiana.

Debe ser re buena gente. Igual después de lo que me pasó con Rodrigo ya no creo más en los católicos. Hay mucha doble moral, y Brian no es la excepción. Está cantando en el escenario y me cuesta mirarlo a los ojos porque veo en su cara de bueno la misma cara de Rodrigo. Además tiene problemas de corazón y estuvo a punto de morir dos veces. Es como esa gente a la que le baja la presión todo el tiempo y vive descompuesta. No podría estar con alguien que muere en cualquier momento (o sí).

Cuando terminan de salir a escena se ponen a cantar *Ge Daun*, o como se escriba. Con Ale bailamos como si estuviéramos en un rito salvaje, raperas totales. «Ge daun ge daun, el número nuan ge daun ge daun». En un momento Nick hace un gesto lascivo como si estuviera teniendo relaciones sexuales y el estadio estalla. A las colombianas parece que les da un orgasmo. Son terribles, peores que nosotras. Bah, que yo, no que Ale. Ale es la fan más sacada. Tiene ojos de locura y cuando Nick hace el gesto lascivo aúlla como si fuera una loba buscando macho. Está dispuesta a todo. Sé muy bien que debe tener un cuchillo escondido y no dudaría en usarlo si alguna de estas se le cruza en el camino, incluida yo.

Pasan las canciones y nuestra energía no merma. Cuando llega *Deja de jugar juegos con mi corazón*, que jamás pude pronunciar en inglés, nos emocionamos mal. Ale la canta perfecto. Quien la escucha de afuera debe pensar que nació en los Estados Unidos de Norteamérica. Canta: «cuis plein geims wis mai jar, mai jar... mai jar». Yo la miro, verde de envidia. Se la sabe de memoria.

En un momento Kevin me mira. Estoy segura de que me mira. Quiebro en llanto y susurro:

—Tu voz entró volando por mi ventana como una paloma divina. Furtiva. Nocturna. Atemporal. Te amo, Kevin Richard.

No puedo parar de llorar. Escribí este poema en Buenos Aires luego de pasarle las botas de cuero por la pija del custodio de ellos. Esperé años para poder decírselo a él. No puedo creer que lo esté haciendo ahora. Él baila, sin cantar, pues nunca canta. No deja de mirarme. Yo estoy roja como un tomate pero no despego la mirada de la suya. Algo me pasa en la entrepierna. Es el momento más erótico de mi vida, justo detrás de cuando le pedí un sorbo de vino a Luciano.

El recital transcurre como un sueño. Por momentos pierdo la consciencia y entro en un mundo onírico en el que estoy sola con Kevin cantándome desde el escenario. Me parece que estoy acá desde siempre. Eterna. Inmortal. El

tiempo se detiene cuando canta.

En un momento la música se termina y ellos dicen cosas que no entiendo. Todos gritan.

—¿Qué dicen, Ale?

—Que somos el mejor público y que Colombia es el país con las mejores fans.

Me hiere escuchar eso y sé que Ale también está afectada.

—Pero cuando estuvieron en Buenos Aires dijeron lo mismo de la Argentina —digo para mis adentros, traicionada, al borde de empezar terapia.

Todas saltan pero nosotras no. Los miramos salir del escenario con los ojos llenos de lágrimas.

—Vamos, amiga, apurémonos. Tenemos que volver al hotel. Esto recién empieza —dice Ale con la esperanza intacta.

Codeando chicas y empujando logramos salir del estadio y nos vamos corriendo hasta la parada del Transmilenio que está colapsada por colombianas enardecidas.

Un colectivo frena y Ale grita:

—¡Estoy embarazada, déjenme pasar! —Sopla y se agarra la panza.

Está en modo NO ME IMPORTA SI TENGO QUE MATAR A ALGUIEN PARA CONSEGUIR LO QUE QUIERO. Ese modo que conozco tan bien. No dudaría en descuartizarme si me pusiera entre ella y Nick.

Llegamos al hotel y nos metemos en la habitación. Ale va directo al baño sin emitir sonido y se encierra. Escucho la ducha. Aprovecho para elegir qué me voy a poner para esta noche. Los Back deben estar por llegar también y tengo que estar como nunca. Abro la mochila y desparramo la ropa en la cama. Todo lo que tengo está arrugado o gastado por el viaje, así que agarro una remera blanca y un pantalón cortísimo de jean que me corta la circulación pero me queda pintado. Lo combino con las mismas sandalias que tengo puestas y estoy lista.

Ale sale del baño desnuda.

—Andá a bañarte, amiga, que tenemos re poco tiempo.

Me meto en la bañera y abro la canilla de agua caliente. El agua sale hirviendo y dejo que choque contra la cara. Aunque me quema lo disfruto como una burra. Cierro los ojos e imagino que Kevin está conmigo, jurándome que no tiene ladilla y que todo es un invento de Alejandra.

Salgo de la ducha. Ale está de punta en blanco.

—Mirá esta minifalda, boluda. No tengo ropa interior así me la puede

meter de una.

—Ay, amiga, sos una zarpada.

—Metí de todo en la cartera para estar bien lista. Tengo lubricante, mentitas, aerosol de concha. Nada me va a parar hoy. Tomá este spray desinfectante, metelo en la cartera así si pasa algo con Kevin le rociás la pija y no te agarras ladilla.

—¡Cortala! ¡Dejá de decir eso! Kevin no tiene ladilla.

Salimos de la habitación y bajamos hasta la planta baja. Hay algunas fans esperando del lado de afuera. Ale está serena. No le preocupan esas chicas porque no tienen habitación en el hotel.

Nos sentamos en el bar a esperarlos. Hay un grupito en una mesa y Ale les tira una mirada fulminante. Estas sí son una amenaza.

—Se hacen las relajadas pero están por ellos, lo huelo —dice—. Mirá cómo están vestidas.

Son cinco y están muy regaladas. Nosotras estamos igual. Ale es la peor de todas con esa minifalda sin bombacha.

Pedimos unos shots de tequila para arrancar y así pasa el rato. Las chicas del otro grupo nos miran y se ríen. Son más en cantidad pero no conocen a Ale. Vale por diez de ellas.

Escuchamos gritos que vienen de la entrada. Son las fans. El corazón se me dispara a mil. Ale parece un águila. No despega los ojos de la puerta. Es como un gato agazapado dispuesto a saltar ante el menor movimiento de su presa. Los gritos se intensifican y la puerta se abre.

Entran los cinco con gafas y gorros. Están hermosos. A Ale se le cae una lágrima pero está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no quebrar en llanto.

Nos levantamos de las sillas. Las cinco chicas de la otra mesa se desesperan y corren hacia ellos. Yo amago para hacer lo mismo pero Ale apoya la mano en mi pecho y dice:

—No.

—Pero Ale, los vamos a perder si no vamos.

—Silencio.

Las chicas avanzan, histéricas, hacia ellos. Antes de llegar los de seguridad las agarran y gritan a la recepción:

—¿Se hospedan acá?

De la recepción dicen, «no», así que las sacan a la calle. Ale sonrío. Sabe perfectamente lo que estamos haciendo.



—Quedémonos tranca *style* hasta que se calme todo.

Los Back saludan a las fans y luego se dan vuelta, se sacan las gafas y van hacia los ascensores.

—Vamos, es nuestro momento —dice Ale agarrándome la mano.

El ascensor frena en el último piso donde está la *suite* más cara. Con Ale subimos por las escaleras y llegamos con mucho daño.

Es fácil darse cuenta cuál es la habitación porque hay uno de seguridad, que en un momento se da vuelta y me mira y se me para el corazón. Es él. Roger.

—Mirá, boluda, el que te cogiste —dice Ale, riéndose—. Quiere revancha me parece.

—Alejandra estás muy perversa conmigo. Me daña recordar lo que viví con ese ser.

—Perdón, amiga, te estoy jodiendo. Tengo el presentimiento de que hoy se nos va a dar a las dos.

—Dios te oiga.

Pienso que de ser así, se confirma una vez más que Dios te da y Dios te quita. Me quitó a Rodrigo pero me da a Kevin.

—¿Qué hacemos? —pregunto.

—Dejame a mí. Voy a hablar con él.

Me quedo esperando, impaciente, en el pasillo. Mientras hablan, Roger me mira y ríe. Alejandra también.

Vuelve y me dice:

—No hagas gestos y escuchame. Me dijo que si te lo cogés de nuevo nos va a decir a dónde van los Back en un rato así los vamos a buscar. Dice que nadie lo sabe y sería la re oportunidad para estar solas con ellos.

—No, Ale, ¡no puedo! ¿Por qué me ponés a mí como carnada? Cogéte los vos.

—No seas boluda, no voy a dejar que te lo cojas. Tomá esto. —Abre la cartera y saca un frasco—. Sacale la información y hacé que se lo tome. Esto lo va a dormir hasta mañana.

Me muerdo el labio, dudosa.

—Amiga, es nuestra única oportunidad. Si no lo hacés nada de esto valió la pena.

Dios me ampare.

El de seguridad no para de mirarme y sonreír. Le devuelvo la mirada y la sonrisa. Ale me dice al oído:

—Andá.

Me acerco y lo saludo con un beso. Por suerte tengo sandalias y no hay forma de que me diga que lo frote con botas. Me dice algo en inglés que no entiendo.

—*My room* —le digo y le agarro la mano.

Ale se queda calladita en el pasillo, muerta de risa. Estoy re nerviosa.

Llegamos a la habitación y se sienta en la cama. Hace gesto con la mano para que vaya. Me le siento en las piernas y le doy unos besos. Saco el frasco que me dio Ale y digo:

—*Is argentinian* , ¿chin chin?

No entiende así que gesticulo como si lo fuera a tomar, pero claro que no lo haré, pues no me quiero quedar dormida. Lo agarra con la mano y lo corre.

—*Kiss* —me dice y se señala abajo.

—¿*Kiss in the bird* ? —pregunto. Se ríe. Ay, Dios. Bajo y lo hago hasta que me agarra el pelo y me levanta la cabeza. En la otra mano tiene una de mis sandalias. Al principio no entiendo pero luego es muy claro cuando se la lleva a la pija y gime como si tuviera el orgasmo más grande—. *Wis my sandal no, please* —le digo pero a él parece causarle gracia.

—*Wis my sandal but after chin chin, ok?*

—*Yes* .

Lo empiezo a frotar con la sandalia. Le paso la suela por el glande y estalla de placer. A mí me da un asco que no puedo ni mirar pero me fuerzo. Si caminé tanto para llegar a este lugar, dar unos pasos más no es nada.

Cuando los gemidos se vuelven más fuertes lo froto más rápido hasta que eyacula y larga un último suspiro. Mientras jadea le pregunto:

—*Where Back?*

—*In the terras, nau* —dice.

Supongo que en la terraza. Al final no necesité usar el frasquito.

Agarro la sandalia y frunciendo la cara me la pongo. No me queda otra. No tengo otro calzado. Está lleno de guasca. Ay, perdón por ser tan gráfica. Si esta autobiografía se publica voy a pedirle a mi editor que borre esta parte... o no.

Salgo de la habitación y la veo a Alejandra acercándose como un relámpago.

—¿Y? ¿Dónde están los Back?

—En la terraza.

Llegamos a la terraza y los encontramos a los cinco. Atrás nuestro viene

Roger pero se hace el que no nos ve. Un hombre de palabra. Hay mucha gente acá, no solo ellos. Kevin está hermoso. Tiene una camisa medio desabrochada y esa cara inmaculada. La luz le da de una forma que le marca todos los huesos. Hipnotizada voy hacia él, pero me doy cuenta de que está hablando con una chica así que me quedo parada sin sacarle la vista. Nunca estuve tan cerca de cumplir un sueño como ahora. Nunca pensé que iba a llegar hasta acá. De repente todo tiene sentido: el viaje, pelearme con Rodrigo, la visita de Alejandra, el viaje a Norteamérica. Todo me guió hacia este momento.

—Alejandra... —Giro la cabeza para hablarle, pero no la veo.

Desapareció.

Vuelvo a girar la cabeza y, como si tuviera poderes, logro que Kevin gire la suya y nuestras miradas se encuentren como en el estadio cuando le dediqué el poema. Levanta la copa que tiene en la mano y sonrío. Totalmente hechizada camino hacia él y lo saludo con un beso. Al costado está Brian hablando con otra mujer y no se percata de mi presencia. No me importa pues morirá pronto de algún ataque al corazón. Prefiero a Kevin.

—Hey —dice.

—*Hello, how are you?* —respondo, inglesa total.

Kevin dice «fine» pero después agrega cosas que no me enseñaron en la escuela. Me río y digo:

—*Yes, yes* .

—*Yes ?* —repite él.

—*Yes* —vuelvo a decir, más convencida.

—*Les go* .

Me toma por la espalda y me guía afuera de la terraza. No lo puedo creer. Tengo el corazón galopando. El de seguridad me mira de reojo pero no dice ni mu.

La habitación de Kevin es un lujo asiático que hace ver a la mía como el cuarto de la empleada doméstica. Acá hay jacuzzi, flores por todos lados, frutas, y la vista es increíble. La ventana de mi habitación da al patio interno del hotel pero la de él da a Bogotá. Es bellísima. Kevin me agarra por atrás y me abraza. Yo lo primero que hago es tocársela. La tiene bien dura como a mí me gusta. Me besa el cuello y siento volar. Cómo me froto contra él, Dios mío.

—Bendito seas —le susurro.

Cuando me doy vuelta se me cae la cartera y con ella todo lo que tengo

adentro. Kevin levanta el frasquito, lo abre y lo huele. Alarmada se lo intento sacar pero él dice:

—Shhh. —Y lo huele un rato más—. *Wine?*

Yo le respondo «yes » porque no le puedo decir la verdad, además no imagino cómo lo iría a articular en inglés. Mi corazón va a estallar. Se toma la mitad de un saque y me da el resto a mí. Estoy perpleja y solo atino a decir, «no...». Estoy por quebrar en llanto pero Kevin me besa y me tranquiliza. Me tomo la otra mitad porque no quiero estar despierta en un mundo donde Kevin está dormido.

—*Romeo and Juliet* —le digo.

—*Yes, my love* .

Le agarro la cara y lo beso con mucha fuerza. Nos tiramos en la cama y hacemos de todo. Exprimo hasta la última gota de esta experiencia porque no sé cuánto va a durar. Me introduzco su pija en todos lados. En la boca, el culo, la concha. Finalmente se la vuelvo a chupar hasta que todo me da vueltas. La cabeza me pesa (la mía). Intento succionar pero ya no tengo fuerzas. El pene de Kevin se está ablandando. ¿Es que acaso no le gusto? Dios mío. Quiero extraerle ese néctar sagrado. Quiero probarlo. Dejame probarlo, Dios. Ay, creo que se me trabó la mandíbula.

Todo se vuelve negro.

## 24 de febrero

Abro los ojos.

—¡Amiga! ¡Te despertaste! —grita Alejandra al lado mío. Juan Víctor está con ella.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?

—Estás durmiendo hace dos días. El médico nos dijo que tuviste una re intoxicación. Cuando vi que no salías de la habitación ni vos ni el de seguridad me metí y estaban los dos durmiendo en el suelo. Vos encima de él chupándosela. El frasquito que te di estaba vacío en el suelo así que imaginé que fue por eso. ¿Por qué lo tomaste? ¿sos pelotuda?

—No, te confundís, yo estuve con Kevin. Eso pasó pero con Kevin.

—No, amiga, pasó con el de seguridad. Debés haber estado tan drogada que flasheaste cualquiera.

—Estoy segura de que pasó con Kevin —repito.

—No te preocupes y ahora descansá. Ya vas a recordar.

Juan Víctor me toma la mano y dice:

—Me alegro de que esté bien, Sandra.

Ambos salen de la habitación y yo me quedo aturdida, sin entender nada. ¿Cómo pude haberme equivocado tanto? Fue tan real. Sé que estuve con Kevin. Lo sentí adentro mío. Besé esos labios. Ahora todo me da vueltas. No sé qué creer y qué no. ¿Me estoy volviendo loca? Además el frasquito lo tomé después de conocerlo.

Al rato la puerta se abre y entra Alejandra muerta de risa.

—Amiga, oíme. Esta es la última vez que vamos a hablar de esto en esta casa. Fue todo verdad. Te encontré chupándosela a Kevin, dormida, babeando y con la mandíbula torcida. Te di alto tortazo para enderezártela. Sos una boluda igual, ¿cómo te vas a tomar ese frasco? Juan Víctor no sabe nada. Cree que fuimos al hotel de ellos para conseguir un autógrafo pero te enganchaste con el de seguridad y después yo te traje.

—¡Sííí, yo lo sabía! ¡Lo sentía en mi corazón! No te preocupes que no tocamos más el tema.

—Reinas, ya está la cena —grita Juan Víctor desde la cocina.

—Pará, antes de que te vayas necesito saber si te cogiste a Nick.

—Mirame la cara y adiviná. —Explota de risa y es obvio—. Estuvo mortal, fue un divino, igual acabó a los dos minutos pero me la tragué toda. Lo tengo adentro mío para siempre. No quiero cagar nunca más por si se me va.

Sentadas en la mesa recibimos platos con uno de los guisos de ensueño que hace Juan Víctor.

—Chicas, tengo una gran noticia. Les conseguí un trabajo en una playa en Cartagena para que puedan ahorrar dinero y llegar a Estados Unidos.

Me emociono mucho. Es como si las piezas de un rompecabezas empezaran a encajar por sí solas.

—¿Y qué van a hacer ustedes? ¿Se van a separar? —pregunto.

—Amiga, yo me quedo en Cartagena. Voy con vos porque andá a saber cuándo nos vamos a volver a ver. Mientras tanto nos vamos a alternar con Juan Víctor para vernos todas las semanas, pero cuando logres ahorrar lo que necesitás, me vengo para acá a vivir con él.

Me agarra vértigo. Otra vez sola. Igual ahora sé que el viaje me va a mostrar a la gente que necesito para seguir adelante. Así pasó desde que me tomé el micro en Buenos Aires. Salí sola pero llegué hasta acá con un montón de gente que me ayudó, y así seguirá siendo. Tengo que confiar. Amén.

—Gracias por bancarme, gracias a los dos.



## 20 de marzo

Llegamos a Cartagena hace unas semanas y empezamos a trabajar inmediatamente. El bar está en una playa paradisíaca donde rara vez llueve y toda la gente que viene está de vacaciones y es feliz.

Ahora estoy en la barra con Ale sirviendo tragos y pienso en qué va a pasar con este diario y si alguna vez voy a animarme a publicarlo. Empecé a escribirlo como una forma de tener el viaje documentado y no olvidarme de ningún detalle para cuando publicara mi autobiografía. Sin embargo, terminó siendo un montón de páginas contando una de las etapas más importantes de mi vida. Siento que estoy en un lugar en el que ya no necesito relatar todo lo que me pasa porque no estoy triste ni del orto. Estoy bien. O sea, tampoco me voy a hacer LA FELIZ. Lo que me pasa es que en estas semanas acá me di cuenta de que la búsqueda de la felicidad es eterna. Consigo lo que quiero y automáticamente quiero algo más. Sí, quiero ser actriz y quiero ir a Hollywood, pero no quiero dejar la vida en eso. No quiero ser tan necia de no ver que esto también es felicidad. La aventura es el camino, no el destino. Es trillado pero cierto. Meses atrás no hubiera imaginado todo lo que iba a vivir en este tiempo y que las aventuras, además de sacarme de mi zona de confort, me ayudarían a aceptarme.

Desde que llegué a Cartagena los altibajos desaparecieron. Por primera vez me siento en paz y tranquila. Los días en el bar son hermosos, llenos de gente que me trata bien y me sonrío. Me gusta este balance que hace que no esté supereufórica un día y al otro con ganas de pegarme un tiro.

Ahora estoy tranquila y sé que lo peor ya pasó. Podría seguir escribiendo pero no estoy en crisis, y escribir se me da mejor cuando estoy del orto.

Pienso en Rodrigo y tal vez mi venganza sea que si este diario alguna vez se publica, todos van a saber quién es y no va a tener oportunidad de cagar a nadie más. Igual no me interesa vengarme. Solo quiero que lean cómo fue que pasé de tener una vida que iba en dirección al abismo a saltar a la vida que siempre quise tener. ¿Voy a quedarme acá para siempre? No lo sé, pero lo que sí sé es que el poder de cambiar lo tengo yo, y si esta vida en algún momento me deja de hacer feliz, voy a agarrar mis cosas y me iré a la mierda.



Cierro los ojos y me visualizo en mi lugar feliz: Lanús, la casa de Marcela. Me siento en el living y me sirvo unos mates. Miro la puerta de entrada. En cualquier momento entra Geri. Espero y espero pero nada pasa. En vez de verla, escucho su voz.

—Sandy, siempre voy a estar cuando me necesites, adiós.

Abro los ojos y sonrío.



Decidí escribirle una carta a Geri. Me metí en Internet y averigüé la dirección de su casa en Londres. Sí, soy una enferma psicópata. Uno de los chicos del bar es canadiense bilingüe y habla perfecto español. Me va a traducir la carta. ¡Estoy re feliz! Nunca pensé que iba a llegar el momento real de poder escribirle a Geri y contarle lo importante que fue en mi vida. Si me contesta creo que me muero. Antes me parecía imposible, pero si se la chupé a Kevin, todo es posible.

Apoyada en la barra del bar, agarro papel y lapicera y escribo.

«Gerita,

No puedo creer que esté haciendo esto. Nunca pensé que me iba a animar a escribirte una carta. Ojalá la leas y no pienses que soy una acosadora (o sí), pues imagino que debés tener muchos fans así.

Dios, escribo y lloro. Estoy muy emocional. Escribirte me transporta al pasado y a un montón de recuerdos que me dejan vulnerable.

Voy a ir al grano. Me llamo Sandra, tengo treinta años y soy de Buenos Aires, Argentina. El motivo de esta carta es para decirte GRACIAS por ayudarme y mostrarme que puedo cumplir mis sueños y ser lo que quiera en la vida, y sobre todo por mostrarme que no hay nada de mí que me tenga que dar vergüenza.

Me acuerdo cuando era adolescente (y ahora también) y leía tu autobiografía, *If Only*. O escuchaba canciones como *Walk Away* o *Love is the Only Light*. Yo también fui pobre como vos, o sea, siempre tuve comida y casa, pero hasta ahí. Sentía las limitaciones. Lo veía sobre todo en mis amigos, que aunque también estaban mal (en esa época hubo una crisis fuerte en la Argentina, era el 2001), nunca estuvieron como yo con la plata tan justa. En mi familia nos manteníamos con diez pesos por día. Cuando leí *If Only* y vi que vos pasaste por lo mismo me sentí inmediatamente conectada. Sabía que no era la única. Además yo también quería ser cantante. Nunca tuve una voz prodigiosa, pero soy muy afinada como vos. En esa época era muy inocente y creía en Dios, no como ahora.

Leía *If Only* una y otra vez cuando me sentía sola, cosa que ocurría muy seguido. No te conté que también era gay, con el plus de que mi cuerpo no correspondía con mi género. A eso sumale pobreza. No tuve una adolescencia fácil. Mis amigos me cargaban, me decían que era afeminada y se reían de

mis zapatillas porque eran siempre las mismas y estaban rotas. Ahora no me importa nada. Me operé y mi documento dice que soy mujer. Por primera vez lo que miro en el espejo es lo mismo que imaginaba en mi cabeza. Tengo amigas que me quieren y aceptan y mi mamá también, pero cuando sos adolescente, los amigos y la escuela son tu mundo, y si eso te falla entonces estás sola. Ahí fue cuando llegaste como un huracán que me levantó y me hizo ver que eso era solo una etapa, y que tenía la fuerza para luchar y para buscar otra realidad si es que esa no me hacía feliz. Y así lo hice.

La vida cambió para bien. Intenté ser cantante y actriz pero no resultó. De a poco fui abandonando ese sueño. Dejé de ser pobre cuando conseguí trabajo en un *call center*. Y ahí conocí a mi mejor amiga, Alejandra, que me aceptó desde el primer día y nunca me hizo sentir mal. Lamento decirte que es fan de los Backstreet. Nunca pude traerla para el lado de las Spice, maldita sea.

Hace pocos meses me fui de viaje para llegar a los Estados Unidos de Norteamérica y cumplir mi sueño. La noche antes de irme me encontré con Ale. Nos juntamos para festejar mi cambio de vida. Cenamos y recordamos cuando éramos chicas, cada una siendo fan de su grupo favorito. Tipo una de la mañana empezamos a fumar una marihuana paraguaya que no sabés cómo pega, Geri. Aunque Ale dice que para pasarla por la frontera la tienen que mear para disimular el olor, te juro que cuando la fumás no sentís nada de eso. O sí, un poco de olor a meo sentís. Bueno, el caso es que entramos en tu cuenta de Instagram a ver tus fotos y Ale se sorprendió de que te hayas convertido en ama de casa. Todas tus fotos son así: vos haciendo una torta, o podando el pasto, o con tu marido e hija jugando al golf. Es como si tu etapa de estrella de la música nunca hubiese existido. Tu cuenta de Instagram es parecida a la de cualquier otra madre.

Ale me dijo: “No entiendo por qué paró de hacer música. Es como si se hubiese rendido, como si hubiese dejado de intentarlo. La mina se luchó para cumplir su sueño y ahora está haciendo pasteles de zanahoria y subiendo fotos cuando hace un poco más de diez años buscaba a los mejores productores para grabar sus CD”.

Yo me quedé pensando que tiene razón, y mentiría si te dijera que no pensaba lo mismo. Y creo que lo seguí pensando hasta hoy. Te escribo esto y me doy cuenta de que todo en la vida son etapas. Queremos creer que uno tiene solo UN llamado, UNA cosa para la que está destinado y que si no lo hace va a ser infeliz toda la vida. La realidad es que no. Demostrar que podías hacerlo fue tu llamado en un momento de la vida. Luego dejó de serlo y

ahora tendrás otros sueños que cumplir. No te rendiste, solo te escuchaste.

Siempre me creí una fracasada, pero yo también luché por mis sueños y aunque algunos los cumplí, otros todavía están pendientes, pero supongo que siempre es así. Las llamadas cambian y a medida que caminamos nos damos cuenta de que por algunas cosas no vale la pena dejar la vida. Si no consigo lo que quiero sabré que lo intenté, y buscaré otras formas de alcanzar la felicidad. Igual no siento que sea mi momento de buscar otras cosas. Voy a cumplir mis sueños y voy a seguir luchando.

Me hace feliz verte bien.

Esta carta es solo para agradecerte por mantenerme en el camino y por haberme mostrado que no estoy sola.

Tu historia tuvo un final feliz. La mía aún no. Mis fotos no transmiten la paz que transmiten las tuyas mientras cortás zanahoria y radicheta. Todavía no encontré mi lugar en el mundo pero por primera vez siento que el control lo tengo yo y que no estoy destinada a ninguna realidad que no quiera. Puedo elegir. Claro que eso lo veo ahora que ya pasé por un montón de cosas. En el momento de la penuria es imposible verlo, pues estamos ocupadas intentando sobrevivir.

Esta carta te la escribo desde el bar donde empecé a trabajar en Cartagena, Colombia. No te conté que viajé de Buenos Aires hasta acá y me pasó de todo. Viajé, conocí gente increíble, me enamoré y me rompieron el corazón pero lo estoy superando. En unos meses de viaje viví más que en varios años de mi vida. Mi objetivo final es llegar a los Estados Unidos de Norteamérica, pero por ahora me voy a quedar trabajando acá hasta sentir que estoy lista para seguir mi camino. No voy a dejar de luchar por mis sueños como vos nunca lo hiciste tampoco.

Por momentos respiro el aire del Caribe y siento paz. Y en esos momentos, si me sacaran una foto, creo que saldría con la paz que tenés vos.

Gracias, Gerita, ojalá que esta carta te llegue y la leas. Lo deseo con todo mi corazón.

Mucho amor,

Sandy».

# Agradecimientos

Ay, es el momento de despedirnos, qué triste (\*llora y ventila todo en Facebook). Primero quiero agradecerles a las personas que siempre confiaron en lo que hacía y no tomaron el camino obvio de la minimización y hablar con voz de: «Te digo que sí pero en realidad pienso que lo que hacés es una pelotudez y no vas a llegar a nada». Esas personas fueron: Agostina Di Stefano, Maru, Filo Laura, Belu, Dani Jones, Paz, Sol, mis farafans.

Tuve (y tengo) mil dudas acerca de mí. Es desmotivar escuchar: «Tenés que ser más ATP, más esto, más lo otro» y nunca oír: «Está bien ser como sos». Lo que se lee entre líneas es: «Lo que sos está mal». Por suerte mis amigos no me dijeron eso, sino que me empujaron a aceptarme y explotar lo que soy.

También quiero agradecerles a mis farafans que me bancan en cada proyecto. Saber que hay gente que siente como yo y que se ríe de las mismas cosas me impulsa. Me hace ver que las incontables veces que intenté cambiar para encajar solo consiguieron mostrar una versión blanda de mí mismo.

También gracias a mi mamá, Mabel (SÍ, SE LLAMA MABEL) por haberme bancado incluso no creyendo que lo que hacía estaba bueno. Ahora puedo decirte «¿VISTE QUE TE EQUIVOCASTES, NEGRI?». Y lo gozo, sí, como una burra.

Ojalá sigan acompañándome.

Con amor y garzos en la cara,

Martina

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

